

Barbara Abel

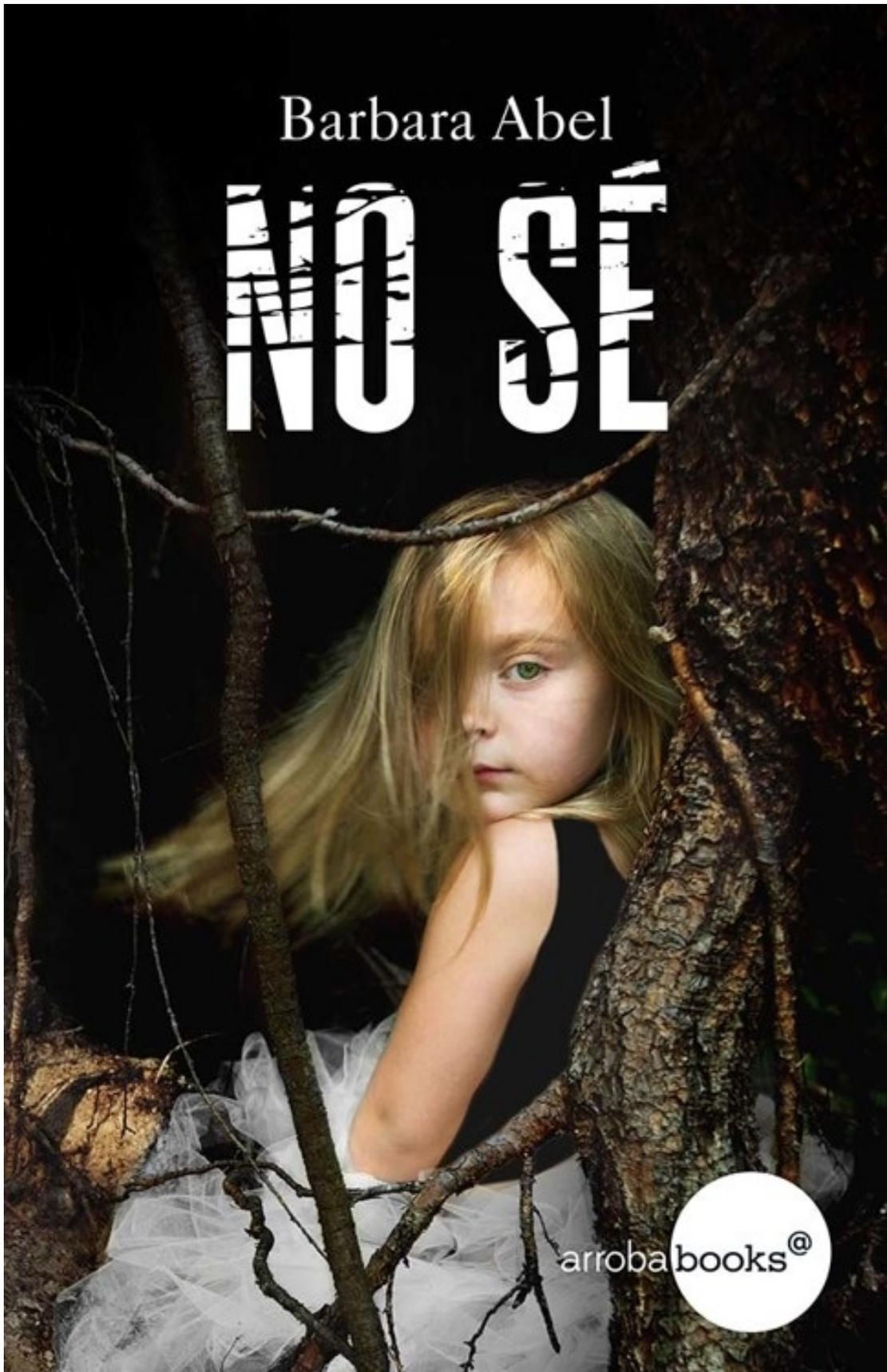
NO SE



arroba**books**[®]

Barbara Abel

NO SE



arrobabooks®

No sé

Es un día aparentemente normal. La escuela ha organizado una excursión infantil al bosque. Durante la jornada, Emma, la hija de Camille, se comporta de un modo extraño con Mylène, su maestra. Horas más tarde, nadie sabe dónde está Emma. Todos, sin excepción, participan en su búsqueda. Al caer la noche, la pequeña aparece caminando entre los árboles. Pero Mylène, la joven maestra, ha desaparecido. A veces, en la vida, bastan unos pocos elementos para despertar oscuros fantasmas del pasado y alterar definitivamente el presente.

Barbara Abel

NO SÉ

Traducción de
Catalina Ginard Féron

Círculo de Lectores

«¿Estás sola, hermosa mariposa?»

Camille sabe que no es sensato leer un mensaje de su amante a primera hora de la noche, momento en que hay que rentabilizar cada segundo. Sin embargo, en cuanto el móvil emite el característico tono de SMS, su corazón toma de inmediato el relevo de sus intenciones y asume el control de su cerebro, impidiendo que la razón haga oír su voz.

Mientras lee el mensaje, la joven no puede evitar esbozar una sonrisa tonta, y de pronto todo cuanto la rodea deja de existir: la cena que se cuece a fuego lento, la mesa que hay que poner, Emma que está en la bañera, el gato que tiene hambre.

Enseguida, sus dedos teclean la respuesta.

«Estoy con Emma. Pero, aparte de eso, sí, sola ;-))»

El tiempo se desvanece, se esfuma, y solo queda la respiración contenida a la espera de una respuesta...

De pronto, unas notas sintéticas resuenan como si le dieran permiso para volver a respirar.

«Y él ¿cuándo vuelve?»

Camille se muerde el labio inferior mientras escribe en el teclado táctil.

«Dentro de una hora, ¿por qué?»

Los segundos vuelven a alargarse mientras espera una palabra dulce... A Camille le encantan estos momentos robados a lo cotidiano, la emoción de los pensamientos ilícitos, la rebelión de una conciencia que, desde hace algunas semanas, la abandona a su suerte...

—¡Mamáááá! ¡Quiero saliiiiir!

En el piso de arriba, la rutina imperiosa y tiránica recupera sus derechos. Emma, de cinco años, ya lleva suficiente rato chapoteando en la bañera.

—¡Ya voy, cariño!

Camille suspira, pero no suelta el móvil. De repente, un olor le llama la atención: algo está a punto de quemarse. Salva la cena por los pelos, sin quitarle el ojo al móvil que no ha tenido más remedio que dejar en la encimera, abrumada por la falta de respuesta...

—¡Mamááá!

–¡Voy!

Camille conoce a su hija: no cejará hasta haber conseguido lo que exige. De mala gana, desliza el móvil en el bolsillo y se dirige hacia el vestíbulo donde se encuentra la escalera que lleva al primer piso. Justo cuando se dispone a subir los primeros peldaños, el timbre de la puerta emite sus dos notas singulares, como el esbozo de un estribillo que no llegará nunca al final de su estrofa.

Camille se queda paralizada.

Las conjeturas que se le pasan por la cabeza, entre el temor y la esperanza, están a punto de hacerle perder la calma, porque lo que se desea con locura se asemeja a veces a lo que uno más se teme. O al revés.

–¡Mamáááá! ¿Quién es?

–Nadie, tesoro. ¡Ya voy!

La joven da media vuelta como una autómatas y, de repente, el obstinado silencio de su buzón de correo se le antoja como la más elocuente de las respuestas. Sabe que es él. Sabe que, en lugar de un pícaro SMS o de un mensaje equívoco, él está ahí, detrás de la puerta, que ha venido a buscarla a su madriguera, allí donde las citas secretas pierden su encanto, allí donde el hechizo de los abrazos prohibidos no la hace más bella ni más preciosa.

Allí donde no es más que una mujer normal y corriente.

–¡Mierda! –murmura esforzándose por no dejarse llevar por el pánico.

Da media vuelta, echa una ojeada rápida al espejo que adorna la pared del recibidor e intenta arreglarse el pelo. Son gestos vanos. Ella, que se prepara con cuidado para cada una de sus citas, se desespera ahora por recuperar en un par de ridículos segundos el esplendor que solo consigue tras pasar largos minutos encerrada en el cuarto de baño.

El segundo timbrado le arranca un quejido consternado. ¿Qué le ha dado para presentarse aquí? ¿Es que ha perdido el juicio? Mientras se acerca a la puerta, Camille siente náuseas. Agarra el tirador, aspira una gran bocanada de aire y abre.

En el umbral, la sonrisa de Étienne la desarma al instante.

–¡¿Te has vuelto completamente loco?! –le susurra asustada, mientras sale y cierra precipitadamente la puerta detrás de ella.

–Tenía ganas de verte –le replica él con esa voz grave que la hace tambalearse una y otra vez.

–¡Vale, pero no aquí! Si llegara...

–¡Lo sé! No te preocupes. No voy a quedarme. Solo pasaba por aquí y...

La frase que deja en suspenso dice tanto como la mirada ardiente que le lanza. Camille suspira, siente que todas sus defensas se derriten como la nieve al sol, mientras ella arde en deseos de abandonarse en sus brazos. La disuade la presencia tan cercana de los vecinos, tiene la sensación de que detrás de cada ventana se esconde una mirada indiscreta, una mente calumniosa, una boca delatora.

–Es aún más duro verte sin poder besarte –murmura ya más serena.

–Entonces, bésame...

Camille sonrío bajando la cabeza, luego la sacude lentamente en señal de impotencia, es para ella la única forma de rechazar el desafío que él le acaba de lanzar... El silencio que se hace entre ellos durante unos eternos segundos es más elocuente que todo lo que puedan decirse los que se desean.

–Tengo que irme –suspira ella alzando por fin la cabeza.

–¿Podemos vernos mañana, a la hora del almuerzo? –le pregunta él y, al verla dudar, añade muy rápido, con la voz baja y el timbre ronco–: Tengo ganas de ti...

–Yo también –le contesta ella con un hilo de voz–. Pero no vuelvas a venir por aquí, Étienne. Prométemelo.

–¿Nos vemos mañana al mediodía? –repite él como una condición a la garantía que ella le pide.

–Lo intentaré.

Camille retrocede un paso, consciente del peligro, sin saber realmente qué resulta más amenazante: la mirada de este hombre que la desea o el fuego interno que la consume... A ciegas, encuentra el tirador de la puerta a su espalda y lo baja enseguida, entreabriendo la retirada hacia una última oportunidad, la de no cometer una tontería.

Él se queda allí, observándola, y sus ojos la envuelven, la calientan, la quemán...

–Te llamaré mañana por la mañana –le promete ella dando otro paso atrás.

Él asiente sin apartar la mirada, esbozando una sonrisa seductora, mientras ella sigue retrocediendo. Cuando se dispone a refugiarse en la entrada, allí donde no podrá alcanzarla, él salta hacia delante y la abraza apasionadamente. Camille apenas esboza el gesto de rechazarlo, pues sabe que es inútil resistirse. No porque él la supere en estatura y fuerza, sino simplemente porque este beso, en este preciso instante, es lo único que ella desea. Entonces se abandona rendida en sus brazos y le devuelve el beso, se cuelga de su cuello, se aprieta contra él

temblando febrilmente. En la violencia de esta ternura apasionada, cada uno parece sacar del otro el oxígeno que necesita para sobrevivir, como si fueran a quedarse sin aire si llegara a romperse el contacto. Y es esta sensación loca que embriaga a Camille, la de poder respirar de nuevo libremente cuando está con él. La de asfixiarse literalmente cuando él está lejos de ella.

Esta relación lleva prolongándose desde hace cinco semanas, más allá de lo razonable. Camille Verdier, una treintañera inocente, había seguido hasta entonces el camino bucólico de una vida sin historias, entre un marido responsable y una niña adorable. Es una de esas mujeres cuya belleza, tanto física como interior, aún no había mostrado todo su potencial. Hasta hace cinco semanas, ella era guapa sin ser bella, amable, pero sin más, un poco torpe, muy sensata y muy cuadrículada (incluso demasiado), y cuando la gente habla de ella, se oyen de forma recurrente las palabras «discreta» y «razonable».

Y entonces tuvo lugar el encuentro con Étienne, que desencadenó en ella un tsunami de emociones.

Sin lograr explicárselo y sin tener la más mínima idea de cómo manejar tanta conmoción, se dio cuenta de que poseía un atractivo físico e intelectual que había dejado que se deteriorara lentamente. Acababa de cumplir treinta y un años, y el devenir de la vida empezaba a inquietarla de manera visceral. A menudo había oído hablar de la crisis de los treinta, pero nunca hubiese podido imaginarse que fuera a afectarla de una forma tan íntima. Enseguida culpó de ello a su vida personal que, de repente, se le antojaba mortalmente aburrida, y lo atribuyó a la rigidez de su marido y a su falta de fantasía.

Algo que no es del todo exacto.

Patrick Verdier está satisfecho de su existencia, y punto. Eso explica seguramente su propensión a dejar que las cosas sigan su curso. Tiene un trabajo estable y gratificante (es profesor de Literatura en la Facultad de Letras de la ciudad vecina), una esposa adorable y una hija maravillosa que aún no le da quebraderos de cabeza. Goza de una vida social plena, entre las apacibles veladas en familia, las reuniones de colegas que se celebran en el bar de la esquina, los proyectos de estudiantes que supervisa después de las horas lectivas, los torneos de tenis con algunos viejos amigos de la facultad... Sencillamente, no encuentra nada que objetar a su destino y se contenta con disfrutar de él sin pedir nada más.

Camille Verdier también tiene un trabajo estable y gratificante que, además, le da cierta independencia económica: es diseñadora de interiores, ha conseguido

hacerse un lugar y un nombre en su sector, y hoy en día dirige un equipo de ingenieros, diseñadores y coloristas con los que prosigue una carrera profesional en franca ascensión.

Por consiguiente, la rebelión que se ha instalado en el corazón de Camille no se debe a un desequilibrio entre su posición social y la de su marido. Eso sería demasiado sencillo. También ella lo tiene todo para ser feliz y, hasta hace cinco semanas, lo era sin duda. O creía serlo. No sabe por qué, de repente, eso ya no le basta. Por qué todo lo que ha construido con amor y paciencia, le resulta de pronto tan soso. Por qué a partir de ahora su marido la molesta más que la interesa. Y por qué ahora parece haber perdido encanto. Por qué desea ella otra cosa. Por qué ya no quiere.

No lo sabe.

Su encuentro con Étienne fue para ella como un electrochoque. En cuanto lo vio, tuvo la sensación física de ser arrancada del maleficio de una rutina insípida. Ella, que hasta entonces seguía su camino sin cuestionárselo, sintió que la mirada de Étienne la resucitaba con una violencia inusitada: como quien se despierta de un sobresalto en plena noche sin comprender dónde está, se encontró abruptamente en el borde de un camino que supo con absoluta certeza que no había elegido. Perdida en medio de un destino que no era el suyo. Era demasiado tarde para dar media vuelta: su hija, a la que adora por encima de todo, avanzaba por ese camino, a su lado, y ella era incapaz de abandonarla, ni siquiera por el más embriagador de los romances.

Atrapada en una dirección prohibida.

Se cruzaron delante de la escuela infantil Les Pinsons, mientras ambos esperaban a sus respectivas hijas. Camille no se había fijado nunca antes en él, pero enseguida la impresionó su carisma y su innegable presencia: un hombre grande, de hombros anchos y con el encanto del conquistador. Un rostro tallado por las brasas de la vida, una mirada intensa y una voz extremadamente seductora. Emanaba de él un aplomo mezclado con una cierta dosis de audacia, así como un olor a tabaco frío, algo que a ella no parecía molestarla, pese a que no era fumadora.

Él la había abordado para asegurarse de que las clases finalizaban realmente a la hora que le habían indicado. Camille se lo había confirmado y de esa manera habían iniciado una conversación, con un intercambio de banalidades en un

rincón de la acera hasta que por fin se abrieron las puertas de la escuela, liberando a los niños y dispersando a los padres. Camille y Étienne se despidieron con una sonrisa impregnada de simpatía.

Volvieron a encontrarse los días siguientes, siempre delante de la escuela, unos minutos antes de que se abrieran las puertas. El vínculo entre ellos se fue tejiendo a hurtadillas, las ganas de verse, como una cita implícita. Cuando estaba con él, Camille se sentía diferente. Más bella, más deseable, más interesante, y la forma en que él la miraba la desconcertaba cada vez más. El atractivo de la novedad y la embriaguez de lo prohibido acabaron por seducirla.

Camille cayó en los brazos de Étienne dos semanas más tarde cuando, al cruzarse con ella por casualidad (¿o no?) a la hora del almuerzo en las inmediaciones de su lugar de trabajo, le propuso compartir un sándwich con ella.

Compartieron mucho más.

Ella, aturdida por la emoción olvidada de gustar a un hombre que solo existía en sus fantasías inconfesables e inconfesadas. Él, terriblemente tranquilizador, sutil mezcla de figura protectora y hombre capaz de despertar una sensualidad latente, logró poner al descubierto sus encantos aletargados, disimulados durante demasiado tiempo bajo su papel de madre y esposa. Con él, ella volvía a sentir el vértigo de la ligereza y el placer sin obligaciones.

A Camille le quedaba la delicada tarea de lidiar con su culpabilidad cuando volvía a casa por la noche, satisfecha y aún impregnada del olor de Étienne. Su instinto le decía que no reflexionara. Así que ella se había apresurado a desoír cualquier tentativa de análisis a fin de acallar su conciencia y decapitar su razón. Simplemente deseaba disfrutar de ese plus que le ofrecía la vida, sin intentar saber adónde la llevaría, y esperaba que esa historia acabara tal como había empezado: un hermoso día y de forma súbita. Sin hacer ruido. Sin hacer daño. Étienne no le exigía nada y, por su parte, ella no le prometía nada. Aquello duraría solo unos días.

Cinco semanas más tarde, la situación se ha vuelto bastante más complicada.

–Hueles bien, Mariposa –murmura Étienne hundiendo la nariz en el cuello de Camille.

Étienne la llama «Mariposa». Le gustan los colores vivos con los que ella se viste, se ríe de esa manía suya de saltar de un tema a otro, como una alegre mariposa que va de flor en flor. También le encanta pretender que la ha transformado en una mariposa, a ella que no era más que una oruga tierna y tosca antes de conocerlo.

—¿Mamá?

Al oír esa pequeña y débil voz, Camille se sobresalta como si la hubiese alcanzado un rayo. Abandona precipitadamente los brazos de Étienne y se vuelve hacia el interior del vestíbulo.

Emma está en la escalera, mojada y torpemente envuelta en una toalla de baño, y los observa con curiosidad.

—¡Cariño! —exclama su madre sin conseguir ocultar el terrible malestar que siente.

La niña permanece impasible. Camille suelta una risa tan incongruente como falsa e intenta desesperadamente dar una apariencia de normalidad a la situación. Se gira con torpeza hacia Étienne y le dirige unas palabras cargadas de una formalidad que no le demostraba en absoluto unos segundos antes.

—Ha sido muy amable pasando por aquí, le llamaré dentro de unos días. Adiós.

En la mirada de Étienne se lee la confusión como en un libro abierto. Después de unos segundos durante los cuales observa a Camille con malestar, se decide por fin a despedirse.

—Muy bien. Espero noticias tuyas.

Justo antes de irse vuelve la cabeza hacia Emma, que sigue plantada en los escalones.

—Adiós, señorita —le dice.

La niña lo escruta con seriedad, pero no le contesta. Camille, que se encuentra entre ambos, intenta disimular mal que bien una impaciencia atormentada.

—Gracias. Adiós —repite con insistencia.

Por fin, Étienne abandona el descansillo y se aleja por el camino que lleva a la calle.

Camille no espera ni un segundo más y cierra la puerta con demasiada violencia.

VIERNES

Las siete y treinta. Mylène, una maestra de veintiséis años, hace sonar con insistencia el timbre del apartamento de su padre. Sabe que seguramente lo despertará y que él estará de muy mal humor, pero no le queda otra alternativa.

A pesar de lo temprano que es, el sol ya brilla en un cielo sin nubes. Es la promesa de un día perfecto. La ciudad se anima poco a poco, la gente va camino del trabajo y los escolares invaden las calles; las panaderías ya funcionan a pleno rendimiento.

Ante la ausencia de respuesta, la joven reprime un movimiento de impaciencia. Consulta el reloj, calcula el tiempo que necesitará para volver a Les Pinsons, y pulsa por segunda vez el timbre con insistencia.

Después de unos segundos de espera demasiado largos, oye por fin la voz dormida y ronca de su padre en el interfono.

—¡Soy yo, papá! ¡Abre!

Tras un instante de titubeo y algunas palabras descorteses masculladas, pero perfectamente audibles, por fin resuena el clic que permite a Mylène entrar en el edificio. La joven se precipita hacia la escalera y sube los escalones de cuatro en cuatro. En la tercera planta, la puerta está entreabierta. Mylène la empuja y entra en el pequeño apartamento.

—¿Has visto la hora que es? —protesta su padre sin ocultar su irritación.

Está en calzoncillos en medio del salón, con el pelo alborotado y, en la cara, las marcas del sueño del que le acaban de sacar. Mylène no se ofende ni por su atuendo ni por el tono con el que la ha recibido. Se acerca a él y le planta a toda prisa un beso en la mejilla.

—Lo siento. No me quedo, ya llevo mucho retraso. Necesito insulina.

Sin pérdida de tiempo se dirige a la cocina y, de allí, derecha a la nevera que abre con gesto apresurado.

—¿Perdón? —le dice ofendido su padre siguiéndola de cerca—. ¿Puede saberse qué estás haciendo?

–Papá, hoy tengo una excursión con la escuela. ¡Salimos dentro de media hora! No tengo tiempo de pasar por la farmacia. De todos modos, aún estará cerrada. Te cojo prestado tu lápiz de insulina.

–¿Por qué no te llevas el tuyo?

–Está vacío.

–¿Y yo qué hago?

–¡Puedes comprarte uno en la farmacia cuando abra! –replica la joven como quien dice una obviedad.

–¡Ese no es el problema, Mylène! –se indigna su padre perdiendo la paciencia–. No veo por qué tengo que ser yo el que vaya a la farmacia cuando puedes perfectamente...

Mylène suelta un suspiro de irritación.

–¡No tengo tiempo, papá!

–Y yo, ¿crees que tengo tiempo?

–¡Tienes todo el día!

–¿Y tú qué sabes? Aún no me he puesto la dosis de esta mañana, ¡porque estaba durmiendo! –añade articulando cada palabra de la última frase, para recordarle a su hija que lo ha despertado.

–¡Póntela ahora! –sentencia ella pataleando–. ¡Papá! No tengo tiempo de discutir contigo. Necesito ese lápiz de insulina. Iré a la farmacia en cuanto vuelva y te compraré uno nuevecito.

–¡No! –declara él rotundamente agarrando el lápiz–. ¡Basta con que te pongas la inyección de esta mañana!

La hija y el padre se plantan cara delante de la nevera que sigue con la puerta abierta. Ambos son diabéticos de tipo 1 y la insulina es vital para ellos. Si se saltan una dosis, las consecuencias pueden ser desastrosas: el organismo de los diabéticos, incapaz de convertir la glucosa acumulada en su sangre en fuente de energía, la transforma en ácidos grasos. Los lípidos utilizados como carburante producen a su vez una acumulación de sustancias ácidas, ocasionando una acidificación excesiva de la sangre y las células, hasta que aparecen síntomas potencialmente fatales: deshidratación, náuseas, vómitos, dificultades respiratorias, confusión y coma.

–Si me haces esto ahora, papá, te juro que...

La joven reprime un arranque de cólera que no se le escapa al padre. Le tiembla el párpado derecho y el ojo se le cierra compulsivamente. Tuerce el gesto, al tiempo que parece faltarle el aire.

–Cálmate, Mylène –le ordena él dominando su irritación–. Te presentas aquí al alba como un tornado, me despiertas de un sobresalto y te apropias de mi lápiz de insulina... ¿Cómo es posible que ya no te quede nada?

–Estaba convencida de que me quedaban algunas dosis –le explica Mylène acalorándose–. ¡Me he equivocado, eso es todo!

Echa un rápido vistazo al reloj y se impacienta aún más.

–¡Maldita sea, papá! ¿Has decidido amargarme el día o qué? El autocar sale dentro de veinte minutos, la directora me matará si llego tarde. Ten...

Abre el bolso con rabia contenida, hurga en su interior con gestos descontrolados, se pone nerviosa, jura y maldice, y por fin encuentra la cartera, de la que extrae un billete de cincuenta euros.

–Aquí tienes dinero para comprar tu maldito lápiz de mierda –le grita a su padre lanzándole el billete a la cara.

Este hace un enorme esfuerzo para controlarse.

–¡Guárdate tu dinero! –le espetta tendiéndole el lápiz de insulina.

Mylène lo coge con un gesto violento y le lanza una mirada asesina.

–Me parece una locura que tenga que suplicarte que me salves la vida.

–¡Salvarte la vida! –exclama él siguiéndola mientras ella se dirige a la puerta del apartamento–. ¡Ya estamos con las exageraciones! ¡No es culpa mía que seas incapaz de administrar tus dosis!

Una vez en el vestíbulo, la joven se vuelve y se encara con él.

–¿Y de quién es la culpa que sea diabética?

En efecto, la causa diagnosticada de la diabetes de Mylène es claramente genética y, por tanto, hereditaria.

–Al menos podrías darme las gracias –replica su padre en un tono de voz más calmado.

Mylène le lanza una mirada asesina. Él afronta la cólera de su hija dirigiéndole una sonrisa que contiene toda la ternura del mundo. Pero la joven no da su brazo a torcer: desprecia esa muestra de cariño y sale del apartamento dando un sonoro portazo.

Él se queda unos instantes inmóvil en medio del salón, mirando fijamente la puerta detrás de la cual acaba de desaparecer su hija.

Después de treinta segundos, la puerta vuelve a abrirse y Mylène irrumpe en el apartamento, se dirige a grandes pasos hacia su padre y le da un beso al tiempo que exhala un suspiro.

–Gracias, papá. Te lo devolveré luego.

–Que tengas un buen día, hija.

En el patio de la escuela, la agitación es máxima. Sobre todo, porque el día promete ser espléndido por primera vez desde hace dos semanas; incluso los partes meteorológicos se han puesto de acuerdo en este respecto. Solo se prevén posibles tormentas de verano al caer la noche. Es tal la excitación que provoca la excursión, que los niños no hacen más que dispersarse a pesar de que se les pide que permanezcan agrupados, mientras que los padres forman corrillos en la entrada de la escuela cuando lo que se espera de ellos es que se dispersen.

–Mireille, ¿ha visto el cartón para los brazaletes? ¡Ha desaparecido misteriosamente!

Cerca de los aseos, Bruno Danzig, el profesor de gimnasia, gesticula en dirección a una mujer elegante y dinámica de unos cuarenta años, que acaba de aparecer y que cruza el patio con paso militar.

–¡En el comedor! –le contesta ella de inmediato.

Sin separarse de su legendaria sonrisa, Mireille Cerise, directora de la escuela infantil Les Pinsons, sigue avanzando sin detenerse. El alegre desorden que reina en el patio no parece afectarla; como si todo estuviera bajo control. Algo que, en realidad, dista mucho de la realidad.

–¡Éliane! –exclama mirando a una maestra que hace lo que puede para poner un poco de orden–. ¡Ya va siendo hora de que forme su fila, los niños subirán al autocar dentro de cinco minutos!

Éliane asiente con un gesto y alza la voz para exigir calma. Mireille se dirige hacia el cobertizo, zigzaguea entre los pequeños, atrapa al vuelo un balón que confisca sobre la marcha, evita por los pelos a un niño que se desploma delante de sus pies y al que levanta del suelo casi sin detenerse.

–¡Mireille! –grita el conserje desde la entrada del patio–. ¡El autocar está bloqueando toda la calle! ¡Espabilad!

–¡Ya vamos, ya vamos!

Y luego, al ver a Bruno que vuelve del comedor cargado con una caja:

–Póngase en la puerta, señor Danzig, y entregue un brazalete a cada niño que salga.

–¡Es lo que me disponía a hacer!

–¡Y eche a los padres, que están provocando un atasco!

Bruno Danzig se aleja mascullando.

–¡Echar a los padres! ¡Qué ocurrencias tiene!

Mireille se dirige a la recepción. Justo antes de alcanzar la puerta, advierte a tres niños que se pelean como ropavejeros a algunos metros de ella.

–¡Alto! –vocifera enseguida acercándose a los chiquillos–. Habéis acabado, ¿no? ¡Poneos enseguida en la fila u os quedaréis en la escuela!

Los niños intentan justificarse en vano: Mireille los agarra por el brazo y se los lleva a rastras hacia Éliane.

–¿Son suyos estos tres?

–No, son alumnos de Mylène –le contesta Éliane, decana de los maestros de la escuela.

–¿Y dónde está Mylène? –pregunta Mireille barriendo el patio con la mirada.

–Aún no ha llegado.

–No hablará en serio, ¿verdad?

De repente, la sonrisa de Mireille se congela. Consulta su reloj de pulsera y deja escapar un suspiro de contrariedad. Los niños aprovechan el desconcierto para escabullirse mientras que, un poco más lejos, se forma algo parecido a una fila bajo las órdenes de Éliane. La directora cambia de inmediato de rumbo y se acerca al conserje.

–¿Has visto a Mylène esta mañana?

–No –contesta él indiferente a la irritación que detecta en su tono de voz–. Y bien, ¿van a subir al autocar o qué? ¡Si seguimos así, el ayuntamiento volverá a llamarnos la atención!

–¡¡¡Estamos esperando a Mylène!!!

Mientras se aleja, Mireille se saca el móvil del bolsillo, lo consulta y constata que no hay nuevos mensajes. Acto seguido, abre la agenda, selecciona el número de Mylène Gilmont y, cuando se dispone a telefonar, ve a la joven corriendo a su encuentro.

Mylène es la maestra más joven de Les Pinsons. Su espesa cabellera pelirroja y rizada le confiere un aspecto de adolescente acentuado aún más por un rostro cubierto de pecas. Si no fuera por su atuendo siempre irreprochable se

diría que tiene diecisiete años, algo que, en su profesión, no supone una ventaja: su fisionomía juvenil desconcierta a muchos padres que desconfían de su capacidad para hacerse cargo de quince niños de seis años.

Es la dictadura de las apariencias.

Para empeorar las cosas, Mylène es poco agraciada. Si bien muchas pelirrojas poseen una belleza impresionante, ella no forma parte de ese grupo. Sus facciones están desprovistas de armonía; tiene las cejas demasiado separadas, los ojos ligeramente caídos, la nariz demasiado larga, la boca muy estrecha. Todo ello le confiere una apariencia de malhumor, como si la contrariedad fuera su estado de ánimo por defecto. A primera vista, Mylène no es lo que uno calificaría como una joven atractiva.

La directora cierra el móvil con un golpe seco antes de recibir a la profesora con ampulosos aspavientos de irritación.

—¡Pero bueno! ¡Ha elegido el peor día para llegar tarde!

—¡Lo siento mucho! —exclama Mylène con la respiración entrecortada—. ¡No me ha sonado el despertador, no sé por qué! Y cuando he abierto los ojos...

—¡No malgaste saliva, no tenemos tiempo para eso! Reúna a sus alumnos y llévelos al autocar. Salimos dentro de cinco minutos.

La maestra se apresura a obedecer avergonzada: avanza hasta el centro del patio, da unas palmadas y reúne a sus jóvenes alumnos. De inmediato, se le acercan algunos padres con infinidad de cosas que comunicarle sobre sus retoños: Matteo se marea en el autocar, igual que Anaïs; Félix padece rinitis alérgica; el Ventolin de Jérôme está guardado en el bolsillo pequeño de su mochila por si sufre un ataque de asma; hay que procurar que Julie no se quite el pañuelo del cuello a pesar del sol, puesto que esta mañana le dolía un poco la garganta, pero no quería perderse la excursión por nada del mundo.

Mientras guía a los niños hacia la salida, Mylène asimila todas estas informaciones. Junto a la entrada, Bruno distribuye los brazaletes fluorescentes de color amarillo que los niños se ponen alrededor del brazo y que sirven para indicar su pertenencia a Les Pinsons e identificarlos de lejos.

—¡Buenos días, Bruno! —exclama Mylène esbozando una torpe sonrisa—. ¿En forma para afrontar la larga jornada?

—Hola, Mylène. Lo único que me consuela de las excursiones escolares es que anuncian el final de curso.

—¡Aun así nos queda más de un mes!

—Pues lo que digo: solo queda un mes para las vacaciones.

Sin saber qué responder, la joven se contenta con asentir con cautela. Siempre se siente incómoda en presencia del profesor de gimnasia, porque no puede evitar encontrarlo terriblemente seductor a la par que es muy consciente de su escaso poder de seducción.

Para disimular su turbación, Mylène traslada su atención a los niños de su clase, a los que por fin les toca subirse al autocar. Algunos padres aún están allí, apostados en la acera de enfrente para verlos partir. Treinta niños de entre cuatro y seis años dando rienda suelta a la excitación de vivir este día extraordinario. El programa incluye la visita a una granja pedagógica por la mañana, un pícnic en los alrededores del bosque de los Cuatro Robles, y la construcción de cabañas en el claro de las Amapolas, un bonito espacio al aire libre y de fácil acceso a través de un sendero bien despejado y situado a apenas ochocientos metros de la linde del bosque.

En la acera, junto a la entrada de la escuela, Mireille Cerise supervisa la buena marcha de las operaciones. A su lado, el conserje zapatea con impaciencia, refunfuñando por la lentitud de los rezagados a la hora de subir los tres malditos peldaños que llevan al interior del autocar.

–Deje de una vez de gruñir –le ordena ella en voz baja sin dejar de sonreír–. Parece un viejo bulldog a punto de ponerse a babear.

–No sé si voy a babear, pero me gustaría pegarle un mordisco a algunas pantorrillas para que muevan el culo –le responde él a media voz con el mismo tono lacónico.

En cuanto sube el último alumno, la directora recoge la caja de cartón en la que solo quedan algunos brazaletes, mientras que Bruno entra en el autocar, seguido de Sandrine, una de las vigilantes de guardería. En el interior del vehículo, Éliane y Mylène, las dos maestras ayudadas por Véronique, la bibliotecaria, terminan de ubicar a los niños, al tiempo que se ocupan de los caprichos de cada uno, se aseguran de que los que se marean se instalan en los asientos delanteros y consuelan a algún otro pequeño impresionado por tanta agitación.

Por fin, el autocar está listo para salir. Con la nariz pegada a los cristales, los niños agitan alegremente las manos hacia la acera de enfrente, unas señales de despedida a las que los padres responden con entusiasmo. El vehículo se pone en marcha y se aleja, para gran alivio del conserje, que emite esta vez un gruñido

de alegría. Aunque Mireille Cerise experimenta la misma satisfacción, no lo demuestra y saluda amablemente a los padres que por fin se deciden a abandonar el lugar.

–¡Tienen suerte con este tiempo! –observa un joven padre al pasar delante de ella.

–En efecto –reconoce ella levantando los ojos al cielo–. Han pronosticado tormentas, pero no se prevén hasta la noche. ¡Les espera un día maravilloso!

Mientras estaciona el coche en el aparcamiento de la facultad, Patrick Verdier apenas consigue dominar su irritación. No tiene por costumbre llegar con siete minutos de retraso. Lo peor de todo es que ha salido de casa con tiempo de sobra y que detesta estar a merced de la incompetencia de los demás.

Sin perder tiempo, coge su cartera del asiento del acompañante, sale del vehículo, cierra la portezuela de un golpe y activa el cierre automático de las puertas pulsando, apresurado, el llavero. Los faros del coche parpadean brevemente dos veces, saludándole con un sonido casi alegre. Patrick Verdier se aleja en dirección al edificio principal, echa una ojeada rápida a su reloj y aprieta aún más el paso. El día empieza mal.

En los pasillos de la facultad, la corriente de estudiantes se reparte entre las diferentes salas. El profesor se abre paso, cada vez más exasperado a causa de los obstáculos en movimiento que le impiden recuperar algunos segundos preciosos. Aún tiene que pasar por secretaría antes de ir al aula donde impartirá dos horas consecutivas de clase sobre literatura escandinava del siglo XIX. El alegre alboroto que resuena en los corredores no atempera en absoluto su humor, más bien al contrario: el desorden y el ruido le resultan tan insoportables como nefastos. Monopolizan la atención, ralentizan la reflexión y neutralizan la concentración. Patrick Verdier avanza impaciente. Solo le faltan algunos metros para llegar a la puerta de secretaría. El reloj de pulsera le indica que su retraso se ha alargado un minuto. Hay días en que todo va mal.

Por fin entra en las oficinas administrativas.

–¡Profesor Verdier! –exclama Jeannine, una de las secretarias de más antigüedad de la facultad–. ¡Creía que le había ocurrido alguna desgracia!

A pesar de la seriedad con la que lo ha dicho, él advierte un destello de burla en su mirada.

–¡No me lo recuerde! ¡Menuda pesadilla!

Patrick Verdier coge el correo al que pasa revista rápidamente.

–Ni siquiera he tenido tiempo de tomarme mi infusión –masculla suspirando.

Por encima de la pantalla de su ordenador, Jeannine le dirige una sonrisa compasiva. Con un gesto de disgusto, Patrick Verdier guarda la correspondencia en la cartera y da media vuelta. Unos instantes más tarde, empuja la puerta del aula 12B, en la que unos cien estudiantes están ocupando sus asientos.

El ritual es inalterable: después de instalarse detrás del escritorio, Patrick Verdier echa un vistazo a sus apuntes mientras espera a que reine la calma. Solo empezará la clase cuando esta esté en completo silencio. Los estudiantes de segundo y de tercero están acostumbrados y no tardan más de unos instantes en comunicar al profesor que están listos. Estos son de primero y pueden necesitar un poco más de tiempo. Ya le ha sucedido alguna vez tener que esperar casi veinte minutos antes de poder iniciar la clase. En los pasillos de la universidad se rumorea en tono burlón que cuando Verdier entra en el aula, incluso las moscas dejan de volar.

Al cabo de un minuto y treinta segundos –son estudiantes de primer año, aunque el curso universitario está punto de acabar–, el profesor levanta por fin la nariz de sus notas.

–Hoy retomaremos el análisis de la obra de Henrik Ibsen, *Casa de muñecas*. En la clase anterior examinamos la flagrante oposición que se establece entre la ética privada conferida tradicionalmente a la mujer en la sociedad de la época, arraigada en las nociones de responsabilidad y cuidado, y la ética pública, representada por el hombre, y regida por los principios de deber y justicia. Mientras que la mujer es reina y dueña absoluta en el seno de su hogar, donde administra la organización doméstica, en cambio no tiene ni voz ni voto en la gestión del orden social y desatiende todas las realidades que rebasan el marco del hogar. Nora es el prototipo ordinario de la imagen femenina de finales de siglo XIX. Al inicio de la obra es una mujer como tantas. Su felicidad es sinónimo de seguridad, y la mera presencia de su marido y de sus hijos debe ser suficiente para llenar su vida.

Patrick Verdier hace una pausa, presa de una repentina turbación. Aunque normalmente, y por principios, traza una frontera muy clara entre su vida profesional y el ámbito privado, algunas palabras que intercambié anoche con su mujer resuenan en su cabeza. Avergonzado por este pensamiento parásito, y para disimular, recorre el auditorio con la mirada, al tiempo que aparta de su mente este recuerdo inoportuno. Luego prosigue:

–Al falsificar la firma de su padre para pedir dinero prestado a un usurero a fin de que su marido enfermo pueda curarse, Nora no solo no cree contravenir la

ley, sino que en cierto sentido se siente orgullosa de un acto que, a su juicio, se ha visto guiado por la idea de justicia y bondad. Es la conciencia moral lo que la ha empujado a dar ese paso. Ella desconoce las normas que rigen la sociedad. Nora, que ha sido excesivamente protegida, primero por su padre y después por su marido, es víctima de las representaciones normativas de su tiempo. A finales del siglo XIX, hay que ser esposa y madre antes que mujer.

De nuevo, un eco socarrón resuena en la mente del profesor, que ahuyenta rápidamente de sus pensamientos.

–Les recuerdo que Ibsen no escribió este texto con un objetivo feminista, aunque era sensible a estas ideas. Su motivación era ante todo dar al drama burgués una profundidad psicológica y una dimensión social ausentes en la escena teatral desde Shakespeare. Ibsen retrata a la clase media de su época. Cuando Nora, al final de la obra, cierra de golpe la puerta de su domicilio declarando, y cito: «Pero ahora no puedo conformarme con lo que dicen los hombres y lo que está escrito en los libros. Tengo que pensar por mi cuenta en todo esto y tratar de comprenderlo», se convierte en el emblema de las mujeres que luchan por la igualdad entre los sexos.

Durante una hora y media, Patrick Verdier desarrolla y analiza el texto de Ibsen ante un atento auditorio. Su profesionalidad y su perfecto conocimiento del tema le permiten llegar sin escollos al final de la clase, pero el profesor no puede mentirse a sí mismo: no está en su mejor forma. En su cabeza se agolpan, entre la inquietud y el desconcierto, algunas preguntas que le impiden poner a prueba su habitual serenidad.

Desde hace algún tiempo, entre su mujer y él se multiplican fricciones cuyas razones no alcanza a comprender. Se da cuenta de que algo ha cambiado en el comportamiento de Camille. Por mucho que ella niegue la evidencia y le asegure que todo va bien, que son ideas suyas... él sabe que algo no cuadra. Todos los días, sin excepción, está nerviosa, se enfurece por nimiedades, se exaspera de forma exagerada ante la mínima contrariedad... Y cuando no manifiesta su irritación a golpe de palabras hirientes o de gestos desmedidos, se muestra ausente, con la mirada perdida en el vacío. Él ya no sabe por dónde cogerla. Se esfuerza por hurgar en sus recuerdos a fin de encontrar el origen del problema, qué suceso desencadenó este desacuerdo, qué malestar altera el estado de ánimo, normalmente tan apacible de su mujer...

No lo sabe.

Lo que más lo apena es el silencio obstinado de Camille. Como si se negara

a sincerarse con él. Al principio no le prestó atención, convencido de que no era más que una fatiga pasajera, alguna preocupación sin importancia. Sin embargo, las tensiones perduran y cada día trae nuevos desacuerdos por motivos que, personalmente, considera fútiles. Y cuando intenta tratar con ella las causas de su estado de irritación general, Camille elude sus preguntas o directamente lo manda a paseo. Incluso la nota menos paciente, menos indulgente y menos disponible con la hija de ambos.

—¿Señor?

Patrick Verdier se sobresalta levemente al verse sorprendido en los meandros de sus oscuros pensamientos. Delante de él, una estudiante se balancea de un pie a otro, mientras esboza una sonrisa a la vez tímida y cautivadora.

—¿Sí?

—Disculpe, querría hablarle de mi exposición sobre Strindberg.

—La escucho.

—De hecho, en un principio debía entregársela la semana que viene, pero admito que llevo un poco de retraso en mi investigación y querría saber si podría concederme una semana más de plazo.

Patrick Verdier examina unos instantes a la chica con una mirada impasible. Está delante de él, con el bolso negligentemente echado sobre el hombro. El pelo castaño claro separado en dos trenzas impecables que se posan sobre sus clavículas, a uno y otro lado del cuello. Es muy mona y espera su respuesta dedicándole una mirada cándida y confiada. Sin desvelar su opinión, el profesor se reclina en el respaldo del asiento y se quita las gafas que empieza a secar con la pequeña gamuza prevista a tal efecto.

—¿Cuál es el motivo del retraso en su investigación, señorita... señorita?

—Gillet. Sylvie Gillet.

—¿Señorita Gillet?

—Bueno, de hecho, hemos tenido que entregar un trabajo importante de gramática comparada y por eso no he tenido tiempo para interesarme por Strindberg.

Patrick Verdier asiente una y otra vez, lentamente, como si reflexionara, y entonces vuelve a ponerse las gafas sobre la nariz.

—A diferencia de la Nora de Ibsen, no desconoce usted las normas que rigen la facultad en general y mi curso en particular.

—No —responde la estudiante cuya sonrisa se congela imperceptiblemente.

—Perfecto. ¿Su conciencia moral considera justo tomarse tiempo para

realizar un trabajo en detrimento de otro?

–De hecho, no es tanto a causa de la gramática comparada –replica de inmediato Sylvie Gillet comprendiendo que ha esgrimido un pésimo argumento para justificar su solicitud.

–¿Ah, no?

–De hecho, he tenido algunos problemas de salud, y por eso me he retrasado en mi trabajo de gramática comparada y por eso aún no he podido empezar mi investigación sobre Strindberg.

–No cabe duda de que se trata de un contratiempo desafortunado –reconoce el profesor–. En su opinión, ¿nos hallamos ante un problema de ética privada o de ética pública?

–Yo diría que de ambas...

–Explíquese.

–De hecho, en principio, se trata de un problema de ética privada que suscita un problema de ética pública.

Patrick Verdier esboza una mueca dubitativa antes de pronunciar su veredicto.

–Tengo la impresión de que no ha entendido bien el papel de la literatura y sus desafíos éticos. *De hecho*, espero que presente su exposición sobre Strindberg en la fecha prevista. Además, voy a pedirle que me haga un estudio comparativo entre el personaje de Nora en *Casa de muñecas* de Henrik Ibsen y el de *La señorita Julia* de August Strindberg.

La dulce cara de Sylvie Gillet se descompone al oír la sentencia. Se queda boquiabierta delante de Patrick Verdier quien, sin preocuparse de su presencia, empieza a guardar sus notas y cuadernos en la cartera. La pobre chica busca algo que aducir en su defensa, pero ante la actitud deliberadamente insensible del profesor, se resigna a guardar silencio. Se traga un sollozo impregnado de rencor y da media vuelta sin despedirse del docente.

Patrick Verdier acaba de recoger sus cosas y también él se dirige tranquilamente a la salida del aula.

La visita a la granja pedagógica es un rotundo éxito: los niños han podido ordeñar a las vacas, se han ocupado de los caballos, han alimentado a las gallinas, se han burlado de los cerdos y se han quedado extasiados delante de una camada de conejos. Durante toda la mañana, han trabajado con entusiasmo preparando cada uno su propio pan, una hogaza no mucho más grande que una pelota de tenis, que han devorado a la hora del tentempié.

Incluso los cinco acompañantes –Éliane y Mylène, las maestras, Bruno, el profe de gimnasia, Véronique, la bibliotecaria, y Sandrine, la vigilante– se han divertido. El tiempo especialmente clemente y el ambiente alegre generado por la exaltación de los niños convierten este día en un anticipo de las vacaciones, lo cual no hace sino aumentar el buen humor general. El curso escolar está llegando a su fin, y con él la relajación se impone a las convenciones y demás cortesías profesionales. Mylène, en particular, enfrascada en su papel de aprendiz de granjera, ha sido rebautizada como «Mylène Farmer» por Bruno, lo que provoca la hilaridad de Sandrine y Véronique. Solo Éliane no ha comprendido el juego de palabras, pues no tiene ni idea de quién es Mylène Farmer. Por su parte, la principal interesada, que no tiene nociones de inglés, apenas le ha visto la gracia a la comparación, convencida de que Bruno hacía alusión al color de su pelo. No obstante, ha optado por reír para no hacer el ridículo.

La mañana toca a su fin. Después de despedirse de Jeanne y Paul, los encantadores granjeros que los han acogido, así como de todos los animales, la alegre tropa vuelve a subirse al autocar para poner rumbo al bosque de los Cuatro Robles donde dan buena cuenta del pícnic. Durante el almuerzo, los adultos controlan a los niños y luego los dejan libres durante media hora, tiempo que aprovechan para comerse su tentempié.

Bruno se ha sentado en el suelo con las piernas cruzadas y la espalda apoyada en un árbol. A su lado, Sandrine y Véronique parecen formar una pareja de *groupies*. Charlan, bromean, ríen, mientras los chistes surgen, cómplices y ligeros. Mylène y Éliane, algo apartadas, se comen sus bocadillos sin perder de vista el grupo de alumnos que se divierten en el claro del bosque. De vez en

cuando, una de ellas increpa a un niño, le pide que se calme, que no rebase los límites permitidos, que no se revuelque en la hierba o que suelte el cuello de un pequeño camarada.

El lugar es idílico. Borneado de árboles de generoso follaje y de tonos variados, el claro parece un escaparate verde donde las hierbas ondean bajo los rayos del sol. El canto de los pájaros acompaña al clamor de los niños, o quizá sea más bien al contrario. Los aromas del bosque se mezclan con los perfumes de las flores silvestres que salpican el lugar cual manchas de color en un cuadro impresionista. Aparte de algunos arañazos de poca gravedad, los niños han pasado una mañana fabulosa e inician la tarde rebosantes de energía.

El instante podría ser perfecto. Sin embargo, Mylène no está para risas. La evidente complicidad que reina entre Bruno, Sandrine y Véronique la devuelve a su propia soledad, ese miedo clavado en el alma que, desde pequeña, hace que tenga un carácter tan serio. Sus tentativas de relajarse se convierten una y otra vez en dolorosos fracasos que amplifican su sentimiento de exclusión. Cualquier intento de bromear suena falso, no hace gracia, es ridículo. La joven carece de humor y de capacidad de réplica, y envidia la seguridad y la desenvoltura de las que los demás parecen estar generosamente dotados. Por si fuera poco, es perfectamente consciente del físico poco agraciado con el que carga como un fardo vergonzoso y molesto. Eso le revuelve las entrañas. Con el corazón en un puño se maldice por ser fea, rígida, sosa y acomplexada.

Después de engullir su bocadillo, se percata de que ha olvidado la inyección de insulina que debía ponerse antes de comer. Ya va siendo hora de que lo haga, pues con las prisas y los nervios de la excursión se ha saltado la dosis de la mañana. ¿De qué habrá servido cogerle el lápiz a su padre si no lo utiliza?

La joven maestra mira alrededor para encontrar un sitio donde ocultarse. En la escuela nadie está al corriente de su enfermedad. Ya tiene suficientes fallos e imperfecciones como para añadir la diabetes.

Ya la compadecen bastante.

Un poco más lejos, descubre unos matorrales detrás de los que podrá inyectarse a salvo de las miradas, y busca el lápiz en su bolso.

—No pretendo ser aguafiestas, pero quizá vaya siendo hora de seguir con el programa —propone Éliane mientras se levanta y se quita algunas briznas de hierba que se le han quedado adheridas a la falda.

Sandrine, Véronique y Bruno asienten. Los tres se levantan y ayudan enseguida a la maestra a recoger algunos restos olvidados por los niños. Mylène

observa a sus colegas de soslayo sin moverse mientras le da vueltas a lo injusto que es su estado. Si se va ahora, corre el riesgo de que la acribillen a preguntas. Podría simular que necesita orinar, pero, también en este caso, una vergüenza traicionera le impide mencionar esta necesidad tan natural. Su evidente exclusión del grupo de maestros le pesa más de lo que está dispuesta a admitir. De haber sido ella, Mylène, la que hubiese puesto fin a la pausa del mediodía, seguro que la hubieran considerado la pesada de turno, la eterna cruz que se soporta por obligación. Éliane también da la impresión de mantenerse al margen del trío, pero tiene la excusa de la edad y no parece contrariada por ello.

–¡Niños! –exclaman a coro Sandrine y Véronique–. ¡Venid! ¡Hay que reagruparse enseguida! ¡Vamos, rápido!

Los críos se unen a ellas en enjambres multicolores, formando de inmediato una masa compacta y ruidosa. Éliane se encarga de restablecer el orden y la calma mientras que los últimos rezagados se apresuran a unirse a ellos.

–¿Vienes, Mylène? –la llama Sandrine, mientras Bruno y Véronique hacen un rápido recuento de los alumnos.

–Ya voy –responde la joven forzándose a sonreír.

Da igual. Ya se pondrá la inyección más tarde, cuando cada uno esté ocupado con sus obligaciones.

–Vale, ¡ya están todos! –declara Bruno satisfecho. Y luego, alzando la voz para que lo oigan todos–: ¡Vamos a empezar el concurso de cabañas!

Los niños dan rienda suelta a su placer con un entusiasta alboroto que Bruno aplaca rápido exigiendo calma.

–¡Silencio, o no habrá nada de nada! ¡Nada de concursos y nada de cabañas, volvemos a la escuela y se acabó! ¿Entendido?

Todos asienten enérgicamente con una sonrisa de oreja a oreja. Conocen las amenazas de su profe de gimnasia, siempre terriblemente crueles, pero nunca puestas en práctica.

–¡Vamos a hacer grupos de seis! –explica él alzando la voz–. Jérémie, ¡si no te interesa lo que estoy contando, sobre todo no dudes en decírmelo!

El pequeño Jérémie interrumpe lo que está haciendo –empujar a uno de sus compañeros– y adopta de inmediato un aire angelical, por lo que Bruno no puede evitar reír para sus adentros.

–Cada grupo tendrá un jefe de equipo, es decir, uno de nosotros cinco –prosigue señalándose a sí mismo y a sus compañeras–. Tenemos dos horas para construir las cabañas más bonitas del mundo. El equipo que levante la

construcción más sólida habrá ganado. ¿Entendido?

En medio de un clamor, los niños responden afirmativamente al unísono.

—¡Perfecto! Entonces, vamos a formar los grupos.

Durante los siguientes minutos, Bruno distribuye a los niños en cinco grupos de seis. La tarea es complicada puesto que hay que tener en cuenta afinidades y antipatías, muy fluctuantes en esta etapa infantil de la existencia. Los que por la mañana eran amigos íntimos no soportan ahora tener que dirigirse la palabra. Los que no se aguantaban a la hora del almuerzo se han vuelto inseparables.

A continuación, Véronique asigna un adulto al frente de cada grupo.

Unos instantes más tarde, cada cual toma posesión de sus tropas y se da el pistoletazo de salida del concurso.

Al igual que sus compañeros, Mylène dirige unas palabras a los miembros de su grupo para motivarlos y establecer una estrategia. Entre los seis niños que están a su cargo, cuatro son de su clase: Félicien, Elena, Emma y Harold. Así pues, empieza por pedirles a los otros dos, que son alumnos de Éliane, que le recuerden sus nombres. Eva y Léo obedecen enseguida.

Luego se los lleva a un rincón del claro, cerca de los árboles, para encontrar el lugar ideal donde construir la cabaña. Mientras caminan intenta averiguar las habilidades de cada uno.

—¡Señorita Mylène! —exclama de repente Félicien—. ¡Emma no quiere venir con nosotros!

Interrumpida en plena frase, Mylène se vuelve. Félicien tiene razón: la pequeña Emma Verdier no se ha movido de su sitio y mantiene tercamente la cabeza gacha, con un mohín de enfado y el ceño fruncido.

—¿Vienes, Emma? —le ordena la maestra.

La pequeña no se mueve y no responde.

—¡Emma! ¿Me oyes?

Ella sigue sin reaccionar.

Mylène titubea un instante. Odia los caprichos y conoce el carácter tiránico de la niña, la capacidad que tiene de hacer pasar a todos por el aro, así como la tenacidad de su obstinación. Emma es más terca que una mula. Puede ser absolutamente encantadora, pero también terriblemente odiosa. En sus días malos, conseguiría enfrentar a dos montañas. Posee un don totalmente inútil para

discutir, quejarse, gruñir, protestar, maldecir, refunfuñar y, sobre todo, no dar nunca su brazo a torcer. Con tan solo cinco años, esta chiquilla puede ser un auténtico dolor de cabeza.

Mylène vuelve sobre sus pasos y se acerca a la niña.

–¿Qué te pasa, Emma? ¿No quieres venir a construir una cabaña?

La pequeña fustiga a la maestra con la mirada.

–Quiero construir una cabaña. ¡Pero no contigo!

Mylène alza una ceja desconcertada.

–¿Ah, no? ¿Y por qué, si puede saberse?

Esta vez, la niña mantiene un silencio terco. Mylène levanta los ojos al cielo suspirando y luego la examina con cierto desánimo.

–Bueno, Emma, no puedo perder el tiempo con tus caprichos. Si no quieres construir una cabaña conmigo, nadie te obliga. Quédate aquí y espera a que hayamos acabado.

Deja a la niña donde está, mientras arrastra a los demás consigo.

–No vamos a arriesgarnos a perder el concurso solo porque una chiquilla insoportable haya decidido dar la nota –murmura apretando el paso hacia el rincón del claro destinado a servirles de terreno de construcción.

Unos segundos más tarde, el equipo de Mylène se pone manos a la obra. La maestra se toma muy a pecho la competición. Anima a sus pequeños arquitectos con órdenes y gritos, y no escatima esfuerzos para montar la estructura de su futuro palacio. Recoger trozos de leña de diferentes tamaños, clasificarlos, juntarlos, nada desalienta a la joven que, no obstante, entiende tan poco de cabañas como de inglés. Mientras anima a los niños a realizar las tareas asignadas, vigila con el rabillo del ojo las demás construcciones que se levantan poco a poco.

Al cabo de unos quince minutos, mientras Mylène está totalmente enfrascada en su misión, Bruno se acerca a ella y se la lleva aparte.

–Mylène... ¿Qué pasa con Emma Verdier? ¿No dejas que construya la cabaña con vosotros?

La maestra abre los ojos asombrada.

–¿Perdona?

–Cuando le he preguntado qué hacía sola en medio del claro, me ha dicho que no la querías en tu equipo...

Mylène no puede evitar soltar una exclamación de indignación.

–¡Qué morro tiene! ¡Es ella la que se niega a unirse a nosotros!

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—¡Ni idea! Me imagino que hoy no le gusta mi cara...

—Vale, escucha, no sé qué ha pasado entre vosotras, pero no puedes dejarla sola.

La joven empieza a perder la paciencia, sobre todo porque los pequeños, intrigados por la conversación entre la maestra y su profesor de gimnasia, han interrumpido el trabajo y la construcción se retrasa. Mylène abre la boca, con la clara intención de replicar, pero cambia de idea. Sin añadir una palabra, se dirige con paso firme hacia la niña que está plantada sola en medio del claro.

—¡Bueno, Emma, ya basta! ¡Déjate de tonterías y ven a construir la cabaña con nosotros!

Y sin esperar a que la niña reaccione, la agarra por la muñeca y la arrastra hacia su cuartel general. La pequeña se deja llevar e intenta seguir el ritmo impuesto por su maestra. Sus pequeñas piernas galopan al lado de Mylène, a punto de tropezar, y luego retoma mal que bien el ritmo de esta alocada carrera.

Después de reunirse con los otros cinco niños que observan la escena con curiosidad, Mylène suelta por fin a Emma entre sus compañeros.

—Vale. ¡Volvamos al trabajo! —declara en tono autoritario—. ¡La cabaña no se va a construir sola! ¿Todos sabéis lo que tenéis que hacer? Emma, tú ayudarás a Félicien a traer las ramas un poco más grandes. Si las cogéis cada uno por un extremo, seguro que lo conseguís. ¡Venga, vamos!

Mylène retoma también el trabajo donde lo había dejado: dos trozos de madera unidos que han de servir de armazón para un refugio que parece más una tienda de indios que una verdadera cabaña. Coge el cordel del que corta un buen trozo con el que entrelaza cada extremidad a fin de consolidar la estructura.

—¡Señorita! ¡Emma está llorando!

—Pero bueno...

La maestra ahoga un juramento y reprime un gesto de fastidio. Abandona de nuevo la estructura y regresa al lado de la niña que, en efecto, solloza desconsoladamente.

—¿Qué te pasa, Emma? —le pregunta sin ocultar su irritación—. ¿A qué vienen esos lloros?

Por toda respuesta, la niña abre la boca de par en par y emite un largo e interminable quejido, bostezando más que llorando. Arma tanto jaleo que llama de inmediato la atención de todos los niños y de sus responsables en las cuatro esquinas del claro.

–¿Quieres dejar de gritar como una descosida y explicarme lo que te pasa?
–vocifera la maestra, tanto por la exasperación como para disimular el escándalo que arma la niña.

Pero Emma no atiende a razones y gimotea con más fuerza. Mylène se impacienta, se contiene para no agarrarla y zarandearla como un ciruelo, y darle auténticos motivos para llorar...

–Mylène... ¿Va todo bien?

Esta vez es Véronique la que se acerca interesada por saber qué sucede. La bibliotecaria se aproxima poco a poco a Emma, al tiempo que interroga a la maestra con la mirada. Cuando llega donde está la niña, se arrodilla para ponerse a su altura y la atrae hacia sí con un gesto de consuelo.

–Vamos, vamos... ¿Qué te pasa, Emma?

La pequeña se deja llevar y se tranquiliza poco a poco. Las mejillas bañadas de lágrimas, la nariz que gotea, el pecho que tiembla bajo el peso de la tristeza... Véronique se saca de inmediato un pañuelo del bolsillo y empieza a secarle la cara.

–¿Puedes explicarme qué te pasa? –le pregunta con dulzura.

–Es la señorita Mylène... –lloriquea Emma–. Es mala conmigo.

Mylène, que ha presenciado toda la escena, suelta un grito escandalizado. Véronique le hace un gesto de apaciguamiento sin apartar la vista de la niña.

–Vale, ¿quieres venir a mi grupo? –le propone esbozando una cálida sonrisa.

Emma asiente con energía en señal de asentimiento. Véronique se levanta y se vuelve hacia Mylène, que la reprende con una mirada indignada. Uno de sus párpados, el derecho, empieza a temblar y, muy a su pesar, a guiñar compulsivamente.

–Me la llevo, ¿de acuerdo? Creo que será lo mejor.

–¡Es el colmo! –exclama Mylène ofendida–. Es pura y simplemente un capricho. ¡Esta chiquilla nos toma el pelo!

–Es posible –admite Véronique–. Sea lo que sea, procuraremos que todo salga bien, ¿de acuerdo?

Y, sin esperar el consentimiento de la maestra, se lleva a la niña que, esta vez, esboza una sonrisa triunfante.

Camille Verdier llega jadeando a la puerta de Étienne: la carrera, la emoción y el miedo la han dejado sin aliento. Después de cinco semanas de adulterio, sigue temblando como un flan cada vez que se reúne con él. Solo cuando se abandona en sus brazos lo olvida todo: su marido, su hija y la situación absurda en la que se ha metido...

Étienne es como una droga: produce euforia, es terriblemente bueno y definitivamente funesto.

El día que se conocieron, su vida adquirió ese sabor indefinible que la transporta a una realidad desconocida hasta entonces. Su manera de ver las cosas, las personas, los lugares o los sucesos no tiene nada en común con la manera en que ella ve el mundo. Es como si viniera de otro planeta, de un universo cuya existencia ella adivina, pero al que no tiene acceso. Un país extranjero en el cual no hay lugar para ella. Al poner los ojos sobre ella, al codiciarla, al desearla, le ha abierto las puertas de una tierra exótica que la fascina y la inquieta a la vez.

Las emociones que la embargan desde hace cinco semanas son de tal intensidad que Camille se pregunta cómo se las ha arreglado para vivir tantos años en esta tibieza letal. Es como si de pronto descubriera la existencia de sus órganos: los pulmones en llamas, el corazón azota sus emociones, la piel le quema, siente retortijones en las tripas...

Cada parcela de su cuerpo está a flor de piel.

Como para responder a los suplicios que soporta su cuerpo, su mente también atraviesa un calvario y, desde el primer abrazo que se dieron, se formula preguntas que nunca antes se había planteado: ¿quién es ella realmente? ¿Qué quiere? ¿Qué rumbo debe dar a su existencia? ¿Todavía quiere a su marido? ¿Debe hablar, debe callar? ¿Su vida tiene un sentido? ¿Qué le depara el futuro?

Camille tiene la sensación de estar atascada en una especie de purgatorio, entre el infierno de la traición y el paraíso del amor...

—Hola...

La puerta se ha abierto mientras ella recuperaba el aliento. Étienne aparece en el vano y se aparta de inmediato para dejarla pasar. Ella entra en la habitación sin quitarle los ojos de encima y el placer que les espera ya los une. Es una burbuja que los aísla del mundo, al borde de una felicidad preciosa, rozando el éxtasis. Camille espera a que cierre la puerta y luego se echa en sus brazos; él la estrecha, ella se acurruca, busca sus labios y los mordisquea con ternura. Durante unos segundos interminables, sin una palabra, sin un ruido salvo el de sus jadeos que se entremezclan, se comunican mediante el lenguaje corporal, ahogados en el vértigo de su atracción recíproca. Étienne la mantiene firmemente contra sí, una mano apretada contra los riñones mientras que la otra ya se aventura debajo de la falda, le roza los muslos, asciende lentamente hacia el triángulo de tela de sus braguitas.

Camille cierra los ojos. Su boca entreabierta deja escapar un rosario de suspiros lascivos, siente los dedos de Étienne deslizarse hacia el corazón de su deseo, él la palpa, la acaricia con una dulzura infinita mientras la atrapa con la mirada...

La hora que sigue se alarga hasta el extremo, como una goma distendida a punto de romperse en cualquier momento. Sumergidos en sus placeres, los dos amantes son conscientes de la precariedad del instante. Se abrazan, se sienten, se prueban, se roban hasta el último aliento.

Étienne vive en un pequeño apartamento del centro, a unas cuantas calles de la oficina de Camille. Es chef de cocina en un bar-restaurant, trabaja a menudo hasta altas horas de la noche. Sus horarios nocturnos le obligan a llevar una existencia ajena al marco en el que Camille ha erigido la suya. El único punto que tienen en común es seguramente la pasión que sienten ambos por su profesión. Ninguno de los dos sabe lo que es el abatimiento del lunes por la mañana y no entienden las eternas bromas que se hacen sobre este tema a lo largo de toda la semana.

Étienne inicia su jornada de trabajo a las seis de la tarde para preparar el plato del día y la guarnición. En general, el equipo del almuerzo ya se ha encargado de preparar las mesas. La cocina abre oficialmente a las siete, pero los primeros clientes suelen presentarse hacia las siete y media. Durante la primera media hora, se sirven sobre todo sopas y platos del día. Es el momento en que se cruzan los clientes: los que una vez terminada su jornada laboral no tienen ánimos para cocinar, y los que van a un espectáculo y pican algo rápido antes.

En la cocina, la máquina se pone en marcha, como un tren que inicia su

trayecto y sale de la estación a poca velocidad. A partir de las ocho, el ritmo empieza a acelerar. Entre las ocho y media y las diez de la noche, se alcanza la velocidad de crucero: no hay ni un segundo para tomar aliento, pero se mantiene la cadencia. Después de las diez, hay un vacío. Es lo peor. Porque todos saben que el segundo servicio recuperará el ritmo desenfrenado. Esta vez, con los clientes que salen del espectáculo. Vuelve a empezar el baile de platos, y con él, la cocina se recalienta. Pero el ritmo es más difícil de mantener debido ese funesto vacío de las diez y porque se ha bajado la palanca de la velocidad. Hay trabajo hasta la medianoche, a veces hasta las doce y media.

Después, la cocina cierra para que Étienne y su equipo puedan ordenarlo y limpiarlo todo, lo que les lleva de promedio más de una hora. Son casi las dos de la madrugada cuando aprovechan para liberar la tensión y tomarse una copa. Por lo general es la última, pero tiene la mala costumbre de repetirse.

Étienne vuelve a casa a eso de las cuatro de la madrugada. Raras veces borracho, pues él no bebe para aturdirse. En realidad, bebe poco. Busca sobre todo el respiro que le procura el vino, el apaciguamiento de la mente. Y también el contacto con sus compañeros de trabajo, algunos de los cuales se han convertido en buenos camaradas. Asimismo, intenta no volver demasiado temprano; justo antes de que el sueño venga a por él. Para olvidar que está solo y que no es por elección propia. Étienne amordaza su soledad bajo la apariencia del soltero empedernido cuya existencia parece asumir plenamente.

Es una de las cosas que Camille admira de él, esta fuerza aparente que nunca desfallece. Un bloque de hormigón, inquebrantable e indestructible. Terriblemente tranquilizador. A decir verdad, es lo opuesto de su marido. Uno es un intelectual puro, mientras que el otro tiene alma de manitas. Patrick parece frágil y vulnerable, Étienne parece esculpido en la roca. Patrick es un hombre sociable, Étienne es más bien solitario. Patrick es un sedentario incorregible, a Étienne le gustan la carretera, los viajes, los grandes espacios. Uno habla mucho, el otro calla la mayor parte del tiempo.

Cuando están juntos, Étienne dialoga poco, pero no es eso lo que Camille espera realmente de él.

En cambio, él escucha, lo que marca también una clara diferencia con su marido.

Después de hacer el amor, en el momento en que sus cuerpos saciados se relajan, Camille recuerda las ansias que la devoran cuando está lejos de él. La corroe una sensación de soledad, unida a la vergüenza de engañar a su marido,

un hombre recto e íntegro al que respeta y que, además, es el padre de su hija. Piensa con pavor que pueda llegar el día en que se entere de su traición. Lo conoce. Sabe que esa noticia lo destrozaría. Sabe también que él no le perdonaría nunca su infidelidad y que eso destruiría irremediabilmente su relación. Más que cualquier otra cosa, Camille teme que se convierta en su enemigo: bajo una apariencia amable y cortés, Patrick esconde una frialdad cortante que la hiela hasta la médula. Cuando se pelean, cuando se siente herido por uno u otro motivo, Camille tiene la sensación de que él se desconecta de cualquier reacción humana. Se convierte en un hombre distante, altivo, desdeñoso, al que nada parece alcanzar. La tensión que reina entre ellos somete los nervios de la joven a una dura prueba. La actitud de su marido la destroza y a veces necesita varios días para conseguir abrir una grieta en ese caparazón de metal que parece recubrirlo. Incluso hay ocasiones en que, aunque está convencida de llevar la razón en el conflicto, acaba por pedirle perdón, solo para que sonría y conseguir así que vuelva a ser amable y atento.

Sobre todo, culpa a su marido de haberla convertido en lo que es ahora. Se siente reducida a representar el papel que todos esperan de ella, el de esposa y madre, como dos pieles en las que ella se mete según el momento del día. Pero ¿quién es ella realmente? ¿Dónde está esa chica que iba por la vida con confianza y altivez? El simple hecho de formular esa pregunta le provoca la sensación de reencontrarse con algo que fue en otro tiempo, justo antes de casarse con Patrick. Antes de ponerse el traje de esposa que, con el paso del tiempo, le va cada vez más pequeño. Al nacer Emma, se puso uno nuevo que, con el tiempo, consiguió que le fuera a medida. Ahora ruge bajo el atuendo de una mujer en la que ya no se reconoce.

Por su parte, a Étienne le bastó con mirarla para descubrir a la joven que fue en otro tiempo. Al menos esa persona existe en su mirada, y es absolutamente delicioso. Él ha conseguido resucitarla sin que ella sepa cómo ha obrado ese milagro.

Sin embargo, Camille no se siente con fuerzas para enfrentarse a una separación. La mera perspectiva de tener que compartir la custodia de Emma le rompe el corazón. No podría soportar verla solo una semana de cada dos. Y privar a la niña de su padre se le antoja igualmente inconcebible.

Además, los sentimientos que alberga hacia su marido son complejos.

Es cierto que la vida cotidiana lleva tiempo debilitando su unión, las costumbres desgastan la pasión. Los años han arañado poco a poco las promesas

de una felicidad que ha cambiado su eternidad por una molesta perpetuidad. Sin embargo, Camille no está realmente segura de no sentir nada por Patrick.

En realidad, la joven se siente acorralada, desgarrada entre la fuerza de una pasión devoradora de la que ya no puede prescindir y la solidez del microcosmos familiar necesario para su felicidad y que debe proteger.

En dos ocasiones intentó poner fin a su relación con Étienne. Cada vez, volvió a caer en sus brazos unos días más tarde, sintiéndose perdida, turbada, miserable y agobiada, apenas la sombra de sí misma. Sin él, sus días no llevan a ningún sitio, las horas se desintegran, los segundos son como la melaza en la punta de los dedos, que se pega, rezuma, imposible de librarse de ella. Por la mañana, los despertares son dolorosos, cuando los pensamientos afloran a la superficie de su mente para luego atravesarle el alma con el recuerdo aún vivo de su amante. Por las noches, el sueño se esfuerza por esconderse, mientras ella lo busca a ciegas, perdida en los confines de sus remordimientos.

Desde hace cinco semanas, sus días están pautados por el más mínimo contacto con Étienne. Los mensajes de voz, los SMS, los correos electrónicos, las llamadas de teléfono y las citas secretas se han convertido en las únicas unidades de tiempo. Ella despliega montañas de ingeniosidad para conservar las pruebas de su amor sin arriesgarse a que Patrick las descubra accidentalmente, algo que le exige no bajar la guardia en ningún momento.

Desde hace cinco semanas, su vida ya no tiene ningún sentido sin Étienne. Juntos, conjugan la solemnidad de sus emociones con la ligereza de una felicidad que alcanza la perfección. Con ella, él se muestra paciente, curioso, asombrado. Su confianza despierta en ella la audacia que llevaba tiempo sin conseguir salir de su interior. Con él, ella se siente fuerte, especial y preciosa. Ellos dos se complementan y se relevan, a la vez graves y celestiales.

Camille ama los almuerzos discretos que ambos comparten al fondo de una taberna improbable, donde no se arriesgan a toparse con un conocido. Atesora sus conversaciones sin orden ni concierto, sus silencios maravillados, sus ataques de risa, e incluso las situaciones absurdas a las que su clandestinidad les obliga a veces a enfrentarse. Se ríe sola rememorando aquella tarde soleada durante la cual, aprovechando la bonanza del tiempo, se pasearon por un barrio alejado de los que tienen por costumbre frecuentar. Desafiando la prudencia más elemental, se dejó llevar del brazo de Étienne, solo para fingir. Ser una pareja normal durante unos instantes. Exponerse a las miradas de todos, protegidos por su anonimato. Y cómo no, fue precisamente allí donde se topó con su vecina,

que de ningún modo podía descubrirla en compañía de otro hombre que no fuera su marido. Camille estuvo a punto de sucumbir al pánico. Étienne, ataviado con gafas de sol, se transformó de inmediato en un ciego que ella, con toda la bondad de su alma, ayudaba a orientarse para que reencontrara su camino. Fingiendo gratitud, él se dejó guiar durante unos cien metros, multiplicando los tropiezos y las torpezas. El miedo de Camille dio paso a la diversión y, desde entonces, su vecina la tiene en más alta estima.

Tumbados uno junto al otro, agotados y satisfechos, vuelven lentamente a la superficie.

–Si todavía no me has hablado de ello, es que tu hija aún no se ha chivado a tu marido... –murmura Étienne acariciando el cabello de Camille.

La joven se acurruca un poco más en sus brazos.

–No. No ha dicho nada. Pero puede salir en cualquier momento.

–¿Y a ti, te ha dicho algo?

Camille niega con la cabeza.

–Solo tiene cinco años. No sé hasta qué punto es consciente de habernos sorprendido en una situación delicada. Después de cerrar la puerta detrás de ti, actué como si todo fuera normal. Ella me preguntó quién eras y yo le dije: «Un viejo amigo».

–¿Un viejo amigo? –repite Étienne en tono burlón.

Miradas cómplices. Étienne esboza una expresión senil y Camille se echa a reír.

–¿Crees que debería abordar claramente el tema? –le pregunta adoptando de nuevo una actitud seria.

Se hace un largo silencio. Él le dedica una mirada en la que ella detecta una pizca de inquietud.

–¿Qué tema? ¿Con él?

–Con Emma –contesta ella en tono evidente–. Lo que vio ayer...

El rostro de Étienne se relaja imperceptiblemente, algo que no se le escapa a Camille.

–¿Qué habías entendido?

–Creía que querías hablarle a tu marido de lo nuestro...

–¿Te molestaría?

Él se encoge de hombros apartando la vista.

–¿No estamos bien así?

La respuesta es ligera, pero de repente a Camille le pesa el corazón. Étienne no le ha exigido nunca nada, y eso la tranquiliza y la ofende a la vez. Siente que la magia del principio se está agotando, que él se muestra menos atento, que es más indolente. A Camille le gustaría provocar en él la confusión que ella experimenta, los sueños febriles que acaricia, el triunfo de la embriaguez sobre la razón. Sin embargo, desde hace un tiempo, Étienne hace gala de una serenidad que ella juzga incompatible con la fuerza de su amor.

–Tengo que irme –declara consultando el reloj de pulsera.

Se levanta de un salto, recoge apresuradamente su ropa desperdigada y se va al cuarto de baño.

Unos minutos más tarde, Étienne la acompaña hasta la puerta de su apartamento.

–Te llamaré en cuanto pueda –le promete ella.

Cuando por fin desaparece en el hueco de la escalera, Étienne se queda unos instantes en el umbral de la puerta, pensativo.

La luna de miel toca a su fin. Camille empieza a irritarlo.

Él las conoce como nadie, a esas esposas rebeldes que buscan en el adulterio los escalofríos de una juventud perdida. Esas madres de familia modélicas que, durante años, se han esforzado sobremanera por acoplarse a un molde estereotipado –el de la mujer satisfecha a la cabeza de una tribu– y que, una vez atrapadas en su interior, se debaten por salir. Sí, las conoce bien, a esas mujeres que de repente reniegan del patrón de una vida detrás de la cual han corrido hasta perder el aliento: un marido que satisfaga sus necesidades y unos hijos que sacien sus instintos primarios. Un buen día, se despiertan con la imperiosa necesidad de recuperar una falsa libertad, de demostrarse a sí mismas que siguen siendo las que eran con veinte años.

Como si el peso de los años no hubiese hecho mella en ellas. Como si fueran inmortales.

Camille no dejará nunca a su marido, de eso está totalmente seguro. Le gustan los momentos robados que comparte con ella, sabiendo que la clandestinidad le da un toque de sabor a su historia. A estas alturas, él ya ha superado la edad de los juramentos de pacotilla y no está del todo seguro de querer más, de volver a empezar todo desde el principio: una vida en pareja, ahogando el fruto prohibido en las dificultades de la vida cotidiana y arriesgándose a quitarle la magia.

Lo que sí sabe, en este preciso instante, es que a su edad ya no tiene ganas de perder el tiempo.

La excursión toca a su fin. Alrededor del claro se levantan cinco cabañas de diversos tamaños y estructuras. Todos los edificios han ganado el concurso, ha habido empate, los niños están encantados, extenuados y con barro hasta el cuello. Aparte de algunos recalcitrantes, la mayoría acoge el anuncio del regreso con una sonrisa.

Los acompañantes congregan a sus tropas y, antes de dirigirse al autocar, hacen el recuento de alumnos. Es una operación laboriosa, pues los niños no paran quietos en su sitio y los adultos tienen que empezar a contar de nuevo varias veces. Al cabo de unos minutos durante los cuales se entremezclan las cifras, se ponen de acuerdo para cerciorarse de que ningún alumno falte a la llamada.

–Los míos están –declara Bruno satisfecho–. ¡Eugène! ¡Émile! ¡Os calmáis o vendré yo a calmaros!

–Todos los míos también están aquí –anuncia Véronique a su vez–. Sandrine, ¿los tuyos también?

–Sí, todo correcto.

–Lo mismo digo –suelta Mylène, para luego añadir–: Emma se ha quedado con tu grupo, ¿verdad, Véronique?

La bibliotecaria frunce el ceño.

–¿Emma? Espera, eso significa que debería tener uno más.

Pero no es así.

Se vuelve de inmediato hacia su grupo y busca a la pequeña con la mirada. Mylène hace lo mismo.

–¿Alguien ha visto a Emma? –pregunta inquieta la maestra al constatar que la niña no aparece.

El alboroto de los niños cubre la mitad de su pregunta.

–¿Hay algún problema? –pregunta Bruno al percatarse de la perplejidad de las dos mujeres.

–Estamos buscando a Emma Verdier –le informa la bibliotecaria sin apartar la vista del enjambre de niños que revolotea delante de ella.

La incertidumbre planea durante algunos segundos, uno de esos momentos de duda en los que el temor se cuele entre los pensamientos. Los rostros infantiles se superponen sin que encuentren al que buscan, y no tarda en invadir sus mentes una auténtica oleada, que trae consigo la angustia de la ausencia.

Éliane y Sandrine hacen recuento de alumnos mientras que Bruno impone la calma con un tono de voz autoritario.

Ya nadie se ríe.

En un instante, se hace el silencio en las filas y la tensión sube un grado. Preguntan a los niños si han visto a su compañera, las cabezas se vuelven hacia todos lados, vuelven a buscar en los parajes inmediatos, escudriñando los alrededores, mientras que el nombre de la niña se eleva en el aire con ecos desordenados.

–¿Emma? ¡Emma!

–¡Emma!

–¿Emma?

Los maestros examinan el claro, ahora tan solo una gran extensión desierta.

Al cabo de un rato no les queda más remedio que constatar que la pequeña se ha perdido.

–¿Cuándo la habéis visto por última vez? –pregunta Bruno con pragmatismo.

Mylène se vuelve hacia Véronique.

–¡Estaba en tu grupo! –observa con un deje acusador en la voz.

–¡Y estoy segura de que se ha quedado con nosotros hasta el final! –se defiende la bibliotecaria.

–¿Cómo puedes estar segura?

–¡Porque no se apartaba de mí!

–Entonces ¿cuándo la habéis visto por última vez?

Véronique se muerde el labio inferior mientras rastrea en sus recuerdos. La turbación se refleja en su cara, la ansiedad nubla sus pensamientos, la incompreensión le impide reflexionar.

–Si no recuerdo mal... Se ha quedado conmigo durante toda la construcción de la cabaña hasta que hemos ido a ver las de los demás. Luego se ha marchado a jugar con sus amigos...

Sandrine se vuelve de inmediato hacia los niños, a los que interroga con voz enérgica.

–¿Alguno de vosotros ha jugado con Emma después del concurso de

cabañas?

En las filas, las caritas de los pequeños expresan ignorancia o negación.

–Por lo visto, nadie ha jugado con ella después del concurso –constata Mylène lanzando a Véronique una mirada delatora.

–¿Y puede saberse qué significa eso? –le espeta la bibliotecaria, nerviosa.

–Simplemente que estaba bajo tu responsabilidad.

–No avanzamos nada acusándonos los unos a los otros –interviene Éliane con autoridad–. Lo más importante ahora es encontrarla cuanto antes.

Bruno reflexiona a toda prisa mientras consulta su reloj.

–Vale. Eso quiere decir que desapareció hace veinte minutos. Éliane y Sandrine, acompañad a los niños hasta el autocar. Mylène, Véronique y yo saldremos en su busca.

Todo el mundo asiente. La inquietud se lee en los rostros, pero la urgencia se adelanta a las quejas. Todos deben demostrar eficacia y perder el menor tiempo posible. Éliane y Sandrine alinean a los niños de dos en dos, colocándose cada una en un extremo de la fila. Les ordenan que se cojan de la mano y no abandonen la hilera bajo ningún pretexto. Solo faltaría que ahora perdieran a otro por el camino.

Bruno organiza rápidamente la búsqueda: asigna una dirección diferente a cada una de las dos mujeres y les indica cuál va a seguir él.

–No olvidéis llevar el móvil para que podamos ponernos en contacto en cuanto uno de nosotros la encuentre.

–Puede que haya vuelto al autocar... –sugiere Sandrine con un halo de esperanza.

–En tal caso, no tardaréis en saberlo. Llamadme en cuanto lleguéis.

Mylène saca el móvil del bolso, se lo mete en el bolsillo y le entrega el bolso a Éliane.

–¿Puedes guardármelo?

La maestra hace un gesto de asentimiento y coge el bolso de su compañera.

Después de una última comprobación, Éliane y Sandrine anuncian su marcha y se llevan tras de sí al grupo de niños en dirección a la carretera.

Bruno, Véronique y Mylène se separan enseguida para tomar la dirección asignada.

Mylène se adentra en el bosque. Avanza en línea recta hacia el este, camina a paso lento mientras escudriña los alrededores sin dejar de llamar a la niña. Después de recorrer algunos metros, la sorprende una multitud de árboles que no tiene nada en común con el decorado bucólico de la tarde: es un bosque denso que se extiende en todas direcciones sin mostrar ningún sendero ni ninguna abertura, salvo el claro que deja detrás de ella. Los troncos se alzan alrededor, anchos o estrechos, algunos oscuros, otros más pálidos, cubiertos de musgo o protegidos por su corteza. Los rayos de sol que atraviesan su follaje se cuelan formando líneas de luz, como proyectores que apuntan a un escenario vegetal. A pesar de la avanzada hora del día, la luminosidad aún es intensa y la visibilidad, perfecta. El suelo, cubierto de hojas, está salpicado de matorrales y helechos que le impiden orientarse. Entre la gama de verdes que la rodea, la maestra intenta descubrir una mancha amarillo fluorescente, el brazalete que la niña ha de llevar alrededor del brazo.

A medida que avanza, aumenta el malestar de Mylène. La impresiona la densidad de los árboles y la vegetación. Se pone en el lugar de la pequeña y se imagina sin dificultad el miedo que debe de sentir. ¿Qué ha podido pasar? ¿Por qué se ha alejado Emma del grupo? ¿Ha querido adentrarse unos pasos en el bosque, y luego ha sido incapaz de encontrar el camino de vuelta? Sin puntos de referencia es prácticamente imposible orientarse en esa maraña de troncos, tocones y vegetación. La maestra se asegura de mantener el rumbo, pues presiente que a ella también le sería muy fácil perderse. En varias ocasiones, comprueba en el móvil la constancia de las dos pequeñas barras que indican que hay cobertura.

—¿Emma?

Los minutos transcurren al ritmo de sus pasos lentos y laboriosos. Pese a estar concentrada en la búsqueda, ojo avizor y los oídos bien abiertos, Mylène no puede evitar imaginarse lo peor. ¿Y si no la encuentran? ¿Y si la pequeña se ha topado con la persona equivocada? Un perverso que, atraído por los gritos de los niños y escondido detrás de los árboles cerca del claro, la hubiese seducido

con engaños para llevársela bien lejos y saciar sus repugnantes vicios... La joven se estremece, apartando con un movimiento de la cabeza las imágenes abyectas que le invaden la mente.

—¿Emma? ¿Dónde estás, maldita sea? ¡Emma!

Mylène se toma una breve pausa. Escucha atentamente, intentando detectar un ruido singular que no pertenezca al bosque, un movimiento poco habitual... Sola en medio de aquel escenario, contiene la respiración. La majestuosidad del lugar la desconcierta, el esplendor de unos árboles que se elevan a su alrededor como pilares ancestrales de una catedral verdecida. Un poco más y creería estar en el decorado de un cuento de hadas. La sonoridad del lugar le inspira también una devoción no desprovista de temor, como si hubiese cruzado una frontera prohibida, profanando con su presencia el misterio de un territorio protegido. Allí reina una especie de eco cristalino que propaga por todos lados el crujido de las hojas.

—¡Emma!

Mylène se estremece. Su propia voz le parece un sacrilegio. Una vez más, consulta el teléfono: solo queda una barra de cobertura. La maestra vuelve a ponerse en marcha, decidida a dar media vuelta si desaparece este último vínculo con el mundo moderno.

Un poco más lejos, detrás de una hilera de árboles, se abre un segundo claro de menor tamaño que el que los ha acogido toda la tarde. La maestra se planta allí en unos cuantos pasos y gira sobre sí misma en busca de una posible presencia. Al no encontrar nada que pueda demostrar que alguien ha pasado por ahí recientemente, la joven duda. ¿Qué hacer? ¿Seguir adelante o deshacer lo andado? ¿Qué distancia puede haber recorrido ya? Le es difícil decirlo o incluso estimarlo. Tras consultar el móvil (este dispositivo la tranquiliza más de lo que está dispuesta a admitir), se da cuenta de que hace casi veinticinco minutos que se pasea sola por el bosque. Y aunque no haya lobos, Mylène lo daría todo por pisar el revestimiento firme y oscuro de una carretera asfaltada.

¡Maldita chiquilla! ¿Qué se les pasa por la cabeza a los críos cuando actúan de esta forma? Ya deberían estar todos en el autocar, camino de la escuela, entonando a voz en grito canciones estúpidas. Sin contar con el enorme retraso con el que llegarán y que, de seguir así, todas las farmacias estarán cerradas cuando al fin regresen. Mylène se verá obligada a correr hasta una farmacia de guardia para conseguir el lápiz de insulina que le ha prometido a su padre y,

encima, tendrá que pagar un recargo por horario nocturno. Todo por culpa de este bicho de niña a la que, no sabe por qué motivo, le ha dado por joderle la tarde.

La maestra vuelve a pensar en la actitud de Emma, esa virulencia con la que la niña se ha enfrentado a ella, sin razón aparente. Su obstinada negativa a construir una cabaña con su grupo, sin dar la menor explicación de tal rechazo. Emma es una niña algo extraña, eso no es nada nuevo. A veces manifiesta un comportamiento nervioso, se muestra difícil o caprichosa, obligando a la maestra a levantar la voz para conseguir que la obedezca. Pero nunca antes había sido tan deliberadamente insolente. Negarse a unirse al grupo y luego acusarla a ella de esta exclusión demuestra una clara voluntad de conflicto. Sin embargo, Emma no tiene motivos para guardarle rencor.

Mylène escarba en sus recuerdos. ¿Ha habido recientemente algún incidente que haya provocado el resentimiento de la niña? No recuerda haberla reprendido con dureza últimamente. Pero vete a saber lo que pasa por la cabeza de una cría de cinco años: una observación mal interpretada, un problema que la maestra hubiese pasado por alto...

Un crujido a su izquierda interrumpe sus reflexiones y la hace sobresaltarse. Con los sentidos en alerta, Mylène vuelve precipitadamente la cabeza hacia el lugar de donde parece provenir el ruido.

—¿Emma?

La maestra se queda inmóvil conteniendo la respiración. Observa la porción de terreno donde le parece que, detrás de un macizo de helechos, se cobija un ser vivo que no logra identificar. Contorsionándose en todos los sentidos, intenta ver sin ser vista. Y luego, con infinita lentitud, se acerca de puntillas sin saber si debe temer o ser temida. Justo cuando tiende la mano hacia la hoja más cercana y se dispone a apartar la vegetación, aparece una ardilla que le hace dar un grito de sorpresa. El animal huye a toda prisa y se esfuma sin dejar rastro.

—¡Mala bestia! —murmura la joven llevándose la mano al corazón.

La situación empieza a fastidiarla. ¿Qué hace ella perdida en medio del bosque a una hora en que, normalmente, debería estar a punto de volver a casa para disfrutar de un merecido descanso? Quizá ya hace un siglo que han encontrado a la niña y nadie se ha acordado de avisarla. No sería la primera vez que se olvidaran de comunicarle una información importante.

Mylène comprueba una vez más la intensidad de la señal del móvil. Aunque esta es débil, existe. En cambio, no ha recibido ninguna llamada. Presa de una

angustia cada vez mayor, la maestra decide cerciorarse: selecciona el número de Bruno Danzig.

El profesor de gimnasia contesta al primer tono de llamada.

–Mylène, ¿la has encontrado? –pregunta él esperanzado.

–Eh... no –contesta ella desconcertada–. Te llamaba para hacerte la misma pregunta...

Un silencio contrariado sigue a esta confesión.

–¡Si hubiera sido así, te lo habría hecho saber! –replica enseguida sin disimular su irritación.

La maestra farfulla, avergonzada, algunas excusas. Al otro extremo de la línea, Bruno le ordena seguir con la búsqueda y cuelga sin despedirse. Durante unos diez segundos, Mylène se siente miserablemente sola. Mantiene el móvil aún pegado a la oreja, como si la voz de Bruno fuera a volver para transmitirle algunas palabras de aliento, una frase tranquilizadora, una palabra amable.

Lo único que le devuelve el auricular es el eco del silencio.

Cuando cierra la tapa del móvil, Mylène se siente herida y reprime un sollozo vengativo. En el vacío de sus entrañas se instala enseguida una bola de rencor que se ensancha, se llena de hiel y esparce en ella su amargura. El párpado derecho empieza a temblarle.

¡Maldita sea! ¡Que les den a todos! Empezando por esa mocosa de mierda que debe de estar escondida en algún lugar cerca del autocar, encantada de ver la conmoción que ha provocado su desaparición. Dentro de unos minutos reaparecerá como por arte de magia, todo el mundo se agolpará a su alrededor para abrazarla, tranquilizarla y consolarla, dando gracias al cielo por haberla encontrado sana y salva, cuando no se merecería más que una buena paliza de la que se acordara hasta el final de sus días.

–¡Maldita niñata! –suelta Mylène para liberarse de un exceso de amargura.

La maestra apenas consigue calmar su resentimiento. Durante unos minutos, se queda pateando sin moverse del sitio, agarra unas hojas de helecho que destroza con rabia, vomita una sarta de quejas roncadas de odio y aversión. Y luego, jadeante y agobiada, intenta tomar de nuevo posesión de sus facultades mentales. Suelta un último sollozo de furia. Recupera el control con gestos torpes, se alisa la falda, se recoloca la blusa y se sujeta algunas mechas rebeldes.

Ya basta. Regresará al autocar. De todas formas, esto es una pérdida de tiempo. Más valdría buscar una aguja en un pajar. Si no logran encontrar a la

niña, serán las autoridades competentes las que deberán localizarla. ¿A quién le importa lo que diga el imbécil de Danzig? Ella no está a sus órdenes ni a las de nadie.

A su alrededor, la vegetación cruje con un escalofrío amenazador. Al levantar la cabeza, Mylène constata la presencia de nubes grises que empiezan a invadir el cielo.

El tiempo está empeorando.

Para ubicarse, la joven maestra gira sobre sí misma con determinación. ¿Por dónde ha llegado? Al examinar los alrededores, no está segura. Cree reconocer los helechos de donde salió la ardilla unos minutos antes; por tanto, debe irse por ese lado. Así que Mylène pone rumbo en esa dirección, pero casi enseguida se percata de que la vegetación que la rodea no le resulta nada familiar. La duda se apodera de ella, ya no está tan segura de haber pasado antes por aquí. Para no perderse más, decide volver sobre sus pasos y encontrar de nuevo el pequeño claro, que se ha convertido en su único punto de referencia.

La maestra acelera mientras la invade una sorda angustia a medida que avanza. Ahora se apresura en medio de los árboles, salta por encima de tocones, evita los arbustos de retama, cruza las matas de enebro. Sin comprender por qué, no encuentra el pequeño claro que, sin embargo, acaba de abandonar. Mylène acelera el paso, se desvía unos metros a la derecha, convencida de atisbar entre los troncos un espacio más despejado... Pero en lugar del ansiado claro, desemboca en una superficie apenas menos boscosa que los lugares que acaba de atravesar. ¡Es absurdo! Se diría que este bosque se transforma a medida que avanza, jugando con ella y con su sentido de la orientación.

Al cabo de unas docenas de metros, la joven se queda inmóvil, sin aliento y aterrada. Esta vez, está realmente perdida. No hay ningún claro, ni grande ni pequeño, no hay puntos de referencia, no hay esperanza de volver a encontrar el camino. Gira en redondo, no logra dominar el miedo que la oprime, lanza miradas extraviadas a su alrededor, y se pone a gritar confiando en que alguien la oiga. En ese instante de confusión, ha olvidado por completo a Emma y su misión de encontrarla.

La sangre se le hiela en las venas cuando, entre dos gritos, percibe una débil vocecita resonar a lo lejos. Está a punto de creer que está siendo víctima de un sortilegio, rodeada de almas perdidas en este bosque embrujado. A menos que

esté sufriendo alucinaciones auditivas, lo que para ella viene a ser lo mismo. Un segundo grito le provoca el mismo efecto que un electrochoque y, de repente, recuerda el motivo de su presencia en medio del bosque.

–¿Emma? –aúlla recobrando mal que bien el dominio de sí misma–.
¡Emma!

–Me... me he caído en un agujero –escucha, y de inmediato reconoce la voz de la niña.

Éliane y Sandrine han tenido tiempo de acompañar a los niños hasta el autocar, hacerlos subir al interior e instalarlos. Desde que el conductor les ha abierto las puertas, lo han bombardeado con preguntas: ¿ha visto a una niña en los alrededores durante la hora anterior? ¿Ha visto a otras personas pasearse por el bosque durante la tarde? ¿Ha observado algo raro mientras esperaba la hora de volver?

Para su desesperación, las respuestas del hombre no les aportan gran cosa: son negativas (preguntas una y tres) o indecisas (pregunta dos: «Sí, sin duda, es posible; no lo sé»).

Ahora, las dos maestras recurren a toda su imaginación para entretener a los alumnos a la espera de alguna novedad. Mientras que Éliane consigue mantener la calma, Sandrine mira una y otra vez el móvil, tanto para comprobar los mensajes como para consultar la hora.

Al cabo de treinta minutos sin noticias de sus colegas, ya no aguanta más. Se acerca a Éliane que se encuentra al fondo del autocar y le confía sus inquietudes entre discretos susurros.

–Debemos avisar a la directora. Y a la policía. No podemos asumir la responsabilidad de la búsqueda sin informar a las autoridades. Se supone que debemos estar en la escuela en menos de un cuarto de hora. Si no llegamos puntuales, Mireille empezará a hacerse preguntas. Y...

–Cálmate –le ordena Éliane también entre susurros–. De nada sirve dejarse llevar por el pánico. Esperaremos otros cinco minutos. ¿Vale?

–Creo que ya hemos esperado demasiado.

Las dos mujeres se miran fijamente, como si la respuesta a las preguntas que se formulan se encontrara en la mirada de la otra.

–¡Es una locura! –insiste Sandrine con los dientes apretados–. Hace casi una hora que la niña ha desaparecido. Todo el mundo sabe que los primeros minutos son vitales en una desaparición.

–¡Ves demasiadas series de televisión! No se la ha llevado nadie, solo se ha extraviado en el bosque.

–¿Y tú qué sabes?

Una vez más, se observan en silencio. A su alrededor, el alboroto de los niños empieza a intensificarse impulsado por la manifiesta distracción de las maestras.

–¡Ya basta! –grita de repente Éliane con una agresividad que no es normal en ella.

La calma vuelve de inmediato.

–¡Voy a llamar! –decide Sandrine, interpretando el estallido de su compañera como una toma de conciencia real de la situación.

–De acuerdo –claudica Éliane.

Mientras una se dirige a la salida del autocar para hacer la llamada telefónica, la otra intenta recuperar la compostura delante de los alumnos. Pero el desánimo se ha apoderado de Éliane. Hasta entonces, esperaba que encontraran a Emma sin dificultad. Sin embargo, los minutos transcurren inmisericordes y ellas siguen sin tener noticias de la niña. ¿Cómo es posible? ¿Cómo puede ser que un equipo de educadores veteranos haya perdido a una niña? En el transcurso de sus treinta años de carrera, nunca se había enfrentado a una situación semejante.

–¡Señorita! ¡Señorita! ¡Manon está llorando! –La voz arranca a Éliane de sus cuitas.

La maestra parece aterrizar dolorosamente en el suelo y, cuando consigue reaccionar, le pide al niño que acaba de sorprenderla –su nombre es Tilo– que repita lo que acaba de decir.

–Manon –le dice el niño–. Está llorando.

Al lado de Tilo, una niña de la misma edad se sorbe ruidosamente la nariz.

–¿Qué te pasa, Manon? –pregunta distraída Éliane.

La niña no responde enseguida. Sin una palabra, observa a la maestra con sus grandes ojos anegados de lágrimas en las que se refleja un miedo primitivo. Éliane se impacienta:

–Manon, contesta. ¿Por qué lloras?

–Por Emma, porque se ha ido por culpa suya –contesta Tilo en su lugar, con actitud de sabelotodo.

–¿Qué es lo que estás diciendo? –pregunta la maestra, alertada de repente–. ¿Sabes por qué se ha ido Emma?

La niña redobla los sollozos.

La desproporcionada reacción activa las alarmas de Éliane. Dominando las

ganas de zarandear a la niña para averiguar de una vez por todas lo que sabe, la maestra le pide que la acompañe a la parte delantera del autocar. La niña obedece, entre lágrimas y sollozos. Una vez separadas del grupo, Éliane sitúa a Manon delante de ella y repite la pregunta sin perder tiempo.

–Dime, Manon, ¿sabes por qué se ha ido Emma?

La pequeña asiente tímidamente con la cabeza.

–¿Puedes contarme lo que ha pasado?

Manon titubea mientras una nueva ola de lágrimas inunda sus mejillas.

–No me enfadaré, Manon –la tranquiliza Éliane con dulzura–. Te lo prometo. Pero es muy importante que sepamos por qué se ha alejado Emma del grupo.

La maestra le concede unos segundos para que ordene sus ideas. Luego la alienta de nuevo a hablar.

–Es por culpa de mi hermana... –empieza a decir Manon entre sollozos.

–¿Tu hermana?

La niña asiente sorbiéndose.

–¿Qué tiene que ver tu hermana con esto?

–Le he dicho a Emma que Lelia era mi hermana.

–¿Y bien?

–Ella me ha dicho que no era verdad.

Éliane observa a la niña sin comprender.

–¿Os habéis peleado?

–Sí.

–¿Por culpa de tu hermana?

–Sí. Le he dicho que era verdad que Lelia es mi hermana, y Emma me ha dicho que era una mentirosa. Se ha enfadado mucho y se ha ido corriendo.

La maestra está cada vez más perpleja.

–Entonces ¿dices que Emma se ha escapado porque no quería aceptar que Lelia fuera tu hermana?

Manon mueve la cabeza en señal de asentimiento.

–¿Y después ya no la has vuelto a ver?

Esta vez, la niña baja la barbilla avergonzada.

–¿No ha pasado nada más? –insiste Éliane, que no le ve ninguna lógica a esta explicación.

Manon niega con la cabeza.

La maestra, decepcionada, guarda silencio sin apartar los ojos de la niña.

–Regresa a tu sitio –le dice finalmente, pensativa.

La pequeña vuelve con sus compañeros mientras se seca las lágrimas. Éliane, por su parte, intenta contentarse con esta explicación absurda. Sus reflexiones se ven pronto interrumpidas por el regreso de Sandrine.

–Acabo de hablar con Mireille. Está fuera de sí. Ahora mismo va a dar parte a la policía.

Mylène tarda aún unos minutos eternos en encontrar a la niña.

Orientándose por su voz, la maestra intenta llegar hasta ella, pero la resonancia del lugar hace rebotar los quejidos, enviando a la joven en una dirección y luego en otra. Cuando cree estar segura de haber localizado a Emma y se precipita hacia el lugar de donde parece proceder la voz, esta resuena de pronto en la dirección opuesta.

Mylène pierde la paciencia.

Convencida de que la niña se burla de ella, endurece el tono y la amenaza con volver a marcharse sin ella si insiste en desobedecerla. Está a punto de perder los nervios, que ya están siendo sometidos a una dura prueba. Para empeorar las cosas, el cielo se ensombrece aún más, invadido poco a poco por unas pesadas nubes grises: las tormentas anunciadas para el fin del día acuden fieles a la cita y la luminosidad desciende de minuto en minuto.

–¡Estoy en un agujero! –solloza la niña aterrada ante la idea de que la abandonen a su suerte.

La voz parece proceder de la derecha.

Al volver la cabeza hacia ese lado, Mylène comprende por fin cuál es el problema: busca a una pequeña que se desplaza en una superficie, cuando por lo visto está atrapada bajo tierra. La maestra recupera la esperanza.

–¡Sigue gritando, Emma! –le ordena procurando que su tono de voz suene tranquilizador–. ¡No me iré sin ti, te lo prometo! ¡Canta una canción, por ejemplo! ¡Anda! ¡Canta muy fuerte y sin parar!

Unos interminables segundos de silencio siguen a la petición de Mylène, que contiene la respiración mientras espera a que la niña obedezca.

–¡Emma! –exclama impaciente–. ¿Has oído lo que te he pedido?

–¡No sé qué cantar! –gime la vocecita que, esta vez, parece venir de detrás de ella.

Mientras da media vuelta, Mylène no puede evitar alzar los ojos al cielo con gesto exasperado.

–Me importa un bledo la canción, Emma. ¡Limítate a cantar!

El bosque entero parece colgar de los labios de la niña. Mylène contiene la respiración, dispuesta a moverse en cuanto pueda orientarse. Por fin, después de una espera que pasa como un escalofrío, una cantinela infantil apenas audible se eleva en el aire.

–¡Canta más fuerte! –la alienta Mylène.

De inmediato, la voz se vuelve más nítida y la maestra se pone en movimiento.

El momento es insólito. La voz de Emma se cuele entre los árboles, unas pequeñas notas de una gracia infinita que parecen suspendidas en la atmósfera. Los alrededores murmuran al ritmo del canto, lo que confiere al entorno, más que nunca, el aspecto de lugar encantado. La evolución del cielo aumenta aún más la irrealidad del momento: la bóveda celeste fragmentada, con algunas porciones de un azul resplandeciente contrastando con la acumulación de nubes oscuras, parece ilustrar el relato con una emoción en precario equilibrio entre la angustia y la esperanza.

A partir de ese instante, los sentidos de la maestra no se despegan de la melodía que sigue como si fuera el rastro de una presa. No deja de buscar entre las matas, los arbustos y otros matorrales capaces de disimular un hueco en el cual hubiera caído accidentalmente la pequeña.

Por fin, al pie de un montículo descubre la clave del misterio.

Disimulada detrás de una abundante vegetación, nace a ras de suelo una galería subterránea cuya apertura tiene cerca de ochenta centímetros de diámetro y que está peligrosamente inclinada hacia lo que parece ser, a primera vista, un precipicio sin fondo. Cuando Mylène la descubre, Emma está en cuclillas sobre una parcela de tierra situado a más de dos metros por debajo de ella en el interior de la galería. Justo detrás, la pendiente parece adentrarse en las tinieblas.

–¡Emma! –exclama la maestra conmovida por la imagen de la niña pequeña prácticamente enterrada viva.

En cuanto el rostro de la joven aparece en la apertura despejada, la niña parpadea unos segundos, deslumbrada por la luz liberada, antes de devorar a Mylène con una mirada que oscila entre el terror y la súplica. Sus mejillas están bañadas de lágrimas terrosas y su cuerpo se estremece con violencia, tanto de miedo como de frío.

–¡Estoy aquí, Emma! –exclama enseguida Mylène conteniendo a duras penas la emoción—. ¡Todo ha terminado, voy a sacarte de aquí!

La niña se sorbe la nariz escandalosamente, al tiempo que asiente con vigor.

Se seca las mejillas con el reverso de la manga, esparciendo aún más las lágrimas y la tierra sobre su pequeño rostro aterrorizado.

Sin perder un instante, Mylène se tumba en el suelo para poder asomarse sin correr el riesgo de caer ella también. Se arrastra lo más cerca posible del borde, se inclina al máximo hacia abajo y le tiende el brazo.

–Levántate e intenta coger mi mano –le ordena a Emma.

La niña emite algunos sollozos contenidos. Con gestos temerosos intenta incorporarse, pierde el equilibrio y vuelve a caer precipitadamente.

–¡Emma! –la exhorta la maestra–. Si no te levantas, no podré sacarte nunca de aquí.

Mylène se asoma un poco más y alienta a la niña a acercarse a ella.

–¡Confía en mí! –añade para animarla–. Coge mi mano para que pueda levantarte.

Emma vuelve a intentarlo. Se pega a la pared de tierra y se incorpora lentamente. Mylène la acompaña con palabras tranquilizadoras y la guía paso a paso.

–¡Ya está! Perfecto. Ahora ponte de pie contra el borde. Sobre todo, no mires abajo. ¡Mírame a mí! Levántate así, poco a poco; muy bien.

–Tengo una pupa en el brazo –gime la pequeña.

–Luego nos encargaremos de eso, Emma. Ponte en pie.

Finalmente, la niña acaba de levantarse. Mylène se percata entonces de que, aunque esté de pie, la distancia que las separa es demasiado grande. No logrará agarrarla de la mano para atraerla hacia sí.

–Ahora, tiéndeme la mano –añade más para ganar tiempo que con la esperanza de poder sujetar la manita de Emma.

Esta obedece de inmediato. Alarga el brazo lo más alto posible. La constatación es desastrosa: hay más de un metro entre ambas.

Es una pérdida de tiempo. Mylène desiste, se apoya sobre los codos y reflexiona durante unos segundos.

–Así no lo conseguiremos –declara con pesar–. Voy a bajar a buscarte. Ponte como estabas antes, pero échate a un lado para dejarme sitio.

–Me duele el brazo –repite la niña una vez más.

–Lo sé. Ahora bajo y te lo miro.

Mylène se endereza mientras gira sobre sí misma para deslizarse hacia la galería con los pies por delante. Tumbada boca abajo, desciende arrastrándose para meterse con precaución, hundiéndose en el agujero centímetro a centímetro.

Emma se acurruca de nuevo y observa la maniobra con nerviosismo.

La operación es laboriosa: Mylène está insegura y se mueve con torpeza, a lo que hay que sumar el temor a caerse. Después de haber introducido medio cuerpo, con las piernas colgando en el vacío, tiene que deslizar la pelvis. La perspectiva de tener que aguantarse solo con la fuerza de los brazos la hace vacilar. Agarra con las manos las raíces que brotan del suelo justo delante de ella, comprueba su solidez, se cuelga firmemente de ellas mientras con los pies busca febrilmente la parcela de tierra sobre la cual se ha refugiado Emma. Retrocede y se introduce en la boca oscura, agarra las raíces y alarga el brazo con lentitud. El peso de su cuerpo no tarda en hacer mella en ella. Busca desesperadamente un apoyo contra la pared, una concavidad que, aunque solo fuera por unos instantes, le permitiera aflojar la tensión insostenible a la que somete sus bíceps. Por desgracia, sus pies pedalean en el vacío sin detectar ningún saliente. Durante unos segundos, siente que empieza a soltarse, gime por el esfuerzo... Sus manos resbalan peligrosamente, incapaces de agarrarse por más tiempo a los rizomas que, a su vez, evidencian signos de debilidad. La maestra intenta estimar la altura que la separa del reborde, pero tiene la cabeza aprisionada entre los dos brazos y no puede moverla lo bastante para ver lo que hay abajo. Aterrorizada, intenta recular, volver a subir a la superficie recurriendo a sus últimas reservas, pero es demasiado tarde: las raíces ceden y Mylène cae súbitamente lanzando un grito de horror.

A ese grito le sigue otro. Este de dolor. Aunque no ha caído desde muy alto, Mylène ha aterrizado mal: el tobillo ha cedido bajo su peso, siguiendo un eje que no tiene nada de natural. El dolor es fulgurante, la joven es incapaz de reprimir los quejidos, las lágrimas y las maldiciones, lo que impresiona mucho a Emma, que se mantiene encogida en un rincón y observa a su maestra con una curiosidad teñida de desconfianza.

Poco a poco, Mylène intenta calmarse. Apoyándose contra la pared, se masajea febrilmente el tobillo, respira fuerte y rápido, y gime un poco más, aunque consigue reprimir las lágrimas.

—¿Te has hecho pupa en el pie? —pregunta tímidamente Emma.

—¡No! ¡Estoy haciendo yoga! —le ladra Mylène en un tono desagradable.

La niña la observa con una mirada arisca.

—Yo tengo pupa en el brazo —murmura sollozando.

Mylène deja de friccionarse y exhala un largo suspiro, mezcla de decepción y agobio.

–Ven aquí –dice finalmente tendiendo la mano hacia la niña.

La anchura de la cornisa sobre la cual se encuentran les permite moverse lateralmente, pero no colocarse frente a frente. Para no caer, tienen que pegarse a las paredes de la galería. A sus pies se abre una sima más profunda, cuyo fondo Mylène tan solo adivina al mirar hacia abajo gracias a la tenue luz del día que atraviesa la cortina de vegetación.

Emma da unos cuantos pasos con precaución y se acerca a su maestra, tranquilizada por una mano que parece dispuesta a atraparla en caso de que caiga. En efecto, en cuanto llega a su alcance, Mylène la sujeta por la cintura y la estrecha contra ella. Se ha colocado de forma que su pie no toque el suelo y se mantiene en equilibrio contra el borde de la galería.

–Enséñame el brazo.

La niña se levanta enseguida la manga y le muestra a Mylène un rasguño sin importancia del que salen algunas gotas de sangre.

–No es nada –la tranquiliza Mylène–. Enseguida te lo curo.

Se palpa los bolsillos en busca de un pañuelo, pero, al no encontrarlo, se suelta el fular y lo utiliza para limpiar la herida con precaución. Luego enrolla la tela alrededor del pequeño brazo de Emma, convirtiéndola en una bonita venda de colores.

–¡Ya está! –dice al acabar–. ¡Ya estás curada!

Emma examina su venda, primero muy seria, pero luego parece satisfecha con el resultado.

Solucionado el problema, Mylène intenta hacer balance de la situación. Sosteniéndose sobre el pie sano, evalúa la altura que tienen que subir para salir de allí. Y aunque consigue llegar con las dos manos a ras de suelo cuando extiende los brazos, comprende que no podrá elevarse sin ayuda.

Un movimiento en falso la hace esbozar un gesto de dolor. Una rápida mirada a su tobillo le basta para constatar que este casi ha duplicado su volumen. Para comprobar su estado, apoya con cuidado el pie en el suelo, pero apenas lo roza el dolor es insoportable.

–Nunca lograremos salir de aquí –gime presa de la desesperación.

Febilmente, saca del bolsillo el teléfono móvil. Al ver que no hay cobertura, Mylène tiene la sensación de que el suelo se abre bajo sus pies.

El aparcamiento del bosque de los Cuatro Robles no tarda en llenarse con un impresionante convoy de vehículos. Una docena de coches de policía y una ambulancia llegan al lugar bajo la mirada estupefacta de los niños que, aún dentro del autocar, no pueden contener su excitación. Con la nariz pegada a los cristales, brincan de impaciencia, saturando rápidamente el ambiente de ruido. Éliane y Sandrine consiguen a duras penas devolver la calma y, al igual que fuera, la atmósfera se vuelve tormentosa.

Mientras esperaban la llegada inminente de la policía, Sandrine ha llamado a Bruno, Véronique y Mylène para informarlos. Mylène ha sido la única que no ha contestado a la llamada, por lo que Sandrine se ha visto obligada a dejarle un mensaje. En cambio, Véronique y Bruno han regresado enseguida y están presentes. El profesor de gimnasia se encarga de hablar con el capitán, un individuo de unos cuarenta años, con un físico curiosamente ordinario. Mientras ambos sellan las presentaciones con un apretón de manos, Bruno no puede evitar sorprenderse por el aspecto banal del personaje, él que es un apasionado de las novelas policiacas en las cuales los héroes se salen siempre de lo común. Este hombre, de complexión mediana, fisionomía del montón y desprovisto de signos particulares, pasaría desapercibido incluso si fuera vestido con una combinación rosa fluorescente.

–Capitán Dupuis –declara el policía en un tono neutro.

«¡Venga ya! –está a punto de exclamar Bruno, reprimiendo a duras penas una sonrisa irónica–. ¿Por qué no Dupond,¹ ya puestos?»

–Bruno Danzig –le responde al policía mientras ahuyenta de la mente todos los chistes que se le ocurren–. Le agradezco que haya acudido tan rápido y... con tantos efectivos –añade mirando sinceramente impresionado los vehículos que siguen llegando.

Unos quince van ocupando el emplazamiento mientras que el profesor de gimnasia hace un somero resumen de la situación al capitán de policía. Describe a Emma Verdier con toda la precisión de la que es capaz, así como las

circunstancias de su desaparición, al menos las que conoce. Dupuis lo escucha con atención y, acto seguido, le pide alguna información complementaria.

–¿Han avisado a los padres?

–No sabría decirle. Imagino que la directora se habrá puesto en contacto con ellos.

–Háganlos venir.

–De acuerdo.

–¿Tiene usted algún objeto que pertenezca a la niña, alguna cosa que esté impregnada de su olor?

–No creo, no...

–Pida a los padres que traigan uno.

–Así lo haremos.

–¿Puede indicarme el lugar donde fue vista por última vez?

–Por supuesto... En el claro, no lejos de aquí.

–Lléveme hasta allí.

Enseguida, el capitán Dupuis hace una señal a su equipo y este se pone en movimiento. Un agente se aparta del resto y se les acerca corriendo.

–El GAP y la CDI están de camino, llegarán dentro de unos minutos – informa a su jefe mientras avanza a su lado.

–Perfecto.

–¿Quiénes? –pregunta Bruno.

–El Grupo de Atención Preventiva y la Compañía Departamental de Intervención –le explica Dupuis–. Es decir, los refuerzos.

–De acuerdo –murmura el profesor de gimnasia, que no ha comprendido muy bien de qué se trata.

Un aura especial emana del capitán a medida que toma el control de la situación. La transformación no es palpable, se produce por oleadas. El policía parece cargarse poco a poco de plomo. Y mientras le abre el camino, Bruno tiene la sensación confusa de seguir su movimiento más que de guiarlo.

Sandrine se apresura a unirse a ellos.

–Éliane querría saber si el autocar puede volver a la escuela. Los niños ya no aguantan más.

–Antes necesito la declaración de todos los adultos presentes esta tarde –le informa el capitán–. Dos de mis hombres se encargarán de ello cuanto antes. Luego podrá acompañar a los niños a la escuela. No obstante, no olvide advertir a los padres que deben estar a disposición de la policía.

Sandrine da media vuelta rápidamente para transmitir el mensaje a Éliane. Mientras se aleja, Bruno le pide que comunique las peticiones del capitán: la presencia de los padres de Emma en el lugar con un objeto perteneciente a la niña.

–Preferiblemente una prenda de vestir –precisa Dupuis–. Una prenda que haya llevado recientemente.

Sandrine mueve la cabeza en señal de que ha comprendido y, cuando se dispone a seguir su camino, añade alzando la voz para salvar los metros que los separan:

–De hecho... Seguimos sin noticias de Mylène.

Bruno se detiene por segunda vez, obligando al grupo de policías a hacer lo propio.

–¿No la has llamado?

–Sí, pero no contesta. Le he dejado un mensaje.

El capitán Dupuis interroga a Bruno con la mirada.

–Es una de las maestras que nos acompañan –le explica–. Salió en busca de Emma con nosotros. Al parecer, no logran dar con ella para advertirle de que han llegado ustedes.

–¿Tiene su número de móvil?

–Sí.

–Llámela.

Sin dejar de caminar hacia el claro, Bruno teclea en el teléfono para comunicarse con la maestra. El buzón de voz salta incluso antes de que dé el primer tono de llamada en el auricular. Bruno espera a que suene el bip para dejar un mensaje.

–Mylène, soy Bruno. Deja de buscar y vuelve, hemos avisado a la pasm... a la policía. Ya están aquí, ellos se encargarán en encontrar a Emma.

Luego corta la comunicación y se guarda el móvil en el bolsillo.

–¿Desde cuándo no tiene noticias de su compañera? –inquire Dupuis.

Bruno menciona la llamada que le hizo Mylène mientras registraba el bosque cerca del claro.

–¿Qué hora era?

–La verdad es que no lo miré, pero diría que sería en torno a las cinco...

El capitán consulta rápidamente su reloj.

–Siga intentando contactar con ella cada cinco minutos –le ordena mientras llegan al claro.

–De acuerdo. Ya hemos llegado, es aquí –declara Bruno cuando desembocan en el gran descampado.

El capitán echa una mirada circular al lugar. Las cabañas de los niños delimitan el espacio, como testigos de una tarde sin preocupaciones. Todo está exactamente igual a como lo han dejado hace casi una hora, salvo por el cielo que ahora se ha cubierto por completo, confiriéndole un aspecto mucho menos acogedor. Dupuis se vuelve hacia sus hombres.

–Id a comprobar el interior de las cabañas.

Estos obedecen de inmediato mientras Bruno se golpea la frente en señal de estupor.

–¡No me diga que podría estar dentro! –exclama en tono consternado.

–Eso parece contrariarle...

–¡No, no! –se defiende el profesor de gimnasia, como si lo hubieran pillado en flagrante delito–. Es que no se nos ocurrió comprobarlo, y si resulta que les hemos hecho venir cuando...

–No sería la primera vez que encontramos a un niño escondido en el lugar más obvio –le interrumpe Dupuis para tranquilizarlo. A continuación, ajeno a la estupefacción de su interlocutor, el capitán se dirige a uno de sus hombres.

–Meyer, que traigan a los perros lo antes posible.

Acto seguido, alza una mirada preocupada al cielo y añade:

–Si estalla una tormenta, cosa que muy bien podría suceder, va a ser muy complicado encontrarla.

Y, como si lo hubiese convocado, un relámpago rasga la bóveda celeste, seguido, unos segundos más tarde, de un estruendo sordo.

Aunque Mylène no ha visto el relámpago que desgarró el cielo, sí ha oído el trueno retumbar a lo lejos.

–¡Lo que nos faltaba! –masculla sin poder disimular un sentimiento de temor mezclado con amargura.

–¿Tienes miedo de la tormenta? –le pregunta Emma intrigada.

Mylène replica malhumorada:

–¡No, no tengo miedo de la tormenta! Tengo miedo de que nos quedemos atrapadas aquí no sé cuánto tiempo con trombas de agua cayéndonos encima.

–¡Quiero a mi mamá! –gime la pequeña, más agobiada por el enfado de su maestra que por la situación.

–¡Y yo quiero a mi papá!

La respuesta le ha salido así, sin más. Pero el hecho de mencionar a su padre le hace pensar en él y de repente se le parte el corazón al recordar al hombre al que ha despertado a primera hora de la mañana.

Parece que haga una eternidad de eso.

El hilo de sus pensamientos se desenrolla como si fuera una mecha que acaba de encenderse, y de pronto explota una bomba en la cabeza de la joven. ¡La insulina! Al mediodía no se ha inyectado su dosis porque estaba demasiado ocupada cuidando de los niños; una situación que no debería de eternizarse, pues las consecuencias de una falta, en su caso, serían rápidas y desastrosas.

La maestra se saca de nuevo el teléfono del bolsillo y comprueba si tiene cobertura. Todas las barras del triángulo están apagadas. No se enciende ninguna, ni siquiera levantando el brazo para acercar el móvil todo lo posible a la superficie. Y, por si eso no fuera suficiente, el estado de la batería es el fiel reflejo de su estado de ánimo: bajísimo.

–Tenemos que encontrar el modo de salir de aquí –murmura reprimiendo una ola de pánico.

Mylène mira a su alrededor con la esperanza de descubrir un modo de subir hasta la superficie. Las paredes muestran un ligero desnivel que, por desgracia, es demasiado pequeño para permitirle agarrarse a él. Sin contar con el maldito

tobillo del que irradia un dolor que le llega hasta la rodilla... Mientras hace un balance de la situación, se cruza con la mirada de Emma: la pequeña la observa con avidez. Acurrucada, replegada sobre sí misma, parece un pajarito caído del nido.

Durante algunos segundos, la maestra parece perdida en sus pensamientos. Estima la estatura de la niña, alza los ojos hacia la superficie, vuelve a mirarla... Entonces cae en la cuenta de que, aunque ella no pueda subir a la superficie, al menos puede coger a Emma y ayudarla a salir del agujero.

–¡Ven aquí!

Emma se endereza con precaución y se acerca a su maestra en dos pasos. Mylène se apoya contra la pared para poder permanecer en equilibrio a pesar de su tobillo herido, coge a la niña por la cintura y la atrae hacia sí.

–Te voy a poner sobre mis hombros –le explica–. En cuanto estés bien colocada, intenta ponerte de pie. No te preocupes, te sujetaré bien. No te pasará nada.

La niña asiente. Mylène la sujeta por debajo de las axilas y la sube levantando los brazos mientras que Emma se coloca sobre sus hombros.

–¿Vas bien?

–Sí.

–Vale. Ahora te pondrás de pie encima de mí. Como en el circo. ¿Has comprendido?

–Sí.

–Después te llevaré lo más alto posible; tiene que funcionar, no pesas mucho. Desde ahí, deberías poder agarrarte a las raíces que están en el borde del agujero. Agárrate a ellas y tira muy fuerte de los brazos. Yo te subiré todo lo que pueda para ayudarte a salir. Solo te soltaré cuando estés casi fuera. ¿Estás lista?

–Sí.

–Una última cosa, Emma. Escúchame bien. Cuando estés fuera, te daré mi teléfono, tú tendrás que cogerlo tumbándote boca abajo. Yo ya he marcado un número, bastará con que pulses la tecla verde y esperes a que alguien conteste. En cuanto oigas una voz en el teléfono, explícale lo que pasa y descríbele lo que ves a tu alrededor. Los árboles, la pequeña montaña, todo lo que te rodea. ¿Está claro?

–Sí.

–Después deja el teléfono encendido y no te muevas. Quédate cerca del agujero y espera a que alguien nos encuentre.

La niña asiente con un movimiento de la cabeza que Mylène no ve pero que percibe.

–Vale. Entonces, allá vamos, ¿de acuerdo?

Por toda respuesta, la pequeña se sujeta firmemente a la cabeza de la maestra mientras se levanta con cuidado, una pierna y después la otra. Sus movimientos torpes obligan a Mylène a rectificar su posición para no caerse, lo que le provoca un dolor fulgurante en el tobillo. La joven oculta su sufrimiento apretando los dientes, pero sin reducir la presión en las pantorrillas de la niña.

–¿Ya estás?

–¡Casi!

Ahora, encaramada a los hombros de Mylène, Emma pasa por fin la cabeza fuera del agujero. Separa la vegetación que obstruye la salida y se agarra con todas sus fuerzas a las raíces.

En cuanto nota aligerarse el peso de la niña, la maestra la ayuda empujándola con los brazos hacia arriba. La operación es peligrosa, pero la perspectiva de éxito infunde a Mylène energías renovadas que, por un instante, le hacen olvidar el dolor. Al constatar que Emma está sacando el cuerpo de las entrañas de la tierra, hace acopio de fuerzas y le da el último impulso que la lanza prácticamente fuera del agujero.

Unos segundos más tarde, Emma se arrastra hasta la superficie, se levanta y respira por fin al aire libre.

En el fondo de la galería, Mylène lanza un grito de victoria.

–¡Lo has conseguido! ¡Bravo Emma, eres una crack!

Sin perder tiempo, coge el móvil, lo enciende pulsando con el pulgar. Sin inquietarse ya por la falta de cobertura, toca el teclado táctil, abre la agenda y selecciona el número de Bruno que aparece de inmediato en la pantalla.

–¿Emma? Pasa tu brazo por el agujero para que pueda darte mi teléfono. Aprieta el cuadrado verde que hay en la pantalla, el que tiene dibujado un teléfono pequeño, ¿vale?

Espera con el aparato en la mano que extiende hacia lo alto. Pero la niña no aparece.

–¿Emma?

Mylène contiene la respiración. Le resulta extraña la total ausencia de movimiento por encima de su cabeza. No oye nada, aparte del viento que sopla cada vez más fuerte, rozando la vegetación alrededor de la galería.

–¿Emma? –repite impacientándose–. ¡No es hora de jugar al escondite!

Pasa el brazo y coge el teléfono, ¡por favor!

La maestra se queda inmóvil y espera aguzando el oído. Intenta captar los ruidos cercanos, un roce cualquiera que delate la presencia de la niña junto al agujero. Pero no sucede nada.

—¡Emma!

Con el corazón palpitante, Mylène tiene la sensación de que la sangre se le hiela en las venas. No entiende nada. ¿Dónde se ha metido esa cría? ¿Por qué no le contesta?

—¡Maldita sea, Emma! —grita perdiendo la compostura—. ¿Vas a contestar sí o no? ¡Mierda!

Un silencio alarmante responde a su grito de angustia.

Mylène tiene la impresión de estar volviéndose loca. ¿Qué pasa allá arriba? Un montón de preguntas y conjeturas se agolpan en su mente sin que consiga encontrar la más mínima respuesta. Con el móvil aún en la mano, el tobillo hinchado y el estómago revuelto, solloza de estupor, intenta agarrarse al reborde para alzarse únicamente con la fuerza de sus brazos, ver, comprender... La prisa y la angustia tropiezan en su cabeza, todos sus miembros tiemblan, se revuelve, sus gestos son febriles y desquiciados. Animada por la energía de la desesperación, se lanza contra la pared para alcanzar el contorno del agujero, haciendo caso omiso de su tobillo y del dolor que irradia hacia la pierna. Sus manos ávidas buscan una presa a la que agarrarse, sujetan la vegetación que sobresale... y sueltan el teléfono.

El aparato se le escapa, revoloteando por los aires. En esa décima de segundo, el tiempo se congela y se cristaliza la aguda intuición de un drama inexorable. Mylène intenta atrapar su móvil al vuelo. Sus manos agarran el vacío y se estremecen al seguir la irremediable caída. El teléfono se zafa, rebota contra la parcela de tierra para luego desaparecer en el fondo de la sima, al tiempo que la maestra cae pesadamente, golpeándose con violencia el tobillo ya lastimado.

En el exterior, en medio de un bosque vacío de toda presencia humana, el viento barre las hierbas que rodean el acceso a la galería y propaga a unos cuantos metros un grito de rabia y dolor.

Los policías se han desplegado en el bosque con admirable eficiencia y perfecta coordinación. Empiezan por peinar el perímetro alrededor del claro en círculos concéntricos, para luego alejarse y adentrarse más en el bosque. Separados entre sí unos tres metros, avanzan a paso lento en línea recta, registrando metódicamente taludes, arbustos y matorrales. Una vez han sido informados sobre cómo proceder, Bruno y Véronique participan en la búsqueda. Instantes después del inicio de la batida, el sonido característico de un helicóptero invade el lugar. El aparato equipado con una cámara térmica sobrevuela el bosque en busca de una huella en movimiento que delate la presencia de la niña. Tanto en tierra como en el aire, los policías se comunican con ayuda de *walkie-talkies* cuyos crujidos reverberan entre los árboles. El dispositivo puesto en marcha y la rapidez de la intervención son impresionantes.

En ese mismo momento, Camille y Patrick Verdier salen de casa a toda prisa para dirigirse al bosque de los Cuatro Robles. Mireille Cerise los ha prevenido, pero sin darles demasiada información. Pese a todas las precauciones tomadas por la directora para informarles de la situación, pese a su deseo manifiesto de mostrarse tranquilizadora y a su insistencia en destacar el importante despliegue de medios para encontrar a la pequeña, los padres tienen la sensación de estar viviendo una pesadilla.

Camille tiene dificultades para respirar. La angustia le comprime los pulmones y el oxígeno apenas consigue abrirse paso a través de ellos. Un silencio pesado y compacto reina en el habitáculo del coche. Un silencio de esos que gritan en la cabeza. Patrick y ella están destrozados por la noticia y se dejan llevar por los meandros de sus propios miedos más aterradores. La ignorancia genera una imaginación fecunda. No saber es contemplar todas las posibilidades. Y, entre ellas, la peor es siempre la que se impone con la mayor ferocidad.

Camille intenta resistirse a la invasión de imágenes insoportables. Ni siquiera soporta las que corresponden a la simple realidad que le ha comunicado la directora. Se imagina a Emma sola en medio del bosque, aterrada, con las mejillas bañadas de lágrimas, el cuerpo sacudido por espasmos de angustia. Su

hija tan pequeña, tan vulnerable, a merced de los miedos más terribles. Camille la oye llamarla con su voz de ángel, sollozar bajo el peso del terror, mamá, mamá, dominada por el miedo, sin comprender el motivo por el que nadie viene a socorrerla.

De forma intermitente, otras imágenes más dolorosas sustituyen a esta visión ya de por sí odiosa, que la joven intenta desesperadamente ahuyentar de su mente. Unas sombras amenazantes se elevan sobre la niña llorosa, unas bocas infestadas de colmillos puntiagudos, unos ojos amarillos desprovistos de compasión, unos gruñidos sordos...

–¿Hay animales salvajes en este bosque? –pregunta en un tono de voz apenas audible.

–No que yo sepa –murmura Patrick sin apartar los ojos de la carretera.

Camille consigue aspirar un hilo de aire salvador. Sin embargo, entre los depredadores que merodean en su cabeza, es el hombre el que más temores le inspira. ¿Y si Emma no se hubiese perdido? ¿Y si se la hubiese llevado un depravado sexual sediento de carne fresca? ¿Un monstruo sin alma ávido de candor y pureza?

–La encontrarán, ¿verdad? –gime al borde de las náuseas.

Un silencio aterrador sigue a su pregunta. Y después una respuesta, aún más aterradora:

–No lo sé.

Camille reprime las arcadas. Saber que su hija está sufriendo ahora mismo; imaginársela presa de un terror visceral sin disponer de medios para ayudarla, protegerla o simplemente tranquilizarla es algo que le resulta imposible de soportar. Camille sabe que no lo conseguirá. Es superior a sus fuerzas. No es capaz de hacer frente a semejante prueba. Tiene los músculos agarrotados, el vientre descompuesto, la garganta parece haber triplicado su volumen y el peso que siente en la caja torácica es tan opresivo que tiene la sensación de que sus costillas están a punto de fracturarse.

A su lado, Patrick se encuentra sumido en el mismo estado. Tiene las mandíbulas apretadas, las manos crispadas sobre el volante y se concentra en la carretera para impedir que su imaginación se desboque. Pero, aunque la angustia y la tensión que experimenta se parecen a las de su mujer, el profesor lucha además con todas sus fuerzas para evitar que su cólera explote. Le invade un feroz rencor mientras repasa los cargos que imputa a los profesores, ¡esa pandilla de inútiles, incapaz siquiera de vigilar a una niña de cinco años! Con el corazón

cargado de recriminaciones cada vez más violentas, se aferra a las promesas de represalias que no dudará en infligirles si algo le sucede a su hija. La impotencia le da fuerzas. Los castigos dan vueltas y más vueltas en su cabeza, y su sed de venganza es proporcional a la angustia que lo corroe. Siente la imperiosa necesidad de hacer sufrir tanto como sufre él.

A las seis y diez de la tarde, Mireille Cerise, la directora de la escuela, llega al lugar de los hechos, seguida poco después por Camille y Patrick Verdier. Los tres son recibidos por el capitán Dupuis quien, tras haber coordinado la búsqueda desde el claro, ha regresado al aparcamiento donde se ha instalado un cuartel general improvisado. El policía procura mostrarse optimista e intenta calmar a los padres explicándoles los medios desplegados para encontrar a su hija.

–De entrada, y dadas las circunstancias, todo indica que Emma simplemente se ha extraviado, lo que significa que tenemos muchas probabilidades de encontrarla muy pronto. Por supuesto, no descartamos otras posibilidades y ahora mismo incluso estamos trabajando para hacer frente a cualquier imprevisto.

–¿Qué entiende usted por «otras posibilidades»? –inquire el profesor Verdier con voz tensa.

–Nuestros equipos contemplan todas las hipótesis posibles, señor Verdier. Incluso analizamos cuidadosamente la posibilidad de que se haya topado con la persona equivocada, aunque no le demos preferencia.

Al evocar lo peor, Camille ahoga un «¡Dios mío!» lastimero y trastornado. Mireille también expresa su angustia con gesto alarmado.

–Se lo repito, señoras –insiste Dupuis–. Esa posibilidad es, a mi juicio, una de las menos plausibles. Pero es nuestro deber contemplarla, al igual que las demás. Por lo pronto estamos verificando la presencia de delincuentes pederastas en la región, así como otras desapariciones recientes. Por ahora, nada de lo que hemos examinado apunta en esa dirección.

Dupuis hace una pausa para asegurarse de que sus palabras hayan sido correctamente asimiladas. Camille y Patrick tardan unos instantes en reaccionar, como colgados de sus labios: al igual que muchos padres en su misma situación, durante los primeros momentos de la desaparición de su hijo, su actitud oscila entre el aturdimiento y la aflicción.

–¿Han traído una prenda que su hija haya llevado recientemente? –les pregunta para devolverlos a la realidad.

Camille se estremece. Parece haberse despertado de un hechizo maléfico y

su mirada perdida enfoca enseguida al capitán Dupuis.

–¡Sí! –exclama metiendo la mano en el bolso–. Le he traído la camiseta que llevaba ayer.

–¡Perfecto! Esto nos permitirá recurrir a los perros, que son especialmente eficaces en casos como este.

Después, alzando los ojos al cielo que a cada minuto que pasa se vuelve más amenazador, añade:

–No voy a negar la evidencia: el tiempo apremia, y la lluvia tiene la molesta costumbre de borrar las huellas olfativas. En vista de las condiciones climáticas...

Camille no parece percatarse de la urgencia de la situación. Saca la prenda y la mantiene unos segundos en la mano. Sin esperar a que se la tienda, el policía coge la camiseta con gesto insistente y tira de ella, obligándola a soltarla.

–Se la devolveré tan pronto hayamos encontrado a su hija –le asegura con serenidad. Acto seguido, volviéndose hacia la directora de la escuela, añade–: Acompañeme, por favor.

Mireille Cerise obedece de inmediato. Juntos se reúnen con dos policías que se encuentran cerca de un vehículo. Mientras que la directora sigue al primero y desaparece en el interior de una camioneta, el capitán discute en privado con el segundo durante un breve instante, tras lo cual le entrega la camiseta. Luego vuelve con los padres.

–Mis hombres se encargarán de poner a los perros sobre su pista. Tengo buenas razones para confiar en que la encontraremos pronto.

–¿Dónde está la directora? –pregunta Camille.

–Vamos a tomarle declaración y a pedirle ciertas informaciones.

–¡Quiero participar en la búsqueda! –declara de pronto Patrick Verdier, que parece despertar de un letargo estupefacto.

El capitán mueve la cabeza en señal de que ha comprendido.

–En efecto, los necesitamos. Pero ahora mismo nos serán mucho más útiles si responden a algunas preguntas.

–¿Preguntas? –se sobresalta Camille dirigiendo a Dupuis una mirada de alarma–. ¿Qué preguntas?

El capitán está acostumbrado a este tipo de reacción defensiva. En cuanto un policía se dispone a iniciar un interrogatorio, la mayoría de las personas piensan en su error más grave. Incluso si no es penalmente reprobable, se sienten de inmediato culpables. Dupuis saca la conclusión de que la señora

Verdier tiene cosas que reprocharse, lo que no significa que guarden relación con la desaparición de su hija. Decide dejarlo para más tarde y solucionar lo más urgente.

–Necesitamos conocer el temperamento de su hija, por un lado, para hacernos una idea de lo que le ha pasado, y por otro para comprender sus reacciones –explica con gravedad–. Qué tipo de niña es. Si es temeraria o si, al contrario, es recatada. Si es miedosa, ese tipo de cosas...

–Le escuchamos, teniente –declara Patrick Verdier.

–Capitán –le corrige de forma mecánica Dupuis, y acto seguido pregunta–: ¿Emma tiene un carácter intrépido? Me refiero que si ya se ha escapado alguna vez a su vigilancia y ha desaparecido sin avisar.

La respuesta afirmativa de Camille choca con la negativa de su marido. Por un breve instante, esta oposición manifiesta suscita cierto malestar, los padres se lanzan mutuamente miradas de reproche.

–Teniendo en cuenta el tiempo que pasas con ella, no veo cómo puedes decir tal cosa –se mofa Camille con un susurro que pretende ser discreto, pero que no lo es en absoluto.

–¡Conozco a mi hija! –se defiende lastimosamente el profesor.

–¿Este tipo de incidente ya se había producido antes, señora Verdier? –pregunta Dupuis para volver a centrar el debate.

–Sí, una vez. En el centro comercial. Tardé veinte minutos en encontrarla.

–¿Cuándo sucedió eso?

–Hará cerca de tres semanas...

–¿Y dónde encontró a su hija?

–En la sección de electrodomésticos, delante de los televisores: miraba unos dibujos animados.

–Quizá si pasaras menos tiempo con tu móvil y un poco más vigilándola, no ocurrirían este tipo de desgracias... –masculla Patrick con rencor.

–¡Quizá si hicieras las compras más a menudo, evitarías decir este tipo de estupideces! –replica Camille en el mismo tono.

–¡Por favor! –exclama el capitán con impaciencia–. ¡Estamos perdiendo un tiempo precioso!

La irritación de Dupuis es palpable y les provoca a los padres tanta vergüenza como confusión.

–Le ruego que nos perdone –murmura el profesor avergonzado.

El policía se dispone a reanudar el interrogatorio cuando en el *walkie-talkie*

que lleva colgado del cinturón crepita una voz gangosa. Lo agarra de inmediato y se aleja unos pasos. Una precaución inútil puesto que su intercambio llega a los oídos de la pareja.

Por primera vez desde hace mucho tiempo, sus corazones laten al unísono.

—¡La han encontrado! —exclama Dupuis mirándolos.

—¡Alabado sea Dios! —resopla Patrick con gratitud.

Camille estalla en sollozos. Se abraza a su marido y deja correr un torrente de lágrimas liberadoras. La tensión se disipa en una fracción de segundo; ya no son más que unos padres que acaban de recuperar a su hija.

L'Anecdote es el típico bar-restaurant presidido por una larga barra de estaño y con banquetas de madera de le dan un toque cálido y pintoresco. El suelo embaldosado, el revestimiento de madera en las paredes, los paneles de separación coronados con cristal biselado y los techos pintados recrean la ilusión de encontrarse en París, en uno de esos establecimientos en que la clientela aprecia el servicio rápido, la buena acogida y la hospitalidad. Situado en una callejuela del centro, hace gala de un encanto típicamente francés con una zona de mesas de bar que reciben a los clientes a lo largo del día, y una de mesas de restaurante cubiertas con manteles blancos.

Son las seis y cuarto de la tarde.

En la cocina, Étienne da el último toque a las patatas gratinadas poniéndolas en el horno antes de pasar a las ensaladas. Consulta el reloj de pulsera de un rápido vistazo, y luego da unas palmadas para espabilar a su equipo compuesto por la mano derecha del chef –una cuarentona dinámica y terca llamada Nathalie–, dos pinches y un asador que también es el encargado de preparar las salsas y los entrantes, y de reponer la despensa.

–¡A trabajar! ¡Venga, venga!

–¡Moved el culo, tíos! –dice Nathalie burlona sin levantar la nariz de su labor.

Delante de los fogones, el personal refunfuña. De hecho, cada uno realiza su tarea sin remolonear, pese a que esta tarde el equipo funcione aún al ralentí. La presentación está prácticamente lista. En los cuatro rincones de la cocina hay alguien cortando, pelando, mezclando o batiendo. Las cacerolas empiezan a desprender algunos olores. La calma que precede a la tormenta reina aún por un instante. Nathalie acaba de preparar las salsas mientras que Cyril, uno de los dos pinches, vigila la cocción del cocido anunciado como plato del día. Los rituales se encadenan en un ballet perfectamente coordinado de idas y venidas entre fogones y neveras, fregaderos y encimeras.

Después de asegurarse de que todo va viento en popa, Étienne selecciona diferentes lechugas que lava bajo el grifo. Los gestos se suceden, rápidos y precisos: escurre, reparte las hojas en las ensaladeras, coloca las botellas de aliño en su sitio, listas para ser utilizadas.

Hacia las seis y media, Émilie, la camarera responsable del equipo de noche, asoma la cabeza por el pasaplatos y saluda a los cocineros. Todos le contestan desde sus respectivos puestos. A continuación, pregunta a Étienne por la composición del plato del día y las sugerencias del chef, así como por las diferentes guarniciones. Transmitirá el mensaje a las demás camareras para que cada una pueda responder a las preguntas que les formulen los clientes. Los demás platos están en la carta y ya no tienen secretos para ellas. En la sala todos se preparan también para el siguiente servicio.

–¿Quiénes están en el bar esta noche? –le pregunta Étienne.

–Fabrice y Saïd.

–Debería funcionar. ¿Me traes un café?

–¡Una caña para mí! –exclama Nathalie desde la nevera de carnes.

–¡Marchando!

El rostro de la joven desaparece de la pequeña ventana. Étienne vuelve a echar un vistazo al reloj. Las seis y treinta y siete. Mete la mano en el bolsillo de su delantal y saca su teléfono, un viejo Nokia cuyas funciones se limitan a pasar llamadas, enviar SMS y recibirlos. El único móvil que sabe utilizar.

Desbloquea la pantalla y consulta la lista de llamadas. No hay llamadas ni mensajes. Ni noticias. Vuelve a guardar el teléfono, preocupado.

–¿Va todo bien?

Desde el otro lado de la mesa auxiliar de acero inoxidable, Nathalie lo observa con curiosidad.

–¿No tienes cebollas que cortar? –le gruñe él dándole la espalda.

Ella esboza una sonrisa y asiente con aire de complicidad.

–Creo que mejor será que deje de meter las narices en tus ollas...

–¡Buena idea!

El chef no está de humor esta noche. Nathalie empieza a conocerlo, hace algunos años que lo trata. No es que sea el más jovial de los hombres, pero ahora está de muy mala uva. Está más callado que de costumbre y es la tercera vez desde que ha llegado que consulta su móvil, algo poco habitual en él.

Émilie vuelve a aparecer al otro lado del pasaplatos, y deposita una taza de café y un vaso de cerveza.

–Étienne, ya hay una mesa de dos en el restaurante. Preguntan si ya pueden pedir.

Étienne consulta de forma mecánica su reloj. Oficialmente, la cocina no abre hasta las siete. Aunque todo esté listo para empezar, es él quien debe decidir si acepta servirlos.

–¿No pueden esperar veinte minutos?

–Tienen prisa.

Étienne duda unos instantes y, para sorpresa de Nathalie, masculla:

–De acuerdo, vamos allá.

Émilie le dirige una sonrisa de agradecimiento y desaparece.

–Eres un trozo de pan. ¡Tu amabilidad te perderá! –se burla Nathalie agarrando su caña.

–Ni te lo imaginas.

Después, dirigiéndose a todo el equipo, les avisa:

–Llega el primer pedido, ¡pero nada de tonterías! ¡Os advierto que hoy no tengo paciencia! Así que a mover el culo y mantener el ritmo. *Capito?*

–¡Entendido, jefe! –responden a coro los cuatro cocineros.

–No hay nadie en los fogones, ¡no es normal! –dice Étienne nervioso.

–¡Ya voy, jefe! –exclama Simon, el asador, plantándose de un salto delante de la cocina.

–Permaneced concentrados, chicos. Hoy es viernes, ¡vamos a sudar hasta la madrugada!

Desde el pasaplato, Émilie anuncia el primer pedido:

–Un solomillo de ternera y un entrecot, los dos enseguida. El entrecot al punto. Y el solomillo, en lugar de patatas fritas de guarnición, una ración de puré.

–El puré no está listo, las patatas aún se están hirviendo.

–Vale, espera, voy a preguntarle a la mujer lo que quiere en su lugar.

–¡No le vas a preguntar nada! Le voy a servir las patatas fritas y punto.

Émilie alza los ojos al cielo. Se dispone a responder, pero Étienne no le da tiempo.

–Si no quiere patatas fritas, querrá arroz. Y yo no sirvo arroz con un solomillo, no tiene sentido.

–¿Qué más te da? –le pregunta Nathalie.

–¡Cuestión de principios!

–Empezamos bien –refunfuña Émilie desapareciendo de nuevo.

–¡Un entrecote al punto y un solomillo! –anuncia Étienne a su equipo.

Simon y Nathalie se ponen de inmediato manos a la obra. Agarrando sartenes y ollas, alimentos y condimentos, revolotean de un extremo a otro de la cocina mientras que Étienne acaba las patatas gratinadas pasándolas por el grill.

Unos segundos más tarde, Émilie vuelve a aparecer en la pequeña ventana del pasaplatos.

–La mujer no quiere patatas fritas. Prefiere esperar unos minutos más a que el puré esté listo.

–¡Creía que tenían prisa!

–Yo también lo creía –replica la camarera suspirando.

Étienne la observa durante un instante sin decir nada, con el rostro impenetrable. Le enfurece dejarse la piel por unos estúpidos engreídos que ni siquiera han tenido la decencia de esperar a que la cocina estuviera abierta. Detesta a ese tipo de clientes que se creen con derecho a todo, y que no respetan nada, esas personas cuyas ideas feudales rigen sus relaciones con los demás. En su rostro se lee la irritación y a su alrededor todos contienen el aliento. Y entonces, para sorpresa general, Étienne capitula.

–Vale –declara–. Pero yo mismo iré a servirle el plato.

–¿Qué estás tramando? –le pregunta Émilie con desconfianza.

–Nada. Solo quiero ver qué aspecto tiene esa mujer.

Durante un instante, la camarera lo observa con recelo. Y a continuación se encoge de hombros con indiferencia.

–Como quieras.

Quince minutos más tarde, la comanda está lista. Étienne agarra los dos platos ardientes del calentaplatos, protegiéndose las manos con unas servilletas blancas de tela gruesa.

–¡Dejad paso! –grita dirigiéndose hacia la puerta de la cocina que da directamente a la sala.

No tiene ninguna dificultad en encontrar la mesa que debe servir: es la única ocupada en el restaurante. Se planta delante de los clientes con una deferencia sobreactuada.

–¿El entrecot? –pregunta en un tono afectado. Solo le falta entrechocar los talones.

Como esperaba, el hombre le hace un gesto con la cabeza. Étienne deposita el plato delante de él, y luego procede a girarse hacia la persona que hay al otro lado. Pero en lugar de dejar el plato aún ardiente sobre la mesa, se lo tiende a la

mujer que, sin desconfianza y sin protección, lo agarra con ambas manos.

La reacción no se hace esperar. En cuanto los dedos entran en contacto con la loza ardiente, ella emite un alarido y suelta el plato con violencia. El resultado es catastrófico: el solomillo se esparce íntegramente sobre sus rodillas, llevándose con él la salsa y el puré.

Étienne finge sorpresa primero, luego consternación y, finalmente, desolación.

—¡Dios mío! ¡Cuánto lo lamento! ¡Sobre todo, no se mueva, le traeré algo para que se seque!

La clienta se ha levantado de un salto y se dispone a vociferar. Pero ante la diligencia de Étienne, no le queda otra que refrenar su cólera. De hecho, él ya ha regresado y trajina a su alrededor con el objetivo de minimizar los estragos causados en su falda.

—¡Ya está bien! —dice ella perdiendo la paciencia, irritada—. ¡Deme eso!

Le arranca el trapo de las manos e intenta a su vez atenuar los daños.

—¡Estoy terriblemente apenado! —le asegura Étienne en un tono desesperado—. Este puré es un auténtico desastre, hay por todas partes. ¡Tendría que haber pedido las patatas fritas, habrían sido más fáciles de limpiar!

Tras ser detectada gracias al helicóptero, la posición de Emma es transmitida de inmediato al equipo en tierra que la localiza unos minutos más tarde. Los policías acuden al lugar e interceptan a la niña en torno a las siete de la tarde. La encuentran deambulando por el bosque a más de un kilómetro al noreste del claro donde ha pasado la tarde con los otros niños. Está manchada de tierra de pies a cabeza y parece extenuada.

Todo el equipo es avisado de inmediato de que la niña se encuentra sana y salva y que, a primera vista, no presenta ninguna herida de consideración. Solo está agotada. De hecho, la pequeña se derrumba literalmente en los brazos del policía que la lleva hasta el aparcamiento donde esperan sus padres.

El reencuentro es conmovedor. Camille y Patrick se precipitan hacia la niña y la estrechan en sus brazos hasta casi asfixiarla, riendo y llorando a la vez. Emma soporta estas embestidas de afecto sin expresar ninguna emoción. Como ajena a la inquietud que ha causado y a los medios utilizados para encontrarla. Con cinco años, no es realmente consciente del peligro al que acaba de escapar.

El capitán Dupuis concede un tiempo a la familia para el reencuentro. Luego interrumpe las efusiones e informa a los padres de que la pequeña debe ser examinada por un médico que está a su disposición en la ambulancia para asegurarse de que se encuentra bien y no presenta ningún traumatismo que no se haya descubierto en una primera observación. Camille y Patrick aceptan sin oponerse.

Unos instantes más tarde, el equipo de policías está de regreso, así como Bruno y Véronique. A pesar de sentirse aliviados porque todo ha acabado bien, los profesores no las tienen todas consigo, conscientes de que deben enfrentarse a la furia y el resentimiento de los padres. De hecho, tan pronto los ve de lejos, Camille informa a su marido sobre su identidad. Patrick se precipita hacia ellos y los recrimina con rudeza.

—No tengo ni el tiempo ni la energía para intentar comprender ahora las repercusiones de este asunto, pero les prometo que esto no quedará así. ¡Mi hija estaba bajo su vigilancia! Los considero personalmente responsables de lo que

acaba de suceder.

Bruno inicia una justificación confusa y balbuceante, pero Véronique lo hace callar con un gesto del brazo. Mireille Cerise, que entretanto se ha unido a ellos, se interpone entre el padre y los profesores.

–Comprendo su cólera, señor Verdier. Y le aseguro que se abrirá una investigación interna y que los responsables serán duramente castigados. Me lo tomo como una cuestión personal.

–¡Me importa un bledo su investigación interna! Conozco el sistema escolar y la ineficacia de sus procedimientos. ¿Qué va a hacerles? ¿Reprobarlos acaso? ¿Y al cabo de quince reprobaciones tendrán una advertencia? ¿Y al cabo de quince advertencias, una sanción? Por favor, ¡permita que me ría! Llevaré este asunto ante los tribunales hasta que cada uno de los adultos implicados esta tarde sea despojado de su derecho a ejercer su profesión.

–Le aseguro una vez más que lo entiendo –responde Mireille adoptando una actitud que es mezcla de aprobación y de vergüenza.

–¡Me importa un comino! –se mofa el profesor fuera de sí.

Mireille Cerise mantiene un perfil bajo. Opta por guardar silencio para no empeorar las cosas, pues no tiene argumentos que presentar al furioso padre. Bruno y Véronique hacen lo mismo; para ellos, las tensiones se suceden sin darles respiro. El ambiente está cargado de electricidad, al igual que el cielo que se enciende con violencia con tres relámpagos casi simultáneos. Enseguida, la tormenta estalla encima de sus cabezas mientras que las primeras gotas de lluvia se estrellan contra el suelo. La directora y los profesores no se atreven a despedirse, conscientes de la inconveniencia de cerrar este debate por unas cuantas gotas de agua. Es el médico desplazado al lugar el que finalmente los libra de esta dolorosa confrontación: ha concluido el examen de la pequeña y desea hablar con los padres.

Mientras que Camille y Patrick se alejan, la directora de la escuela se dirige a su vez a los profesores.

–Ya resolveremos esto más tarde, pero os advierto que, si decide cumplir sus amenazas, no levantaré un dedo para defenderos.

Es evidente de que está exasperada y que emplea toda su energía para reprimir su ardiente deseo de sacudirlos allí mismo.

–Asumo plenamente la responsabilidad de lo que acaba de suceder –declara Véronique–. Emma estaba en mi grupo. Soy yo la que no ha cuidado de ella como es debido.

Al oír hablar de los grupos, Bruno frunce las cejas.

–¿Mylène está aquí?

–¡Excelente pregunta, señor Danzig! –exclama irritada Mireille–. Y me gustaría que me la contestara. Tengo que decirle cuatro cosas.

–¿No la ha visto?

–¡Por supuesto que no! Supongo que habrá regresado con el autocar...

–¡No! –exclama Bruno alarmado–. Cuando llegaron los policías, ella aún no había vuelto de la primera búsqueda que organizamos. Sandrine intentó ponerse en contacto con ella, pero tenía el móvil apagado. ¡También yo intenté llamarla de nuevo más tarde, pero sin éxito!

Mientras hace un resumen de la situación, la lluvia redobla su intensidad. Ahora es un diluvio lo que cae sobre ellos, obligándoles a ponerse a cubierto. Los tres corren hacia el coche de la directora y se meten precipitadamente en él. Una vez en el interior del habitáculo, Bruno coge su teléfono en el que selecciona el número de Mylène. Mientras que se establece la conexión, Véronique toma el relevo.

–De hecho, no la hemos vuelto a ver desde que salimos en busca de Emma, es decir, desde más o menos las cuatro y media de la tarde.

Mireille comprueba la hora sobre el salpicadero. Ya tiene los nervios a flor de piel a causa de la cólera; ahora, la inquietud no hace sino aumentar su tensión.

–¿Y están seguros de que no ha vuelto en autocar con Éliane y Sandrine?

Véronique consulta a Bruno con un breve vistazo.

–Al fin y al cabo, es posible...

–Salta el buzón de voz –declara Bruno cerrando su teléfono.

–Voy a llamar ahora mismo a Éliane –dice Mireille.

Unos minutos más tarde, Éliane confirma sus temores.

Mireille Cerise mira a través de los cristales, detrás de los cuales las trombas de agua descargan sin cesar.

–Resumiendo, hace más de dos horas que Mylène está en algún lugar del bosque y que nosotros no tenemos noticias de ella.

Tras unos instantes de vacilación, Mireille, Sandrine y Bruno se miran con insistencia mientras digieren esa información y establecen las subsiguientes consecuencias. Fuera, las ráfagas de viento agitan el bosque sobre el cual la lluvia abate sin piedad. El cielo está oscuro y otorga al entorno una apariencia sumamente siniestra. En el aparcamiento, los efectivos policiales se repliegan y están a punto de iniciar el camino de regreso.

–Hay que decírselo al capitán –murmura la directora.

Los tres salen de inmediato del coche y corren hacia los policías, protegiéndose como pueden bajo sus chaquetas. Mireille aborda al primer policía con el que se cruza.

–¿Dónde está su capitán?

El hombre la mira sorprendido y le pide que repita la pregunta: la lluvia hace un estruendo de mil diablos y cubre la mitad de sus palabras.

–¡Su capitán! –articula ella exagerando cada sílaba–. Tengo que hablar con su capitán.

Llueve a raudales; unos instantes bajo la lluvia bastan para que el agua los cale hasta los huesos. El agente asiente con la cabeza y le indica con un gesto que lo siga. Bruno y Sandrine van detrás de ellos. Los lleva hasta uno de los furgones en el cual Dupuis se prepara para dar la señal de salida. Una vez dentro del vehículo, la directora y sus colaboradores le hacen partícipe de sus inquietudes.

–Se trata de la maestra de la que le he hablado antes –le recuerda Bruno–. No ha dado señales de vida desde que salió a buscar a Emma.

–¿Han intentado contactar con ella?

–Tiene el teléfono apagado. En cualquier caso, el buzón de voz salta antes de que haya tono de llamada.

–Entonces es que se le ha agotado la batería –añade Sandrine.

–Lo que equivale a lo mismo.

–¿Le han dejado un mensaje? –pregunta Dupuis.

Bruno asiente.

–¡Sí! Le he dicho que había llegado la policía para encontrar a Emma.

El capitán guarda silencio durante algunos segundos. Luego vuelve la cabeza hacia el cristal detrás del cual se dibuja el bosque maltratado por los elementos.

–Para empezar, habrá que cerciorarse de que no ha regresado a casa por sus propios medios.

–¿Está bromeando? –exclama la directora–. ¡Estamos a cuarenta kilómetros de la ciudad! ¿Cómo podría haberlo hecho?

–Por lo que sabemos, si ha escuchado el mensaje, las últimas noticias que ha recibido es que se había avisado a la policía de la desaparición de Emma y que se había establecido un dispositivo para encontrarla. Ignoramos cuál habrá sido su reacción. Lo único que sabemos con certeza es que aún no sabe que la niña está sana y salva. Puede haber actuado empujada por el pánico y la culpabilidad... Lo que quiero decirles es que es posible que haya sido incapaz de hacer frente a sus responsabilidades y se haya dado a la fuga.

–¡Eso no tiene sentido! ¡Mylène nunca haría algo así!

–Quizás. O quizás no. Lo primero que hay que hacer es dejarle un mensaje explicándole que todo va bien, que hemos encontrado a Emma y que goza de buena salud. Que la esperan en el aparcamiento para volver a la escuela. En el tono más natural posible.

Bruno obedece de inmediato. Selecciona una vez más el número de Mylène en su teléfono y se lo lleva a la oreja. Como en las anteriores llamadas, el buzón de voz salta enseguida. Después de oír el bip en el auricular, informa a su compañera de trabajo de las últimas evoluciones del incidente. Una vez ha terminado, el capitán se vuelve hacia Mireille.

–¿Cuál es su situación familiar? ¿Vive con alguien? ¿Tiene hijos?

–Hijos seguro que no tiene. Y que yo sepa, vive sola.

–¿Puede proporcionarnos su dirección y, si es posible, los datos de sus allegados, las personas con las que podamos contactar para avisarles de la situación o a quienes, por ejemplo, podría haber acudido en caso de urgencia?

–La única persona que conozco de su entorno es su padre. Pero no tengo sus datos.

–Empecemos por su dirección, enviaremos a alguien. Mientras tanto, pediré al helicóptero que sobrevuele los alrededores para ver si la detecta...

La directora asiente con la cabeza. Dupuis coge el *walkietalkie* y da algunas órdenes, resumiendo la situación a su interlocutor. Acto seguido consulta las

previsiones meteorológicas. Cuando vuelve con ellos, su interpretación de los acontecimientos pretende ser tranquilizadora.

–También cabe la posibilidad de que simplemente se haya perdido y que, al verse sorprendida por la lluvia, se haya refugiado en algún sitio. Si este es el caso, la localizaremos muy pronto.

Mientras tanto, Mireille ha buscado en la agenda telefónica de su móvil la dirección de Mylène y la anota en un trozo de papel que tiende al capitán. Este lo coge y envía de inmediato a dos hombres al lugar.

–¿Y ahora? –pregunta la directora.

Dupuis esboza una mueca que delata cierta indecisión.

–Esperaremos.

–¿Esperaremos a qué? –pregunta a su vez Véronique.

–Los informes de los hombres que se dirigen a su domicilio. El del helicóptero que sobrevuela la zona de búsqueda.

–¡Eran más dinámicos a la hora de buscar a la niña! –masculla Mireille.

El capitán reprime un arranque de ira.

–¡Comprenderá que las dos situaciones no son comparables!

–Y nosotros ¿qué hacemos? –pregunta Bruno.

–Vamos a tomarles los datos y sus declaraciones para que puedan regresar a casa. Solo les pido que permanezcan a nuestra disposición hasta que hayamos solucionado este caso.

Los tres profesores asienten con un gesto de la cabeza: la idea de saber que pronto estarán en casa los tranquiliza un poco.

Mientras Dupuis pide a uno de sus colegas que transcriba los testimonios, se abre la puerta trasera de la camioneta. Patrick Verdier se apresura a entrar en el interior del vehículo para ponerse a cubierto de la lluvia que cae a cántaros.

–Han acabado de examinar a Emma –explica a Dupuis despreciando deliberadamente a los miembros de la escuela Les Pinsons–. Nos gustaría volver a casa.

–¿Cómo está su hija? –le pregunta Mireille imprimiendo a la frase toda la consideración de la que es capaz.

Patrick Verdier le dirige una mirada llena de reproche.

–Apenas tiene algunos rasguños de poca importancia. Psicológicamente, aún no estamos en condiciones de evaluar el alcance de los daños.

La directora toma buena nota y opta por no replicar. Además, sin esperar la más mínima reacción por su parte, Patrick Verdier vuelve a dirigirse al capitán

para saber si puede marcharse. Este asiente en señal de aprobación.

–Le convocaré muy pronto para cerrar el procedimiento. Aún tengo que transcribir todas las declaraciones y redactar los atestados. Aquí tiene mi tarjeta por si necesita saber cualquier cosa.

Le tiende al profesor una tarjeta que ha sacado de su cartera. Patrick Verdier la coge y le da las gracias. Antes de despedirse, le dirige unas palabras a Mireille:

–Emma se quedará en casa durante unos días para superar la prueba por la que acaba de pasar. Y luego decidiremos si volverá a su escuela. Estamos considerando muy seriamente la posibilidad de cambiarla de centro.

–Lo comprendo.

–Sepa igualmente que tengo intención de entablar una acción civil contra su centro educativo por negligencia. Este asunto está lejos de haber acabado.

Mireille aprieta los dientes. Su instinto le dice que no avive la confrontación, que deje pasar un tiempo para que las emociones se calmen. El padre de Emma todavía está demasiado enfadado para que ella intente hacerle entrar en razón. La directora asiente brevemente con la cabeza y espera a que se vaya. ¿Qué más puede hacer? Presiente que la más mínima de las reacciones, en uno u otro sentido, no hará más que atizar su rencor.

En cuanto Patrick abandona el furgón, la tensión que reinaba durante los minutos precedentes se disipa imperceptiblemente.

Bruno es el primero en ser interrogado. Pasa a la parte delantera de la camioneta en compañía del agente designado por Dupuis. Mireille tiene prisa por activar el proceso administrativo y volver a casa, hasta el punto que olvidaría a Mylène en el bosque. De repente, la ausencia de la maestra le parece inconcebible. ¿Cómo se puede desaparecer de esta forma? ¿Se habrá perdido? ¿Estará herida? ¿Habrá sufrido algún percance? A menos que el capitán esté en lo cierto y Mylène se haya asustado, incapaz de hacer frente al peso de la culpa. Emma Verdier es una de las alumnas de su clase, ella es la principal responsable. ¿Sería posible que se hubiese dado a la fuga presa de un pánico incontrolable?

La directora ahuyenta esta idea de su mente. Conoce a Mylène. Es una joven seria y comprometida. No puede decir que le resulte francamente simpática, pues su relación con ella solo ha sido meramente profesional. Para su gusto es un poco introvertida, sospecha que no tiene sentido del humor ni fantasía y a veces le reprocha una excesiva rigidez en sus relaciones con los niños. Pero son precisamente estos aspectos de su personalidad los que la hacen

dudar ahora de semejante comportamiento. Mylène es la integridad en persona. Con la rectitud y la frialdad de una viga de acero. Ni siquiera físicamente parece conocer la existencia de la curva. Y aunque sus rarezas confieren a la maestra una personalidad poco envidiable, al menos la protegen de una sospecha tan grave.

A menos que...

¿Conocemos realmente a las personas? Mireille no lo sabe.

La irrupción de un hombre en el furgón la distrae de sus reflexiones. Se trata del médico que ha examinado a la niña. Los pocos metros que separan la ambulancia de la camioneta han bastado para empaparla de pies a cabeza; fuera, la lluvia sigue cayendo con una extraña virulencia.

—¡Qué tiempo! —exclama pasándose las manos por el rostro mojado.

—El llanto de las mujeres y la lluvia de verano no duran mucho... —responde Dupuis sin pensarlo.

—¡A ver si es verdad! —le contesta. Y luego, cambiando de tema—: He acabado de examinar a la pequeña y he visto a los padres. Le entregaré el informe mañana por la mañana. Pero ya puede anotar en su informe que no he apreciado ninguna lesión anormal. Solo presenta algunos arañazos perfectamente explicables dadas las circunstancias.

—Gracias, doctor.

El médico se dispone a despedirse, pero cambia de opinión.

—¡Ah! Los padres han olvidado el pañuelo de la niña. ¿Puede devolvérselo cuando los vea?

Saca del bolsillo un cuadrado de tela manchado de tierra y se lo tiende al capitán. Este se dispone a cogerlo cuando Véronique se sobresalta.

—Pero... ¡Es el fular de Mylène!

Mireille y Dupuis se vuelven al mismo tiempo hacia ella y la miran sorprendidos.

—¿Está segura? —le pregunta el capitán.

—¡Totalmente! ¿Dónde lo ha encontrado, doctor?

—Estaba alrededor del brazo de la pequeña... Envuelto a modo de venda.

Véronique frunce el ceño.

—¿De venda?

—Esa es la conclusión que he sacado... La niña tenía una herida poco profunda en el bíceps, justo debajo del fular. Hay un poco de sangre seca adherida a la tela, aquí, ¿la ven? —dice enseñándoles el pañuelo a sus tres

interlocutores para demostrar su afirmación—. Lo que significa que cuando se envolvió el fular alrededor del brazo de la niña, la sangre aún estaba fresca.

Un silencio intrigado sigue a la explicación del médico.

Unos segundos más tarde, Dupuis le pregunta:

—¿Cómo era el nudo?

—¿Perdón?

—El nudo. ¿Qué tipo de nudo era? ¿Simple? ¿Complicado?

El médico enarca las cejas y se encoge de hombros para recalcar su ignorancia.

—Un nudo sencillo, diría yo... En cualquier caso, no me ha llamado la atención. Por consiguiente, me imagino que no tendría nada de original.

—¿Cree que Emma habría podido hacerlo sola?

—¡Me extrañaría mucho! Era simple, pero estaba bien hecho. Ninguna niña de cinco años habría sido capaz de anudarse un pañuelo de esa forma en su propio brazo.

El capitán se vuelve hacia Véronique.

—¿Emma estaba herida en el momento de su desaparición?

—¡No! —responde esta con rotundidad, indicando que sabe exactamente adónde quiere ir a parar el capitán.

Aunque Mireille ha presenciado la conversación sin decir una palabra, al igual que Dupuis y Véronique, ha seguido el hilo de la reflexión que la lleva a la misma conclusión.

—Lo que quiere decir que Mylène solo pudo enrollar su fular alrededor del brazo de Emma después de su desaparición.

El capitán asiente en silencio.

—¿La pequeña le ha explicado lo que ha pasado? —le pregunta al médico—. ¿Cómo ha llegado ese fular a su brazo?

—No ha dicho gran cosa. Le he hecho algunas preguntas sobre lo que sentía, si le dolía alguna parte del cuerpo... Pero debo decir que no se ha mostrado muy comunicativa.

—¿Le ha preguntado por la procedencia del fular?

—¿Por qué iba a hacerlo? ¡Pensé que era suyo!

—Lógico... —murmura Dupuis reflexionando. Después, se vuelve hacia Véronique y dice—: ¿Está usted totalmente segura de que Mylène llevaba este fular cuando salió en busca de Emma?

—¡Casi al cien por cien! —responde la bibliotecaria—. Ahora mismo no puedo

afirmar con total seguridad que la haya visto alejarse en el bosque con su fular alrededor del cuello, pero, en cualquier caso, lo ha llevado todo el día.

–Por consiguiente, cabe pensar razonablemente que Mylène tuvo contacto con Emma entre el momento en que la niña desapareció y el que fue encontrada...

–Ahora, la cuestión es saber por qué motivo Mylène no ha regresado con la pequeña –dice la directora continuando la reflexión de Dupuis.

Un silencio circunspecto sigue a la observación de Mireille. Las miradas se cruzan, preocupadas, intrigadas o desconcertadas. Cada cual intenta dar una explicación lógica a este nuevo dato, quizás incluso descubrir en él un indicio que les revele el lugar donde puede encontrarse la maestra.

–¡Voy a llamar enseguida a los Verdier para que vuelvan! –declara por fin Dupuis mientras sostiene el teléfono móvil.

Aunque se encuentran a apenas unos kilómetros del bosque, los padres de Emma acogen con fastidio la petición del capitán. Camille es quien ha contestado a la llamada. Mientras transmite la información a su marido, este se niega obstinadamente a dar media vuelta. Emma se ha quedado dormida, y cuando Dupuis les menciona la necesidad de interrogarla, Patrick Verdier no quiere ni oír hablar del tema. Al otro lado de la línea, el policía se ve obligado a amenazarlos con acusarlos de obstrucción a la justicia en el marco de una desaparición que ahora se ha vuelto inquietante. Aplacando una rabia que lo corroe, el profesor decide volver a coger el camino del bosque.

Cuando llegan al lugar, Dupuis les resume la situación con la mayor claridad posible. Mientras que Camille lo escucha con atención, su marido mantiene los dientes apretados y no parece comprender nada de lo que le dice. Emma sigue tendida sobre el asiento trasero del coche, visiblemente agotada a causa de las emociones del día. Cuando el capitán les pide que la despierten para poder hacerle algunas preguntas, Patrick Verdier se niega en redondo.

El tiempo apremia. Siguen sin tener noticias de Mylène, y la presencia del fular alrededor del brazo de Emma cubre con un halo de misterio la desaparición de la maestra.

De nuevo, Dupuis se ve obligado a endurecer el tono. El asunto es especialmente delicado para el policía que, legalmente, no tiene ningún derecho a interrogar a un menor de esta edad en un marco jurídico. Intenta hacer entrar en razón al padre, apelando a la urgencia de la situación. Al lado de su marido, Camille mantiene un silencio crispado; tiene el gesto tenso, pero asiste al altercado entre los dos hombres sin reaccionar. Cansado de oponer resistencia, Patrick Verdier da por fin su consentimiento.

A diferencia de la tensión que reina en el aparcamiento, la lluvia se ha calmado por fin: la capa plomiza que obstruía el cielo se despeja lentamente, y permite la aparición de manchas de luz. Alrededor, el bosque empapado se

escurre poco a poco, el suelo no es más que una sucesión de charcos de barro y el ambiente ha refrescado. Pero al menos, ahora es posible pasar de un vehículo a otro sin quedar empapado al instante.

Camille se encarga de despertar a Emma. Con mil precauciones, se inclina sobre su hija, la acaricia con dulzura, susurrándole al oído como hace todas las mañanas a la hora de levantarse. Sin embargo, al realizar estos gestos ordinarios, la joven se siente desamparada: la situación ha dado un giro inesperado cuya evolución la preocupa. Cuando recuperó a su hija, se percató en efecto de la presencia del fular alrededor del brazo, pero ese detalle le pareció tan anecdótico que no le prestó más atención. Según las explicaciones de Dupuis, este fular sería la prueba de que Emma y Mylène se vieron en el bosque mientras la niña seguía desaparecida.

Si Mylène se cruzó en efecto con Emma mientras la buscaba, ¿por qué no ha vuelto con ella? ¿Por qué la maestra no da señales de vida? Camille da mil vueltas a estas dos preguntas en su mente sin encontrarles ninguna explicación. Todo esto no tiene el menor sentido.

–Emma, cariño –murmura en voz baja–. Despierta, ángel mío, quieren hacerte unas preguntas.

La niña gime en sus sueños y abre los ojos. Observa a su madre con una mirada adormecida que aparta enseguida para volver a sumergirse en una especie de somnolencia, como si intentara abstraerse de una realidad que la molesta.

–Despierta, Emma –insiste Camille zarandeándola un poco más fuerte.

La niña frunce el entrecejo e intenta escapar a los ruegos de su madre liberándose con un movimiento de fastidio. Camille insiste y la pequeña acaba por fin de despertarse del todo.

–Los policías quieren hacerte unas preguntas, cariño. No durará mucho, te lo prometo. Ven a mis brazos.

Poco después, Camille entra en el furgón policial apretando a su hija contra sí. Dupuis invita a los padres a tomar asiento a uno y otro lado de la niña y se instala delante de ellos. Luego, sonriendo a Emma, se inclina hacia la niña apoyándose sobre los codos.

La situación lo incomoda más de lo que se esperaba. Al observar con atención a la niña, le impresiona la candidez de su rostro, sus grandes ojos que lo observan con una curiosidad desprovista de toda malicia. ¿Cómo se dirige uno a una niña tan pequeña? Emma parece muy frágil, su cara delata una vulnerabilidad frente a la cual Dupuis no sabe qué hacer.

–Hola, Emma –empieza a decir en un tono de voz inseguro–. Te llamas Emma, ¿no es así?

La pequeña asiente con un tímido gesto de la cabeza. Alentado por esta primera afirmación, el policía prosigue:

–Yo me llamo Hervé. Soy el jefe de los policías que te encontraron en el bosque. Soy tu amigo, ¿vale? No quiero hacerte ningún daño. Tus padres están a tu lado y no puede pasarte nada.

Espera unos instantes a que la niña asimile esta información. Ella no se mueve y sigue prestándole atención. Posee la belleza inherente a todo lo que es delicado y la gracia de su tierna edad.

–¿Quieres contarme lo que pasó esta tarde cuando te perdiste en el bosque?
–continúa Dupuis poniendo en el tono de su voz toda la bondad de la que es capaz.

Esta vez, Emma se vuelve hacia su madre y la interroga con la mirada. Esta asiente brevemente para manifestar su aprobación.

–He caminado mucho –empieza a decir la pequeña–. Tenía miedo.

–Me lo imagino –le dice el policía–. Creo que has sido muy valiente. ¿Puedes decirme por qué te fuiste sola al bosque?

Emma se encoge de hombros.

–Estaba enfadada.

–¿Enfadada con quién?

–Con mi maestra.

–¿Ah, sí?

La respuesta sorprende a Dupuis. Él intentaba acercarse a la pequeña dando un rodeo antes de ir al quid de la cuestión. Y, de pronto, resulta que es ella misma la que va directa al meollo del problema.

–¿Por qué estabas enfadada con tu maestra?

La niña duda. A su lado, Camille se inquieta antes de contestar en su lugar.

–Emma tiene a veces dificultades con la autoridad –dice soltando una risita a modo de excusa, como si se justificara por una falta que hubiese cometido.

La intervención de la madre irrita a Dupuis, que esperaba mucho de la respuesta de la niña.

–¡Es a Emma a quien formulo la pregunta! –replica secamente–. Le ruego, por favor, que no intervenga.

–¡Intervendremos siempre que lo creamos oportuno! –responde a su vez Patrick–. No tiene ningún derecho legal sobre mi hija, no más que sobre

nosotros.

El tono sube peligrosamente, lo que no le conviene a Dupuis. Hirviendo de impaciencia, decide no reaccionar y proseguir.

–¿Puedes decirme por qué estabas enfadada con tu maestra?

La niña parece sentirse incómoda. Balancea las piernas hacia delante y hacia atrás y tarda unos segundos en responder.

–Es mala conmigo.

–¿Ah, sí? ¿Y qué hace para ser mala contigo?

–Me grita.

–Vale. ¿Qué más?

–Creía que quería saber si Emma se había topado con su maestra en el bosque durante la desaparición –interviene de nuevo Camille, que parece cada vez más exasperada por la situación.

–¡Enseguida voy a ello, señora Verdier! –replica Dupuis reprimiendo un arranque de ira.

–¡No, no iré a ello! Le habla de todo salvo de lo que pasó en el bosque mientras estaba perdida. ¡Como no aborde claramente el tema, no nos quedaremos ni un minuto más!

Camille parece estar al borde de un ataque de nervios. Dupuis constata que desde el inicio de la entrevista no se ha quedado quieta. Sus intervenciones son tan nefastas como fuera de lugar e impiden a Emma responder por iniciativa propia. Eso asombra al capitán, que no ve ninguna lógica en el comportamiento de la madre. Es evidente que sus nervios se han visto sometidos a una dura prueba, pero el capitán no comprende por qué está tan nerviosa ahora que su hija vuelve a estar con ella, sana y salva.

–Muy bien –dice suspirando–. Escúchame, Emma. Es muy importante. Lo que quiero saber es si viste a alguien mientras estabas en el bosque.

La niña lo mira como si no comprendiera el sentido de su pregunta. Dupuis espera unos segundos y luego, ante el silencio de la pequeña, tiende la mano hacia la bolsa de plástico colocada sobre la banqueta, en la que se encuentra el fular de Mylène.

–¿Ves este fular?

Emma baja los ojos hacia la bolsa y asiente con la cabeza.

–¿Lo reconoces?

La niña se encoge de hombros.

–Cuando te encontraron, lo tenías alrededor del brazo, como si alguien te

hubiese vendado el brazo con él. ¿Podrías decirme quién te lo vendó?

La niña no aparta los ojos de la bolsa. Pero no contesta.

–¿Emma? –insiste el capitán–. Mírame.

Al cabo de unos segundos, acaba por levantar la cabeza y hunde sus grandes ojos cándidos en los de Dupuis.

–¿Puedes decirme quién te puso este fular alrededor del brazo?

–No sé.

El policía enarca las cejas para expresar su asombro.

–¿No sabes quién te ha puesto este fular alrededor del brazo?

–No.

–¿Fue tu maestra la que te hizo una venda con su fular?

–No sé.

–Vamos, Emma, debes acordarte de lo que pasó...

–¡Le está diciendo que no lo sabe! –dice Camille, enfadada.

Dupuis se dispone a replicar cuando Patrick interviene a su vez.

–Mi hija necesita descansar, capitán. Creo que ya va siendo hora de que volvamos a casa.

Se levanta y coge la mano de Emma para llevársela. Camille los imita de inmediato. El policía los detiene con un movimiento de la mano.

–Permítame que le haga una última pregunta, señor Verdier.

Los dos hombres se enfrentan con la mirada. Sin dar un consentimiento claro a la petición, el profesor exhala un suspiro ostensible e interrumpe su movimiento. Dupuis se arrodilla a la altura de la pequeña, la coge por los dos brazos para obligarla a que lo mire.

–Escucha, Emma. Comprendo que no te guste mucho tu maestra porque grita y porque a veces es severa contigo. Pero ahora ha desaparecido, y no sabemos dónde está. Puede que esté en peligro. Cuando tú estabas perdida, ella hizo todo lo posible por encontrarte. Ahora, tú tienes que ayudarnos y decirme si la viste cuando caminabas por el bosque. Es importante.

Emma intenta apartar la mirada, pero Dupuis ejerce una discreta presión sobre sus brazos para obligarla a mantener el contacto. Acorralada por el policía, a la niña no le queda más remedio que mirarlo.

–Dime simplemente si la viste en el bosque –insiste Dupuis en tono firme.

–No sé –repite ella sin pestañear.

Por segunda vez, la familia Verdier se dispone a marcharse. Dupuis no puede retenerlos por más tiempo, como tampoco puede obligar a una pequeña de cinco años a hablar. Para el policía, la situación es inédita. La presencia del fular en el brazo de la niña indica, sin lugar a dudas, que estuvo en contacto con Mylène. Su actitud refuerza esta convicción, y lo más molesto es que la niña no parece consciente de la urgencia de la situación. Pero no puede culparla. Tiene cinco años y, a esa edad, el concepto de verdad tiene contornos muy difusos.

Por regla general, cuando Dupuis toma declaración a un testigo en el marco de una investigación sin que exista en un principio ningún prejuicio de culpabilidad, detecta bastante rápido, si no la parte de responsabilidad de su interlocutor, al menos su grado de implicación. En función del comportamiento de la persona, de la forma en que contesta a las preguntas, del tono de su voz, de su cadencia al hablar y de la expresión de su rostro, consigue adivinar si tiene algo que esconder. El capitán posee ese don particular de saber poner al descubierto el malestar que traiciona al ocultamiento. Pocas veces se equivoca, y sabe por experiencia si la pista que tiene ante sí es interesante o si no vale la pena explorarla.

Con Emma, sus métodos de investigación son tan limitados como sus certezas. De entrada, queda descartado que la niña oculte información por maldad, como podría suceder en el caso de una persona adulta. La candidez de su tierna edad es su escudo más fiel. Pero Dupuis detecta en la pequeña una inquietud equívoca que podría haberla impulsado a declararse ignorante. Lo más terrible en el «no sé» de Emma es que denota claramente su negativa a hablar, sin que se pueda apelar a la más mínima responsabilidad. A los cinco años se es inocente. En todos los sentidos de la palabra.

Cuando los Verdier se disponen a salir del furgón, el teléfono de Dupuis resuena en el bolsillo de su chaqueta. Responde de inmediato y habla durante unos instantes con su interlocutor. Camille se ha quedado paralizada, atenta a la conversación del capitán. Lo oye hablar de la ausencia confirmada de la maestra en su domicilio y del misterio que rodea su suerte.

–Registren el apartamento de arriba abajo y busquen los datos de un allegado, un miembro de la familia, alguien con el que pueda ponerme en contacto –ordena a sus hombres.

Acto seguido, hace una breve pausa y da por concluida la conversación.

–Llámenme en cuanto sepan algo.

Después de colgar, Camille titubea durante un instante.

–¿Siguen sin noticias? –pregunta sin lograr ocultar su desazón.

El capitán la observa con una mirada cargada de inquietud.

–En cualquier caso, no ha vuelto a casa.

–¿Qué van a hacer?

Dupuis no puede impedir esbozar una sonrisa llena de ironía.

–Es muy amable por su parte preocuparse...

Después, detectando el malestar de Camille, añade:

–¿Qué relación tiene con la maestra de su hija? ¿La conoce?

La joven parece sorprendida por la pregunta. Abre la boca como si se dispusiera a contestar, pero las palabras se quedan obturadas en su garganta. Sus ojos delatan un evidente malestar, que ella intenta a todas luces ocultar buscando una respuesta. El policía casi es capaz de oír el chirrido de los engranajes que funcionan a toda velocidad en su cerebro.

–No mucho –responde.

–¿Nunca ha hablado con ella sobre Emma?

–Sí, por supuesto. Pero los escasos intercambios que hemos tenido han sido siempre en relación con la escuela.

En la puerta del furgón, Patrick se impacienta.

–Me gustaría volver a interrogar a Emma mañana por la mañana –declara Dupuis en tono firme–. Puede que después de una buena noche de sueño, sus recuerdos sean más nítidos. Les espero a las diez en la comisaría central.

Se vuelve hacia Patrick, que no reacciona enseguida.

–¿Señor Verdier? –insiste el capitán.

Patrick acaba por asentir de mala gana. Luego, Dupuis se dirige otra vez a Camille.

–Mientras tanto, ¿podría hablar con su hija lo antes posible y procurar averiguar qué pasó en el bosque? –le pregunta intentando mantener la atención de la joven.

Dicho esto, le tiende con autoridad una de sus tarjetas de visita.

–Llámemme si tiene la menor información que pueda ayudarme a dilucidar

este asunto.

Camille se queda con la tarjeta del policía en la mano. Asiente vagamente con la cabeza, pero su mirada es huidiza. En ese preciso instante, Dupuis detecta en ella una zozobra oculta que la corroe de manera manifiesta. Es la misma sensación que tuvo cuando les comunicó la necesidad de interrogarlos sobre Emma, cuando la niña aún estaba desaparecida. La reacción de Camille lo intrigó, esa manera de adoptar una actitud que delata un sentimiento de culpabilidad, pese a que no se la ha acusado de nada.

–¿Nos vamos? –vocifera Patrick, que sigue plantado delante de la puerta del furgón.

Sin añadir nada más, Camille se apresura a alcanzar a su marido y a su hija. Dupuis los mira marcharse. Inmerso en sus pensamientos, tarda unos segundos en contestar al móvil que empieza a sonar en el bolsillo de su chaqueta. Al echar un vistazo a la pantalla, constata que el número que aparece no está registrado en su agenda.

–Al habla el capitán de policía Dupuis –declara en cuanto se establece la comunicación.

Al otro lado de la línea se oye la voz de Mireille Cerise. La directora de Les Pinsons tiene hambre de noticias, siente curiosidad por saber si la pequeña Emma Verdier ha podido explicarles la presencia del fular de Mylène alrededor de su brazo. Después de que uno de los policías le haya tomado declaración, ha emprendido el camino de vuelta y ha acompañado a Bruno y Véronique a casa.

Dupuis le hace un resumen de la conversación sin detenerse en sus conclusiones.

–¿Cree que sufre algún tipo de amnesia traumática? –le pregunta la directora después de que el capitán le haya hablado de la incapacidad manifiesta de la niña de explicar lo que ha vivido en el bosque.

–¿Qué entiende usted por eso?

–Algunas experiencias son tan traumáticas que las víctimas establecen un mecanismo de defensa que lo borra todo de su memoria.

Dupuis esboza una mueca dubitativa.

–Es posible –admite–. A decir verdad, no lo sé. Más bien me ha dado la impresión de que la niña retenía información, pero no tengo elementos concluyentes que la sustenten. Le he pedido a la madre que intente averiguar más. No sé si lo hará.

Un breve silencio sigue a la respuesta del capitán, que él rompe formulando

una pregunta a Mireille.

–¿Ha llegado a sus oídos algún tipo de desacuerdo entre Mylène y los padres de Emma?

–No que yo sepa.

–¿Y entre Emma y su maestra? ¿Ha tenido conocimiento alguna vez de un problema entre ellas? ¿Mylène se ha quejado de su alumna?

–Sinceramente, no. Mylène es una joven un poco... rígida. A veces pienso que carece de cierta flexibilidad en el trato con los niños, pero es una buena maestra. Lleva con nosotros solo este curso, hay que darle tiempo de adaptarse. Por cierto, ¿sabe algo nuevo sobre la visita de sus hombres al domicilio de Mylène?

–El apartamento estaba vacío. Todo parece indicar que no ha estado en casa desde esta mañana.

–¿Ha encontrado la dirección de su padre?

–Aún no. Mis hombres siguen allí, me llamarán en cuanto encuentren información relevante.

La conversación telefónica termina rápidamente. Acto seguido, el policía evalúa la situación con los hombres destacados sobre el terreno. A pesar de que ha sobrevolado a conciencia la zona de búsqueda, el helicóptero no ha detectado ninguna presencia humana en el bosque. En tierra tampoco; el registro de los alrededores no ha dado resultado. Dupuis no entiende nada. Se diría que Mylène simplemente se ha volatilizado. Y teniendo en cuenta el diluvio que se ha abatido sobre el bosque, el policía sabe que es inútil enviar a los perros sobre la pista de la maestra: la lluvia ha borrado irremediablemente todas las huellas olfativas.

Unos minutos más tarde, sus hombres lo llaman desde el apartamento de Mylène.

–Hemos encontrado el número de teléfono del padre –anuncia el agente al otro lado de la línea.

–¡Perfecto! Tomo nota.

Dupuis coge un bolígrafo y garabatea una serie de cifras en un pedazo de papel.

–¿Y su nombre? –le pregunta a su interlocutor.

–Papá.

–Muy gracioso.

–En serio, jefe. No tengo más información. Acabamos de encontrar una agenda de direcciones en la que el número está anotado en la letra P. De «papá».

–Vale –admite Dupuis–. Sigan buscando y llámenme cuando tengan algo nuevo.

Cuelga y acciona enseguida el teclado. Luego marca el número que acaba de anotar y espera.

El timbre de llamada suena una y otra vez mientras él contiene la respiración. Dupuis odia este tipo de situaciones en las que tiene que enfrentarse al dolor y a la angustia de una persona a la que será incapaz de tranquilizar. Así pues, casi siente alivio cuando oye saltar el buzón de voz:

«Soy Étienne Gilmont. Deje su mensaje».

El trayecto de vuelta en el coche es tenso. Patrick no se cansa de censurar la incompetencia del cuerpo docente, una pandilla de irresponsables a los que habría que prohibir acercarse a menos de cien metros de los niños, una banda de cretinos que reciben un sueldo por no hacer nada, que ni siquiera son capaces de ocuparse de ellos sin perder a uno por el camino. ¡Y luego la gente se extraña de que el mundo vaya mal!

A su lado, Camille guarda silencio, con los ojos fijos en la carretera. La angustia que experimenta es tan aplastante que se siente helada de pies a cabeza, incapaz de pensar en otra cosa que en la desaparición de Mylène.

La hija de Étienne.

Conoce el cariño que los une, ese estrecho vínculo que es a la vez su fuerza y su debilidad. Pese a su actitud deliberadamente indiferente, cuando Étienne habla de ella, Camille adivina toda la pasión que siente por su hija. Un amor cargado de miedo y de angustia a pesar de la edad de Mylène. Es su única hija. La crio él solo después de que su mujer abandonara el domicilio conyugal para rehacer su vida con un norteamericano. En aquella época, Mylène solo tenía cinco años. La edad de Emma, piensa Camille con un estremecimiento. ¿Cómo puede una madre abandonar a su hijo por otro hombre? ¿Cómo se puede simplemente abandonar a un hijo? Aunque en estos últimos tiempos, se le haya pasado por la cabeza la idea de una separación, jamás ha pensado en abandonar a su marido y su hija para satisfacer una pasión. Al contrario. Emma es lo que la retiene desde hace cinco semanas. Para Camille, los motivos de esa mujer son un misterio. No sabe mucho de ella, Étienne no es un hombre dado a las confidencias. Solo ha mencionado con pocas palabras el trauma que sufrió Mylène debido a esta ausencia a una edad en que cada herida se queda grabada en el alma y en el corazón. A Camille poco le falta para condenar a esa madre indigna por lo que ella considera una renuncia criminal. Por la manera en que Étienne le ha hablado de las graves consecuencias que tuvo su marcha, sabe que fue un trance muy doloroso. Lo que el padre y su hija atravesaron juntos los ha

unido de una manera inquebrantable. Solo se tienen el uno al otro, no tienen más familia. Camille ha comprendido que, pese al aparente desenfado de su padre, Mylène es para Étienne la niña de sus ojos.

—¡Porque sé muy bien cómo van esas excursiones escolares! —sigue gritando Patrick—. ¡Soy profesor, no lo olvides! Dejan a los críos sueltos en plena naturaleza, mientras ellos holgazanean hasta la hora de volver. Discuten, flirtean y ríen a gusto... ¡Y después, se quedan pasmados si uno de los niños falta a la llamada!

Los acontecimientos de las últimas horas han relegado la embriaguez amorosa de Camille al rango de aventura sin importancia. Cuando la directora de la escuela la llamó para comunicarle la desaparición de Emma, creyó que el cielo se derrumbaba sobre su cabeza. Durante todo el tiempo que necesitó para avisar a su marido, reunirse con él y llegar hasta el aparcamiento del bosque, devastada ante la perspectiva de no volver a ver a su hija, Camille experimentó el sentimiento encontrado de que el destino la castigaba por su traición. Y mientras circulaban a tumba abierta por la autopista, se sorprendió rogando a Dios, prometiéndole cuidar de su familia y romper con Étienne si, en su inmensa bondad, aceptaba devolverle a su hija.

Camille no es creyente, ni se le pasa por la cabeza ahora que su promesa esté en el origen del feliz desenlace. Su hija está aquí, sana y salva. Y ella atribuye la gratitud que siente más al azar que a la clemencia divina.

—¡Pero te prometo que la cosa no quedará aquí! Ni hablar de poner a otros niños en peligro confiándolos a esos irresponsables. Hemos tenido suerte, ¡te lo aseguro! La próxima vez, quién sabe lo que podría pasar. Este mismo lunes por la mañana llamaré a Gilson y los demandaremos por daños y perjuicios. Y aunque mi denuncia no dé resultados, al menos este asunto hará ruido y manchará la reputación de la escuela. Les voy a dar publicidad, ¡créeme!

Aún queda por resolver el enigma que rodea la desaparición de Mylène. La tregua ha sido muy breve. Al evocar la suerte de la maestra, la ansiedad de Camille regresa para atenazarla hasta las entrañas. Sabe lo que sufrirá Étienne cuando se entere de la noticia. El calvario que vivirá. Poco importa la edad de nuestros hijos, el mundo se hunde a nuestro alrededor cuando les sucede algo.

¿Qué ha pasado?

Camille no para de darle vueltas a esta pregunta; y de ahí surgen otras, todas ellas igual de aterradoras. ¿Cómo reaccionará Étienne cuando se entere de que su hija se ha volatilizado en plena naturaleza mientras buscaba a Emma? Y,

sobre todo, ¿cuál será su reacción cuando le informen de la presencia del fular de Mylène alrededor del brazo de la niña?

A Camille se le encoge el corazón. Según el capitán de policía, ese fular es la prueba irrefutable de que Emma y su maestra se cruzaron en el bosque. Camille ha observado atentamente a su hija mientras Dupuis la interrogaba. Tal como están las cosas ahora, es incapaz de detectar el nivel de franqueza de la niña. Es del todo probable que, perturbada por los acontecimientos de la tarde, la pequeña se haya sentido incapaz de verbalizar lo que vivió. Debió de pasar mucho miedo. La ignorancia detrás de la cual se ha atrincherado era seguramente una especie de protección indispensable para superar sus angustias. Es la única explicación. Si no, ¿por qué motivo iba Emma a negar deliberadamente la evidencia?

Aunque no pueda ocultarse a sí misma la verdad, Camille teme más que nada la respuesta a esta pregunta.

En realidad, de todas las incertidumbres que la atormentan, hay una en particular que la aterroriza: ¿Emma sabe que su maestra es la hija del señor que la noche anterior abrazaba a su mamá en el umbral de su casa? ¡Claro que lo sabe! Los ha visto más de una vez juntos en la acera, delante de la escuela, cuando Étienne venía a buscar a Mylène después de clase.

Camille se vuelve hacia su hija y la observa durante unos instantes. Emma está instalada en la sillita del coche, con la cabeza apoyada contra el cristal del automóvil, la mirada perdida en la lejanía. Fuera, la luminosidad disminuye débilmente, pero aún es de día. De momento, las nubes han abandonado el cielo que ahora hace gala de una serenidad difícilmente imaginable apenas media hora antes. El sol desciende con lentitud hacia el horizonte, disponiéndose a inflamar la bóveda celeste.

Camille observa la carita de Emma: su rostro refleja la gravedad que adquiere cuando algo va mal. Parece tan frágil con esa cara de ángel, la naricita ligeramente respingona, los ojos almendrados y de un azul profundo. Los labios delicados. Los rizos rubios que descienden en cascada sobre los hombros. A pesar de su aire de preocupación, emana de ella una candidez que derretiría a los más insensibles. Emma posee unas facciones cuya delicadeza y elegancia naturales llaman la atención. Cuando Camille se pasea con ella por la calle o cuando hacen cola en una tienda, no es raro que un transeúnte o un cliente se quede extasiado ante el encanto de la niña. «¡Qué preciosidad de niña!»

Al observar su rostro singularmente serio, Camille no puede imaginarse que

la mente de su hija esté llena de malas intenciones. ¿Puede una cara de ángel esconder el corazón de un demonio?

La joven madre vuelve a mirar al frente e intenta tragar una saliva inexistente. Es tal la angustia que la corroe que tiene la sensación de que su pecho estallará bajo el peso de la opresión. ¿Es posible que su pequeña de cinco años, su princesita, su cielo de caramelo, oculte voluntariamente una información esencial para encontrar a Mylène solo porque ha sorprendido a su mamá besando a un hombre que no era su padre? Camille cierra los ojos. Le cuesta respirar. Cada una de sus terminaciones nerviosas parece estar en llamas.

¡Todo esto no tiene ningún sentido!

Tiene que encontrar la manera de hablar con su hija a solas. De hacerle entrar en razón. Sea lo que sea que pasó en el bosque, una niña de esta edad no puede ser considerada responsable. Debe obligar a Emma a decirle lo que sabe, si es que sabe algo. Luego ella transmitirá la información a la policía y el caso quedará resuelto.

–¿Qué te pasa? –le pregunta Patrick, que por fin se percató del mutismo de su mujer–. ¿Te encuentras bien?

–Sí, sí... –murmura ella pese a tener la impresión de que nunca se había sentido tan mal en su vida.

La mano derecha de Patrick se separa unos segundos del volante para acariciar la rodilla de Camille en un gesto de consuelo.

–Perdóname –prosigue él en un tono de voz más suave–. No paro de quejarme... Pero me vuelve loco saber que mi hija ha estado sola durante más de una hora, ¡sola en medio del bosque! ¡Solo tiene cinco años, maldita sea! ¿Estás segura de que estás bien?

Incapaz de pronunciar la más mínima palabra, Camille se limita a asentir con la cabeza.

–No te preocupes –añade Patrick obligándose a recuperar la calma–. Emma está bien, al menos físicamente. Eso es lo principal. Por lo demás, haremos todo lo que haga falta para que olvide esta terrible tarde. Estaremos aquí para ella, los dos.

Acentúa la presión en la pierna de su mujer al tiempo que añade:

–Estamos juntos, y eso es lo único que cuenta.

La oscuridad ha invadido lentamente el bosque ocultando sus detalles, uno tras otro. Ya no queda más que una masa oscura y compacta. Después de la lluvia torrencial, el agua que cubre la vegetación chorreante se escurre a merced de las últimas ráfagas de viento. Los senderos empapados que serpentean entre los macizos de helecho y otros arbustos inundados se llenan de murmullos. Y mientras que el aguacero se aleja suspendiendo su escándalo diluviano, los sonidos del bosque vuelven a tomar posesión del lugar.

Aún atrapada en el fondo de la cavidad subterránea, Mylène ha acogido con alivio el final de la tormenta. Aunque los rizomas y las hierbas que bordean la sima la han protegido de la violencia del chaparrón, no ha podido escapar a la corriente de agua que ha empapado las paredes de tierra. Está calada hasta los huesos y no tiene más opción que permanecer sobre una alfombra fangosa. Y aunque su moral se ha fortalecido brevemente al calmarse la tormenta, ahora empieza a debilitarse al mismo ritmo que la luz del día.

A intervalos regulares, lanza un fuerte grito, un largo quejido desesperado o una conmovedora llamada de auxilio con la esperanza de que alguien la oiga y la localice. A fin de cuentas, encontró a Emma de esta manera y no le cabe duda de que sucederá lo mismo con ella. Sin embargo, a medida que pasa el tiempo, la duda empieza a devorarla con unos colmillos que se cierran cruelmente sobre sus esperanzas más razonables.

Ahora su tobillo no es más que una masa amorfa y dolorosa. Ha triplicado su volumen y la obliga a adoptar una posición tan precaria como incómoda. Cada movimiento le inflige un dolor agudo que irradia a lo largo de la pierna con ecos punzantes. Mylène intenta mal que bien encontrar una postura que la preserve del dolor, pero la estrechez del terreno le impide relajarse por completo. No obstante, ha logrado aposentarse en el hueco de un ángulo formado por el desnivel de la pared, lo que le da la impresión de estar enterrada viva.

Se encuentra realmente hundida y al borde del abismo. Sin contar con que está tiritando. Peor que eso, está helada. La temperatura a dos metros bajo tierra es mucho más fresca que en la superficie, y el chubasco no ha cambiado nada.

La inmovilidad, la humedad y la noche incrementan el frío que la atenaza. Ahora, la maestra castañetea los dientes, intenta acurrucarse cuanto puede para mantener el máximo de calor posible, pero no logra remitir la sensación de frío que ha penetrado hasta sus huesos.

A ello hay que añadir los primeros síntomas de la falta de insulina. Mylène no ha tomado la dosis del mediodía y hace varias horas que su cuerpo, incapaz de transformar el azúcar absorbido a lo largo del día en fuente de energía, agota sus reservas de grasa. El resultado es una deshidratación rápida y grave que la joven conoce demasiado bien: es uno de los síntomas corrientes de la diabetes. En una situación normal, bebería un gran vaso de agua y comprobaría su nivel de azúcar para inyectarse la dosis de insulina que su cuerpo necesita, algo que ahora le resulta imposible.

La sensación de sequedad que tiene en la boca y en la faringe ha pasado de ser molesta a volverse dolorosa. Es como si su cavidad bucal estuviera recubierta de papel de lija que le rascase en cuanto intenta pronunciar una palabra. A medida que pasa el tiempo, cada llamada de socorro se convierte en un auténtico suplicio. Consciente de que es la única manera de que la encuentren, Mylène sigue gritando con todas sus fuerzas, infligiéndose cada tres o cuatro minutos una tortura cada vez más insoportable.

Para empeorar las cosas, el azúcar que se acumula en su cuerpo pasa directamente a la orina que se hace más abundante. Desde la partida de Emma, Mylène ha tenido que orinar dos veces. Si bien en los primeros instantes la micción le produce una sensación de alivio y de calor casi agradable, el hedor que emana después y la picazón no tardan en volverse insoportables.

Pero hay algo más grave: aparte del cansancio que le ha causado este día interminable y la energía que ha malgastado inútilmente desde que se ha quedado atrapada en esta cavidad, la joven maestra se siente extenuada. Lucha valientemente contra el entumecimiento, sabiendo que, si llegara a hundirse en un estado letárgico debido a la falta de insulina, su cuerpo produciría acetona y residuos ácidos que no tardarían en alterar el funcionamiento de sus células hasta provocar una cetoacidosis diabética que a su vez le induciría un peligroso coma.

Es consciente de que si no la encuentran a tiempo el desenlace será fatal.

Los segundos parecen no avanzar. Desde hace un rato incapaz de definir, Mylène lucha contra el frío, el cansancio y el miedo. Después de la desaparición de Emma, ha analizado una y otra vez la situación para no dejarse llevar por el pánico: ahora que la niña ya se desplaza por la superficie del bosque, seguro que

la localizarán pronto. Entonces les contará su percance y guiará a Bruno y a Véronique hasta la entrada de la galería. Sin embargo, hace ya un buen rato que aguza el oído al acecho de ruidos de pasos o de voces, pero sus llamadas de socorro languidecen en el eco de la soledad. Con la caída de la noche, empieza a perder toda esperanza de ser socorrida. Sus múltiples rencores vuelven a hacer acto de presencia y empiezan a dar vueltas en su cabeza. Mylène rumia sus reproches, acumula amargura y resentimiento, nutre su odio y su cólera. ¿Qué se imaginaba? ¿Que iban a precipitarse para encontrarla, a ella: la carga, la colega reprimida, que siempre pone mala cara y a la que acostumbran a evitar en la medida que lo permite la cortesía? Mylène se hunde en la desesperación, al mismo tiempo que disminuye la luminosidad. El frío, el miedo y el sufrimiento son ya de por sí insoportables a plena luz del día, así que no se atreve ni a imaginarse cuánto aguantará cuando esté sumida en las tinieblas. Al pensar en la suerte que la espera, los temblores de su cuerpo se acentúan; corre el riesgo de sufrir una crisis de tetania. ¡Tiene que moverse! Tiene que encontrar la manera de salir de allí sola puesto que no puede contar con nadie.

Haciendo acopio de valor, se apoya contra las paredes de la cavidad. El dolor que irradia de su tobillo es tal, que no se atreve a poner el pie en el suelo. Con precaución se levanta con la fuerza de los brazos y consigue enderezarse, a costa de un terrible esfuerzo. Cuando encuentra suficiente equilibrio para poder desplazarse en el estrecho habitáculo, se da cuenta de que tiene las manos llenas de tierra.

Mylène contiene la respiración.

Pensativa, aplasta con los dedos un terrón de tierra que la lluvia ha ablandado y que solo puede proceder de la pared contra la cual se apoya. Para comprobar sus sospechas, hunde las uñas en la arcilla y arranca algunos fragmentos fangosos. Su corazón se pone a latir un poco más rápido. Vuelve a repetir la operación y empieza a cavar un agujero en la pared. Después, al observar lo que llena su palma, reflexiona a toda velocidad: si consigue extraer suficiente tierra para acumularla en la parcela donde se halla y elevar el nivel para poder acercarse a la superficie, tendrá una posibilidad de salir de este agujero. Mylène vuelve a tener esperanza. No duda de que le llevará horas realizar este trabajo sin garantía de éxito, pero es lo único que se le ocurre ahora. Y no dispone de mucho tiempo. Entonces, sin vacilar, empieza a arañar la pared de la galería, arrancando como puede trozos de arcilla que luego acumula en el suelo.

De vuelta a casa, Camille sube al primer piso para prepararle un baño a Emma. Quiere aprovechar la intimidad del cuarto de baño para instaurar un clima de dulzura que anime a su hija a hacerle confidencias.

Fuera, ya empieza a atardecer. Dentro de poco será de noche. Y aunque la temperatura es agradable para la época del año, Camille se estremece al pensar que Mylène sigue sin haber sido encontrada.

El tiempo apremia. Mientras prepara la toalla, la manopla y el jabón, oye subir a Patrick. Asoma la cabeza por la puerta del cuarto de baño y ve que se dirige a la habitación de Emma con la niña en brazos.

–¿Qué haces? –le pregunta a su marido.

–Emma está cansada, voy a acostarla.

–Primero debe tomar un baño –objeta ella–. Y también cenar. Seguramente tendrá mucha hambre...

–Creo que está más agotada que sucia o hambrienta.

Camille no sabe qué contestar. Está impaciente por pasar un rato a solas con su hija. Es urgente que pueda hablarle sin que Patrick esté presente para determinar si la niña sabe más de lo que está dispuesta a decir y, en caso afirmativo, cuáles son los motivos de su silencio. Tiene que averiguar si realmente Emma ha borrado de su mente los acontecimientos de la tarde. Se siente incapaz de pasar una noche entera sumida en la incertidumbre. Es superior a sus fuerzas. Sobre todo, tiene que recordar con ella el incidente de la víspera, seguramente con medias palabras, cuando la niña la sorprendió en brazos de Étienne, a fin de saber exactamente lo que percibió, comprendió, sintió.

–¡No puede irse a la cama en semejante estado!

–¡Cariño! Déjame a mí. Has sufrido mucho con todo lo que acaba de pasar. Intenta relajarte.

–Pero... Estoy llenándole la bañera...

–Tómate tú un baño. Te hará bien.

–Si la metes en la cama, tendré que arroparla y cantarle una canción...

–Ya me ocupo yo –replica él dirigiéndole una mirada con la que le transmite que todo está controlado.

–Emma, cariño... –intenta aún Camille dirigiéndose directamente a su hija–. ¿No tienes ganas de tomar un baño y de comer algo antes de irte a dormir?

La niña mira a su madre de soslayo, sin moverse del cómodo regazo de su padre.

–Quiero ir a la camita.

–¿Quieres que sea mamá la que te lleve a la cama?

–No... Quiero a mi papá.

–¿Lo ves? –le dice Patrick en tono victorioso.

–Pero...

E ignorando las protestas de su mujer, entra en la habitación de Emma y cierra la puerta tras de sí con suavidad.

Camille se queda aturdida en el rellano del cuarto de baño. Tiene la impresión de estar ahogándose, incapaz de atrapar una bombona de oxígeno que, no obstante, tiene al alcance de la mano. O de tener que esconderse para evitar un peligro, de verse obligada a guardar silencio mientras su mano está sobre una placa eléctrica incandescente. No sabe por qué le vienen a la mente estas imágenes, pero la comparación con este tipo de situaciones de pesadilla le parece incluso demasiado suave. Si Emma se duerme, no podrá hablar con ella hasta el día siguiente. Así pues, le espera una noche muy larga, por no decir interminable.

Camille está completamente alterada. Patrick nunca se preocupa de llevar a su hija a la cama, en todo caso le cuenta una breve historia y sale de la habitación sin cumplir el ritual de la noche hasta el final. Camille se queja a menudo de tener que asumir ella sola una gran cantidad de tareas, sobre todo las inalterables que acompañan el día a día de Emma y que su padre solo realiza muy de tarde en tarde. Esa rutina algo monótona que necesitan los críos para crecer, ha leído en alguna parte. Considera la posibilidad de entrar en la habitación y sacar a Patrick de allí, pero el caos que impera en su cabeza la paraliza. Tiene miedo de empeorar las cosas, que su nerviosismo lo alerte y haga preguntas. Lo cual es sin duda una estupidez. Los sucesos han adquirido tales proporciones en su mente que no logra tomar la distancia necesaria para reflexionar sobre ellos.

En realidad, Camille está a punto de derrumbarse. Sus nervios, sometidos a una dura prueba desde que le comunicaran la desaparición de Emma, están a

punto de jugarle una mala pasada. Es tal su estado de confusión que solo ve las cosas desde una perspectiva dramática. Tiene que calmarse. A fin de cuentas, ¿es culpa suya que Mylène haya desaparecido en el bosque? ¿Es culpa de Emma? ¡Claro que no! La pequeña solo tiene cinco años. ¿Qué puede hacerle a una adulta de veintiséis? ¡Es absurdo dejarse llevar así por el pánico! Camille vuelve al cuarto de baño para refrescarse la cara con agua fría. Mientras se seca, se queda paralizada al ver la imagen que le devuelve el espejo: tiene las facciones extremadamente tensas, la mandíbula crispada en un rictus aterrorizado, la cara lívida... Su expresión de angustia es tan impresionante que no puede evitar reírse. Sin poder mentirse por más tiempo, debe admitir que siente un miedo atroz a ante la idea de que Emma le cuente a su padre lo que vio la noche anterior. Que formule con palabras inocentes el error que ha cometido su madre. Que Patrick se entere de su adulterio en estas condiciones, precisamente esta noche, por boca de su hija de cinco años.

No osa imaginar la furia que eso desencadenaría.

Debilitada por el terrible miedo que acaba de experimentar, no se siente con fuerzas para enfrentarse a un drama familiar. Para ser sincera, en esos momentos, necesita ante todo calmar su angustia en la calidez del hogar conyugal.

Patrick tarda una eternidad en salir de la habitación de Emma. Los segundos parecen distenderse, torturando a Camille. Ya no soporta la espera, avanza de puntillas hasta la puerta, pega la oreja y contiene el aliento. Dentro oye tan solo sonidos amortiguados cuyo sentido se le escapa.

¿Qué debe hacer? Gira en redondo, cada vez más angustiada, incapaz de tomar una decisión. Los segundos que pasan en esta inercia la arrastran hacia los tormentos de su conciencia, dejándola horrorizada por su propio desconcierto. Con mano temblorosa saca del bolsillo la tarjeta de visita del capitán de policía y la mira con angustia. Entre la suerte de Mylène, de quien no se tienen noticias, y el temor de ser desenmascarada por su marido, Camille se ahoga en la absurdidad de sus dudas. Es la única que sabe que su infidelidad sea quizá la causa del silencio de Emma. ¿Cómo puede limitarse a dudar? Al darse cuenta de la enormidad de su vergüenza se siente petrificada de pies a cabeza. ¿Está realmente dispuesta a hipotecar las posibilidades de encontrar a la joven maestra para no ser víctima de la furia de su marido?

Camille sofoca un gemido desesperado al tiempo que siente náuseas. La tarjeta del policía le quema los dedos. La esconde en el bolsillo y después inspira profundamente. A continuación, su mano se cierra en torno al pomo de la puerta,

basta un simple gesto para girarlo y entrar en la habitación. Armarse de valor y contarle toda la verdad a Patrick para liberar por fin a Emma de una carga demasiado pesada.

Hablar para que la niña pueda hablar a su vez.

Camille cierra los ojos y hace acopio de fuerzas, pero la presión que siente en el pecho parece aniquilar toda su voluntad. Permanece petrificada delante de la puerta de la habitación, incapaz de esbozar el más mínimo movimiento. La confesión que se dispone a hacer extiende sus tentáculos por el interior de su mente. Sabe que, en cuanto pronuncie las fatídicas palabras que sellen su confesión, su existencia se verá pulverizada por la violencia de la onda expansiva. Adivina que Patrick necesitará unos instantes para digerir la información, pero una vez que el dolor haya dispersado el veneno por sus venas y despertado su sed de venganza, no cree que la deje sobrevivir emocionalmente. Además de la destrucción irreversible del microcosmos familiar, Patrick se convertirá para ella en un depredador tan temible como despiadado. Procurará diluir su sufrimiento haciéndola sufrir a ella. Se alimentará del calvario de la que, a sus ojos, no será más que una traidora. Pero lo que más la aterra es la influencia legal que se sentirá con derecho a ejercer sobre Emma. Para Patrick, cuando una mujer engaña a su marido, también engaña a sus hijos. Al sacrificar el orden familiar por unos instintos básicamente carnales (puesto que el adulterio no es más que una cuestión de culos), perderá cualquier prerrogativa sobre él y sobre su hija.

De repente, la sobresalta un ruido procedente del otro lado de la puerta. En el interior de la habitación alguien se mueve. Como pillada en flagrante delito, Camille suelta el pomo y se precipita hacia el cuarto de baño en el que se refugia para recuperar la calma. Poco después, Patrick sale de la habitación de Emma.

Fingiendo no haberse movido del cuarto de baño, se coloca delante del lavabo como si llevara a cabo su rutina de aseo nocturna. En realidad, todos sus sentidos están en alerta e intenta detectar cualquier ruido procedente del pasillo, mientras mantiene la mirada fija en el espejo cuyo reflejo le envía, justo detrás de ella, la puerta abierta del cuarto de baño.

Durante un tiempo interminable, no sucede nada. El silencio que reina en la casa parece helarlo todo como en un sortilegio maléfico. Los segundos se desgranán al ritmo de los latidos del corazón de Camille que le golpean hasta el cráneo.

Por fin, Patrick aparece en el vano de la puerta. Se le ve conmocionado.

Camille se siente desfallecer al descubrir el rostro descompuesto de su marido, la mirada casi aturdida que posa sobre ella como si no la reconociera.

¡Lo sabe!

–He hablado con Emma –empieza a decir él con voz destrozada.

La sangre de Camille se le hiela en las venas. Está lista para echarse a los pies de su marido y pedirle perdón...

–No se acuerda de nada –prosigue él apretando los dientes.

Camille se queda suspendida de sus labios, incapaz de emitir el más mínimo sonido. Espera a que continúe, pero Patrick se tapa el rostro con las manos en un gesto de sufrimiento.

–¿Qué te ha dicho? –consigue articular ella con voz crispada.

Patrick no reacciona enseguida. Mantiene la misma postura, la cara escondida detrás de las palmas, así que Camille no puede ver su expresión.

–¿Qué te ha dicho? –repite atormentada.

–¡Nada, nada en absoluto!

Por fin deja deslizar las manos por las mejillas y descubrir su rostro paralizado por la conmoción. Ante la sorpresa de Camille, sus ojos se llenan de lágrimas.

–Patrick... –murmura ella igualmente destrozada.

–¡Nuestra hijita ha pasado tanto miedo esta tarde que ha preferido borrar de su memoria todo lo que ha sucedido!

Esta vez, Camille lo observa en silencio. Muy a su pesar, experimenta un alivio indecible por el que se maldice. Emma no ha dicho nada. Emma no sabe.

–¿Estás seguro? –le pregunta en una exhalación.

Patrick la contempla horrorizado.

–Está postrada, como si hubiese vivido una auténtica pesadilla. ¡Ya no la reconozco! Me mira con sus grandes ojos como si pidiera auxilio, pero por mucho que la tranquilice, es como si no comprendiera lo que le digo.

–Quiero verla... –decide Camille dirigiéndose al pasillo.

Pero cuando pasa delante de él para ir a la habitación de la niña, Patrick la agarra de la muñeca para impedirselo.

–¡Ahora no! Está dormida. Hay que dejarla que recupere fuerzas. Mientras duerme no sufre.

Camille se dispone a liberarse, pero la presión que ejerce él alrededor de su muñeca aumenta claramente.

–Suéltame, por favor...

Patrick parece no oírla y aprieta aún más fuerte.

–¡Me haces daño!

De repente, sorprendido por las protestas de su mujer, la libera y la observa con aflicción.

–¡Perdóname, me estoy volviendo loco! ¡Me pone enfermo ver a mi hija en este estado! Solo Dios sabe lo que habrá vivido... ¡Tiene que haber sido terrible para ella! ¡Y yo ni siquiera estaba allí para protegerla!

Mientras Patrick se derrumba, corroído por el dolor, Camille recupera poco a poco la calma. Sus temores parecen injustificados, al menos de momento. Su conciencia también se apacigua cuando se entera de que Emma es incapaz de relatar los sucesos de la tarde. ¿No es cierto que para ser culpable tiene que haber intención de causar daño? ¿Y que la responsabilidad de un delito es indisociable de la voluntad de cometerlo?

Por consiguiente, si Emma no recuerda realmente nada, ¿se le puede reprochar su silencio?

Tras recuperar poco a poco la calma, la joven mira a su marido con una ternura inédita. El sufrimiento que él expresa suaviza sus propias angustias, como si el alivio que ella siente ahora fuera proporcional al pavor de Patrick. Empujada por un sentimiento de gratitud, lo atrae hacia sí y lo abraza con todas sus fuerzas.

Hace varios meses que Camille no le manifestaba tanto afecto y, tras el primer momento de sorpresa, Patrick se abandona en los brazos de su mujer. Después la estrecha y responde a su abrazo besándola febrilmente.

–Os quiero tanto, a Emma y a ti –murmura en un suspiro–. Nuestra familia es lo más importante para mí. ¡Si os sucediera algo, cualquier cosa, sería incapaz de sobrevivir!

Tras asegurarse de que Emma duerme profundamente, Camille y Patrick vuelven a la planta baja. Camille debería estar hambrienta pues no ha comido nada desde el almuerzo; sin embargo, tiene un nudo en el estómago.

–¿Tienes hambre? –le pregunta de todos modos a su marido–. ¿Quieres que te prepare algo?

–Sería incapaz de comer nada esta noche –le contesta él.

Ella asiente con la cabeza. No obstante, prepara una tisana que deposita con autoridad delante de Patrick. Luego se sienta a la mesa de la cocina, justo delante de él. Desde que han vuelto a bajar, él no ha abierto la boca. Ella lo observa durante unos instantes, intentando establecer contacto, pero su mirada perdida parece no ver nada de lo que lo rodea.

–¿Patrick? –le dice ella en voz baja.

Por fin sus ojos tiemblan. Se descuelgan del punto imaginario en el que estaban clavados y enfocan a Camille.

–¿Estás bien? –le pregunta ella solícita.

Él se la queda mirando algunos segundos con una expresión de cólera. Y luego, como si por fin la reconociera, su cara se relaja. Esboza una sonrisa herida y asiente brevemente con la cabeza.

–No puedo imaginarme que algo así sea posible... –murmura aún conmovido.

Durante un segundo, Camille tiene la sensación de que se refiere a su relación con Étienne y se le retuercen las tripas. Al fin, logra retomar el control de sus emociones y le pregunta:

–¿A qué te refieres?

–Perder a un niño en el bosque... Parece un cuento de hadas terrorífico.

–Estas cosas suceden, Patrick. Lo importante es que acaben bien.

–Todavía queda por ver si acabarán bien...

Camille hace un gesto de sorpresa.

–Ha acabado bien puesto que hemos encontrado a Emma –replica ella en tono tajante.

–La hemos encontrado, sí... Pero ¿en qué estado?

–Se recuperará. Es fuerte.

Patrick le lanza una mirada socarrona.

–¿Estás segura? Este tipo de experiencias no se borra en una noche. Y que ella diga «no sé» no significa que no haya pasado.

–¿El qué no sabe? –pregunta Camille, que no está segura de comprender a qué se refiere su marido.

–La verdad. Lo que sucedió realmente. Es lo que le dijo al policía cuando le preguntó si se había cruzado con su maestra, ¿no? Simplemente dijo: «No sé». No dijo que no había visto a nadie ni que no había pasado nada... Dijo: «No sé».

–¡Porque lo ha olvidado!

–Eso es lo que todos queremos creer...

Camille frunce el entrecejo. Las palabras de su marido son incoherentes, como si en ellas disimulara un doble sentido destinado a hacerla caer en la trampa. Su corazón empieza a palpar más rápido, más fuerte, al ritmo de su tormento. La culpabilidad tiende a suscitar la paranoia.

–¿Tú... crees que sabe algo y que se niega a hablar de ello? –le pregunta a quemarropa–. ¡Pero si acabas de decir lo contrario!

Patrick suelta una risa burlona. Está claro que la amargura y la hostilidad han sustituido al dolor.

–Vete a saber...

Esta réplica no le sirve a Camille. A la angustia que vuelve a anidarse en su interior se añade ahora la exasperación: entre el silencio terco de Emma y las respuestas con doble sentido de Patrick, le está costando cada vez más reprimir sus ganas de gritar.

Pero entonces sucede lo que llevaba temiendo desde que regresaron: en la periferia de su campo de visión, un cambio de luminosidad en la pantalla del móvil llama su atención. La joven se pasa una mano nerviosa por el pelo: sabe que acaba de recibir un SMS y, a esta hora, hay poca gente que quiera contactar con ella. La tensión aumenta un grado. Finge una necesidad natural, se levanta y sale de la cocina, cogiendo el móvil al pasar.

Una vez encerrada en el baño, desbloquea la pantalla principal. Sus temores se materializan cuando constata que Étienne intenta ponerse en contacto con ella.

«¡Mi hija ha desaparecido! ¡Llámame!»

Camille aprieta la mandíbula mientras siente que se le oprime el pecho. Está sola en este instante que tanto temía. Enseguida, se pone a teclear.

«¡Imposible! Te llamo mañana.»

Envía el mensaje como quien se deshace de una bomba a punto de explotar, rogando al cielo que Étienne confíe lo suficiente en ella como para no insistir. Treinta segundos más tarde, sus esperanzas se desvanecen.

«¡Llámame ahora mismo o me planto en tu casa!»

El corazón de Camille se salta un latido. Tan pronto se recupera, marca el número de su amante con mano temblorosa.

La comunicación se establece antes de que acabe de sonar el primer tono de llamada.

–Camille, tengo que saber lo que ha pasado esta tarde –le suelta él sin preámbulos–. ¡Ahora!

El tono es duro, la voz imperiosa. La joven está en tal estado de nerviosismo que apenas consigue ordenar sus ideas, sobre todo porque para no llamar la atención de Patrick, se ve obligada a susurrar.

–¡Mi hija no sabe nada, Étienne! –murmura con voz atormentada–. Cuando la encontraron en medio del bosque estaba en estado de *shock*. ¡Lo ha olvidado todo!

Después de su declaración se hace un silencio cargado de amenaza.

–¿Étienne? –dice entonces inquieta–. Quería... quería avisarte personalmente, pero no he tenido ocasión de hacerlo –añade recalcando cada sílaba, como si gritara en voz baja.

Él, en cambio, no se priva de rugir desde el otro lado de la línea.

–¿Te burlas de mí?

–¡Tienes que confiar en mí, amor mío! –le suplica ella intentando recordarle, con este apelativo cariñoso, la complicidad que los une–. Soy consciente de que ese fular parece demostrar que se cruzaron en el bosque, ¡pero mi hija no recuerda nada!

–¡Tengo que hablar con ella!

–¡Imposible! ¡Está durmiendo!

–¡Despiértala!

Camille tiembla. La agresividad de Étienne, totalmente desconocida para ella, la sumerge en un pánico salvaje, aniquilando la poca sangre fría que aún conservaba. Muy a su pesar, empieza a gemir, mientras intenta buscar las palabras que calmen la cólera de su amante.

–¡Te juro que es cierto! Solo tiene cinco años, está completamente traumatizada. Se diría que ha borrado de su memoria todo lo que ha pasado esta

tarde. ¡Pregunta al policía que la ha interrogado!

–Precisamente, él tiene la impresión de que sabe más de lo que está dispuesta a decir.

–¡Yo misma la he interrogado al llegar a casa! –le miente ella con voz desesperada–. Solo recuerda que estaba perdida en medio del bosque. ¡No se acuerda de nada más! Dice no que vio en ningún momento a su maestra.

–Escúchame bien, Camille –le ordena él en un tono que se vuelve amenazador–. Mylène es diabética. Esta mañana ha venido a verme apresurada porque no le quedaba insulina para pasar el día. Le he dado mi lápiz de insulina, pero lo han encontrado en el bolso que entregó a su compañera de trabajo antes de desaparecer. Puede aguantar cuarenta y ocho horas, pero no mucho más. A partir del domingo por la mañana, la situación se volverá realmente crítica. Así que me importa una mierda el sueño de tu hija, ¿me oyes? ¡No voy a quedarme de brazos cruzados esperando a que se despierte mientras la mía está desaparecida!

–¿Tu..., tu hija es diabética? –tartamudea Camille bajo el efecto de la sorpresa.

Está conmocionada: la situación ya le parecía dramática, pero la noticia que acaba de recibir, sumada a la furia de Étienne, la empuja a caer en un abismo sin fondo.

–Diabetes de tipo 1 –le suelta él secamente–. Es genética y, por tanto, hereditaria.

Camille no capta enseguida la puntualización. Las palabras resuenan en su cabeza antes de cobrar sentido. Cuando por fin comprende lo que eso implica está tan estupefacta que rompe a llorar.

–¿Por qué no me lo habías dicho? –solloza.

–¿Qué habría cambiado eso?

–¡Nada! ¡Nada en absoluto! Es solo que... Yo creía...

–¡Ese no es el problema! –la interrumpe con un tono algo menos virulento–. ¡Si tu hija sabe dónde se encuentra la mía, tiene que decirlo!

A pesar de su inquietud y su cólera, el llanto de Camille parece emocionarlo. Esta percibe la turbación que penetra en la voz de Étienne y vuelve a abrigar esperanzas de hacerlo entrar en razón.

–¡Amor mío! –le implora–. Tienes que creerme y debes confiar en mí. Si tuviera la menor duda sobre lo que Emma sabe o no sabe, te prometo que sería la primera en presionarla. ¡Pero necesita reposo! Si ha pasado algo entre Mylène y

ella, solo podrá decírnoslo después de haber dormido. No es más que una niña, ¡es tan pequeña todavía! Te lo ruego, no vengas. No ahora.

Al otro lado de la línea, Étienne guarda silencio. Las palabras y las lágrimas de Camille parecen hacerlo tambalear tanto como sus súplicas. ¿Qué pensaba hacer de todos modos? ¿Presentarse en su casa, agarrar a la pequeña y acorralarla contra la pared? ¡Sabe muy bien que sería ridículo!

–¿Tu marido sospecha algo? –gruñe enfadado.

Camille exhala un suspiro de alivio. Se seca las lágrimas con el reverso de la manga y luego coge un trozo de papel higiénico en el que se suena discretamente.

–No –responde por fin con dulzura–. No sospecha nada.

Y, puesto que Étienne no dice ni una palabra, añade:

–Sabes, nosotros también hemos pasado mucho miedo. Emma había desaparecido y...

Se interrumpe, consciente de que está echando sal en la herida.

–Perdóname, no es lo que quería decir. Te prometo que en cuanto sepa más, te llamaré. Y que haré todo lo que pueda para averiguar la verdad.

Étienne guarda silencio. La angustia le impide hablar. Solo emite un gruñido que parece indicar un leve asentimiento e interrumpe la comunicación sin intentar averiguar nada más.

Sola en el baño, Camille se desliza lentamente contra la pared cerrando los ojos y se da un tiempo para recuperar el ritmo cardiaco normal. Tiembla como un flan, pese a que esta noche ha evitado lo peor. Sin embargo, sabe que el respiro es provisional. El descubrimiento de la diabetes de Étienne y Mylène la conmociona y acentúa la urgencia de la situación. ¿Por qué su amante no le ha dicho nunca nada? La joven lucha contra el vértigo de la angustia, esa inquietante sensación de haber perdido el control, mientras que los cimientos de su existencia se derrumban a su alrededor. A ello hay que añadir la agresividad de Étienne, la violencia con la que se ha dirigido a ella, una ferocidad desprovista de afecto que Camille desconocía en él. En el marasmo de sus múltiples temores, esperaba poder aferrarse a él, a su fuerza, a su amor, a su bondad. Se da cuenta con horror de que los sucesos y su trágica evolución los enfrentan en la esencia misma de lo que son: padres antes que amantes.

Poco a poco, Camille consigue dominar su pánico. Ahora tiene que volver a la cocina antes de que su marido empiece a hacerse preguntas sobre su prolongada ausencia. Se refresca la cara e intenta recuperar su aspecto de

siempre, al menos, borrar las huellas de las lágrimas que han dejado regueros de rímel en sus mejillas.

Cuando entra en la cocina ve que Patrick no se ha movido del sitio. Apenas ha tocado la tisana. Parece inmerso en pensamientos lúgubres y apenas reacciona cuando entra su mujer. Ella vuelve a ocupar su asiento delante de él y lo interroga con la mirada.

–¿En qué piensas? –le pregunta, más para reiniciar la conversación que para conocer el tenor de sus reflexiones.

–¿Tú qué crees?

Camille suspira.

–¡Cariño! Tengo que saber exactamente lo que te ha dicho Emma esta noche antes de quedarse dormida.

–Lo mismo que dijo a los policías: que se había perdido en el bosque, que tuvo mucho miedo y que la encontraron.

–Pero ¿le has preguntado si había visto a la maestra?

–Sí.

–¿Y qué te ha contestado? –insiste ella agobiada por las breves respuestas de su marido.

–Que no sabía.

Camille tiene la sensación de estar en un círculo vicioso. Una creciente tensión vuelve a apoderarse de sus músculos que se crispan a medida que el intercambio se queda atascado al constatar que no saben nada.

–Patrick, sabes que la maestra de Emma está en paradero desconocido, ¿verdad?

–¿Estamos hablando de esa imbécil que hoy no ha sido capaz de vigilar a mi hija? –observa él reprimiendo a duras penas un gesto de rabia.

–¡Eso no tiene nada que ver, Patrick! Que haya cometido un error...

–¡Algunos errores son imperdonables! –la interrumpe él duramente.

Camille hace un esfuerzo sobrehumano para dominarse.

–Como iba diciendo: que haya cometido un error no significa que merezca ser abandonada a su suerte. Si Emma sabe algo, tiene que hablar.

–¿Qué quieres hacer? ¿Atarla al radiador y azotarla?

–¡No seas estúpido!

–¿Entonces?

Un silencio pesado se instala entre los dos. Ella lo observa como si acabara de rematarla, obligándose a ahuyentar la sensación de estar en una pesadilla sin

fin. Camille está atrapada entre el peso de su traición y la opresión que le provoca su incapacidad de actuar para encontrar a Mylène. Los dos temores se mezclan tanto como se enfrentan, jugando con sus nervios como con un elástico que se tensa al límite.

–¿Tú qué piensas? –insiste una vez más, a punto de derrumbarse—. ¿Crees que realmente lo ha olvidado o que prefiere callarse?

Patrick la observa unos largos segundos y esboza una sonrisa cargada de ironía.

–No sé.

En cuanto corta la comunicación, Étienne da rienda suelta a su cólera. A unos metros de la comisaría de la que acaba de salir, se dirige al coche dando grandes zancadas nerviosas y gritando insultos liberadores a la noche. En un arranque de rabia está a punto de destrozar el móvil contra la acera, pero ante la posibilidad de que Mylène intente llamarlo suspende el gesto justo a tiempo. Además de la inquietud y la incomprensión, le cuesta dominar su resentimiento hacia Camille, su maldita hija e incluso al capitán de policía Dupuis: su entrevista con él se ha desarrollado en un tono más bien desagradable.

Puesto que estaba entre los fogones cuando el policía intentó ponerse en contacto con él, no oyó que sonaba su móvil y escuchó el mensaje más tarde. El policía no le decía cuál era el motivo de su llamada, pero le pedía que se la devolviera cuanto antes. Al descubrir la identidad de su interlocutor, Étienne reprimió una sensación de miedo y recelo. Tardó algunos minutos en decidirse a marcar el número del policía. Una vez establecida la comunicación, el capitán le resumió la situación. Dupuis ya había abandonado la búsqueda al no disponer de nuevas pistas para orientar las pesquisas. El último vuelo del helicóptero equipado con una cámara térmica no había revelado ninguna presencia humana en un amplio perímetro alrededor del claro. Dupuis había llegado a la conclusión de que era inútil seguir buscando a la joven maestra allí donde no se encontraba.

Tan pronto se enteró de la desaparición de su hija, Étienne se quitó el delantal, dejó en manos de Nathalie el servicio de noche y se precipitó hacia la comisaría para conocer los detalles del caso.

La entrevista empezó con mal pie. Étienne se dirigió a Dupuis llamándolo «teniente», lo que hizo fruncir el ceño al policía.

–Capitán, señor Gilmont. Soy capitán.

–Ah, ¿y cuál es la diferencia? –no pudo evitar mofarse el padre de Mylène.

Estaba claro que Étienne no tenía en alta estima a los representantes del orden y, aunque Dupuis no le respondió, era evidente que el desprecio era recíproco.

Después de haber escuchado la exposición de la cadena de sucesos por boca del capitán, Étienne Gilmont resumió a Dupuis el estado de salud de su hija. El policía estaba en posesión del bolso de la maestra que Éliane le había confiado durante su entrevista. Se lo entregó de inmediato a Étienne. Después de haberlo registrado febrilmente, este extrajo el lápiz de insulina que Mylène había ido a buscar a su casa por la mañana. Enseguida consultó el nivel, aunque no estaba seguro del número de dosis que quedaban cuando se lo dio.

–¿Cuánto tiempo puede aguantar sin insulina? –le preguntó el capitán.

–Cuarenta y ocho horas. No mucho más.

–¿Y cuándo fue su última inyección?

–Espero que se la pusiera al mediodía –le contestó sombríamente Étienne–. No tengo memoria para las cifras y no verifiqué el número de dosis que quedaban esta mañana. Mylène no es muy regular con sus inyecciones. Tiene cierto rechazo hacia su enfermedad. Quiere vivir con la mayor normalidad posible, y eso ya le ha jugado malas pasadas.

–Si partimos de la base que se puso la inyección del mediodía, eso nos deja cerca de cuarenta horas –murmuró Dupuis consultando su reloj de pulsera–. De lo contrario, nos quedan apenas treinta y dos. Es poco tiempo.

Étienne sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Las reminiscencias de un pasado difícil volvieron a atormentarlo, acompañadas de un cortejo de emociones que se había jurado no soportar nunca más. No era la primera vez que Mylène desaparecía sin dar señales de vida. Una adolescencia complicada, unas confrontaciones cada vez más violentas, sus repetidas fugas... Esperar durante días y noches a que volviera a aparecer, formularse miles de preguntas, imaginarse lo peor, Étienne sabe lo que es eso. Un infierno que creía definitivamente superado.

Durante la entrevista con Dupuis, estuvo a punto de mencionar los antecedentes de su hija. Sin embargo, las palabras se le quedaron atoradas en la garganta, incapaces de formular los numerosos conflictos que habían plagado su relación. Étienne no es el tipo de hombre que exponga su vida privada, y menos ante un policía. Su confianza en el sistema judicial en general y las fuerzas del orden en particular es prácticamente nula. Baste con decir que detesta a los maderos. Ni siquiera recurrió a ellos cuando Mylène desaparecía durante varios días sin tener noticias suyas. Habría preferido cortarse una pierna antes de recurrir a la policía para encontrar a su hija.

En aquella comisaría, sentado delante de aquel poli, Étienne hervía de

impaciencia y se contenía, debatiéndose entre la angustia y el rencor, para no volcar la mesa que lo separaba de Dupuis. Durante la entrevista, le asaltaban las dudas, las preguntas sin respuesta, las certitudes que se disipaban sin apenas haber sido esbozadas. Como si la historia estuviera condenada a repetirse sin cesar.

Y ahora ¿qué podía hacer? Dupuis había ordenado una investigación sobre el entorno directo de la maestra, pero lo cierto era que la joven vivía bastante aislada. Aparte de los compañeros de trabajo con los que se relacionaba todos los días en un ambiente estrictamente profesional, solo tenía dos o tres amigas que veía de ciento a viento, madres de familia con poca disponibilidad para salir regularmente. Para asegurarse, el policía interrogó a Étienne sobre lo que había hecho a partir de las cuatro y media de la tarde. Este le contestó que había llegado al bar-restaurant en torno a las seis, directamente desde casa.

–¿A qué hora salió de su domicilio? –le preguntó Dupuis con voz monótona.

–Debían de ser las seis menos cinco... Vivo a unas cuantas calles del restaurante.

–¿Alguien puede confirmar que estuvo en su casa entre las cuatro y las seis menos diez?

La pregunta, pese a ser formulada en un tono neutro, irritó a Étienne.

–¿A qué viene esa pregunta?

–Conteste, señor Gilmont. ¿Alguien puede confirmar que estuvo en su casa entre las cuatro y las seis menos diez?

–No. Vivo solo.

Mientras Dupuis transcribía la entrevista en el ordenador, Étienne empezó a reflexionar. Cuando un poli se lanza a hacer preguntas sobre lo que uno ha hecho con su tiempo, los problemas no están lejos.

–¿Qué quiere saber exactamente? –le preguntó al capitán sin disimular su exasperación.

–Nada en particular. Me limito a aplicar el procedimiento. ¿Alguien lo vio salir de su casa a las seis menos diez?

Sus miradas se cruzaron. Mientras que la de Dupuis no expresaba nada especial, Étienne dominaba a duras penas su contrariedad.

–¡No me gustan sus insinuaciones, capitán!

El capitán mostró su extrañeza.

–No insinúo nada, señor Gilmont. Intento establecer los hechos y

comprender lo que ha pasado.

–¡Pues mire por dónde, yo también! –exclamó nervioso Étienne–. Nadie puede decirme dónde está mi hija y dentro de unas horas le faltará la insulina. Por tanto, le sugiero que investigue a las últimas personas que estuvieron en contacto con ella ;quizás así logre ser más eficaz!

La alusión a su falta de eficacia no gustó a Dupuis. Aunque hasta entonces no había considerado el caso desde una perspectiva criminal, la agresividad fuera de lugar de Étienne le hizo enfocar la situación desde un nuevo ángulo. La ausencia de Mylène aún no podía considerarse como inquietante a los ojos de las autoridades puesto que era mayor de edad. Si una joven de veintiséis años no vuelve a casa una noche, no se puede deducir enseguida que se haya producido un drama. Salvo que su estado diabético complique bastante el caso, dándole un carácter de urgencia del que carecía antes de la entrevista con el padre. No obstante, Dupuis no descartaba la posibilidad de que la maestra se hubiese volatilizado en plena naturaleza por voluntad propia, a raíz de la desaparición de Emma, o por otro motivo cuya causa ignoraba.

En resumidas cuentas, todo era posible, lo cual resultaba bastante molesto.

–¿Acaso pretende enseñarme mi oficio, señor Gilmont?

–¡Simplemente quiero que encuentre a mi hija, maldita sea! ¿Por qué no interroga a la niña que volvió de su paseo en el bosque con el fular de Mylène alrededor del brazo?

–La hemos interrogado, señor Gilmont, y no hemos sacado nada en claro. Ahora, le ruego que se calme y adopte un tono más respetuoso.

–Y, por cierto, ¿quién es esa cría?

–No estoy autorizado a comunicarle su identidad.

Tras comprender que solo estaba empeorando las cosas, Étienne frunció el ceño. Ahora tenía prisa por marcharse e intentar averiguar algo más. El resto del interrogatorio transcurrió de acuerdo con las convenciones, una sucesión de preguntas y respuestas que no les aportaron nada nuevo, ni al policía, ni al chef de cocina. Nada más poner un pie fuera de la comisaría, Étienne cogió el móvil para llamar a Camille. Si alguien podía darle información sobre la identidad de la niña responsable de la desaparición de su hija, era ella. Quizás incluso estaba al corriente del drama desde el principio, y el hecho de que no se hubiese puesto en contacto con él para ponerlo al corriente de la situación no hizo sino aumentar su rencor. Le escribió un SMS cuyo tono y contenido no dejaba lugar a dudas

sobre su determinación, instándole a que lo llamara de inmediato, muy alejado de los mensajes equívocos y las notas dulces que le enviaba normalmente, y luego se mantuvo a la espera. La respuesta no fue la que esperaba.

«¡Imposible! Te llamo mañana.»

Étienne puso los puntos sobre las íes sin tapujos.

«¡Llámame ahora mismo o me planto en tu casa!»

Esta vez, la reacción no se hizo esperar. Apenas unos segundos después de enviarle el mensaje, Camille lo llamó. Étienne descolgó y sin apenas saludar fue directo al grano.

–Camille, tengo que saber lo que ha pasado esta tarde. ¡Ahora!

–¡Mi hija no sabe nada, Étienne! –murmuró ella trastornada–. Cuando la encontraron en medio del bosque estaba en estado de *shock*. ¡Lo ha olvidado todo!

Su sorpresa fue tal que se quedó mudo durante unos segundos. No había tenido en cuenta la posibilidad de que la criatura en cuestión pudiera ser precisamente la hija de su amante. La primera imagen que le vino a la mente fue la de Emma, envuelta en una gran toalla y chorreando sobre los peldaños de la escalera. Recordó la expresión de gravedad que exhibía la niña mientras lo contemplaba con desconfianza y sospecha. Recordó la manera en que se había enfrentado a él, aquella mirada desafiante.

–¿Étienne? –le preguntó Camille inquieta, mientras él guardaba silencio–. Quería... quería avisarte personalmente, pero no he tenido ocasión de hacerlo.

Para él, esta excusa barata fue el tsunami que se llevó consigo todo rastro de indulgencia. La ansiedad, el rencor y la cólera aniquilaron cualquier reflexión, dejándole solo el deseo ciego de salir de esa pesadilla. La impotencia que le agarrotaba lo volvía loco: él, al igual que los cornudos, era el último en enterarse de una situación trágica que le concernía íntimamente.

–¿Te burlas de mí? –le gritó en el auricular.

Al otro lado de la línea Camille cedió al pánico. La pobre mujer empezó a gemir, y después a sollozar, suplicándole que no fuera a su casa y que esperara al día siguiente a que su hija se despertara. Como si Mylène pudiera aguardar hasta entonces.

A medida que se sucedían las palabras y que las emociones chocaban, entre el miedo y la angustia, las amenazas y los ruegos, Étienne adquirió conciencia del abismo que lo separaba de Camille. ¿Qué tipo de mujer era capaz de pedir a

un padre que esperara a la mañana siguiente sin hacer nada por encontrar a su hija?

Estupefacto por la reacción de Camille, Étienne se tragó su furia. Acababa de comprender que estaba solo. Nadie lo ayudaría a salvar a su hija. De todos modos, ¿qué podía hacer él? ¿Presentarse en casa de Camille, agarrar a la niña y acorralarla contra la pared? ¡Sabía perfectamente que eso era ridículo!

—¿Tu marido sospecha algo? —le preguntó sin saber muy bien qué podía cambiar eso.

Camille le contestó negativamente. Se confundió intentando excusarse, se enredó en absurdas justificaciones a las que él apenas prestó atención.

Después, Étienne cortó la comunicación.

En ese momento, su cólera estalla. A unos metros de la comisaría de la que acaba de salir, se dirige al coche dando grandes zancadas nerviosas y gritando insultos liberadores al anochecer. En un arranque de rabia está a punto de destrozar el móvil contra la acera, pero ante la posibilidad de que Mylène intente llamarlo reprime el gesto.

Entonces, sin perder más tiempo, se sube al coche y arranca a toda velocidad.

La noche cae sobre la ciudad y sus alrededores y, con ella, una lluvia fina y tenaz se cuela en la atmósfera. Después de la tormenta que se ha desatado sobre la región, con su sinfonía de truenos, después del sol poniente, desleído por el aguacero, esta llovizna ordinaria parece la cantinela de un único violín.

Indiferente a las variaciones climáticas, Mylène sigue trabajando en su agujero. Cava la pared con las manos desnudas, lacerándose las uñas, despellejándose las palmas, manchándose de tierra de pies a cabeza, insensible al dolor, al frío y a la suciedad. La urgencia la supera, el miedo es su motor: aterrada ante la idea de hallarse dentro de su tumba, descubre en su interior recursos insospechados, tanto físicos como mentales. Su mente se focaliza en una única idea y amplía mucho las fronteras de su razón. Encadena un movimiento tras otro en una gestualidad que sigue el ritmo de los latidos de su corazón, parecida a una danza tribal. Atrapada entre la pared que ella ahueca y la que desciende abruptamente hasta el fondo del abismo, la joven repite incansable los mismos gestos: agarrar la tierra, sacar dos puñados, girar sobre sí misma, lanzársela a los pies.

Al compás de este ballet maquinal pasan minutos que bien podrían ser horas o segundos, y Mylène, inmersa en su tarea, no tarda en perder la noción del tiempo. Cuando su cuerpo extenuado le obliga a hacer una pausa, se percata con estupor de que está sumida en las tinieblas.

La oscuridad es total.

Eso la sorprende, tanto más cuanto que conserva el recuerdo de los relieves y accidentes del terreno circundante. Febrilmente, alza la cabeza para distinguir los rebordes del agujero y constata que no ve nada. Sea cual sea la dirección en la que vuelve la vista, se topa con un vacío impenetrable. Mylène se siente aturdida y empieza a dudar, primero de su memoria y luego de su razón... La noche que la envuelve es tan densa que tiene la sensación de poderse ahogar en ella.

Pero eso no es lo peor.

La percepción de su entorno le golpea la conciencia al mismo tiempo que los dolores físicos que la hostigan.

Primero la sed, que ahora es compacta, espesa, sólida. Como la cola. Como el alquitrán. Se acuerda de aquel día de verano de su niñez cuando, después de varias horas de jugar al aire libre, entró en la cocina como un diablo que salta de su caja para precipitarse sobre la primera botella a su alcance. Habría sido capaz de beber litros de agua sin tomar aliento.

Habría matado para saciar su sed.

Sobre la cómoda, una botella se erigía como un oasis cuyas promesas resplandecían con mil fuegos. La niña la agarró, se la llevó a los labios para tomar unos largos sorbos ávidos y glotonos... La sensación de frescor tan esperada resultó ser todo lo contrario: tibia y pegajosa. ¡Un horror! Su boca, ya pastosa, le pareció llena de pegamento. Asqueada, Mylène escupió todo lo que pudo los residuos viscosos que aún permanecían en el fondo de su garganta... Al mirar de cerca la etiqueta de la botella, comprendió su error: ¡era jarabe! Una melaza densa y cargada de azúcar, con un pronunciado sabor a cerezas.

Al recordarlo, la joven casi querría revivir aquella desventura: en la situación en la que ahora se encuentra, incluso una botella de jarabe le parecería un néctar con propiedades altamente refrescantes.

Acaso en respuesta al asco que le provoca ese recuerdo, le asaltan oleadas de náuseas, una resaca que le revuelve las entrañas y le sube hasta la garganta. Sus intestinos se desatan. Vencida por la violencia de su malestar, Mylène no tiene tiempo de inclinarse antes de vomitar hasta las tripas. Un olor agrio y rancio se mezcla con el de la orina y, al tocar la blusa manchada de vómito con la punta de los dedos, casi lamenta la pérdida de un sustrato que habría podido añadir a la masa de tierra acumulada en el terreno.

Salvo que no ve nada. Tal como están las cosas, es incapaz de evaluar los progresos de su trabajo. ¿Ha conseguido amasar suficiente tierra para construir el montículo que le permita salir de este abismo infernal?

Tiene que saberlo.

Con prudencia, pega los brazos a las paredes para asegurar su equilibrio a pesar del tobillo herido, se pone lentamente en cuclillas y luego se arrastra de rodillas hasta el lugar donde cree que se ha amontonado la tierra. Palpa el vacío en busca del talud, a un nivel que espera ya bien avanzado... La nada la desengaña rápidamente y su esperanza se desvanece a medida que las manos descienden hacia el suelo. Por fin, siente bajo los dedos los terrones procedentes

de la pared. Estima que debe de haber unos centímetros, en realidad poca cosa, pero la técnica parece buena. Apretujando la tierra para consolidar la tarima improvisada, calcula que, con cuatro o cinco veces la misma cantidad, podrá salir sola de este mal paso.

Solo quedan los calambres, el vértigo, el frío, el hedor, los picores que le provoca la orina seca, el agotamiento y el tobillo hecho trizas. Eso, sin olvidar el hambre que, pese a las náuseas, la martiriza y la debilita aún más. Mylène se traga un sollozo amargo. De todos los adversarios que pueblan su existencia – compañeros de trabajo socarrones o falsas amigas indiferentes a su sufrimiento–, es su propio cuerpo el que se erige como su mayor amenaza: mal vestido, desprovisto de gracia, tieso como un palo, ni siquiera es capaz de funcionar correctamente. Desde su más tierna infancia, Mylène sufre esta injusticia acumulando un rencor que a veces la asfixia. Esta noche, el resentimiento que experimenta hacia esta envoltura carnal que no deja de traicionarla alcanza su punto culminante.

Temblando de frío y de rabia, la joven se aferra a su amargura para no dejarse doblegar. Aunque no se explica por qué aún no ha venido nadie a socorrerla, no le cuesta imaginarse la poca conmoción que ha debido de provocar su ausencia. ¿Está su padre al corriente de su desaparición? Si no está enterado, seguramente echará pestes contra ella, molesto al constatar que no ha cumplido su palabra y no le ha devuelto su lápiz de insulina. Haga lo que haga, los demás la tratan, en el mejor de los casos, con desinterés, mientras que, en el peor, suscita acritud o cólera. Corroída por el sentimiento de persecución que nunca la ha abandonado, Mylène saca fuerzas de sus quejas para mantener a flote sus recursos vitales.

La idea de que su muerte pueda satisfacer a algunos le resulta insoportable. No les dará ese placer.

Así que, armada de odio y valor, se levanta y, palpando a ciegas la pared, vuelve a encontrar el hueco que ha cavado, se recoloca y reanuda su tarea.

A cuarenta kilómetros de allí, las calles languidecen una tras otra, como velas que se apagan con las corrientes de aire. En cambio, en el interior de la comisaría reina una actividad febril, con el repiqueteo de los dedos sobre los teclados, el zumbido de las máquinas al calentarse, las llamadas de teléfono y el crujir de páginas de expedientes al pasar.

Después de que Étienne Gilmont se haya marchado, Dupuis decide averiguar un poco más sobre el tipo. Se conecta a la base de datos de antecedentes penales y teclea su nombre.

Justo cuando Dupuis inicia la búsqueda, entran en el despacho los agentes Dorothée Voguel y Henry Leduc, que acaban de regresar tras haber tomado declaración al personal de Les Pinsons.

–No estoy del todo segura de que podamos demostrar nada –anuncia sin preámbulos la policía mientras ocupa sin dudarlo la única silla libre delante de Dupuis–, pero tenemos dos testimonios interesantes.

–La escucho.

Dorothée Voguel es una mujer de cuarenta años con un temperamento tan potente como su cintura. Bajo la apariencia jovial que le otorga su sobrepeso, se esconde una personalidad tenaz que raya a menudo en la obstinación. No obstante, está dotada de una aguda sensibilidad para la psicología y destaca su habilidad para detectar las fisuras emocionales de los testigos y otros sospechosos en los diferentes casos en los que trabaja.

A su lado, Henry Leduc parece un gran palo desgarrado. Es tan flaco como ella gorda, es tan seco como ella generosa, tan rígido como ella redonda. Y siguiendo el fenómeno de los vasos comunicantes que parece caracterizarles, es tan flemático como ella dinámica. El agente Leduc no brilla por su eficacia, a pesar de tener una clara voluntad de hacer bien su trabajo. Sus maneras académicas y su falta de iniciativa lo convierten en una persona con pocas posibilidades de ascender en el escalafón profesional, razón por la cual, con

cincuenta y cinco años cumplidos, sigue siendo un mero oficial. No obstante, su carácter bonachón y sus buenas intenciones le atraen la simpatía de sus compañeros de trabajo.

Dorothée Voguel empieza a explicar a Dupuis el resultado de sus investigaciones.

–Según la bibliotecaria de la escuela, una tal... –hojea en una libreta que acaba de sacar del bolsillo de la chaqueta– una tal Véronique Duverne –dice una vez que ha encontrado la página que buscaba–, la pequeña Emma Verdier armó una buena esta tarde durante una de las actividades. Básicamente: se suponía que debía construir una cabaña con la maestra que ha desaparecido y al parecer la cosa no fue muy bien.

–¿Es decir? –pregunta Dupuis, que no ve adónde quiere ir a parar la agente.

–La bibliotecaria no nos ha podido dar más datos sobre lo sucedido, pero se ve que, durante la construcción de las cabañas, la maestra había apartado a Emma Verdier de los otros niños –explica Henry Leduc, que se mantiene torpemente de pie junto a su compañera.

Dorothée Voguel continúa:

–Hubo un primer incidente durante el cual Emma Verdier se quedó sola en medio del claro mientras Mylène Gilmont se ocupaba de los demás críos. El profesor de gimnasia habló con ella y le llamó la atención al respecto. Mylène Gilmont se justificó diciendo que era la niña la que se negaba a unirse al grupo. Por lo visto, Emma Verdier quería construir una cabaña, pero no con su maestra. Cinco minutos después de volver a su grupo, se echó a llorar.

–La bibliotecaria fue a ver lo que pasaba –continúa Henry–, y Emma Verdier le dijo textualmente que Mylène Gilmont era mala con ella.

–¿Mala en qué sentido?

–No lo sabe. La situación era delicada, prefirió llevarse a Emma a su grupo.

–¿Han interrogado al profesor de gimnasia?

–Sí, nos ha dado la misma versión que la bibliotecaria –responde Dorothée–. Cuando le hemos preguntado qué explicación le había dado Mylène Gilmont para justificar su rechazo hacia la niña, dice que le restó importancia aduciendo que no eran más que cosas de críos.

–Por lo visto, hubo un problema entre Emma Verdier y Mylène Gilmont –añade Henry–. Y, como por casualidad, luego las dos desaparecen una tras otra.

–Salvo que una vuelve a aparecer y la otra no.

–¡Esto no tiene sentido! –exclama Dupuis con fastidio–. Incluso admitiendo

que no se entendieran, me cuesta imaginarme que una cría de cinco años pueda vengarse de su maestra haciéndola desaparecer de la faz de la Tierra.

–A menos que sea lo contrario –sugiere Dorothée con aire pensativo.

–¿Lo contrario de qué?

–Mylène Gilmont tiene un grave problema con su alumna –dice la policía siguiendo el hilo de sus pensamientos–. La cosa explota entre ellas durante la excursión y Emma Verdier la acusa claramente de malos tratos delante de los demás maestros de la escuela. A continuación, la niña desaparece, lo que causa una gran consternación. La maestra sale en su busca, acaba por encontrarla, le anuda el fular alrededor del brazo, supuestamente para curar un rasguño y luego, después de asegurarse de que la encontrarán, la abandona y desaparece para vengarse de Emma Verdier. Como si quisiera pagarle con su propia moneda.

–Pero ¿oye lo que está diciendo? –exclama Dupuis en tono escéptico–. ¡Es un razonamiento sumamente retorcido!

–¿Es que no se ha encontrado nunca con individuos retorcidos, jefe? –se defiende Dorothée.

–De acuerdo, y si seguimos su lógica, ¿dónde se encuentra ahora?

–¡Poco importa! Con una amiga, en una habitación de hotel... Ha sido acusada de malos tratos por una mocosa a la que no soporta. Y para rematarlo, la cría desaparece en un bosque dándole un susto de muerte y metiéndola en una situación imposible. Al desaparecer a su vez, pasa de la condición de acusada a la de víctima. Para joder a todo el mundo y especialmente a Emma y a su familia. Seguro que reaparecerá mañana por la mañana, vivita y coleando.

–Me cuesta imaginarme las cosas desde esa perspectiva.

–¡Es una posibilidad!

Dupuis la observa en silencio durante unos segundos. Y luego se vuelve hacia Henry.

–¿Qué opina usted?

El agente se encoge de hombros.

–Ya hemos vivido situaciones más alocadas, jefe...

–¡Son ustedes los que están locos! De todas formas, tal como se presentan las cosas, vamos a tener que seguir hurgando en la vida de la maestra. Mañana a las diez volveré a interrogar a la niña. Ustedes dos, dedíquense a indagar entre el resto de alumnos y sus padres. Aquí tienen la lista de los nombres y direcciones

–añade tendiéndoles una hoja de papel–. Quiero saberlo todo: cómo se relaciona Mylène Gilmont con sus alumnos, con los padres de sus alumnos, lo que opinan de ella, si les gusta, si no les gusta...

Henry coge el papel, Dorothée mueve la cabeza en señal de aprobación, y ambos salen del despacho dejando a Dupuis con sus pesquisas. La información sobre los antecedentes penales de Étienne Gilmont ha llegado al servidor. El capitán abre el documento y después desliza el cursor a medida que lee.

Lo que descubre lo deja boquiabierto.

Con el pie pisando el acelerador y las manos pegadas al volante, Étienne avanza a toda velocidad por la autopista. Justo delante de él, los haces de los faros perforan la oscuridad sin lograr iluminar el horizonte. Mantiene los dientes apretados y se concentra en la carretera para evitar exacerbar su imaginación. No tiene ni idea de lo que va a hacer; ¿qué espera presentándose en plena noche en el bosque de los Cuatro Robles? Si un escuadrón de policías y un helicóptero equipado con una cámara térmica han vuelto con las manos vacías, ¿qué posibilidades reales tiene él de encontrar a su hija? Étienne siente que está viviendo una auténtica pesadilla. No logra dejar de darle vueltas a la discusión que ambos tuvieron por la mañana. La impotencia lo vuelve loco, la inactividad lo tortura, la culpabilidad lo corroe. Ha dejado una docena de mensajes en el móvil de Mylène, todos sin respuesta y la sensación de gritar en el vacío se suma ahora a su sufrimiento. Lo peor de todo, la certidumbre de ser el único en darse cuenta de la gravedad de la situación, le provoca una rabia que apenas puede controlar.

Solo cuando llega al aparcamiento que linda con el bosque adquiere conciencia de lo vanas que son sus esperanzas. Una vez apagados los faros, la sombra que lo rodea es tan densa que, por un instante, su determinación se resquebraja. Fuera, la cobertura vegetal densa, baja y espesa, no deja traspasar ningún rayo de luna. Por si eso no fuera suficiente, una tenaz llovizna no tarda en cubrir el parabrisas del coche como una cortina de perlas diáfanas detrás de la cual serpentea un mundo secreto.

Étienne se queda un buen rato paralizado en el asiento, mirando fijamente la opacidad circundante sin conseguir tomar una decisión. Hundirse en las tinieblas y salir en busca de Mylène le parece inútil. Volver a casa y esperar sin hacer nada le resulta sencillamente imposible. Se había prometido no volver a revivir nunca más aquellas horas lívidas, ciegas y sordas, exangües de materia y de vida. Volver a casa significaría recuperar la soledad, la angustia y la incertidumbre. Viejas cómplices depravadas que él conoce demasiado bien.

Durante la adolescencia de Mylène y hasta hace poco, se agazaparon en los rincones de su existencia, obligándolo a errar sin rumbo de un lado a otro de su sufrimiento.

Entonces, movido por una fuerza superior a él, sale del vehículo y cierra la portezuela con furia. El estruendo retumba en el silencio de la noche y desencadena una plétora de clamores, el ruido de alas levantando el vuelo, los gritos de una lechuza, el crujido de una rama bajo el peso de un animal que se escabulle.

Tras cubrirse la cabeza con la capucha de la cazadora, se dirige a la parte posterior del coche y abre el maletero. Encuentra bastante pronto la linterna y comprueba su luminosidad. El haz surge enseguida, vivo y potente. Lo dirige delante de él. Apenas tranquilizado, vuelve a cerrar el maletero, provocando de nuevo una retahíla de reacciones diversas, y luego penetra en el bosque. Las hojas empapadas apagan el ruido de sus pasos mientras que un olor a tierra mojada satura la atmósfera.

Sin dejar el sendero llega muy pronto al claro, que sondea a la luz de la linterna. En los cuatro costados de la llanura ve las cabañas de los niños, torcidas y deterioradas por la tormenta, cual centinelas lisiados y ridículos. Por si acaso, Étienne las examina una por una, inundándolas de claridad.

—¿Mylène? —llama mientras pasa de una a otra.

En esta ocasión, los ruidos del bosque se atenúan durante un breve instante para después reanudarse con más intensidad. Étienne se da cuenta con desesperación hasta qué punto la noche amplifica los ruidos incesantes, el agudo croar de los sapos, el crujido de las ramitas, el susurro de las hojas, los aullidos que resuenan, el chirrido de los grillos. ¿Cómo logrará percibir una hipotética llamada de socorro con este estrépito ininterrumpido?

Étienne siente el peso de la decepción y se queda inmóvil en medio del claro. ¿Y ahora qué? Está rodeado por una fortaleza de árboles levantados en apretadas hileras detrás de la cual se extiende una vasta extensión boscosa e insondable. ¿Qué dirección debe tomar? Las posibilidades son múltiples, demasiado numerosas para ser exploradas de forma exhaustiva. Mientras realiza su prospección y mira a uno y otro lado, evalúa a la vez la envergadura de la tarea y la inutilidad de su iniciativa. Más le valdría buscar una aguja en un pajar. Sin embargo, le resulta imposible marcharse. Si su hija está perdida en medio de

esta inmensidad vegetal, ¿quién si no él podría encontrarla? Seguro que las fuerzas del orden no han registrado cada rincón del bosque... Y la cámara térmica del helicóptero puede haber pasado junto a un indicio...

Étienne se siente superado por la extensión salvaje que lo rodea. No tiene ninguna indicación, ningún punto de partida desde donde empezar a buscar. No sabe nada, salvo que su hija fue vista por última vez aquí mismo. Y que él es la única persona que se preocupa realmente por ella. No tiene a nadie que lo ayude a salvarla. Nadie que comparta con él el peso de la ignorancia. Nadie que responda a las preguntas que se le acumulan en la cabeza. Porque nadie sabe.

No saber engendra todas las posibilidades.

Y entre esas posibilidades, la peor de todas es siempre la que se impone con mayor ferocidad al pensamiento.

Étienne intenta resistirse a la invasión de imágenes insostenibles que invaden su mente. Imagina a Mylène sola en medio del bosque, aterrada, con su pobre cuerpo torturado por la falta de insulina. Casi tiene la impresión de oírla gemir, llamarlo para que la ayude, papá, papá, suplicándole que venga a buscarla y llevarla de vuelta a casa. Oye sus sollozos, sus quejas, sus preguntas, ¿por qué?, ¿por qué nadie acude en mi auxilio?

De manera reiterada, otras imágenes aún más dolorosas sustituyen a esta visión ya odiosa, que Étienne intenta ahuyentar. Entre los depredadores que acechan su mente, el hombre es el que más temores le inspira. ¿Y si Mylène no se hubiese perdido? ¿Y si se la hubiese llevado un perverso sexual sin alma, ávido de aliviar sus vicios más aberrantes? Reprime una arcada. Saber que su hija está sufriendo en este mismo momento, imaginarla presa de un terror visceral sin medios de acudir en su ayuda, de protegerla o tranquilizarla es sencillamente algo imposible de soportar. Sabe que no lo conseguirá. Es superior a sus fuerzas. Se siente incapaz de enfrentarse a semejante prueba.

Entonces, lleno de amargura, rumia los reproches que alimenta contra el mundo entero. Con el corazón cargado de recriminaciones cada vez más duras, se aferra a las promesas de represalias que no dudará en infligir si llegara a pasarle algo a su hija. Los castigos giran en círculo en su mente, una sed de venganza proporcional a los tormentos que lo carcomen.

La rabia que llena su corazón le provoca la imperiosa necesidad de hacer sufrir tanto como él sufre.

En ese mismo momento, en la penumbra mullida de su habitación, Emma se agita en la cama. Cubierta de sudor, la pequeña lucha también contra las imágenes terroríficas que aparecen en su mente. Mientras duerme profundamente, es presa de los sueños más inquietantes, de esas pesadillas que solo los niños son capaces de tener. A su alrededor aparecen y desaparecen unos rostros estremecedores que abren sus grandes bocas de dudosa higiene, le gritan, la acusan de mil males. Y luego se descomponen rápidamente, su piel se estropea, sus labios se pudren, sus ojos se salen de las cavidades y caen al vacío, retenidos por los nervios que los vuelven a subir como un yoyó... Los rostros dejan de estar recubiertos de jirones de carne purulenta para transformarse en calaveras, cráneos de órbitas vacías y dientes prominentes. Emma gime en su sueño, se defiende como puede contra esos monstruos horribles que ahora intentan atraparla y arrastrarla con ellos hacia las entrañas de la tierra.

Alertados por las quejas de la pequeña, Camille y Patrick acuden a su habitación, inquietos y apresurados. Se la encuentran bañada en sudor debatiéndose entre las sábanas, ahuyentando con gestos descontrolados a adversarios invisibles.

—¡Emma! —exclama su madre al verla sacudida por espasmos nerviosos—. Emma, cariño...

—¡Chis! —le advierte Patrick—. Está dormida. No es más que una pesadilla.

—¡Precisamente por eso hay que despertarla!

—No, solo hay que calmarla.

Se colocan uno a cada lado de la cama y empiezan a tranquilizarla. En cuanto su padre le pone la gran mano sobre el hombro, Emma se calma. Su respiración jadeante recupera un ritmo normal y la niña retoma su sueño apacible, aparte de soltar, de vez en cuando, un punzante quejido, suplicando que no la entierren viva.

—¿Qué dice? —susurra Camille mirando horrorizada a Patrick.

—Tiene miedo de ser enterrada viva...

—¡Oh, Dios mío! ¡Tenemos que despertarla, Patrick! ¡Tenemos que sacarla de esta pesadilla!

—Todo saldrá bien... Todo saldrá bien...

Con precaución, acaricia la cabeza de la pequeña mientras Camille entona una canción musitada con infinita dulzura. La combinación de esfuerzos parece dar fruto: la niña se relaja a medida que sus padres la tranquilizan con su presencia, sus gestos y su voz. Permanecen un buen rato a su lado, mucho

después de que Emma se haya quedado de nuevo dormida, como si estuvieran junto a la cabecera de un niño enfermo, sin cesar de contemplarla con inquietud, amor y esperanza.

Dupuis se reclina contra el respaldo de la silla mientras se masajea pensativo las sienes. Tras leer media docena de atestados está perplejo. Acaba de examinar minuciosamente el pasado delictivo de Étienne Gilmont y el pedigrí del tipo lo ha dejado desconcertado. El hombre dista mucho de ser un monaguillo, pero el conjunto de sus calaveradas data de más de veinte años atrás y, en cualquier caso, desde hace quince años no se ha vuelto a hablar de él.

Pero ¡aun así!

Algunos casos en los que se vio involucrado Étienne Gilmont no son más que hechos delictivos de poca importancia. Su expediente de antecedentes penales incluye daños intencionales a la propiedad privada, con el agravante de violencia en un caso, chantaje, amenazas de muerte, injurias a un agente de policía, extorsión... La lista es larga.

La brutalidad con la que sacudió a algunas de sus víctimas no es insignificante. Dupuis extiende los atestados sobre el escritorio y los repasa mentalmente uno tras otro. El primero tiene que ver con un ajuste de cuentas en un restaurante durante el cual un hombre recibió una paliza. Tres testigos identificaron a Étienne como el autor de los golpes, los demás declararon no haber visto nada. La víctima quedó en un estado deplorable: varias costillas rotas, la nariz reventada, múltiples hematomas, además de un hombro y la mandíbula dislocados, un traumatismo craneal, sin olvidar la mitad de la mejilla izquierda arrancada por el casco de una botella. Sin embargo, en aquel caso, Étienne se fue de rositas puesto que la víctima se negó a presentar una denuncia.

Otros tres expedientes mencionan hechos similares, aparentemente sin vínculo entre ellos. Cada suceso ocurrió en un lugar público, una disputa cualquiera enfrentó a Étienne con un tipo y el altercado acabó en agresión. En dos ocasiones, Étienne fue condenado a una pena de prisión firme: un año en un caso, dieciocho meses en el otro. Todo indica que el tipo tiene las manos largas. Es un camorrista con un temperamento agresivo y un carácter belicoso al que es mejor no buscarle las cosquillas.

Las acusaciones de daños deliberados a la propiedad privada, amenaza de muerte y extorsión tienen que ver con un caso de índole más personal. Dieciséis años antes, Étienne la tomó con un compañero de clase de su hija, que a la sazón tenía diez años. Fueron los padres de la víctima, los señores Massaux, quienes presentaron una denuncia contra él. Según el atestado, el retoño de los Massaux tuvo la pésima idea de elegir a Mylène como víctima de abusos habitual y de tiranizarla demasiadas veces. Papá Gilmont no se anduvo con miramientos: después de arrinconar al hijo de los Massaux en la mismísima escuela, amenazó con tomar represalias si no servía dócilmente a Mylène hasta el final del curso escolar. Ello implicaba llevarle la mochila cada vez que ella lo quisiera, darle sistemáticamente todas sus meriendas y protegerla contra las burlas y otros sarcasmos de los que era víctima a diario. En caso de no respetar estas nuevas reglas puestas en vigor con efecto inmediato, sus propios padres serían las primeras víctimas de su insubordinación: Étienne empezaría por romperles un miembro, luego dos, y así sucesivamente, alternando madre y padre hasta finalmente liquidarlos. Y, para demostrar que hablaba en serio, advirtió al muchacho que antes de veinticuatro horas su padre se llevaría una desagradable sorpresa.

En efecto, a la mañana siguiente, al salir de casa, el señor Massaux se encontró con los cuatro neumáticos de su Range Rover pinchados y el parabrisas recubierto de una espesa capa de pintura verde. Massaux junior había tardado tres semanas en desmoronarse y contarles a sus progenitores la causa real de su total falta de apetito, de sus pesadillas nocturnas y de su enuresis. El padre presentó una denuncia contra Étienne que, en vista de sus antecedentes penales, derivó en una pena de prisión firme, así como una cuantiosa multa. Además, se había visto obligado a cambiar a su hija de centro escolar, lo que, al parecer, le empujó a mudarse de ciudad.

El capitán de policía advierte que Étienne Gilmont no es un blandengue. Pero todos esos hechos son antiguos y se ve obligado a constatar que, desde entonces, el padre de Mylène se ha portado como un buen chico. Además, el caso Massaux apunta a que Étienne está muy unido a su hija. Este tipo de comportamientos denota un temperamento colérico e irresponsable, un desequilibrio claro, pero también un instinto de protección desmesurado hacia su hija. Si Dupuis abrigaba alguna sospecha hacia Étienne Gilmont en relación con la desaparición de Mylène, ahora debe reconocer que no se tiene en pie. Unos

antecedentes como los suyos suelen ir en contra de su autor, pero en este caso concreto sucede todo lo contrario: tanta violencia para solucionar un simple asunto de críos demuestra que no es prudente tocar a la hija de Étienne.

Mylène ha perdido el conocimiento en medio de la noche. Su cuerpo exhausto ha tirado la toalla y las fuerzas la han abandonado. Su visión se ha vuelto borrosa, síntoma significativo de la falta de insulina: la hiperglucemia provoca una alteración de los vasos sanguíneos en general y, dado que los del ojo son muy frágiles, su visión se resiente enseguida.

La maestra conoce las señales de alarma que preceden a la catástrofe. Salvo que, al estar sumida en las tinieblas, no se había percatado de que sufría esta deficiencia visual que debería haberla alertado de su avanzado estado de debilidad.

De todos modos, ¿qué habría cambiado eso? Lleva tiempo refugiándose en la mecánica imparable de sus movimientos encadenados, para esconderse del dolor y del terror que la acosan, aferrada a la única perspectiva de reducir la distancia que la separa de la superficie. Pese a no ver nada –pero ¿cómo podría haberse dado cuenta de ello?–, ha seguido cavando sin descanso, echando la tierra a sus pies, haciendo oídos sordos a las protestas de su cuerpo dolorido. Hasta que, justo cuando le han fallado las piernas, ha perdido el conocimiento y se ha desplomado como una muñeca desarticulada.

Las nociones de tiempo y espacio se confunden en los confines de una razón suspendida. Perdida en tierra de nadie, su mente navega a la deriva, sin brújula, hacia los márgenes de su existencia. Sueña viéndose de niña, una cosita mal vestida, mal criada, mal consigo misma. Tiene once años y vive sola con su padre. Su madre, único referente femenino, no ha vuelto a dar señales de vida desde hace mucho tiempo. Étienne la cuida y le profesa un amor bruto, primitivo, casi salvaje, un amor con el que, a veces, ella no sabe qué hacer. En casa, no tiene a nadie que la guíe mientras descubre su feminidad. Su cuerpo se transforma, sus caderas se ensanchan, sus senos empiezan a crecer y ella los esconde debajo de jerséis demasiado amplios combinados con vaqueros deformes. Mylène es una niña poco agraciada que no suscita ni simpatía ni compasión.

En la escuela, oscila entre la indiferencia de unos y el sarcasmo de otros, mientras se escuda tras un carácter taciturno que actúa como barrera a los pocos que se atreven a acercarse a ella.

Por su parte, Étienne, poco dado a la condescendencia, no hace nada para ayudarla. No frecuenta a los demás padres, se pierde invariablemente las reuniones con los profesores, olvida comprar el aperitivo para la clase cuando le toca a Mylène llevarlo, reduce a la nada los esfuerzos de ella para amoldarse a las chicas de su edad. Él acentúa su diferencia mientras que ella lo daría todo por parecerse a las demás. Entre las escasas amigas que consigue hacer, ninguna acepta sus repetidas invitaciones a ir a jugar a su casa. Mylène sabe que tienen miedo de su padre. Un sábado por la tarde, a él se le olvida incluso llevarla a una merienda de cumpleaños, uno de los pocos a los que la invitan. Después, la ocasión no vuelve a presentarse. Y luego está la eterna e inmaculada Ausente. La figura materna a la que idolatra. Su partida es una grieta en su existencia. Al principio, la esperanza se agarra a su alma como una garrapata sedienta de sangre. Tiene la certeza de que acabará por volver. Pero el tiempo pasa y ella no vuelve. De tanto en tanto tiene noticias de ella, a través de una carta o de una llamada de teléfono. Al principio, cuando Mylène le habla, cuando reconoce, al otro lado de la línea, esa voz que le provoca un agujero en el estómago, la confusión se apodera de ella. La ausencia llena todo el espacio, los pensamientos, las emociones, las preguntas sin respuesta. Se insinúan explicaciones, a las que ella se aferra y acaba por creerse. Mylène traza dramas secretos cuyo significado comprenderá algún día. Sabe que su madre esconde el misterio de su partida para protegerla. Tiene que ser así por fuerza, no puede ser de otra manera.

Porque, a veces, es mejor no saber.

«¿Dónde está tu madre?», le preguntan en la escuela.

«¿Y a ti qué te importa?», contesta invariablemente la niña lanzando a su interlocutor una mirada cargada de desafío.

Le queda Étienne, inmutable y molesto. Mylène se lo perdona todo. Es racional, coherente consigo mismo, aunque no a los ojos de los demás, es fiel... Y, sobre todo, está ahí. Amarrada al único barco capaz de llevarla a buen puerto, ella hace frente a su lado a tempestades que zarandean la existencia de ambos. Su padre es la única persona en la que puede confiar ciegamente, porque, a pesar de su torpeza, en ocasiones lamentable, su amor por ella es inquebrantable.

Los contornos del pequeño apartamento que ambos compartían en aquella

época se dibujan alrededor de ella. Mylène vuelve de la escuela. Le pica horriblemente la cabeza, hace varios días que se rasca. Se queja ante su padre, que examina su cabellera. El examen es breve y entonces se oye el veredicto, sin posibilidad de recurso:

—¡Tienes piojos! Voy a solucionarlo.

Ella espera el remedio con creciente desazón. Y cuando él vuelve del cuarto de baño, ella no reacciona. ¿Es que Étienne desconoce la existencia de productos farmacéuticos para librarla de estos parásitos? En realidad, él ni siquiera se formula esa pregunta. Armado con su maquinilla eléctrica, elimina los parásitos con tanta eficacia como inconsciencia.

Cuando Mylène se ve en el espejo, con la cabeza rapada, se echa a llorar. Su piel pelirroja es aún más pálida en el cráneo, casi lívida, salpicada de minúsculas costras rojas, recuerdo de la despensa de piojos. Sin los mechones que normalmente le esconden la mitad de la cara, el rostro poco agraciado se muestra a su mirada con brutalidad despiadada. Ante la cuantía de los daños, se apodera de ella una mezcla de vergüenza y de odio que enturbia su facultad de discernimiento. No sabe a cuál de los dos maldice más: a su padre que está loco de remate, o a sí misma, que es tan fea y cuya absoluta imperfección tiene algo de fascinante.

Pero, sobre todo, por primera vez, comprende la actitud de los otros respecto a ella. Todos esos niños que, nada más verla, la rechazan instintivamente, la maltratan o se mofan de ella. Lo que ella experimenta al observar su rostro poco agraciado concuerda en todos los aspectos con esa exclusión espontánea y odiosa. Al analizar su rostro en el reflejo del espejo y al despreciarlo, hace frente común con el enemigo. Apoya al adversario. Le da la razón. Se detesta aún más.

La reacción es violenta. Se vuelve hacia su padre y le grita su asco. Aúlla el rencor que le profesa, el desdén que suscita en ella, toda la piedad que le inspira. Proyecta en él las emociones que sabe que provoca en los demás. Vierte el exceso de amargura que se le acumula en la garganta, todas esas heridas cuyas cicatrices guarda desde hace tanto tiempo. Étienne se queda boquiabierto. Esperaba que le diera las gracias. En lugar de ello, su hija lo rechaza, lo acusa de mil males, lo censura y lo condena. Denigra sus intenciones, maltrata su rudimentaria ternura.

Él no comprende nada.

La ingratitud de Mylène lo decepciona, su violencia lo desconcierta. La

bofetada sale, choca, su eco repercute durante largos segundos en ese cráneo desnudo. Y, para calmarla y enseñarle modales, la encierra en su habitación.

Acurrucada sobre sí misma, Mylène rumia sus quejas y nutre su rencor. Alimenta su cólera. Se aferra a su amargura como si le fuera la vida en ello. Expulsa su aversión.

Al otro lado de la puerta, Étienne se pasea de arriba abajo, desorientado. Sospecha que no ha actuado como debía para solucionar los problemas de su hija, pero la manera de responder a ellos es un misterio para él. El comportamiento de Mylène le provoca tanta cólera como incompreensión. Lo único de lo que está seguro es que ella es desgraciada y él también.

Lo malo es que él forma parte del problema. Puede que incluso *él* sea el problema.

La tristeza que eso le provoca es inmensa. Por primera vez, contempla la posibilidad de pedir ayuda externa. El baile de terapeutas y otros psicoanalistas se inicia durante ese periodo, y en él se suceden las sesiones a lo largo de las cuales Mylène permanece casi siempre callada. Cuando habla es para descargar su exceso de rencor. Despotrica contra su padre, que la avergüenza cada vez que lo presenta a una de sus escasas amistades. También sabe que hablan mal de él a sus espaldas: sobre Étienne circulan los rumores más descabellados, convirtiéndolo en un peligroso criminal, y sus impulsos agresivos desalientan a los más audaces de sus compañeros.

De su madre no habla. Jamás. Tema tabú. Intocable. Ninguno de los psicólogos que ha consultado ha logrado abrir una grieta en la coraza detrás de la que se ha aislado. Cuando uno de ellos intenta abordar el tema, ella se encierra en un mutismo cerril. Esconde sus heridas lejos de las miradas de los impertinentes. Y cuando le preguntan si conoce el motivo de su partida, Mylène les ofrece siempre la misma respuesta: «No sé».

Acurrucada en su cripta de arcilla, la maestra se estremece en su letargo.

—¡Mylène!

Está inconsciente y el eco lejano de su nombre no la alcanza. No oye a su padre que la llama, loco de dolor, incapaz de encontrar el camino que lo lleve hasta su hija. Ella ignora hasta qué punto se siente agobiado por el desarrollo de los acontecimientos. Al igual que aquel día con los piojos, ahora se ahoga en la

incapacidad de comprender. Experimenta la dolorosa sensación de vivir una pesadilla que no ha anticipado. Como si le cayera sobre la cabeza una roca tan grande que le dejara aturcido al no haberla visto venir.

Mientras tanto, Mylène se hunde cada vez más en un sueño sin sueños. Sus párpados tiemblan cuando resuena su nombre una última vez en la lejanía, pero puede que sea solo por casualidad.

SÁBADO

Después de abandonar la habitación de Emma, Camille no ha pegado ojo en toda la noche. O, si lo ha hecho, el sueño la arrastra intermitentemente entre regiones oscuras, decorados siniestros e inestables, entre un túnel sin fin lleno de ecos y llanuras áridas barridas por voces amenazadoras.

Cuando amanece está agotada, sigue tumbada en la cama, con los ojos abiertos de par en par y mirando fijamente el techo de su habitación en el cual parece seguir el odioso ballet de sus pesadillas.

Un ruido procedente del pasillo la saca de repente de su suplicio. Reconoce los sonidos familiares que acompañan el ritual de su hija cuando se despierta y sale a paso tranquilo de su habitación para dirigirse al cuarto de baño. Dentro de un momento, como acostumbra hacer cuando no hay escuela, se deslizará en la gran cama de sus padres, para refugiarse entre las sábanas y exigir su lugar entre los dos cuerpos aletargados.

Camille sale con precaución de debajo de las mantas. Al primer movimiento siente la mueca de dolor de su cuerpo anquilosado por la agitada noche. Reprime un gemido en la garganta y a continuación tiene que ahogar uno o dos accesos de tos. Con el rabillo del ojo, vigila la masa inerte que descansa al otro lado de la cama. Con gran alivio, constata que Patrick parece profundamente dormido. El instante que ha esperado desde la noche anterior, estar a solas con su hija, está al alcance de la mano. Se dirige hacia la puerta de la habitación que abre con la mayor discreción posible antes de salir al pasillo sin hacer ruido. Acto seguido se acerca a la puerta del cuarto de baño y espera delante de ella con todos los sentidos alerta.

–¿Emma? –murmura forzando la voz para que la pequeña la oiga a través de la puerta–. ¿Estás despierta, cariño?

–¡Estoy haciendo pipí!

A pesar de su tierna edad, la niña tiene un sentido del pudor muy desarrollado. Así que Camille espera, a la par que intenta dominar la impaciencia que la corroe. En cuanto oye el ruido de la cisterna se permite entrar en el baño. Se dirige a su hija forzando una sonrisa radiante.

–¿Has dormido bien, tesoro?

Emma asiente con un gesto de la cabeza. Su pequeño rostro arrugado lleva aún las huellas del sueño poblado de sueños, ideas aún por explorar.

–¡Ven a mis brazos! –le dice Camille.

La niña corretea hacia su madre, que la levanta y la estrecha contra sí. Cuando siente el pequeño cuerpo hecho un ovillo, aspira su olor y encuentra en este abrazo la intimidad que las une; el corazón de Camille parece revivir, liberado de un hechizo que lo mantenía helado desde la víspera. Para aprovechar plenamente este momento de ternura, la joven madre se sienta en el borde de la bañera y pone a Emma sobre sus rodillas.

Luego la rodea con los dos brazos y la mece con dulzura.

–¿Cómo te encuentras? –le pregunta una vez más.

–Bien.

–¿Te acuerdas que tuviste pesadillas noche?

–No.

–¿No las recuerdas?

–No.

–Gemías, te agitabas en la cama, decías que no querías que te enterraran...
¿No te acuerdas de nada?

Emma niega con la cabeza y Camille no insiste. Está desconcertada.

–¿Tienes hambre?

–Quiero hacerle un mimo a papá en la cama.

–Hoy no, cariño. Es demasiado pronto, lo sabes. Vamos a dejar que papá duerma un poco más.

La niña frunce el ceño.

–¡Quiero a mi papá!

–Papá duerme, Emma. Necesita descansar. Vamos a desayunar juntas. Desayuno de chicas –añade para transmitir complicidad.

–¡No! –exclama la niña, que intenta liberarse de los brazos de su madre–.
¡Quiero ir con papá!

–¡Chsss!

Emma ha alzado la voz, por lo que Camille teme que sus protestas despierten a Patrick. Solo tiene una cosa en mente: estar a solas con ella, hablarle, interrogarla, saber lo que pasa en esa adorable cabecita. La estrecha con más fuerza para evitar que Emma escape. La niña empieza a agitarse a modo de protesta y, pese a su baja estatura, a Camille le cuesta contenerla.

–¡Ven aquí, pillina! –intenta de nuevo sin soltarla–. Quédate conmigo.
¡Vamos a divertirnos, ya verás!

–¡No quiero! –protesta la niña debatiéndose cada vez más.

Camille apenas consigue mantenerla contra ella.

–¡Por el amor de Dios, Emma! –exclama exasperada–. ¿Quieres calmarte?

–¡Déjame tranquila! ¡No quiero desayunar contigo! ¡Quiero ir con papá!

Esta vez, la niña vocifera sin que nada pueda contenerla, por lo que su madre se ve obligada a taponarle la boca con una mano para cubrir sus gritos.

–¡Ya basta! –le ordena en un tono que, esta vez, resulta amenazador–. ¿Qué mosca te ha picado, Emma? ¡Cállate ya!

Sin comprender cómo, el tierno intercambio se ha transformado de pronto en una confrontación violenta. Camille se siente mal. No logra hacer entrar en razón a la niña, que sigue retorciéndose como un gusano en sus brazos. Mantiene la presión con el único objetivo de calmarla, solo para que Emma se calle y la escuche, pero cuanto más la sujeta, más se debate la niña, sorda a las exhortaciones de su madre para que recupere la calma.

De repente, la puerta del cuarto de baño se abre y Patrick aparece en el umbral, atónito al descubrir a su mujer agarrando por la cintura a su pequeña de cinco años, con la mano tapándole la boca mientras la niña lucha con todas sus fuerzas y da gritos de rabia amortiguados por la palma de su madre.

–¡Maldita sea! ¿Qué haces? –exclama precipitándose hacia ellas–. ¡Déjala tranquila!

Sorprendida, Camille suelta a Emma, que aprovecha para escabullirse y refugiarse en los brazos de su padre. Este la abraza con un gesto protector, mientras fustiga a su mujer con una mirada asesina.

–¿Te has vuelto loca?

El odio y el desprecio que desprende esta interjección hieren a Camille en lo más profundo de su corazón. Está tan atónita que no sabe qué contestar. Mira a su marido, boquiabierto, buscando una excusa para defenderse de este terrible malentendido. Pero las palabras se niegan a salir, y en su mente se confunden las ideas entre lo que ha sucedido en realidad y los secretos vergonzosos que intenta disimular. Entre la esposa atenta o la mujer que ruge en su interior, ya no sabe qué papel debe representar, en qué piel debe meterse para mantener el buque a flote. Cuál es la actitud correcta. Es consciente de que debe haber una salida, que aún puede evitar lo peor, pero es incapaz de encontrarla para salir de este mal trago.

Entonces, vencida por la impotencia, alza la cabeza, pálida y temblorosa, y da unos pasos hacia ellos.

Su movimiento provoca en Patrick un reflejo defensivo inmediato. Agarra a Emma por la cintura y la coge en brazos, al tiempo que retrocede el mismo número de pasos para mantener la distancia que los separa, como si Camille representara un peligro real.

–¡No te acerques!

La orden choca y resuena como un latigazo en el cuarto de baño. Camille tiene la sensación de recibir un puñetazo en pleno corazón.

–Lo... lo siento –balbucea abatida–. ¡Solo quería dejarte dormir, impedir que Emma te despertara!

En los brazos de Patrick, la niña se acurruca y solloza suavemente, escondiendo el rostro en el cuello de su papá.

–¿Y por qué no podría venir a despertarme? –suelta él con hosquedad–. Es lo que hace todos los fines de semana, ¿no?

Agotada por la tensión acumulada desde la noche anterior y por la falta de sueño, Camille siente que no puede con su alma y que es incapaz de explicar el origen de esta situación absurda. Tiene la sensación de que todo se le escapa, como una minúscula ramita víctima de una ola de fondo que arrastra consigo los engranajes de un destino que hasta entonces estaba perfectamente engrasado. ¿Cómo ha podido su vida dar semejante vuelco en apenas veinticuatro horas?

–Perdóname –dice entre sollozos–. ¡No quería hacerlo! Emma, cariñito... ¡Mírame! ¡No quería hacerte daño! Solo quería que me escucharas.

Pero la niña se niega a volver la cabeza hacia su madre. Su única reacción es aferrarse aún más a su padre, evidenciando el recelo que siente hacia ella.

Camille está de pie frente a ellos, anonadada. No se atreve a moverse, persuadida de que el menor movimiento provocará el rechazo visceral de Patrick; la perspectiva le resulta insoportable. Querría poder acercarse a su hija, tranquilizarla acerca de sus intenciones, demostrarle su amor inquebrantable... Ya no comprende nada de lo que está pasando, el motivo por el cual la perciben como una enemiga, por qué se han unido los dos contra ella... Desearía reconquistar la confianza que le brindaban antes, cuando todo era simple, cuando ella no se hacía preguntas. Querría reencontrar esa vida aburrida que tanto ha despreciado en las últimas semanas y que hoy le parece la felicidad en estado puro. La cabeza le da vueltas a causa de la violencia de las emociones que la

asaltan, y tiene la catastrófica sensación de que el suelo se tambalea bajo sus pies, que las paredes del cuarto de baño se alejan y se acercan como si intentaran aplastarla, que la luz crepita en una sucesión de *flashes* que la agreden...

De repente, todo se difumina. Se le nubla la vista, aunque seguro que son sus lágrimas las que le impiden distinguir lo que la rodea. Camille tiende una mano a Patrick, a quien solo entrevé como una silueta deforme... En un último arrebatado de conciencia, intenta agarrar el primer objeto que tiene delante. Su mano se aferra a una toalla colgada de la percha de la pared, intenta agarrarse a ella y se derrumba como una masa inerte en el suelo.

Al volver en sí, Patrick está inclinado sobre ella. La joven percibe una sensación de frescor antes de comprender que su marido le está aplicando un paño húmedo en la cara. Tiene la mirada sombría y preocupada, sin que ella sepa si esta manifiesta rigidez es fruto de la inquietud o de la cólera. Intenta incorporarse, pero Patrick se lo impide.

–Estate quieta –le aconseja secamente–. Te has mareado.

A su lado, ve a Emma sentada con las piernas cruzadas. Su pequeño rostro está serio y observa a su mamá con una gravedad teñida de rencor.

–Cariño... –murmura Camille esbozando un gesto en dirección a la niña–. Acércate, te lo ruego. Te quiero, ángel mío. ¡Lo sabes! Siento lo que ha pasado. ¡Ven!

La niña interroga a su padre con una breve mirada, y este la tranquiliza con un gesto de la cabeza. Este intercambio no se le escapa a Camille, que siente una punzada de dolor. ¿Es posible que su propia hija desconfíe de ella? ¿Es posible que ahora dependa de la autorización de Patrick para poder cogerla en brazos?

Como si lo obedeciera, Emma se acerca a Camille, que la abraza de inmediato. En ese preciso instante, siente la necesidad vital de estrecharla, tocarla, acariciarla, respirarla. Sentirla entre sus brazos. De forma confusa percibe que algo se ha roto entre ellas, que su hija la mira de otra manera desde... En su mente vuelve a dibujarse la imagen de la niña empapada en los peldaños de la escalera, envuelta en una toalla demasiado grande para ella. Ve su mirada severa, llena de reproche. ¿Cómo ha podido pensar que Emma no había comprendido lo que pasaba? ¿Cómo ha podido imaginar que la pequeña no se sintió herida por la escena de su madre colgada del cuello de otro hombre? Se da cuenta de que, al engañar a su marido, también ha traicionado a su hija. Y que, si

bien él posee las armas para defenderse, la pequeña solo puede sufrir sus contradicciones. Un remordimiento punzante la conmociona mientras mira a Emma, que la observa con sus grandes ojos azul oscuro.

–¡Perdóname, cariño! –murmura deshaciéndose en lágrimas.

–¿Te duele, mamá?

–No, preciosa mía. Pero te he hecho daño a ti. ¡Si supieras cuánto lo siento!

Aunque para Camille está claro que alude a su traición, Patrick y Emma piensan por supuesto que se refiere al incidente que acaba de producirse.

–¿Lloras porque me has hecho daño? –le pregunta la niña sin ocultar su sorpresa.

Camille admite su culpa, sin más precisiones. A Emma le parece extraño que se pueda llorar por haber hecho sufrir a alguien... Por lo general, son los que sufren quienes lloran, ¿no? Le cuesta imaginarse tirando de las coletas de Manon, y luego echarse a llorar porque a Manon le haga daño. Perdida en sus reflexiones, no oye que su padre le habla.

–¿Me escuchas, Emma?

–¿Qué?

–Te estaba diciendo que me gustaría hablar con mamá. ¿Nos esperas abajo?

La niña asiente con la cabeza. Se levanta dócilmente y abandona el cuarto de baño.

Mientras la mira alejarse, Camille se hace la promesa de reconquistar la confianza y el amor de su hija.

Después, volviéndose hacia Patrick:

–¿Me perdonas?

–El problema no es ese, Camille. Ayer mismo, nuestra hija vivió una experiencia traumática mientras estaba bajo la vigilancia de unos adultos que se suponía eran responsables. Varias personas encargadas de su seguridad faltaron a su deber. Y hoy, a su madre se le va la cabeza y le tapa la boca con la mano para hacerla callar.

«Hacerla callar...» Camille se estremece. ¡Mientras que todo el mundo espera que Emma hable, su propia madre, intenta hacerla callar! ¿Qué tipo de monstruo es ella para infligirle eso a su propia hija?

–Y para empeorarlo más –prosigue Patrick–, se supone que debemos presentarnos en la comisaría en menos de dos horas. ¡Queda totalmente descartado que la llevemos en estas condiciones!

–¡No podemos hacer eso! –exclama Camille como si su marido le

propusiera atracar un banco.

–¿Ah, no? ¿Y quién nos lo va a impedir? Ni siquiera estoy seguro de que tengan derecho a interrogar a una niña de cinco años. De todas formas, no irá. Este interrogatorio es un trance más para Emma. ¿Cómo quieres que salga de esta si no puede confiar en sus propios padres para tranquilizarla?

–Te pido perdón –gime Camille, deshecha ante la terrible constatación de su error–. ¡Si supieras lo avergonzada que estoy!

–Todos estamos trastornados –añade Patrick–. Emma más que nosotros. Ha de poder confiar en sus padres. Camille, sea lo que sea que haya sucedido en ese bosque, solo nos lo contará si siente que la protegemos. ¿Acaso no quieres saberlo?

–Sí...

–Tenemos que averiguar exactamente qué recuerda Emma. Pero aquí, entre nosotros, en un entorno familiar y tranquilizador. ¡Así que ahora intenta controlarte! Eres su madre, Camille, tu papel es defenderla, no atacarla. Tenemos que apoyarnos el uno al otro. ¡Somos una familia! Esta es nuestra fuerza. Y debemos preservarla.

Camille asiente. El remordimiento que la corroe aniquila cualquier forma de reflexión: se siente débil, vulnerable, y solo aspira a recuperar la seguridad del nido familiar.

–¿Te encuentras mejor? –le pregunta Patrick en un tono de voz más dulce.

–Tengo que comer algo... De hecho, no he probado bocado desde ayer a mediodía.

–Vamos a desayunar –le propone él ayudándola a levantarse–. Después te sentirás mejor.

Camille está apenada y avergonzada, y se deja sostener por su marido, conmovida por la atención que le demuestra cuando estaría en su derecho de tratarla con frialdad. Juntos bajan al salón, donde encuentran a Emma jugando con el gato. Camille se acerca a su hija y la coge para estrecharla en sus brazos. La niña se acurruca de inmediato contra su madre, dejándose mecer en la suavidad de su seno.

–Mi pequeña, mi tesoro, mi cielo de caramelo... –canturrea Camille en un murmullo–. Nunca más te haré daño, te lo prometo...

La niña le dirige una mirada de alivio y agradecimiento que le llega al corazón. Patrick tiene razón: debe proteger a su familia ante todo. Es su única fuerza. Su único tesoro. Su infidelidad se le antoja cada vez más horrible y le

provoca un doloroso remordimiento.

Dorothee Voguel aparca el coche de policía camuflado en una calle bordeada de casas particulares, situada en el extrarradio de la ciudad. A su lado, Henry Leduc dormita: es demasiado temprano para su gusto y está más apático que nunca.

Después de apagar el motor, Dorothee se vuelve hacia su colega. Lo observa durante unos segundos sin decir nada y riéndose para sus adentros al verlo cabecear de sueño. Lo aprecia. Su delicadeza y su indefectible buena voluntad la conmueven, aunque, a veces, la exaspere la lentitud con que reacciona. Al mismo tiempo, no le desagrade formar equipo con él: al carecer de ambiciones profesionales, le deja a ella plena libertad para llevar las investigaciones como lo considere oportuno. Ella se ha preguntado a menudo qué hace un hombre como él en la policía. En su opinión, es la persona indicada para ser contable o empleado de oficina, doblegándose a unos horarios fijos, cumpliendo todos los días la misma tarea.

–¡Al suelo! –le grita de pronto con todas sus fuerzas–. ¡Nos están tiroteando!

Henry pega un brinco en su asiento, suelta un grito y se pliega al instante en dos para esconderse detrás del salpicadero. Temblando como un flan, jadeando y con ojos alucinados, tarda unos segundos en comprender que Dorothee acaba de gastarle una broma.

Ella se ríe a mandíbula batiente.

–¡Muy graciosa! –gruñe él mientras se endereza.

–¡Al menos ahora estás despierto!

Y, sin esperar a que él se recupere de sus emociones, sale del coche y cierra la portezuela con energía. Henry Leduc sigue el movimiento, se dispone a salir a su vez del vehículo, pero el cinturón de seguridad lo frena en seco. Entonces recupera su posición inicial, avergonzado, y se desabrocha torpemente la correa. Una vez fuera, pone orden en su atuendo mientras masculla.

–Deja de refunfuñar –le reprende Dorothee sin dejar de reírse–. No ha sido para tanto.

–En efecto –admite él–. Solo ha sido muy desagradable.

–Ahora no te irás a cabrear, ¿verdad?

Henry Leduc se contenta con encogerse de hombros y echar a caminar sin esperar a su compañera.

–¡Es por allí, Henry! –le grita ella indicándole la dirección opuesta.

El oficial de policía suspira, da media vuelta y sigue a su compañera despidiéndose definitivamente de su dignidad.

–Por cierto... –le dice Dorothée mientras se dirigen hacia el domicilio de la señora Gensart, la madre de la pequeña Manon–. ¿Por qué entraste en la policía?

–De pequeño me encantaban *Starsky y Hutch* –le explica Henry con toda la naturalidad del mundo.

Dorothée le lanza una mirada incrédula, a la que Henry responde con una sonrisa impregnada de orgullo.

Unos instantes más tarde, se presentan en el umbral de una de las viviendas unifamiliares que se levantan a intervalos regulares en esta calle tranquila y pulsán un timbre junto al cual está grabado el nombre «Gensart» con letras negras sobre un fondo dorado. Después de esperar un minuto, una mujer entreabre con prudencia la puerta y los observa con curiosidad.

–Agentes Voguel y Leduc –se presenta Dorothée mostrándole su placa–. Quisiéramos hacerle algunas preguntas sobre Mylène Gilmont, la maestra de su hija. ¿Podemos entrar?

La mujer muestra su sorpresa y abre un poco más la puerta.

–¿La señorita Gilmont? ¿Qué pasa?

–Sigue desaparecida –responde tranquilamente Dorothée–. ¿Podemos entrar?

–Sí, sí... Por supuesto.

Les abre la puerta de par en par y se aparta para dejarlos pasar. Lleva bata, tiene el pelo alborotado y los ojos aún hinchados de sueño. Es evidente que no hace mucho que ha salido de la cama.

–Perdónenme, acabo de levantarme. ¿Dicen que la señorita Gilmont está desaparecida?

–Desde la tarde de ayer. ¿No estaba al corriente?

–En absoluto... Sabía que Emma Verdier se había perdido en el bosque, pero ¡ignoraba que le hubiese pasado algo a la señorita Gilmont!

Mientras habla, la señora Gensart los conduce hasta una amplia cocina en la que una niña saborea unos cereales que nadan en un bol de leche.

–Manon, cariño, ve a ver unos dibujos animados.

–También nos gustaría hacerle algunas preguntas –anuncia Dorothée–. Si no le importa, claro está.

–No... Me imagino que no. ¿Quieren un café? Ahora mismo estaba preparando...

–¡No le diré que no! –responde Henry que parece reaccionar por fin a lo que sucede a su alrededor.

–Enseguida lo hago. Siéntense.

Los dos policías toman asiento a la mesa, a uno y otro lado de la niña. Manon los observa con curiosidad, sin dejar de tragar cucharadas colmadas de cereales.

–Hola... –empieza a decirle Dorothée dirigiéndole una cálida sonrisa.

–Hola.

–¿Está rico?

La niña asiente moviendo la cabeza con energía.

–¿Sabes quiénes somos?

–Sí. La policía.

–Exacto. ¿Puedo hacerte algunas preguntas?

–Vale...

–¿Conoces a Emma Verdier?

–Sí.

–¿Es amiga tuya?

–A veces.

–¿Os lleváis bien?

–A veces... Nos peleamos mucho.

–¿Por qué?

Manon guarda silencio durante unos segundos con la mirada perdida.

–¿Quieren azúcar y leche con el café? –pregunta la señora Gensart mientras deja tazas, platillos y cucharillas delante de cada uno.

–No, gracias –le contesta Dorothée en voz baja, sin apartar la vista de Manon.

–Para mí azúcar –le dice a su vez Henry sonriendo con amabilidad.

–¿Manon? –insiste Dorothée para volver a centrar la atención en la niña–. ¿Por qué os peleáis Emma y tú?

–No sé.

–Vale. –Se rinde para no agobiarla. Y luego fingiendo cambiar de tema–: ¿Te gusta tu maestra?

La niña titubea un instante y luego niega tímidamente con la cabeza.

–¿Es buena contigo?

–A veces.

–¿Cuándo no es buena?

–Cuando hacemos tonterías.

–¿Qué tipo de tonterías?

–Cuando gritamos o cuando no escuchamos. O cuando desobedecemos.

–Pues sí, es normal. Y ¿qué hace cuando desobedecéis?

–Nos castiga.

–¿Cómo os castiga?

–Tenemos que ir a la pared y callarnos.

–¿Hace otras cosas?

–Grita muy alto y dice que se morirá por nuestra culpa.

Esta respuesta le llama la atención a Dorothée. Instintivamente se vuelve hacia la madre y la interroga con los ojos. Esta le contesta con una mirada triste que parece confirmar lo que dice su hija. Dorothée no puede evitar enarcar las cejas en señal de desaprobación, y luego retoma la conversación con la niña.

–¿Y eso te da miedo?

–A veces sí.

–Me han dicho que te peleaste con Emma, ayer, durante la excursión con la escuela. Justo antes de que desapareciera. ¿Es verdad?

Manon lanza una mirada asustada a su madre, que la tranquiliza de inmediato.

–No has hecho nada malo, cariño. Puedes contar lo que pasó. ¡No es culpa tuya!

Dorothée la alienta dedicándole una sonrisa encantadora.

–Lo que me gustaría saber es por qué te peleaste con Emma –le dice con dulzura.

–Porque decía que Lelia no es mi hermana.

–¿Y quién es Lelia?

–Mi hermana.

–Lelia no es realmente la hermana de Manon –aclara la señora Gensart mientras vierte el café en las dos tazas–. De hecho, es la hija de mi compañero. El papá de Manon y yo nos divorciamos hace dos años, y hace cerca de uno que vuelvo a vivir en pareja. Fabien tiene una hija de diez años que se llama Lelia y que Manon considera su hermana.

–Comprendo –asiente Dorothée–. ¿Y por eso Emma y tú os peleasteis ayer?
–le pregunta.

Manon baja la mirada con gesto apenado. Luego asiente con un breve movimiento de barbilla.

–¿Y sabes por qué Emma no quería admitir que Lelia es tu hermana?

Esta vez, la niña niega rotundamente con la cabeza.

–Vale. Muchas gracias, Manon. Ya no te molesto más. Puedes ir a ver los dibujos animados.

La niña no se hace de rogar: se baja de la silla y corre a la sala de estar, enciende el televisor y se instala en el sofá. La señora Gensart la vigila desde la cocina y luego, después de haberse asegurado que su hija ha perdido el interés en ellos, cierra la puerta y se sienta en la silla que ocupaba la niña unos minutos antes.

–A Manon la trastornó mucho lo que le sucedió ayer a Emma –explica de inmediato–. Está convencida de que Emma desapareció por su culpa. Por más que le repita que ella no tiene nada que ver, y aunque todo haya acabado bien, esta noche ha tenido pesadillas.

–¿Tiene alguna idea del motivo por el que Emma Verdier reaccionó de esta manera con Manon?

–¡Ni la más mínima! Pero he de decir que Emma es una niña muy...

Busca las palabras, visiblemente preocupada.

–Digamos que bastante rara e individualista.

–¿A qué se refiere?

La señora Gensart suspira. Aprieta los labios esbozando un rictus equívoco, como si no se atreviera a confesar lo que piensa realmente.

–Me cuesta un poco decirlo, pero Emma Verdier no me resulta simpática. Sé que no es más que una niña y que los niños son a menudo crueles entre ellos, pero esta tiene un lado que, en ocasiones...

Se interrumpe, indecisa. Dorothée la alienta:

–¿En ocasiones...?

–No sé cómo explicarlo... Por poner un ejemplo, Manon me ha contado que un día, en clase, durante la hora de dibujo, vio que Emma derramaba por descuido un bote de pintura de la estantería. Seguramente tuvo miedo de que la riñeran y, puesto que nadie estaba atento, lo dejó todo tal cual, como si nada hubiese sucedido. Poco después, Victor, un niño de su clase, fue a buscar pintura en esa misma estantería. Vio el bote derramado, lo cogió... la señorita Gilmont

lo sorprendió en ese preciso instante y creyó que era él el que lo había tirado. Por supuesto, él lo negó todo y eso enfureció a la señorita Gilmont. Le impuso un doble castigo, por haber derramado el bote de pintura y por no reconocer su error. Al parecer, el niño lloró mucho, jurando que no había sido él... Pero la señorita Gilmont no quiso escucharlo. Manon observó la reacción de Emma y, según me ha contado, presenció la escena con absoluta indiferencia. En ningún momento parecía perturbada o incómoda...

—¿Y Manon no dijo nada? —se extraña Dorothée.

—Eso mismo le pregunté yo, pero ella me contestó que la «seño» Mylène, como la llaman los niños, estaba tan furiosa que no se atrevió a intervenir.

Dorothée guarda silencio durante unos segundos, perpleja. Por su parte, la señora Gensart parece terriblemente incómoda.

—Me resulta difícil «difamar» a una niña de cinco años —añade agitando los dedos en el aire imitando las comillas—. Pero no es el único ejemplo. En sus relaciones con los demás niños, Emma es especialmente autoritaria, casi tiránica. Establece constantemente una relación de fuerza. Ha venido una o dos veces a jugar aquí con Manon, y he podido constatar que...

Una vez más, se interrumpe intentando formular una idea que la desconcierta.

—Su café es muy bueno —observa Henry depositando la taza que acaba de vaciar.

—Gracias —murmura la señora Gensart, claramente aliviada con esta intervención—. ¿Quiere más?

—¡Con mucho gusto!

Dorothée dirige a su compañero una mirada llena de reproche. Este no parece percatarse de la amonestación y le tiende la taza a la señora Gensart, que aprovecha la pausa para trajinar en su cocina.

—¿Le sirvo más? —le pregunta a Dorothée.

La policía declina el ofrecimiento con un gesto de la mano y espera a que su anfitriona se siente de nuevo a la mesa para proseguir con la entrevista.

—¿Decía usted? —reanuda una vez que la señora Gensart ya no encuentra nada más que hacer.

—No recuerdo dónde me había quedado...

—Nos estaba diciendo que la pequeña Emma Verdier ya había venido a jugar alguna vez aquí con Manon y que había podido usted constatar... Allí había quedado. ¿Constatar qué, señora Gensart?

La madre de Manon suspira con un gesto de impotencia. Luego parece tomar una decisión y acaba por confesar.

–Pues bien, para decir las cosas por su nombre, lo único bonito de Emma Verdier es su cara. Esa niña es de mucho cuidado, se lo aseguro. Una auténtica arpía. Y sospecho que a veces incluso es deliberadamente malévola.

Una intuición dolorosa, un regusto amargo. La sensación de estar atrapado en un círculo vicioso. Al mirar el despertador, Étienne ahoga un gemido. El silencio que reina en el apartamento le previene acerca de un drama en suspenso. Se esfuerza por poner sus ideas en orden, intenta agrupar sus recuerdos, que se escabullen a su conciencia. La percepción de una soledad insólita lo llama al orden.

Esta noche, Mylène no ha vuelto a casa.

Al incorporarse en la cama, Étienne se da cuenta de que aún viste la ropa que llevaba la noche anterior. Se levanta con la mente igual de arrugada que su atuendo, tambaleándose, para luego precipitarse hacia la habitación de su hija. El cuarto está desierto, la cama está cuidadosamente hecha. Ningún rastro de la adolescente. Al ser testigo de este siniestro orden, Étienne siente que el corazón se le desintegra en el pecho.

Para asegurarse, abre el armario. La ropa de Mylène sigue ordenada con ejemplar esmero. A primera vista no falta nada. En el ropero, las camisas cuelgan junto a las faldas y los pantalones en una alineación perfecta. Nada sobresale. En los estantes, los jerséis y las camisetas están impecablemente doblados. Los tonos son uniformes, una gama de gris, negro y azul marino. Ni una sola mancha de vida. Nada que brille. En el cajón de la izquierda, incluso las bragas están planchadas y plegadas. En el de la derecha, las medias y los calcetines exhiben un orden disciplinado. Étienne lo registra todo con una mirada atormentada, mientras se le hace un nudo en la garganta. Este armario no tiene nada en común con el de las adolescentes normales, que están repletos de vida, de colores y de caos.

Sin embargo, su hija no es una adolescente normal de dieciséis años. En su caso, es en su cabeza donde el caos hace estragos.

Étienne exhala un suspiro de angustia. Vuelve a cerrar el ropero y sale de la habitación. Sus movimientos se encadenan de forma mecánica. Se dirige a la sala de estar y descuelga el auricular del teléfono. Una vez más, marca números

que, ya lo sabe, no le proporcionarán ningún alivio. Todas las amigas de Mylène han regresado a casa durante la noche, como atestiguan las voces adormiladas de los padres que le sueltan las consabidas palabras de consuelo.

«¿Ha llamado a casa de Alice? Podría haber pasado la noche allí. ¿Y a casa de Solène?»

«Si tengo noticias, le llamaré de inmediato, ¡puede estar seguro!»

«No se preocupe. Acabará volviendo. Siempre acaba volviendo, ¿no?»

En efecto, siempre acaba volviendo. Después de algunos días sin dar señales de vida, regresa al redil en un estado lamentable. Como los restos de un naufragio arrastrados a la orilla de su existencia. Étienne recoge los trozos esparcidos, los cuida, los limpia, vuelve a pegarlos como puede.

Intenta saber lo que ha hecho, dónde ha estado, qué ha visto. Sin embargo, no averigua nada sobre sus constantes fugas. Nunca. Mylène no responde a las preguntas ni a los ruegos ni a las amenazas. Permanece sorda a los gritos, ignora las lágrimas. Le traen sin cuidado los golpes. Se contenta con volver a la normalidad y lamerse las heridas. Normalmente, su cuerpo no presenta lesiones. Pero ella está sucia, y el hedor que desprende es en ocasiones repelente. En cambio, un alma no tiene olor. La de Mylène no es una excepción, se limita a acumular dolor.

Después de unos días durante los cuales se aferra al silencio como a un salvavidas, acaba encontrando la orilla de la rutina diaria. La vida retoma su curso, las palabras emergen poco a poco, las promesas irrigan un futuro confuso... Entre el padre y la hija, los lazos acaban siempre por reanudarse. Étienne abandona cualquier esperanza de saber, Mylène se resigna a vivir el día a día. Los dos encuentran una brida común en el nudo de sus discordias. Todo sucede siempre de la misma manera: una mañana, Mylène sale por fin de su cuarto, vestida con su ropa inmaculada y sin una arruga. Se sienta a la mesa del desayuno, se sirve una generosa taza de café, luego unta una rebanada de pan que come con apetito.

Las crisis de Mylène se iniciaron con la llegada de la adolescencia. De niña, siempre fue colérica, pero, a los doce años, sus accesos de furia adquirieron proporciones desmesuradas. Las frustraciones y contrariedades la hundían en unas rabietas interminables de las que le costaba salir. Entre los trece y los quince años, aumentaron aún más la intensidad y el número de enfrentamientos, así como los accesos de violencia, que dejaban a Étienne completamente desconcertado. Le era imposible calmarla, hacerla entrar en razón o ni siquiera

negociar. En momentos de furia salvaje como aquellos, la joven parecía desconocer los límites, cegada por una cólera contra la cual su padre no sabía defenderse. Arremetía contra todo lo que caía en sus manos: objetos, muebles, personas. Las amenazas sucedían a los insultos, arrastradas por una histeria total, expulsadas en sargas de gritos y chillidos. La mayoría de las veces, Étienne respondía recurriendo a la fuerza. Solo su superioridad física le permitía seguir al mando, y en ocasiones le obligaba a llegar a extremos dolorosos.

Cuando era presa de sus demonios, Mylène solía gesticular de una manera especial. Mientras intentaba contener la ola de rabia que la inundaba, su párpado derecho temblaba y se cerraba solo, como en un guiño compulsivo. Étienne había aprendido a descifrar esa señal de alarma y sabía que disponía de tan solo algunos minutos para calmar a su hija. Después adquirió la costumbre de abandonar la batalla, pues la capitulación le parecía el menor de los males ante el tifón que iba a desatar su discusión.

A partir de ahí, las cosas no hicieron más que empeorar.

Valiéndose de esta impunidad absoluta y privada de sus últimas barreras de protección, Mylène se acostumbró a reaccionar con total libertad. Lejos de calmarse, las crisis se intensificaron y ella solo intentaba canalizarlas cuando estaba fuera de casa, por ejemplo, en la escuela o durante sus actividades extraescolares. La mayoría de las veces lo lograba, sin percatarse de que sus esfuerzos por dominarse le conferían, ante sus compañeros de clase, una apariencia casi tan inquietante como sus estallidos de cólera: interrupción abrupta de la conversación, tics nerviosos intensificados, observaciones fuera de lugar... La joven provocaba en su entorno reacciones de desconfianza en el mejor de los casos y de rechazo en el peor.

Mylène había llevado mal este aislamiento.

Fue en aquella época cuando empezó a fugarse. Étienne se veía superado por los acontecimientos y era incapaz de dar una respuesta firme a los descarríos de su hija. La primera vez que se encontró con la habitación de Mylène desierta, como prueba de que la adolescente no había vuelto a casa durante la noche, él la esperó durante todo el día sin reaccionar, convencido de que había ido a dormir a casa de una amiga sin tomarse la molestia de avisarlo. Irónicamente, aquello casi le produjo alivio, de tanto que deseaba verse enfrentado algún día a las preocupaciones normales que tienen los padres de adolescentes normales. Solo a última hora de la tarde empezó a ver las cosas desde un ángulo más preocupante. No tenía la dirección de ninguna de las amigas de Mylène, ni sabía qué

compañías frecuentaba. Recordaba que de vez en cuando hablaba de una tal Noémie, a veces de Alice, y menos de una joven llamada Solène. Puesto que era reacio a recurrir a las fuerzas del orden debido a su historial delictivo, se quedó dos días muerto de preocupación, dando vueltas en su apartamento como un león enjaulado.

Durante la noche del tercer día de su desaparición, Mylène apareció por fin.

Entonces se puso de manifiesto un fenómeno extraño. Además del alivio de encontrarla sana y salva, del consuelo de no tener que inquietarse ni de dudar si llamar o no a la policía, Étienne había experimentado otro sentimiento. Una emoción solapada que tardó en identificar. Una emoción traidora cuyo efecto detestó.

Mientras se esforzaba por reanudar el diálogo, a veces con torpeza, Étienne sentía una especie de depresión en el pecho. Una suerte de pesadumbre. Una decepción.

Étienne se despierta sobresaltado. Está empapado de sudor, jadeante, asustado. Traga con dificultad, tiene la sensación de que le falta oxígeno, mira a su alrededor sin entender.

Y luego, muy poco a poco, se calma. Vuelve a ubicarse en el tiempo. La culpabilidad lo oprime a medida que recobra el sentido.

Esta noche, Mylène no ha vuelto a casa.

–¿Qué quieres para desayunar?

La pequeña, sentada en su trona, parece sumida en sus pensamientos.

–¿Emma?

La niña se estremece y luego mira a su madre con sorpresa.

–¿Qué te gustaría comer, cariño? ¿Cereales? ¿Una tostada?

–Quiero yogur.

–Se dice «por favor, mamá». ¿Te pongo azúcar?

Emma asiente. Camille le prepara un yogur con azúcar que se dispone a dejar delante de su hija. Sin embargo, interrumpe el gesto y la interroga con la mirada.

–Por favor, mamá –repite dócilmente Emma.

Ahora, alrededor de la mesa del desayuno, el ambiente es distendido. Al menos en apariencia. Camille y Patrick están al acecho. Observan a su hija disimuladamente, analizando sus gestos, sus miradas, intentando sonsacarle una respuesta a la pregunta que los atormenta desde la víspera: ¿sabe Emma dónde está su maestra? ¿Se acuerda de haberse cruzado con ella en el bosque, o bien su inconsciente ha cubierto por precaución los recuerdos demasiado dolorosos?

–¿Me pasas la vete, por favor? –pregunta Patrick dirigiéndose a Camille.

–¿La vete?

–La sal...

Camille observa a su marido sin comprender. Tarda unos segundos antes de captar el chiste, luego suelta una carcajada demasiado ruidosa y se vuelve hacia Emma.

–¿Lo has entendido, cariño? La sal... La vete... Salir... Irse... Qué gracioso es papá ¿no?

Patrick se ríe satisfecho de su ocurrencia, mientras que la pequeña lo examina con una mirada que se ilumina.

–Eres gracioso, papá.

El padre le guiña un ojo con complicidad y ella le devuelve la sonrisa. Mientras tanto, Camille prolonga su risa forzando una hilaridad exagerada que acaba por extinguirse. Alrededor de la mesa se hace el silencio durante unos segundos demasiado largos, en los que cada uno se concentra en su propio desayuno.

–¿Has dormido bien, corazón?

Patrick finge indiferencia. «¿Has dormido bien?» equivale a «¿Cómo estás?». Es una pregunta ordinaria formulada no tanto por curiosidad, sino por establecer contacto. La niña lo capta y asiente vagamente con la cabeza.

–¿Has soñado algo?

Esta vez, Emma no contesta.

–Ya se lo he preguntado –interviene Camille–. No recuerda nada.

–Ah... ¿No te acuerdas de haber gritado? Decías que no querías que te enterraran...

–No –contesta la niña–. No he gritado. He soñado con Patrick...

Patrick frunce el ceño, sorprendido e interrogándola con la mirada.

–¿Has soñado conmigo?

–No, no contigo, papá. He soñado con Patrick, la estrella de mar. El amigo de Bob Esponja.¹

A Camille se le escapa una risotada en la taza de café, y el propio Patrick no puede evitar esbozar una sonrisa divertida.

–Me tranquilizas... Por lo demás, ¿no te acuerdas de otros sueños?

Emma balancea las piernas hacia delante y hacia atrás, con la nariz metida en el yogur. Después de esperar una respuesta que no llega, Patrick lanza una mirada perpleja a Camille.

–Emma... ¿Me escuchas? –insiste–. ¿Te acuerdas de los otros sueños de esta noche?

–¿Me puedes dar más azúcar, mamá?

–Contesta a papá, por favor, cariño.

La niña se vuelve hacia su padre con cara angelical.

–No sé.

–¿No te acuerdas de otros sueños?

–No.

Patrick se queda atascado en sus circunloquios. Lo único que consigue intentando acabar con la agonía es prolongarla. Quizá deberían dejar de andarse por las ramas, se pregunta Camille, contrariada por los rodeos que da su marido.

–Emma, tesoro –dice con autoridad–. ¿Te acuerdas de lo que pasó ayer durante la excursión?

–Me perdí.

–Así es. ¿Te acuerdas lo que pasó cuando te perdiste?

–¡Mamá! –se impacienta la niña–. ¡Quiero azúcar!

–Dale su azúcar, y que no se hable más –dice Patrick visiblemente irritado.

Camille obedece y mezcla el yogur que luego tiende a su hija.

–Bien, Emma, ¿me oyes? ¡Es importante! ¿Te acuerdas de cuándo te perdiste?

–Después de hacer la cabaña.

–¿Y te acuerdas de cuando te encontraron?

–Cuando los señores vinieron a buscarme...

Camille no aparta los ojos de Emma. Vigila sus reacciones, intentando detectar el malestar, la evasión o la mentira. Su corazón late a un ritmo acelerado, se siente desgarrada entre la necesidad de saber el grado de implicación de su hija y el temor de que sus preguntas den pie a la niña a hacer revelaciones incómodas.

Por su parte, su hija se muestra imperturbable y se limita a contestar, lo cual, en cierta manera, tranquiliza a Camille. A pesar de todo, algo en la actitud de Emma la desconcierta. Es posible que se deba a esta insólita serenidad, casi incómoda, la manera en que habla de un suceso traumatizante sin mostrar la más mínima emoción, al menos sin expresarla...

–¿Y te quedaste mucho tiempo sola en el bosque?

–Sí. ¡Mucho!

–¿Tuviste miedo?

–¿Me puedes dar otro yogur? –le pide a su padre.

–Sí, claro...

–¿Emma? –insiste Camille.

–No sé.

–¿Qué no sabes? –pregunta extrañada–. ¿No sabes si tuviste miedo?

La niña asiente con un movimiento de la cabeza.

–Por el amor de Dios, Emma, ¿qué me estás contando? Tienes que saber si tenías miedo, ¿no?

–No sé.

–Cariño... –le dice su padre con dulzura dejando un segundo yogur delante de ella–. Cualquier niño de tu edad que se hubiese perdido en el bosque habría

tenido miedo. Es normal tener miedo, sabes.

–Ya no quiero el yogur.

A Patrick se le acaba la paciencia.

–Me lo acabas de pedir, así que ahora te lo comerás.

–Ya no tengo hambre.

–Déjalo –murmura Camille–. Ya me lo comeré yo.

Patrick suspira. Camille vuelve a la carga:

–¿Te topaste con alguien antes de que los policías te encontraran?

Esta vez, la niña niega con la cabeza.

–¿Estás segura?

–¿Puedo ir a ver los dibujos animados?

–¡Contéstame, Emma! ¿Viste a la señorita Mylène cuando estabas perdida?

–No sé.

–¿No sabes o no te acuerdas?

–Papá, quiero los dibujos animados.

–Cariño, escucha a mamá.

–¡He dicho que no sé!

–¡Emma! –insiste Camille, que siente que le invade la exasperación–.

Mírame, por favor.

La niña le dirige una mirada obstinada.

–Quieras a no, tienes que contarnos lo que pasó. Tu maestra no ha vuelto a su casa desde ayer y nadie sabe dónde está. Podría estar en peligro. Es muy importante que nos digas la verdad. Si sabes algo, tenemos que saberlo. No nos enfadaremos contigo, ¡te lo prometo! Aunque ayer no les dijeras la verdad a los policías. Nadie se enfadará, nadie te castigará.

Emma sigue mirando a su madre sin responder. Camille se esfuerza por dominar unas ganas furiosas de zarandearla para que reaccione de una u otra manera, que se ponga nerviosa, que se defienda, que jure, que prometa, que estalle en sollozos... Todo salvo esta insoportable inercia emocional.

–¿Comprendes lo que te digo?

–No sirve de nada –intercede Patrick–. Ya ves que no sabe.

–¡No veo nada en absoluto! Una de dos: o se acuerda o no se acuerda. Pero no saber, ¡no saber, eso no significa nada!

–¡Quiero ver los dibujos animados! –repite Emma alzando la voz.

–Tendrás tus dibujos animados cuando me digas si viste o no a tu maestra ayer, cuando estabas perdida en el bosque.

–¡No sé!

–¡Eso no es una respuesta!

Ahora, Emma lanza a su madre una mirada atormentada. Luego se vuelve hacia su padre, mientras los ojos se le llenan de lágrimas que acaban deslizándose por sus mejillas.

–¿No te acuerdas, es eso? –le pregunta él en voz baja apretándole la mano.

Ella mueve de inmediato la cabeza en señal de asentimiento.

–Bueno... Es todo lo que queríamos saber, cariño. No llores, todo va bien. Ya puedes ir a ver los dibujos animados.

La niña se sorbe los mocos ruidosamente, al tiempo que se seca los ojos y la nariz con el reverso de la manga.

–Coge un pañuelo en lugar de secarte con el pijama –añade Patrick sacando uno de papel de un paquete, y tendiéndoselo a su hija.

Emma lo coge y se suena. Luego se levanta y se refugia en los brazos de su padre, que la abraza con un gesto tierno y protector.

–¡No te preocupes! No has hecho nada malo. ¡Has estado genial!

–¿Te parece? –se mofa Camille–. Se ha limitado a asentir a una respuesta que le has soplado.

–No acordarse de algo es eso: no saber qué contestar. ¿Es que no ves que está completamente perdida?

Camille titubea y mira a su hija, que se esconde en los brazos de su padre. Este le dirige a su esposa un mensaje mudo incitándola a calmarse, al que ella responde encogiéndose de hombros, desanimada. Aunque no ha adelantado mucho sobre lo que Emma sabe o no sabe, al menos tiene la certeza de que no averiguará nada más.

Mientras que Patrick coloca a la niña delante de un DVD, Camille quita la mesa y sube a prepararse. Al entrar en su habitación, ve de inmediato que en el móvil que ha dejado sobre la mesilla de noche parpadea una luz indicando que ha recibido un SMS. Instintivamente, siente una punzada en el vientre. Sabe que eso no augura nada bueno. Es extraño cómo, desde la noche anterior, la espera de un mensaje de Étienne le suscita un efecto diametralmente opuesto al que le provocaba apenas veinticuatro horas antes.

Coge el móvil, nerviosa, y desbloquea la pantalla. Tal como sospechaba, la lectura del mensaje le hiela la sangre: «Te doy de plazo hasta el mediodía para conseguir que tu hija hable. Después se lo contaré todo a tu marido».

Dupuis se planta en las dependencias de la comisaría con cuarenta y cinco minutos de retraso. No ha oído el despertador. Está seguro de que no ha sonado. Es la única explicación posible. Es sábado, ni su mujer ni su hijo tenían que levantarse, razón por la cual, a las ocho de la mañana, toda la casa dormía profundamente. Cuando ha abierto un ojo, eran ya las nueve menos veinte, hora en la que tenía previsto salir. No le ha quedado más remedio que ducharse, vestirse y desayunar a toda prisa.

–Étienne Gilmont le espera delante de su despacho –le anuncia el agente de recepción.

–¡Mierda! –gruñe Dupuis–. ¿Qué quiere?

–Saber dónde se encuentra su hija.

–¡Yo también quiero saber dónde se encuentra su hija, pero no por eso me planto delante de su casa! ¿No podría decirle que le llamaremos en cuanto sepamos algo nuevo?

–No ha querido escucharme, capitán.

–¿De qué sirve usted, maldita sea?

El agente asimila el reproche sin inmutarse mientras Dupuis sube los escalones de cuatro en cuatro para ir a su despacho. La presencia de Gilmont en comisaría le causa contrariedad sobre todo porque la familia Verdier debe llegar en menos de diez minutos, y no tiene ningunas ganas de que se crucen.

Cuando está a mitad de la escalera, el agente lo llama.

–¡Capitán! Olvidaba decirle que ha llamado un tal señor Verdier diciendo que no podrá acudir a la cita de esta mañana.

Dupuis se queda inmóvil en la escalera, se vuelve hacia el agente al que mira con hastío, para luego volver a ponerse en marcha hasta llegar al primer piso.

–¡Señor Gilmont! –exclama cuando llega al pasillo–. ¿Qué puedo hacer por usted?

–Encontrar a mi hija, capitán –le contesta Étienne levantándose de su asiento.

–Lo entiendo –señor Gilmont–. Hacemos lo que nos es humanamente posible, ¡créalo!

–Pues es a todas luces insuficiente.

Dupuis llega a su altura y lo observa exhibiendo una media sonrisa.

–Ya que está aquí... Me había ocultado usted su historial con la justicia –le señala con un tono cargado de insinuaciones.

Étienne disimula mal su sorpresa.

–No veo la relación... –replica de inmediato a la defensiva.

–Y, sin embargo, teniendo en cuenta sus antecedentes, tengo la impresión de que no solo tiene amigos.

–¿Y?

–¿Nunca se le ha ocurrido que la desaparición de su hija puede estar vinculada con uno de los asuntos que le valieron algunas penas de prisión?

–¡Hace mucho tiempo de eso! ¿Por qué ahora? ¿Por qué ella?

–La venganza es un plato que se sirve frío...

–Esto no tiene sentido, capitán. Interrogue más bien a la mocosa que ha vuelto de su paseo en el bosque con el fular de mi hija alrededor del brazo.

Dupuis consulta su reloj de un vistazo.

–Ya me ocupo de ella –le asegura invitándole con un gesto del brazo a dirigirse hacia la salida–. Por su parte, usted podría averiguar si alguna de sus antiguas víctimas no ha querido herirle a través de su hija.

Con un movimiento de hombros irritado, Étienne se desentiende de la invitación del policía.

–Deje que haga mi trabajo tranquilo y que avancemos con la investigación –añade Dupuis para calmarlo.

Los dos hombres se enfrentan dirigiéndose una mirada evaluativa. Mientras que en los ojos del policía Étienne solo ve una impaciencia reprimida, Dupuis reconoce en los del cocinero el fuego que arde bajo las cenizas. Ese resplandor le parece característico de los individuos con dificultades para dominar sus inclinaciones belicosas, en los que el instinto prima sobre la reflexión, la acción sobre el razonamiento. Se ha pasado parte de la noche estudiando el perfil de Étienne y el hombre que tiene ante él coincide en todos los sentidos con la idea que se ha formado: un coloso de piedra cuyo talón de Aquiles es su hija. Dupuis detecta fácilmente la violencia que se esconde bajo una voluntad férrea y, aunque

Étienne consigue refrenar su agresividad desde hace quince largos años, hará falta poco para que esa calma que tanto le ha costado conseguir estalle en mil pedazos.

–No lo eche todo a perder tontamente –añade.

–¿Se puede saber qué tiene previsto hacer? –le pregunta Étienne haciendo caso omiso al consejo.

Dupuis parece contrariado por la pregunta. Titubea, pero finalmente decide poner las cartas sobre la mesa.

–Como ya le dije anoche, señor Gilmont, algunos de mis agentes están indagando el entorno directo de su hija: sus compañeros de trabajo, sus amigos, sus alumnos y los padres de estos... Paralelamente, proseguimos con la búsqueda. El helicóptero ha vuelto a sobrevolar la zona esta mañana. Sin éxito. Sin embargo...

Se interrumpe y observa a Gilmont sin disimular su malestar.

–¿Sin embargo? –insiste Étienne.

–A diez kilómetros al norte del bosque hay un lago que no me inquietaba realmente ayer, mientras buscábamos a la niña: había pocas posibilidades de que una pequeña de cinco años pudiera caminar hasta allí. En cambio, un adulto podría haber llegado hasta el lago.

Se calla, parece preocupado.

–¿Y? –le pregunta Étienne para alentarle a seguir.

Dupuis lo encara y lo mira a los ojos.

–Un equipo va de camino para explorarlo.

Solo entonces comprende Étienne adónde quiere ir a parar el capitán.

–¡Imposible! –murmura apretando los dientes.

–¿Por qué?

–Mylène sabe nadar.

–A veces, de noche, en el agua helada, incluso los mejores nadadores se encontrarían con dificultades.

Étienne mira a Dupuis con aire sombrío.

–¿Cómo podría haber acabado allí durante la noche?

–Se separó del grupo en torno a las cinco de la tarde. Empezamos a buscarla a las siete y media. En dos horas y media, pudo avanzar mucho.

La hipótesis empieza a adquirir forma en la cabeza de Étienne. Palidece de manera perceptible mientras que sus facciones se tensan, la mandíbula se contrae en un rictus de dolor. Luego asiente con la cabeza y se dispone a despedirse.

–Le llamaré tan pronto sepa algo más, señor Gilmont –le promete Dupuis.

–En vista de la naturaleza de las noticias que me acaba de dar, lo cierto es que preferiría no recibir ninguna más –masculla mientras se aleja.

Un rayo de sol se filtra a través de la vegetación y arranca a Mylène del sueño comatoso en el que ha estado sumergida. Al volver en sí, la joven maestra apenas vislumbra masas de sombra y luz que fluctúan delante de ella. Parpadea varias veces, intenta evaluar los contornos que se mueven a fin de percibir detalles... Haciendo un primer esfuerzo, logra por fin discernir las paredes del abismo contra las que se ha apoyado, hecha un ovillo como un feto en gestación. Unos destellos de luz acarician las paredes de tierra a intervalos regulares, y ella sigue el haz hasta la fuente, lo que le obliga a alzar la vista. Distingue el agujero por encima del cual las hierbas tiernas se balancean a merced del viento.

El descubrimiento de su entorno le recuerda repentinamente la dramática situación en la que se encuentra. No tiene ni idea de la hora que puede ser, pero le parece que, allá arriba, el sol está bien presente. Sin embargo, el calor aún no ha perforado las profundidades de la tierra y el frío le penetra hasta los huesos.

Muy pronto, otras sensaciones se despiertan a su vez. Sus suplicios se acuerdan de ella: la sed, los calambres, el tobillo dolorido, un hedor a orina y heces. Mylène hace una mueca. Esboza un primer movimiento que le arranca un quejido, que le desgarran la garganta. Está extenuada incluso antes de moverse. De hecho, la energía que le exige el menor gesto la deja agotada. A ello hay que añadir el temor instintivo por los diversos sufrimientos que la acechan, las náuseas cuyo eco la inquieta, el recuerdo de los espasmos se apodera de ella y le provoca arcadas. Mylène reprime un sollozo de angustia: por un instante, hubiese preferido no despertarse nunca.

Poco a poco, va poniendo en orden sus ideas. Los pensamientos empiezan por fin a llenar su cerebro como si se abriera un grifo. Puede volver a razonar, lo cual, en su situación, se ha convertido en una cuestión de vida o muerte. Empujada por la amenaza de lo peor, consigue mal que bien recuperar el control de su cuerpo.

Primero la cabeza, que gira a un lado y otro. Es así como ve el montón de tierra arrojada sin orden ni concierto en la parcela situada junto a ella. El corazón de Mylène se llena de esperanza: la cantidad de arcilla, aunque aún no parece

suficiente para permitirle alcanzar el borde del agujero que la domina, es al menos prometedora. Amontonándola sobre una superficie reducida, ahora puede elevar el nivel unos veinte centímetros. La técnica es fructífera y el resultado le da a Mylène el estímulo que necesita para superar su debilidad, tanto física como moral.

Haciendo acopio de fuerzas, se apoya en las manos y empieza a enderezarse. La operación no resulta sencilla, teniendo en cuenta la estrechez del lugar, su estado general y el de su tobillo en particular. El agujero que ha cavado en la pared para extraer tierra le ayuda a mantenerse en equilibrio y, gracias a una inquebrantable determinación, consigue desplazarse hasta el montículo improvisado. Enseguida consolida la estructura aplastando las capas de tierra para superponerlas, lo que le recuerda a los castillos de arena que tanto le gustaba construir de niña en la playa.

Ahora, sus gestos se van encadenando, más fluidos, menos dolorosos. Mylène se concentra en su tarea, sus manos trabajan la tierra, arreglan el estrado, rellenan los huecos, alisan la superficie. Para motivarse, entona una canción con un murmullo ronco. Tiene la garganta seca como el desierto, pero el consuelo que le produce cantar es beneficioso y compensa el dolor que le ocasiona. Las notas, cuyas disonancias parecen acompañar a algunas torpezas inevitables, marcan el ritmo de su trabajo. Pierde un poco de tierra durante la operación y redobla su agilidad.

Como para echarle una mano, un rayo de sol rebota contra la pared y le acaricia la nuca. El agradable calor le hace olvidar sus penas por un instante. Le trae recuerdos de las deliciosas sensaciones que experimentaba durante las vacaciones en el mar con su padre, el sonido de las olas, los gritos de las gaviotas, el calor del sol. Sus pequeñas manos que manipulaban la arena mojada para construir un castillo. Para ella era una cuestión de honor acabarlo hasta el último detalle: torreones y almenas, murallas y caminos de ronda, sin olvidar las ventanas que aumentaban el realismo. Su padre acudía a veces a ayudarla a consolidar la estructura, y luego se divertían cavando fosos alrededor del castillo.

Cuando subía la marea al final del día, padre e hija asistían juntos a la disolución de la fortaleza bajo la fuerza del oleaje. Sentados uno al lado del otro, se contaban historias sobre el pánico de sus habitantes imaginarios a medida que las olas se abalanzaban en los fosos, se estrellaban contra los cimientos y, finalmente, desmantelaban una tras otra las murallas del edificio. Mylène se

acuerda de la fascinación que ejercían sobre ella los relatos de su padre cuando este detallaba los esfuerzos desesperados de aquellos pequeños personajes ficticios por escapar a la avalancha de tsunamis en miniatura. Unos intentaban subir a la cima de la torre más alta para sobrevivir por más tiempo e, invariablemente, acababan siendo arrastrados por el mar cuando la ola final arremetía contra los relieves de un castillo en ruinas. Los demás intentaban huir lanzándose desde lo alto de la torre del homenaje y perecían ahogados en los rompientes de un mar embravecido.

Mecida por la voz de su padre, se imaginaba unos cuerpecillos maltratados por la potencia de la resaca, otros aplastados por las murallas desvencijadas que representaban los magmas de arena, o lanzados por los aires estrellándose contra los escombros de las fortificaciones. Cautivada por el realismo del relato, Mylène soñaba con ser una diosa todopoderosa cuya voluntad habría bastado para proteger a algunos. Sin embargo, nunca había hecho el menor ademán de salvar a uno u otro de sus personajes.

Cuando ya no quedaba nada de su fortaleza de arena, Étienne se encargaba de la oración fúnebre pronunciando siempre la misma frase.

«Seas quien seas, hagas lo que hagas, la naturaleza será siempre más fuerte. Recuérdalo, Mylène: la naturaleza será siempre la más fuerte.»

El rumor de las olas se atenúa poco a poco para dejar paso al canto de los pájaros. Mylène se detiene, sorprendida. Su vista se enturbia y, con ella, la luminosidad disminuye sensiblemente. Se descubre encerrada en una prisión de tierra y, por un instante, se imagina en el lugar de las pequeñas criaturas sobre cuyo sufrimiento tanto le gustaba fantasear.

La vuelta a la realidad es brutal. Mylène se queda totalmente desconcertada cuando, al bajar la mirada hacia el montón de arcilla que moldeaba, se da cuenta de que, en lugar de la elevación de nivel previsto, ha erigido un castillo de tierra mojada, una torpe réplica de los edificios medievales de su infancia.

Y mientras que el abatimiento la arrasa como una ola gigantesca de la cual es imposible escapar, la voz de su padre retumba en el santuario de su imaginación: «Seas quien seas, hagas lo que hagas, la naturaleza será siempre más fuerte. Recuérdalo, Mylène: la naturaleza será siempre la más fuerte».

Étienne empieza a caminar a través de la vegetación, apartándose del sendero. No tiene por costumbre seguir los caminos trillados, pero además sabe que, si le queda alguna oportunidad de encontrar a su hija, no será precisamente en el borde de los senderos.

Es la primera vez que la busca en la inmensidad de un bosque. Durante las fugas de Mylène, era la jungla urbana la que recorría, peinando las avenidas a lo largo y ancho, explorando los callejones, los rincones, los pasajes secretos. La multitud de lugares donde podía esconderse le producía vértigo, hubiese sido un milagro encontrarla antes de la puesta de sol. De todas formas, nunca sucedió. Hoy, zigzagueando entre los árboles, explorando los arbustos, y rebuscando en los bosquecillos, se da cuenta de que la ciudad no era más que un parque de juegos comparada con esta naturaleza infinita. Su búsqueda desenfundada lo traslada una vez más a la adolescencia de Mylène, a los años que siguieron, hasta que ella se instaló en su apartamento hace tan solo cuatro meses. Mientras avanza a través de una vegetación densa y voluminosa, recuerda los días congelados, las interminables horas de angustia y de espera, las preguntas que daban vueltas en su cabeza. ¿Dónde está? ¿Qué ha pasado? ¿En qué momento la situación se le fue de las manos? ¿Cómo la fastidió? ¿Cuándo? ¿Podría haberlo evitado? ¿Tendrá un final este infierno?

Las emociones que lo oprimieron entonces vuelven a atormentarlo ahora, fieles e intactas. Las recupera como viejas enemigas, tan familiares que casi le resultan tranquilizadoras. Vuelven a ocupar su sitio en los huecos de sus entrañas, se estiran hasta el borde de la garganta, vampirizan su pecho. Él pensaba, esperaba, rezaba para que el distanciamiento de Mylène, su nueva independencia, su mudanza a un lugar propio calmaran su agitación. Que la separación fuera beneficiosa para ambos. Que ella tomara las riendas de su existencia. Sin embargo, nada ha cambiado. Él no sabe si se trata de una fuga o de un accidente, de una desaparición voluntaria o fortuita. Pero, por primera vez, en lo más profundo de su ser, comprende que nada cambiará.

Étienne sigue su progresión, se adentra en el corazón del bosque. Avanza en línea recta, siguiendo el surco de sus recuerdos. Sus pasos acompañan a sus pensamientos. Las imágenes se animan a medida que se desplaza, su memoria inyecta en lo más profundo de su alma el veneno de las reminiscencias. La angustia recupera sus derechos, tiránica y opresiva.

Las fugas de Mylène eran su pesadilla. Días de espera, otras tantas noches de angustia. La sensación de ser inútil, la necesidad de comprender. Las ganas de

que se acabara. La necesidad de odiarse tanto como ella lo detesta. Porque sabe que ella empezó a profesarle un odio feroz. Después del amor incondicional de la infancia, llegó el rechazo despiadado de la adolescencia. Ella lo culpaba de la marcha de su madre, lo consideraba responsable de la soledad de ambos, le reprochaba no haber conseguido meterse en la piel del padre ejemplar que asumiera los dos papeles parentales, muy distintos y, sin embargo, irremediabilmente asociados.

Para ella, él era necesariamente culpable. En cualquier caso, lo era para la justicia, que lo había castigado en varias ocasiones, lo cual había tenido un par de consecuencias notables en su existencia. Durante las dos estancias de Étienne en prisión, ella había sido acogida por su abuela paterna, que no tenía nada de dulce abuelita. Su padre no se había convertido en quien era sin motivo. Había tenido que insensibilizarse a marchas forzadas para crecer cerca de aquella mujer.

La abuela no era un monstruo en el sentido estricto de la palabra. No golpeaba, no gritaba, no infligía malos tratos. Al menos, físicamente. Era simplemente la indiferencia personificada. Nada parecía afectarla. No sentía nada, ni expresaba nada. No daba nada. Podía estar ausente o presente, eso no cambiaba nada. Para una niña de ocho o nueve años, era aterrador. Mylène se sentía completamente abandonada. Transparente. Estaba persuadida de que iba a morir. Esa mujer que se parecía a un fantasma agonizante. Cuando la niña le hablaba con su vocecita suplicante, la abuela ni siquiera parecía oírla. No le contestaba, no reaccionaba a los esfuerzos desesperados de Mylène por llamar su atención.

Vivía como si la niña no existiera.

Le dejaba comer lo que cocinaba para sí misma, pero le traía sin cuidado que Mylène se alimentara o no. Aceptaba que la pequeña durmiera en el sofá, que utilizara su chal a modo de manta. Pero ni siquiera se le pasaba por la cabeza ofrecerle una cama de verdad a su nieta. Que fuera a la escuela, que hiciera amigas, que se divirtiera o que estuviera triste no le provocaba ninguna reacción. No se oponía a nada, pero tampoco alentaba nada. No sentía nada. Ni odio, ni amor. Solo vacío.

Ahora, mientras recorre el bosque, Étienne siente cómo se le encoge el corazón al recordar aquello. Sabe que no ha sido un buen padre. Sabe que ha cometido gran cantidad de errores que todavía sigue pagando. Creía que los problemas de Mylène iban a resolverse cuando creciera. Que acabaría tomando

las riendas de su vida. Que su hija encontraría por fin un equilibrio con el que viviría su día a día. Después de tantos esfuerzos, tantos combates, tantas confrontaciones, tantas sesiones de psicoterapia, de psicoanálisis, tantas esperanzas frustradas, tanto amor, tanto rencor y tanto sufrimiento.

Llorarla ya, todavía, una vez más. Vivir de nuevo esta emoción malsana que se ríe burlona dentro de su vientre.

Contemplar la vida sin ella.

Sin sus crisis, sin sus gritos, sin su rabia. Disimular la páfida esperanza de que, quizá, no vuelva nunca más.

Odiarse aún más y vomitar esta traición suprema.

Por último, dejar de esperar. Asfixiar el deseo de creer que todo puede solucionarse aún.

Con la mandíbula apretada y los puños cerrados, Étienne ahuyenta el flujo de sus recuerdos. Sus pasos lo han llevado hasta un segundo claro más pequeño. Lo rodea rápidamente, intenta detectar huellas de un paso reciente en el suelo, sondea por los alrededores en busca de una respuesta. ¿Adónde ir? ¿Seguir o abandonar? Su razón le susurra que dé media vuelta, su corazón le obliga a perseverar. Ambos libran una lucha sin piedad en los meandros de su conciencia. Gira en redondo, tanto literal como figuradamente, y su indecisión consigue exasperarlo.

Después de haber vagado unos minutos en las lindes de este nuevo claro, decide dar media vuelta y toma la dirección del aparcamiento.

Voguel y Leduc se despiden de la familia Tissier. Alexandre, su hijo pequeño, va a clase con Emma Verdier. Los policías lo han interrogado sobre el ambiente en la escuela, sus relaciones con otros niños, sus preferencias, qué es lo que menos le gusta, qué piensa de su maestra... También le han preguntado si juega regularmente con Emma. Intrigada por las declaraciones de la señora Gensart, la madre de Manon, Dorothée ha interrogado a otras familias sobre qué pensaban de la niña.

Alexandre Tissier no juega a menudo con ella. Pero, aunque el niño no les ha proporcionado información complementaria sobre el temperamento de Emma, otros compañeros de clase, con los que han hablado a lo largo de la mañana, han arrojado una luz más clara sobre la pequeña.

A raíz de los testimonios, las anécdotas y las reflexiones hechas en el transcurso de una frase, Dorothée Voguel ha comprendido que Emma Verdier es una niña especial. Ha emergido como una criatura de carácter altivo, que parece tener una muy buena consideración de sí misma. Cuando habla con sus pequeños camaradas, lo hace siempre con calma y lentitud, como si se dirigiera a individuos que no hablaran el mismo idioma que ella. Como si temiera que no la comprendieran. En ese mismo sentido, parece no necesitar nunca a nadie. En ocasiones se diría que no siente ninguna compasión. Al menos, no comparte con otros niños ni las penas ni las alegrías de la vida diaria. Cuando siente tristeza o cuando la riñen, permanece impassible, fría, y solo llora cuando está segura de estar sola.

Muchos de los entrevistados han mencionado su aspecto físico. Es un detalle, pero a Dorothée Voguel le ha llamado la atención la frecuencia con que se ha repetido esta observación. Y, en efecto, Emma es una niña preciosa. Posee una gracia natural, a la vez elegante y delicada, una de esas bellezas que fascinan, pues la armonía de sus facciones atrae las miradas. Por la forma en que los diferentes padres hablaban de ella esta mañana, la agente ha detectado en sus declaraciones una especie de sospecha, como si una niña de su edad poseyera algunos poderes de los que habría que desconfiar. Como si el esplendor de su

rostro fuera inversamente proporcional a la negrura de su alma. En ciertos aspectos, detrás del reconocimiento de su belleza se escondía un reproche. No la invitaban a menudo a casa de sus compañeros de clase, a veces porque los niños no expresaban ese deseo, otras porque los padres se negaban a hacerlo.

Tras haber escuchado a más de una decena de alumnos de la clase de Mylène, así como a sus padres, Voguel y Leduc empiezan a formarse una idea bastante exacta de la personalidad de la maestra. Durante cada entrevista, han recopilado una serie de anécdotas que, ensambladas, dibujan un temperamento inestable. Reflexiones inapropiadas, observaciones fuera de lugar, pérdida del control, castigos inadecuados, muchos padres no se han privado de poner en duda las cualidades pedagógicas de la joven. Es evidente que no es muy apreciada. Algunos incluso se quejaron ante la directora de la escuela durante el curso escolar, algo de lo que Dorothée Voguel ha tomado buena nota para luego interrogar a Mireille Cerise a este respecto. En lo que respecta a los niños, cada uno a su manera ha expresado sus sentimientos de desconfianza o de temor hacia su maestra. Han reconocido que era amable la mayor parte del tiempo, pero que, cuando montaba en cólera, los asustaba. Asimismo, se han quejado del carácter imprevisto de sus arrebatos: a veces podía aceptar una travesura de las gordas con indulgencia, mientras que otras se enfurecía por un detalle insignificante. En su conjunto, los testimonios coinciden en lo que respecta a las palabras que utiliza, a menudo hirientes, la violencia de sus arrebatos o la desmesura de los castigos.

Al salir de casa de los Tissier, una idea cruza la mente de Dorothée: ¿y si la desaparición de la maestra estuviera vinculada a una venganza o un ajuste de cuentas? Esa mujer parece provocar sentimientos negativos en casi todo el mundo, tanto niños como adultos. ¿Es posible que alguien haya querido librarse de ella? ¿Y si hubiera que buscar también entre su entorno, fuera del contexto profesional?

–¿Solo hay niños que interrogar en esta lista? –pregunta la policía a su compañero mientras toma asiento al volante del coche camuflado.

Henry Leduc se instala en el asiento del pasajero y despliega la lista de nombres que Dupuis les entregó el día anterior.

–Hay una amiga de la infancia. Anne Martin. Vive en la calle Combattants, número 10.

–Pasaremos directamente a ella –decide Dorothée–. Después volveremos a la comisaría. Tengo bastantes cosas que contarle a Dupuis.

Y, sin esperar a que Henry le dé su aprobación, arranca para dirigirse hacia el centro de la ciudad.

Al cabo de unos quince minutos de trayecto, Dorothée aparca en una callejuela cuyos edificios no tienen más de tres o cuatro plantas. Se dirigen al número 10 y pulsan uno de los seis botones del interfono. Anne Martin les contesta enseguida. Unos instantes más tarde, los recibe en un apartamento agradable y luminoso.

Es una joven de la edad de Mylène, veinticinco años, veintiséis a lo sumo. Es pequeña, de proporciones perfectas y bastante guapa. Ese día de fin de semana va vestida con un chándal. A pesar de la sorpresa que le causa verlos presentarse de improvviso en su casa, los acoge con cortesía. Está sola, aunque todo en su vivienda indica que vive con un hombre y un niño pequeño: hay juguetes esparcidos por el suelo, delante de la mesa del comedor hay una trona, en las fotos colgadas en las paredes se la ve en compañía de su marido y un bebé.

–Me disponía a salir –les dice invitándoles, no obstante, a tomar asiento a la mesa.

–No nos quedaremos mucho –la tranquiliza Dorothée.

–¿Puedo servirles algo?

–No, gracias –se apresura a contestar la policía antes de que Henry acepte–. Quisiéramos hacerle algunas preguntas sobre Mylène Gilmont.

–¿Mylène? –pregunta extrañada Anne Martin–. ¿Le ha pasado algo?

–Ha desaparecido.

–¡Otra vez!

La reacción de la joven sorprende a Dorothée.

–¿Por qué? ¿Ya le había pasado antes?

Anne Martin parece desconcertada por la pregunta y, por un instante, teme haber cometido una torpeza.

–Saben, hace bastante tiempo que no la veo. Desde el nacimiento de mi hijo, apenas me queda tiempo para nada. De pequeñas, Mylène y yo éramos vecinas, y solíamos jugar juntas durante las vacaciones escolares. Pero perdimos el contacto en la adolescencia, cuando se mudó. Nos volvimos a encontrar hace unos años, por casualidad, y desde entonces nos vemos de tarde en tarde. Parecía irle mucho mejor.

–Mucho mejor... ¿Estaba mal?

–Mylène nunca ha estado bien. ¿Qué le ha pasado?

Dorothée le da algunas explicaciones.

–Mylène Gilmont desapareció ayer por la tarde durante una excursión con la escuela. Una alumna de su clase se extravió en el bosque y ella salió en su busca. Encontramos a la niña, pero no a Mylène. Desde entonces no sabemos nada de ella.

Anne Martin asiente con la cabeza en señal de comprensión.

–¿Por qué ha exclamado «¡Otra vez!» cuando mi compañera le ha dicho que había desaparecido? –le pregunta Henry.

Dorothée mira sorprendida a su compañero: es justo lo que se disponía a preguntar ella a su anfitriona. «Decididamente, nunca dejaré de asombrarme», se dice sonriendo para sus adentros. Está a punto de hacerle un guiño cómplice cuando la respuesta de la joven desvía su atención.

–Aunque ya no la veía mucho en aquella época, sé que Mylène se fugó varias veces durante su adolescencia.

–¿Ah, sí? ¿Sabe por qué?

–Me imagino que convivir con su padre era difícil.

–Difícil... ¿hasta qué punto?

–No lo sé con exactitud. Cuando éramos pequeñas, los otros niños de la calle y yo le teníamos miedo al padre de Mylène. Circulaban rumores de que era un criminal peligroso, que ya había matado a varias personas y que había estado en prisión. Hasta los doce o trece años, nunca me atreví a poner un pie en su casa, ni siquiera cuando me invitaba a ir a jugar. Aunque también debo decir que Mylène era una niña algo rara.

–¿Cómo de rara?

Anne Martin se encoge de hombros.

–Tenía reacciones extrañas. Ya saben, los niños se pelean. Pero con ella, las disputas adquirían siempre proporciones desmesuradas. Cuando no estábamos de acuerdo, era capaz de montar en cólera hasta el punto de llegar a asustarme. A veces lograba dominarse, pero incluso entonces tenía un comportamiento muy particular. Su rostro se llenaba de tics nerviosos que le daban un aspecto inquietante. O bien se encerraba en un mutismo del que era imposible sacarla. Dejaba de hablar y de reaccionar. Se volvía indiferente a todo. Como si yo fuera transparente. Como si no existiera. Y eso podía durar varios días.

La joven se interrumpe brevemente, perdida en sus recuerdos.

–Creo que también estaba muy acomplexada –prosigue–. No era guapa y muchos niños se burlaban de su aspecto. Y, para rematarlo, en la adolescencia, le

diagnosticaron una diabetes de tipo 1, insulino dependiente. Desde que la conozco, detesta su cuerpo, su cara, odia lo que es. Seguramente, eso no ayude a ser amable con los demás.

–Seguramente –repite Dorothée después de verificar que su compañero está tomando nota de todo. Después vuelve a su interlocutora–. En su opinión, ¿hay algún motivo por el que Mylène hubiese querido desaparecer unos días sin dar señales de vida?

Anne Martin se encoge nuevamente de hombros, esta vez para recalcar su ignorancia.

–Ni idea. Como le decía, hace un montón de tiempo que no la veo. Sé que, en aquella época, el detonante fue una carta de su madre que encontró entre las cosas de su padre. Una carta que explicaba los motivos de su partida.

–¿Su madre se marchó? –pregunta Henry alzando la nariz de las notas.

–Sí, y eso es incluso el gran drama de su vida.

–¿Qué decía esa carta? –pregunta Dorothée frunciendo el ceño.

–¡No tengo la menor idea! Lo único que sé es que, después, algo se rompió definitivamente en ella. Como si hubiese cruzado un punto de no retorno. En cualquier caso, nunca quiso hablar de ello; ni conmigo ni con nadie más. –Anne Martin guarda silencio durante unos segundos y luego añade–: Fue terrible para Mylène. La destruyó por completo.

Los dos policías la escuchan atentamente. La maestra malvada se transforma en una pobre niña. Aunque no excusan determinados comportamientos, al menos comprenden las causas.

–Me pregunto lo que puede empujar a una mujer a abandonar a su marido y a su hija... –murmura Dorothée perdida en sus pensamientos–. Quiero decir, hoy en día tres cuartas partes de las parejas se divorcian y, en general, se pelean por la custodia de los hijos. Abandonar a un marido es algo corriente. Pero ¿abandonar a su hija?

–Es un misterio –dice Anne Martin con un estremecimiento–. En cualquier caso, ¡yo sería incapaz!

–¿Cuándo vio por última vez a Mylène Gilmont? –le pregunta la policía para finalizar la entrevista.

La joven se toma un tiempo para reflexionar antes de contestar.

–Matteo tiene ocho meses... Ella vino a verme cuando nació; hacía cerca de una semana que habíamos vuelto del hospital. Así que diría que hace más de siete meses.

–¿No le dijo nada especial, no observó nada en particular? –pregunta Voguel.

–Acababa de empezar a dar clases en la escuela. Sé que le gustaba. Tenía previsto instalarse sola en un pequeño apartamento. Tenía veintiséis años y seguía viviendo con su padre. Empezaba a hacer mella en Mylène.

–¿Se entendía bien con él?

Anne Martin hace una mueca.

–La relación con su padre nunca ha sido sencilla. Incluso podría decirse que en ocasiones era violenta. Pero no culpo al padre. Ella era capaz de hacerle vivir un auténtico calvario.

–¿Usted ya no le tenía miedo?

La joven suelta una risita avergonzada.

–Ya sé que estuvo en prisión por actos violentos. Por lo demás, no lo conozco realmente. Pero creo que muchos padres habrían perdido la paciencia con una hija como ella. Oigan, no es que quiera echarles, pero mi marido me espera en el parque con nuestro hijo. Tengo que irme ya.

La agente asiente con un gesto de la cabeza mientras se levanta. Unos instantes más tarde, Anne Martin les acompaña hasta la puerta de su domicilio.

Mientras se acercan al coche, Dorothée le pide a Henry que le pase su libreta. Una vez sentada al volante, la hojea rápidamente.

–Cuando escribes: «En sus relaciones con otros, puede ser tan tiránica que llega a provocar cierto temor»... ¿te refieres a Mylène Gilmont o a Emma Verdier? –pregunta Dorothée señalando algunas líneas a Henry.

Él se inclina sobre el pasaje que le apunta su compañera.

–A Emma Verdier.

Después, al volver a leer el pasaje, se desdice:

–¡No, lo siento! Me refiero a Mylène Gilmont.

Dorothée asiente pensativa.

–Lo extraño de toda esta historia es la similitud de las opiniones sobre Emma Verdier y Mylène Gilmont. Las dos provocan emociones negativas. No son muy apreciadas; de algún modo, la gente desconfía de ellas. Las rechaza. Tienen pocos amigos, puede que ninguno. Ambas resultan tremendamente antipáticas. Como si estuvieran hechas con el mismo molde. Lo único que las diferencia es que una es muy guapa y la otra muy fea.

Mylène se ha concedido una pausa. Las fuerzas la abandonan poco a poco y su mente va por el mismo camino. Recupera la razón de forma intermitente, y entonces es consciente de la precariedad de su situación. Estos instantes de lucidez pasajera, lejos de protegerla, la arrastran aún más profundamente hacia los abismos de la desesperación. Se enfrenta a una soledad feroz, armada de colmillos afilados que le desgarran las entrañas. Se siente débil, despojada de la energía que tanto necesita para vivir.

Acurrucada en el fondo de su sima, tumbada sobre la pequeña parcela de tierra como una muñeca desarticulada, intenta conservar algo de la voluntad que se le escapa como el agua en un colador. De vez en cuando, vuelve la cabeza hacia el montón de tierra que ha arrancado de las paredes con las manos. Apenas ve nada, puesto que la cetoacidosis ha deteriorado mucho su visión, pero constata que la cantidad de arcilla es suficiente: eleva el terreno más de medio metro. Lo bastante para permitirle salir de esta sima infernal. El problema es que ya no tiene fuerzas para hacerlo. Levantarse se le antoja imposible.

Su cuerpo entero ruge de dolor. Los calambres abdominales le impiden erguirse, las contracciones son tan violentas que le obligan a permanecer encorvada sobre sí misma, plegada en dos. Las náuseas son tan intensas que aumentan aún más su sufrimiento. Mylène ya ha vomitado todo lo que le quedaba dentro y su estómago vacío está contraído por los espasmos. La sensación de sed es ahora un suplicio constante. Su boca seca le produce el efecto de una cavidad de piedra, sus labios no son más que llagas agrietadas y cualquier movimiento es insoportable.

Mientras tanto, su tobillo irradia por toda la pierna un sufrimiento difuso que se ahoga en el dolor general.

Su organismo extenuado la está abandonando. La joven se hunde poco a poco en un sopor poblado de delirios en los que las pesadillas de su infancia vuelven a acosarla. Se ve de niña, con ocho o nueve años, delante de una prisión, un edificio imponente de piedras grises, una especie de castillo coronado con torres y almenas, situado en un lugar desértico, seco y árido, que atraviesa una

carretera. Ella está de pie delante de la entrada del edificio, vestida con una falda rosa con volantes, una blusa amarilla y calcetines blancos. Lleva el pelo recogido en dos trenzas bien apretadas. El cielo está cubierto por unas espesas nubes desteñidas, la carretera antracita aumenta aún más esa sensación de película en blanco y negro, todo es gris salvo la niña, que forma una mancha de color en medio de la imagen.

La espera se hace interminable.

Sabe que su padre va a salir de la cárcel, aunque no está segura del día ni de la hora. Nadie la ha informado del momento exacto. Así que aguarda, decidida a no perderse la salida de quien la sacará de su infierno. Hace un mes que vive con su abuela. Prefiere quedarse allí, delante de la prisión, en esa carretera desierta, en ese paisaje abominable, antes que volver a casa de esa mujer.

La mayor parte de su sueño transcurre en ese lugar: Mylène espera delante de la prisión, impaciente por ver abrirse la puerta. Permanece de pie, bien erguida, durante horas enteras, sin que nada suceda.

Por fin, los dos enormes batientes de hierro chirrían y se separan con una lentitud desesperante. El corazón de Mylène palpita con tanta fuerza que parece a punto de estallarle en el pecho, mientras aguarda la silueta que sabe que aparecerá...

Está allí, delante de ella. La niña se precipita hacia él gritando:

—¡Papá!

Él la recibe con los brazos abiertos y riéndose, la estrecha contra sí, la hace girar dando vueltas, la besa, la huele... Y después se alejan cogidos del brazo, caminando por esa carretera que parece no tener fin. Mientras se dirigen hacia el horizonte, Étienne escucha las noticias de su hija.

—¿Y bien, tesorito? ¿Qué has hecho durante todo este tiempo? ¿Dónde estabas?

—En casa de la abuela.

—No me vengas con trolas —le replica él entre risas—. ¿Dónde estabas?

—¡En casa de la abuela!

—¡Mylène! Las bromas cuanto más cortas, mejores. ¡He estado muy preocupado por ti! Así que dime dónde estabas.

—Te lo juro, papá. ¡Estaba en casa de la abuela!

—La abuela murió hace mucho, cariño. ¡No puedes haber estado con ella!

La niña se siente aspirada hasta las entrañas de la tierra. Entonces se percata atónita de que hace meses que vive sola en compañía de una muerta. La

pesadilla acaba con esta sensación espantosa: de niña se despertaba siempre gritando, empapada de sudor, con náuseas.

El terror imprime una descarga en el inconsciente de la maestra que la saca de su letargo. Gime y el aliento ardiente y corrosivo en su tráquea logra despertarla. Al abrir los ojos, solo distingue masas de sombra y luz, formas fluctuantes. Entonces reconoce su entorno. Por un instante, su mente confusa mezcla sueño y realidad. En efecto, acaba de ser absorbida bajo la superficie o... No, ahora lo recuerda: la excursión con la escuela, la desaparición de Emma, la traición de la niña. Su visión sigue siendo bastante defectuosa. Tiene los ojos casi tan secos como la boca, y apenas logra enfocar. Los abre desmesuradamente y luego los cierra varias veces, intentando diferenciar los detalles de lo que la rodea. Ante ella parecen materializarse unos resplandores, unos dolorosos destellos que la obligan a bajar los párpados.

Cuando los vuelve a abrir, una sombra llama su atención. Mylène alza la cabeza hacia el borde de la sima, atraída por una variación luminosa. Solo percibe unas siluetas cuyos múltiples contornos se juntan y se separan. Sin embargo, su mente hambrienta de esperanza se empeña en reconstituir lo que no logran discernir sus ojos.

Una cabeza contrasta en el agujero que la domina, justo al nivel de la superficie. Ese rostro, lo reconoce entre mil. La joven expulsa un estertor de gratitud y alza un brazo al cielo.

–Papá... –murmura con una voz apenas audible.

¡Ya está, la han encontrado! Su calvario toca a su fin.

¡Ha faltado poco para que muriera enterrada viva en esta tumba natural! ¡Por fin la sacarán de aquí! Dentro de un rato, le darán la insulina que tan cruelmente necesita su cuerpo para sobrevivir. Le vienen a la cabeza otras imágenes, las de olas que rompen sobre ella, otorgándole su frescor, así como la increíble sensación de una boca inundada de líquido.

–Beber –gime una vez más.

Mylène se relaja. Se abandona al alivio de saber que está a salvo. Cierra los ojos cuyo dolor irradia hasta el epicentro de su cerebro.

Después, pierde el conocimiento.

Es extraño como, cuando todo va mal, las cosas más insignificantes adquieren un valor inédito. Mientras estaciona el coche en el aparcamiento del hipermercado, Camille se reconcilia con todo lo que la vida cotidiana tiene de tranquilizador: las familias que entran y salen, las mujeres mayores que beben su taza de té en el bar, la música insípida que atraviesa los pasillos, el malhumor de las cajeras... Ni siquiera el carrito colocado al principio de la fila y bloqueado por una moneda falsa consigue hacerle perder los nervios. Camille recorre sin refunfuñar los cincuenta metros que la separan de otra hilera de carritos y coge uno de ellos. Emma le pide que la instale en el asiento reservado a los niños, y Camille la ayuda a deslizar las piernas por las aperturas previstas a tal efecto. Después, ambas entran en la tienda.

En general, hacer las compras con Emma dista mucho de ser divertido. El recorrido está plagado de tentaciones, es una odisea durante la cual hay que esquivar las numerosas trampas colocadas por los comerciantes para despertar la codicia, sobre todo de los pequeños. Emma no es una excepción, lo quiere todo, enseguida, siempre. Hoy, sin embargo, Camille aborda la tarea con alivio. Este día que amenaza con no tener fin, las horas se hunden en el marasmo de sus miedos y a ella le cuesta muchísimo concentrarse en las tareas cotidianas. Lleva toda la mañana dando vueltas por la casa, pasando tres cuartas partes del tiempo acechando la calle, temiendo descubrir la silueta de Étienne decidido a contárselo todo a Patrick... Ella no hizo caso del SMS y ahora espera lo peor. Está nerviosa, exhausta, no soporta nada, empezando por los incesantes ruegos de Emma que exige que se ocupe de ella. Con la visita al hipermercado esperaba que la agitación general la aliviara durante un rato de sus angustias.

Se ha dado cuenta de que a Patrick no le ha gustado la idea de que se llevara a Emma consigo a hacer las compras y se ha sentido profundamente herida por su desconfianza, mal disimulada, que ha sido incapaz de rebatir con argumentos convincentes, habida cuenta del conflicto de la mañana. No le cabe la menor duda de que Patrick habría preferido que Emma se quedara con él. Sin embargo, no le ha quedado más alternativa que ceder, al surgirle una cita

imprevista con uno de sus estudiantes en relación con su disertación. Camille recorre los pasillos. A medida que avanza, el carrito se llena de productos necesarios. Como de costumbre, Emma exige todo lo que le apetece, haciendo caso omiso a las negativas de su madre. En general, insiste, suplica, implora hasta que Camille capitula y cede a una de sus exigencias, con la esperanza de que la deje en paz. Los pocos minutos que siguen a esta rendición, le permiten concentrarse de nuevo en su lista de compras, antes de que la niña vuelva a la carga.

Hoy, Camille es más permisiva. Si por norma general se niega por sistema, cede rápidamente a los caprichos de su hija. Le falta energía. El miedo de haber podido perderla y el deseo de mimarla anulan toda combatividad. Camille necesita recuperar puntos con su hija.

Por su parte, Emma no es tonta. Posee ese sexto sentido inherente a los niños que detectan instantáneamente las debilidades de sus padres para así sacarles el mejor partido. La pequeña se aprovecha con descaro de las de su madre.

Después de haber obtenido una cantidad disparatada de bolsas de caramelos y galletas, Emma exige salir del carrito. Camille conoce las intenciones de su hija: le encanta jugar al escondite entre los estantes. Una vez más, capitula. Agarra a la niña por las axilas, la levanta y la deposita en el suelo. Como sucede a menudo los sábados, los pasillos de la tienda están repletos. Hay numerosos clientes que circulan entre los estantes, lo que provoca en ocasiones atascos de carritos.

–¡Quédate cerca de mí! –le ordena antes de soltarla.

Emma asiente y, durante unos minutos, camina dócilmente al lado de su madre. Pero el paseo no tarda en aburrirla: en el estante de productos de limpieza hay pocas distracciones. El pasillo transversal le parece más interesante y, olvidando su promesa, corre hasta el siguiente.

–No te alejes –le dice su madre mientras busca su detergente habitual.

Pese a sus consignas, Emma desaparece pronto de su vista. Camille no se preocupa demasiado. Elige un envase de detergente y completa sus compras con un suavizante de la misma marca. Después se apresura hasta el final de pasillo, donde ha desaparecido la niña.

–¡Buh! –exclama Emma saliendo de detrás de la estantería.

Camille simula un susto enorme: se sobresalta con gesto exagerado y pone cara de terror. La pequeña se ríe a carcajadas. Luego se precipita hacia el pasillo

central y desaparece en la siguiente sección.

–¡Emma!

Por supuesto, la niña no obedece ante la llamada de su madre. Camille quiere tomar la dirección opuesta. Le irrita la falta de disciplina de su hija, se apresura a llegar a la sección en la que se ha metido Emma antes de increparla con más firmeza.

–¡Te he dicho que no te apartes de mí! ¡Ven aquí enseguida!

La niña hace oídos sordos, obligando a Camille a ir en su busca. Agarra la manita de su hija para arrastrarla hacia las cajas. Emma se resiste unos instantes, vituperando con su voccecita chillona. Alertados por esos gritos, algunos clientes las miran con circunspección.

–Si no me obedeces, te volveré a meter en el carrito, ¿entendido?

La amenaza no parece conmover a Emma que incordia cada vez más. Camille está cansada y pierde la paciencia: no aguanta más las lamentaciones de su hija, que no para de insistir.

–¡Basta! –le ordena con voz sorda.

–¡Quiero ir por allí! –vocifera Emma intentando soltarse.

–¡Y yo te digo que iremos por allí!

Camille sostiene firmemente la pequeña mano en la suya mientras la niña se debate como una anguila fuera del agua. Emma no soporta que le pongan trabas y su temperamento volcánico se desborda en una cólera ciega. Golpea, ruge, chillaba con todas sus fuerzas... En el pasillo, los clientes fastidiados no disimulan su irritación, las miradas de desaprobación y ni los gestos de desprecio. Los gritos de la niña resuenan en el cráneo de Camille, sus ecos aporreadan su razón, la resquebrajan hasta el paroxismo. Siente cómo crece la ira en su interior, esta vez hasta la superficie. Cuando ya no aguanta más, deja estallar su furia, agarra a Emma y la sacude de mala manera.

–¡Cállate ya! ¡Que te calles! ¡¡¡Estoy harta!!! ¡Vas a volverme loca! –le grita perdiendo la compostura.

Aturdida por la violencia de su madre, la niña se queda paralizada entre sus manos. La pérdida de control de Camille tiene al menos la ventaja de hacerla callar. Cuando se percata de que Emma ya no ofrece ninguna resistencia, Camille la suelta, sintiéndose destrozada por este nuevo altercado.

Ahora la gente la observa con severidad y ella se siente más miserable que nunca.

Emma, por su parte, se mantiene erguida, casi tiesa. Dirige a su madre una

mirada glacial.

—¡Se lo diré a papá! —suelta en tono agresivo.

Estremecida, Camille se endereza. Nunca se ha sentido tan agotada. Intenta adoptar una expresión de dignidad que no engaña a nadie, ni siquiera a su hija. La amenaza de la niña resuena en su cabeza: lo lógico sería que fuera ella la que hubiese asustado a Emma. No obstante, en lugar de ello, reprime con angustia las ganas furiosas de suplicar a su hija que no le diga nada a su padre.

No se atreve a imaginar la reacción de Patrick cuando se entere de que ha vuelto a maltratar a su hija. Una vez más. La gota que colmará el vaso.

La asaltan ideas patéticas, entre ellas la de comprar el silencio de Emma. Las promesas se agolpan en su cabeza, refulgen en la niebla de su desconcierto: los juguetes rosas y brillantes con los que la niña sueña desde hace tiempo, el disfraz de Barbie o incluso el perrito mecánico que tanto deseaba... Camille se estremece. ¿En qué estará pensando?

Un resto de discernimiento la hace renunciar a su proyecto. Sintiendo avergonzada y con un nudo en la garganta, se dirige hacia las cajas donde pide tanda en una de las numerosas colas. Tiene la sensación de que todo el mundo la mira, la juzga, la condena. Ella, la madre indigna que zarandea a su hija en público.

Un poco más lejos, en la cola de al lado, una joven mamá también aguarda su turno. En el carrito hay un niño sentado dócilmente en su sillita. De vez en cuando, su madre le da besos de esquimal, nariz contra nariz, y el pequeño se echa a reír. Camille los observa a hurtadillas, envidiosa de esta despreocupación que antes le era habitual. Entonces baja los ojos hacia Emma, que está de pie a su lado.

Con el rostro grave, los labios apretados, la niña mantiene la vista al frente, sin prestar la menor atención a su madre. Mientras se toma el tiempo de examinarla, observando su expresión arrogante, Camille reconoce la actitud altiva y distante que Patrick enarbola durante sus riñas, ese insoportable desprecio que muestra abiertamente cuando están en desacuerdo.

¡Dios mío, cómo se parece Emma a su padre!

Esa idea ya le había cruzado por la mente algunas veces a medida que el carácter de Emma se afianzaba con el curso de los meses y los años. Había heredado la intransigencia de Patrick con todas las debilidades que le resultaban extrañas. Una incapacidad total de sentir compasión por el prójimo. Esta incontestable similitud hiere dolorosamente a Camille, no puede ocultarlo. Ella

no es así. Es más dulce, más tolerante con las peculiaridades de otros, más indulgente... Más generosa. Unas cualidades que su marido asocia sin decirlo a cierta debilidad. Cuanto más crece Emma, más experimenta Camille la curiosa sensación de quedar excluida del clan Verdier, observando, impotente, una complicidad que padre e hija alimentan con sus ideales.

Por fin es turno. Camille coloca las compras sobre la cinta transportadora y luego empieza a llenar las grandes bolsas de plástico. Después de pagar, carga el carrito con las compras y se dirige a la salida. Emma la sigue dócil, silenciosa y distante, fría como un témpano de hielo. Juntas cruzan el aparcamiento del hipermercado para ir hasta el coche, que Camille desbloquea desde la distancia, pulsando el mando del llavero.

Mientras ella guarda las compras en el maletero, Emma permanece refunfuñando, apoyada en la portezuela del vehículo.

–Voy a devolver el carrito –le informa secamente Camille–. Sube al coche, está abierto.

Emma obedece mirándola con dureza. Camille se aleja hacia la reserva de carritos, introduce el suyo en el anterior, recupera la moneda y vuelve a su plaza en el aparcamiento.

Cuando llega a la altura del vehículo, ve que la puerta trasera está abierta de par en par. Camille se acerca y mira en el habitáculo que, desde esa distancia, parece abandonado.

Unos pasos más y se asoma para echar un vistazo al asiento trasero, y luego a los delanteros...

El coche está vacío.

Camille se endereza de golpe, mientras mira a su alrededor, alarmada.

–¿Emma?

Da la vuelta al coche rápidamente.

La ausencia de la niña se confirma a medida que avanza. No la ve ni delante, ni detrás, ni siquiera cerca de otros vehículos.

–¡Emma! –grita Camille, presa de un terror visceral que parece no darle tregua.

La joven echa a correr entre las filas de coches, sin dejar de llamarla. Cada vehículo disimula rincones escondidos a su vista y, en esta carrera enloquecida, le cuesta examinarlos todos. La angustia la oprime con tanta fuerza que pronto deja de distinguir los detalles del entorno, incapaz de centrar sus pensamientos y menos aún de detener el cataclismo que asola su mente. Apenas se percata de las personas que la rodean. La gente la observa pasar atemorizada, desgañitándose sin cesar, rayana en la histeria.

–¿Todo va bien, señora? –le pregunta un hombre de unos treinta años que intenta llamar su atención–. ¿Necesita ayuda?

Camille le lanza una mirada aturdida. Aminora la marcha, sin dejar de escrutar los alrededores y llamar a Emma.

–¿Señora? –insiste el hombre.

Otras personas se acercan, intrigadas por sus gritos.

–¿No ha visto a mi hija? –solloza Camille en un tono de voz inexpresivo.

Se dirige a una de las personas, suplicante, y luego se vuelve hacia otra, y así sucesivamente, sin siquiera esperar su reacción, como si ya supiera la respuesta.

–Estaba aquí hace apenas unos segundos –añade mostrando con el dedo el lugar del aparcamiento donde está estacionado su coche.

–Tranquilícese, señora –interviene una mujer de mediana edad–. ¿Cómo es su hija?

–Es rubia, tiene media melena rizada... Estaba en el coche mientras yo devolvía el carrito y, cuando he vuelto, ¡ya no estaba allí!

–¿Qué edad? –le pregunta el treintañero.

–¡Tiene cinco años! ¡Es muy pequeña!

Camille da vueltas sobre sí misma, febril y temblorosa. Estira el cuello para buscar a Emma detrás de los transeúntes que la rodean. Algunos entre ellos empiezan a examinar también los alrededores. Por desgracia, la circulación no deja de fluctuar en el aparcamiento. Entre los coches y los clientes que van y

vienen, resulta difícil distinguir a alguien en particular, sobre todo a una niña de la estatura de Emma. A pesar de todo, algunas personas se alejan de inmediato y se ponen a buscarla.

–¡Hay que avisar a seguridad! –aconseja uno de los curiosos.

–¿Cómo va vestida? –pregunta otro.

–Lleva...

Camille se interrumpe. No recuerda lo que le ha puesto a Emma esa mañana. Las imágenes se confunden en su cabeza, intenta recordar la ropa que llevaba la niña sin conseguir visualizarla. Mientras rastrea en su memoria, incapaz de poner orden en sus ideas, no deja de examinar los alrededores, con los ojos perdidos en la lejanía. En su mente, el drama se impone como una evidencia con tal ferocidad que engulle cualquier otra reflexión y le impide tomar la distancia necesaria para reaccionar con eficacia. Entiende con horror lo que significa no volver a ver nunca más a su hija, buscarla por todas partes sin saber dónde se encuentra, ignorar cuál ha sido su suerte.

De repente, lo comprende de forma clara e incuestionable.

Lo que está imaginando es justo el calvario que soporta Étienne desde el día anterior.

–¿Es la niña a la que zarandeaba antes delante de las cajas? –se burla una vieja dirigiendo a Camille una mirada de desdén–. ¡No me extraña que se haya escapado!

La observación la golpea de lleno. Mira a la mujer con ojos estupefactos mientras se le saltan las lágrimas. La crueldad de esta respuesta es tan abyecta que le provoca en los pliegues del vientre una ola de odio y violencia.

–¡No se ha escapado, gilipollas! –ruge abalanzándose sobre la mujer que lanza un grito de temor–. La han secuestrado, ¿entiendes?

Varias personas se interponen entre ambas mujeres, y algunas de ellas agarran a Camille. Le piden que se calme, intentan captar su atención para apartarla de la anciana, quien, al verse a salvo de la agresión, vitupera a su vez: expresa toda su indignación, trata a la joven de chiflada, pone el grito en el cielo, lo que no hace más que enfurecer a Camille. Al cabo de algunos instantes, se suelta en un arranque de ira.

–¡Ya basta! –vocifera, agresiva–. ¡No me toquen! ¡Déjenme en paz!

Los demás la sueltan poco a poco y recupera la libertad de movimientos.

Permanece un breve instante aturdida, completamente perdida, sin saber qué hace aquí, rodeada de personas que no conoce, ni por qué tiene los ojos

bañados en lágrimas. Y entonces se acuerda. En un *flash* de extrema fugacidad, retorna al instante presente con una precisión alarmante. Todas las tensiones que han marcado el día vuelven a ponerse en orden: el enfrentamiento con Emma en el cuarto de baño, la riña con Patrick... Y las carreras en el hipermercado, durante las que ha zarandeado a Emma mientras le chillaba.

Camille se da cuenta de que se ha pasado la mitad del día maltratando a su hija.

–Yo... Yo no quería... –dice sollozando, abatida–. ¡No quería hacerle daño! Solo quería...

La emoción, demasiado poderosa, le impide acabar la frase.

Solloza de dolor y se vuelve hacia los demás clientes.

–Quiero a mi hija –gime suplicándoles con la mirada.

Un guardia jurado de uniforme se acerca al grupo y, una vez puesto al corriente de la situación, empieza a hacerle preguntas sobre el aspecto de Emma, así como respecto a las circunstancias de su desaparición. Camille le contesta como una autómatas, le describe a la niña, su ropa, que ahora vuelve a recordar, la manera en que sucedieron las cosas. Asimismo, habla de la posibilidad de que un hombre tenga algo personal contra ella, un hombre llamado Étienne Gilmont que, según ella, podría haberse llevado a Emma.

–¿Qué le hace pensar eso? –pregunta el guardia jurado recalcando su asombro.

–¡Hay que llamar al capitán Dupuis! –exclama de repente Camille, como si tuviera la solución a su problema.

Y, sin dar más explicaciones, coge su móvil, encuentra la tarjeta de visita en el bolsillo trasero del pantalón y marca el número del policía. En cuanto el capitán responde a la llamada, grita en el auricular:

–¡Se ha llevado a Emma! ¡Estaba en el coche y cuando he vuelto, ya no estaba! ¡Ha sido Étienne Gilmont, estoy segura!

Al otro lado de la línea Dupuis tiene algunas dificultades en desenmarañar las diversas informaciones atropelladas que Camille le comunica. El pánico hace que sus palabras resulten incoherentes y los sollozos las deforman. Le habla de venganza, de secuestro de una menor, de una necesidad enfermiza de sacarle información a Emma... Después de haber captado lo principal del asunto y de haberse informado sobre el lugar en el que se encuentra, Dupuis le anuncia que llegará enseguida.

Nada más colgar, Camille se siente devastada. La situación se le escapa de las manos al adquirir conciencia de que su secreto se ha convertido en una amenaza y que la única manera de combatirla es admitir su adulterio a Patrick. Esta perspectiva le revuelve el estómago, pues está segura de que esta confesión provocará un cataclismo en su vida y traerá consigo dolor, odio y quizás una ruptura... Pero es el único modo de salvar a su hija. Si ya no es demasiado tarde.

Algunas de las personas agrupadas a su alrededor se han alejado, y han sido reemplazadas por otras que se informan sobre lo que pasa.

De repente, hacia la derecha oye unos gritos que llaman su atención. Los que la rodean vuelven la cabeza hacia el mismo lado: al otro extremo del aparcamiento, hay un segundo grupo, más pequeño. Le hacen señas. Cuatro personas se acercan a ella. Aún están lejos, quizás a trescientos metros y Camille no acierta a descifrar el significado de sus gritos. Entre los cuatro individuos que componen el grupo, un hombre, en el centro, parece llevar un paquete en brazos, una carga pesada, o preciosa, que aprieta contra sí, ligeramente inclinado hacia delante como para protegerla.

La joven entorna los ojos en su dirección. De pronto reconoce el abrigo de Emma, al menos su color, que recubre lo que ella tomaba por un paquete... ¡Es ella! El hombre se apresura hacia Camille.

Una violenta descarga está a punto de hacerla vacilar. Tiene la sensación de haber contenido la respiración hasta lo increíble y de ser capaz de inspirar de nuevo todo el oxígeno que necesita. Su cuerpo la propulsa hacia delante. Echa a correr hacia el grupo, llega hasta ellos en pocos segundos y toma a Emma en brazos como si su vida dependiera de ello. Y así es, en efecto. Madre e hija están casi en el mismo estado: tiemblan como hojas y lloran a lágrima viva. Camille estrecha a Emma con pasión, solloza a borbotones, le pide perdón y la cubre de besos. Emma se refugia en los brazos de su madre como si quisiera fundirse en ella. Ambas se manifiestan todo el amor que se rehúye con demasiada frecuencia. Camille le promete mil cosas, Emma entona la dulce palabra «mamá» al ritmo de sus sollozos.

Entretanto llega Dupuis acompañado de Dorothée Vogel. Exhala un suspiro de alivio cuando las descubre abrazadas: ya había encontrado a la pequeña el día anterior, y no tenía ningunas ganas de buscarla de nuevo.

Les da tiempo para que se repongan de sus emociones mientras que Dorothée va a buscarles algo de beber y las consuela con palabras tranquilizadoras. Luego el capitán les informa de que tendrá que hacerles algunas preguntas. Camille acepta sin rechistar; ya nada puede contrariarla: estrecha a su hija en sus brazos, y eso es lo único que cuenta. El policía se las lleva a las dos. Dupuis promete a Camille que las volverá a acompañar hasta su coche en cuanto les haya tomado declaración. Una vez más, la joven no se opone: en el estado en que se halla es incapaz de conducir.

El trayecto hasta la comisaría dura más de diez minutos. La joven aprovecha para llamar a Patrick y ponerlo al corriente de la situación, pero salta el buzón de voz. Entonces le deja un mensaje diciendo que ha pasado algo alarmante y que espera su llamada cuanto antes. Al colgar, ve que ya han llegado a la comisaría de la policía, delante de la que Dorothée Vogel aparca poco después.

Una vez en el lugar, Dupuis conduce a Camille y a Emma hasta la oficina. La joven sigue estrechando a su hija contra sí y, cuando toma asiento, se la pone sobre las rodillas. Se diría que están pegadas la una a la otra. El policía se instala a su vez al otro lado de su mesa y enciende el ordenador. Entonces le pide a Camille que cuente lo que ha sucedido. Ella le relata los sucesos tal como se han desarrollado, al menos tal como ella los ha vivido. Dupuis escribe en el teclado y transcribe fielmente sus palabras.

Entonces le toca a Emma.

Habla de un señor que la cogió cuando Camille se alejaba con su carrito. Cuenta que sintió que la aupaban en el aire y que se la llevaban. Veía alejarse el coche sin poder hacer nada para volver. Se puso a gritar, pero una gran mano le tapó la boca, sofocando su grito en la garganta.

Intentó huir debatiéndose con todas sus fuerzas, pero fue en vano: el puño de su secuestrador era sólido. Se sentía zarandeada en todos los sentidos, lo que le complicaba la tarea. Y entonces tuvo miedo. Mucho miedo.

Emma lo cuenta con sus palabras de niña, entre sollozos e hipos. Ofrece un relato somero y desordenado, pero, al volver a poner las ideas en orden, Camille y Dupuis consiguen verlo claro. Guían su testimonio formulándole preguntas que les permiten colmar las lagunas.

–¿El señor ha corrido mucho tiempo? –le pregunta Dupuis.

–No. No mucho. Solo un poco.

–¿Y qué ha hecho luego?

–Se ha parado y me ha dejado en el suelo.

–¿Le has visto la cara? –pregunta Camille.

Emma niega con la cabeza.

–¿No has visto su cara? –le vuelve a preguntar extrañado Dupuis.

–Tenía un gorro y gafas.

–¿Un gorro y gafas? ¿Como los bandidos de la tele?

–¿Cómo son los bandidos de la tele?

–Tiene cinco años, capitán –interviene Camille–. Aún no se pasa las noches mirando películas de gánsteres.

–Es una lástima... –gruñe él entre dientes.

Y luego, volviendo a Emma:

–¿Puedes dibujarme al señor? –le pregunta poniendo delante de la niña una hoja de papel y un boli.

Emma asiente y coge el bolígrafo. Durante algunos instantes, garabatea, inclinada sobre la hoja, aplicada y concentrada, esforzándose en reproducir el aspecto del individuo. Cuando muestra el dibujo, Camille y Dupuis comprenden rápidamente que no podrán sacar nada en claro. Imposible identificar al hombre: un gorro bajado hasta las cejas, gafas de sol negras que ocultan su mirada, un fular disimula su mentón.

–¿Te ha dicho algo? –pregunta Camille observando el dibujo.

Una vez más, la niña responde negativamente. A continuación, baja la cabeza y se acurruca contra su madre en un movimiento de repliegue.

–¿Estás segura de que no te ha dicho nada, Emma? –insiste Dupuis.

La pequeña lucha visiblemente para hacer salir las palabras de su boca. Le tiemblan los labios, se aferra a su mamá como si fueran a arrancarla de su regazo.

–Háblanos, Emma –le suplica Camille–. No tengas miedo, no te pasará nada. Pero para eso tienes que contarnos lo que ha sucedido.

Pese a las promesas y a las palabras reconfortantes, Emma niega haber tenido el más mínimo intercambio verbal con el hombre.

–¡Sé que es él! –insiste Camille dirigiéndose a Dupuis–. Sé que es Étienne Gilmont quien la ha secuestrado. Está convencido de que sabe dónde se encuentra su hija y que se niega a hablar voluntariamente. Quiere presionarnos

para que nos desmoronemos.

–¿Qué le hace pensar eso?

Camille traga saliva. Podría ofrecerle algunas razones que apoyaran sus argumentos, el problema es que preferiría guardárselas para ella. Y aunque considera seriamente la posibilidad de confesárselo todo a Patrick, es incapaz de informar al policía antes que a su marido. Si este llegara a enterarse de su traición por boca de otro que no sea ella, la situación sería todavía más dramática y ella teme que las repercusiones sean insoportables.

–¡Admita al menos que hay indicios suficientes para hacerse preguntas! La hija de Gilmont desaparece buscando a la mía. Emma llevaba el fular de Mylène alrededor del brazo... No hay que ser Sherlock Holmes para sumar dos más dos. Incluso Étienne llega al mismo resultado.

–¿Lo llama usted Étienne?

Camille disimula su vergüenza bajo una evidente mala fe.

–Se llama así, ¿no?

Dupuis la observa dubitativo. Desde el principio, no acaba de comprender a la señora Verdier. Algo en su actitud le parece equívoco, sin que consiga descifrar qué es.

–Admitamos que sea así. Pero si está persuadido de que Emma sabe algo, ¿por qué no la ha interrogado? ¿Por qué no ha ido hasta el final? ¡No tiene sentido!

Camille se formula la misma pregunta. Baja los ojos hacia su hija, que sigue acurrucada contra ella, mientras que una serie de interrogantes se apoderan de su mente: ¿por qué motivo Étienne no ha ejecutado aún su amenaza de contárselo todo a Patrick? El día está llegando a su fin, el plazo que había fijado se ha acabado hace rato y ella no ha respondido a sus exigencias. ¿Por qué ha cambiado de modo de intimidación? ¿Emma cuenta la verdad cuando dice que el hombre no le ha hablado? Y, en caso contrario, ¿cuáles son los motivos que la empujan a mentir?

–¡Vale! –dice Dupuis dirigiéndose a Emma e interrumpiendo al mismo tiempo las reflexiones de Camille–. ¿Qué pasó después? Te dejó en el suelo sin decir nada... ¿Y después?

–Después se fue –contesta simplemente la niña.

–¿Se fue? ¿Así, sin más?

–Sí.

–¿Te ha hecho daño?

–No, me ha dado miedo.

–Te ha dado miedo porque te ha cogido en brazos y te ha alejado de tu mamá, ¿es eso?

–Sí.

–Pero no he hecho daño.

–No.

–Cuando te ha dejado en el suelo, ¿es porque alguien intentaba detenerlo?

–No sé.

–Vale. Cuando se ha marchado, ¿qué has hecho tú?

–He llorado muy fuerte. Después, un señor me ha encontrado y me ha llevado con mamá.

Camille y Dupuis intercambian una mirada de perplejidad.

–¿Qué piensan hacer? –pregunta Camille al policía con el tono de voz de quien espera una respuesta y acciones.

–Voy a interrogar al señor Gilmont.

–¿Y eso es todo?

–De momento, sí. Decidiré en función de su testimonio.

–¿Ni siquiera piensa meterlo en prisión? ¡Ha intentado secuestrar a Emma! ¿Quién sabe lo que intentará hacer la próxima vez?

El capitán esboza una mueca titubeante.

–En realidad, no se puede calificar a esto de tentativa de secuestro. Es cierto que un hombre ha cogido a Emma, ha corrido algunos metros con ella, la ha depositado en el suelo y luego ha desaparecido. No le ha hablado, no le ha hecho daño, ni siquiera se ha visto obligado a liberarla, lo ha hecho por voluntad propia. Si hemos de creer lo que nos ha dicho Emma, su «desaparición» no ha durado más de dos minutos. Además, nada de lo que nos ha contado nos permite identificar a Gilmont. No tenemos ninguna prueba de que se trate de él. Parece más bien una broma pesada, nada más. Si tuviera que encerrar a todos los bromistas, las prisiones estarían aún más sobrecargadas de lo que ya están.

–¿Y si Gilmont niega los hechos?

–No tengo ningún cargo contra él.

Camille se muerde los labios y lanza una mirada asesina a Dupuis. Tras escuchar al capitán resumir los hechos, se da cuenta de que, en contra de lo que él piensa, todo esto tiene sentido: Étienne ha conseguido justo lo que quería. No le ha dirigido la palabra a Emma porque no era su intención hacerla hablar. Se ha

rendido ante la evidencia: si la niña no ha dicho nada a los policías y ni siquiera a sus padres, es que no sabe nada. Lo que intenta en realidad es algo mucho más preocupante que un simple medio de hacerla hablar.

La joven siente que la angustia comprime su estómago sin piedad. Los propósitos de Étienne se le aparecen ahora con una claridad espantosa. Poco importa que Emma sepa o no dónde se encuentra Mylène. Para él, es la única responsable de la desaparición de su hija. Si Mylène no hubiese salido en su busca, no le habría pasado nada. Su único objetivo ahora es vengarse. Hacer pesar sobre Emma y su familia una amenaza tan constante como insoportable. Quiere empujarlos hasta el extremo, convertir sus vidas en un calvario, tal como lo es la suya. Quiere arrastrarlos con él al infierno del sufrimiento psicológico.

–La mantendré al corriente, señora Verdier –declara Dupuis levantándose para poner fin a la entrevista–. La oficial Voguel la acompañará hasta el aparcamiento del hipermercado.

Dupuis ha interrumpido a Camille en el laberinto de sus pensamientos, justo cuando esta quería explicárselos.

«No tengo ningún cargo contra él.»

La última frase pronunciada por el policía, corta e implacable, resuena en el abismo de su razonamiento. Camille siente el vértigo de la desesperación. ¿De qué sirve intentar convencer al policía de la legitimidad de sus temores? Sin pruebas, y por consiguiente sin cargos, no podrá hacer nada por ellos.

La joven se levanta a su vez, llevando en brazos a Emma a la que estrecha febrilmente contra sí.

–¡Si le sucede alguna cosa a mi hija, lo consideraré personalmente responsable! –se limita a soltarle cuando pasa delante de él.

–Si eso la tranquiliza... –replica el capitán con fatalismo.

Dupuis la observa mientras ella se aleja con su hija en brazos. Esta mujer les oculta algo. Trama algo. Aún es joven y, no obstante, emana de ella una gravedad insólita. Su hija también es extraña. Un rostro angelical que, sin embargo, impone distancia. Hay que admitir que las dos únicas veces que la ha visto, la niña acababa de vivir una experiencia traumática, pero hay algo más. Su tierna edad la vuelve vulnerable, al tiempo que le otorga una impunidad de la que parece consciente. Le hubiese gustado interrogarla una vez más sobre los acontecimientos de la víspera, pero, en vista de su estado, ni siquiera lo ha intentado.

Sus reflexiones le llevan al misterio que rodea la desaparición de Mylène

Gilmont. Una parte de sus hombres está sondeando el lago. Por ahora todavía no han encontrado nada.

Y Dupuis duda cada vez más que encuentren algo.

Cuando Dupuis y Voguel irrumpen en la cocina de L' Anecdote, al final del día, Étienne está acabando el inventario de productos agotados. Sale de la cámara frigorífica en la que acaba de pasar revista a las existencias. Volver al trabajo como cada día era una necesidad: estaba totalmente descartado quedarse en casa dándole vueltas y a la espera de hipotéticas noticias.

Nathalie está un poco más lejos, a su derecha. Bate claras a punto de nieve, con un gran plato redondo encajado bajo el brazo, mientras con la otra mano agita el batidor con un movimiento vivo y regular. Los demás miembros de la brigada están ocupados, cada cual en su puesto.

Incluso antes de llegar al centro de la estancia, Dupuis interpela duramente al chef de cocina.

–¿Ahora resulta que te has reciclado en secuestrador de menores?

Étienne vuelve la cabeza sorprendido y observa a los policías acercarse a grandes zancadas.

–¿Te divierte asustar a las niñas pequeñas? –añade Voguel en un tono de voz que rezuma desprecio.

–¿De qué están hablando? –replica Étienne a la defensiva.

–¡Ahora se las da de quien no sabe nada! –exclama Dupuis dirigiéndose a Voguel–. ¡Menuda defensa!

Dorothée lo mira con desprecio. En la cocina, todo el mundo ha interrumpido su labor, sin comprender lo que sucede. Étienne frunce el ceño, y crispa la mandíbula dispuesto a defenderse.

–¿Han encontrado a mi hija? –pregunta con frialdad dando unos pasos a su encuentro.

–No. ¡Y no es probable que la encuentre si no dejas de hacer idioteces!

–¿Puedo saber qué sucede?

–¿Dónde estabas esta tarde a las cuatro?

Nathalie se acerca y se coloca al lado de Étienne.

–¿Algún problema, jefe?

–Déjalo, Nat –murmura Étienne–. No pasa nada.

El chef de cocina suspira. Mira a Dupuis, al parecer intentando comprender adónde quiere ir a parar el policía.

–Preferiría que me hablara de usted.

–Responde a la pregunta del capitán –le ordena Vogel.

–Hacía su trabajo, capitán –replica Étienne recalcando con ironía la palabra «capitán»–. Estaba en el bosque de los Cuatro Robles buscando a mi hija.

Dupuis asiente varias veces con la cabeza enarcando las cejas como quien comprende.

–¡Qué oportuno! Supongo que estabas solo y que nadie te ha visto.

–Si al menos me dijera de qué se me acusa...

–Esta tarde, un gracioso ha intentado secuestrar a Emma Verdier. Admite que la coincidencia es extraña.

–Puede que sea extraña, pero no he sido yo.

Étienne habla sin apartar los ojos de Dupuis. Hace gala de una calma imperturbable, pero en su mirada resplandece una brutalidad contenida, una tensión que no decae desde hace casi veinticuatro horas. Los argumentos de los dos policías parecen traerle sin cuidado, ahora mismo hay cosas más graves. Sin embargo, la válvula no tardará en ceder. Dupuis lo percibe en esa mirada aparentemente impasible, él que lo observa para adivinar los efectos de semejante acusación. En realidad, el policía no está seguro de que el incidente de esta tarde en el aparcamiento del hipermercado sea obra de Gilmont. Un hombre con antecedentes penales como los suyos y que no ha dado motivos para que se hablara de él en los últimos quince años no se arriesgaría a cometer un error tan absurdo.

Por otro lado, la situación es inédita, y lo que está en juego es el bien máspreciado de Étienne.

Quizá sea también la mejor razón para perder los estribos y precisamente cometer errores.

El chef de cocina no ha reaccionado con sorpresa cuando Dupuis le ha anunciado que alguien había intentado secuestrar a Emma Verdier a plena luz del día. Se le acusa de intento de secuestro y, sin embargo, él no pregunta nada: ni por las circunstancias, ni si la niña está bien, ni cómo ha salido de esa... Eso no lo convierte en culpable, pero suscita preguntas.

–Dame una buena razón para creerte –le desafía Dupuis.

–Tengo otras cosas que hacer aparte de perder el tiempo aterrorizando a una niña.

–¿Por qué? Si realmente crees que sabe más de lo que quiere decir...

Étienne no puede evitar soltar una risa decepcionada.

–Escúcheme, capitán, me he pasado toda la noche reflexionando sobre la situación. La niña no sabe nada. Y, de todas formas, aunque lo supiera, ¿qué quiere que haga? ¿Que la ate a un radiador y que la apunte con una lámpara?

–No te imaginaba tan filosófico...

–Pues ya ve. Se ha equivocado.

Étienne Gilmont replica sin parpadear. No expresa ninguna emoción, ni abatimiento ni cólera. Ni desconcierto ni rencor. Ni siquiera tristeza.

Dupuis no cree en este supuesto fatalismo. No va con ese tipo: Gilmont no es la clase de individuo que se tome las cosas con perspectiva. La gente no cambia hasta tal punto.

En esta fase de la confrontación, el policía está igual que cuando entró en la cocina del restaurante. La actitud de Gilmont revela tantos elementos en su contra como a su favor.

–Tengo la impresión de que usted no es el único que me considera culpable, capitán, pero creo que, además, se equivoca de investigación –replica Étienne–. Mientras tanto, mi hija se está muriendo. ¿Qué hace usted para encontrarla?

–Pierdo el tiempo, Gilmont. ¿Quién tiene la culpa?

–Dígame usted...

Los dos hombres se enfrentan con una mirada en la que cada cual intenta descubrir las intenciones del otro. Unos instantes congelados en el tiempo, plantando cara para forzar palabras que no se pronuncian. Dupuis es el primero en retirarse, sabe que no sacará nada en claro de esta confrontación.

–Si le pasa algo a un miembro de la familia Verdier, lo meto en chirona –se limita a declarar dando media vuelta.

–¡Me toma por gilipollas!

–No es eso. Simplemente le aconsejo que se quede donde está. De lo contrario, este establecimiento tendrá que buscarse otro cocinero.

–¡Chef de cocina, capitán! –le corrige Gilmont–. Soy chef de cocina, no cocinero.

–Ah ¿y cuál es la diferencia? –se burla Dupuis saliendo de la cocina seguido de cerca por Voguel.

Cuando vuelve a recuperar la conciencia, Mylène ha perdido la capacidad de deglutir. Es la primera sensación que se manifiesta con dolor, como si las paredes de su tráquea se adhirieran la una a la otra, hasta impedirle respirar. Debido al pánico, aspira una gran bocanada de aire que le desgarró la garganta. Eructa, tose, se ahoga, lucha por recuperar el aliento, logra a pesar de todo inhalar una cantidad suficiente de oxígeno para ajustar su respiración.

Cuando emerge del letargo, sus ideas retoman su lugar. El recuerdo de su padre asomado por encima del agujero le golpea de lleno. ¿Cómo es posible que aún siga atrapada aquí? ¿Cuánto tiempo ha pasado inconsciente? La joven inicia un nuevo combate para ajustar su visión que la maltrata con sus vaivenes. Ya no discierne gran cosa aparte de las sombras que fluctúan delante de sus ojos. Mirando al cielo, sondea la masa de luz que, a su juicio, representa el borde del abismo...

Mylène ya no distingue nada más, ni sombras ni contornos.

—¿Papá?

La joven maestra contiene la respiración. Espera una reacción, un ruido, algo que delate una presencia cercana... Está persuadida de haberlo visto, al menos de haberlo percibido, creyéndose salvada... Encima de su cabeza, solo las hierbas que afloran en la superficie se balancean a merced del viento, cuyo movimiento confuso apenas adivina; sin embargo, cuando aguza el oído sabe que está sola.

La fuerza de la desesperación que se abate sobre ella le perfora el vientre. Creyó estar salvada, pero no es así. Se da cuenta de que sus sentidos le juegan malas pasadas. Sobre la pared que tiene delante aparece, indecisa y danzante, la silueta de su padre, y la joven la observa con una mirada aturdida. Son de prever otras alucinaciones que dentro de poco no será capaz de dominar. Después, quién sabe lo que será de ella.

Un arrebató de conciencia hace comprender a Mylène que ya no le queda mucho tiempo. Su cuerpo agota sus últimos recursos y pronto no será capaz de moverse. Si cae en un coma, morirá con total seguridad. Debe salir de allí. Un

terror sordo se apodera de ella, se ve muerta, un montón de carne putrefacta descomponiéndose inexorablemente en el fondo de su agujero.

Entonces, tras hacer acopio de las escasas fuerzas que le quedan, la joven esboza un primer gesto. Tiende el brazo hacia la pared, para usar la cavidad que ella misma ha cavado como punto de apoyo. Posa su mano allí, busca una presa suficientemente sólida para arrastrarse unos centímetros hacia delante. Lo consigue a costa de un dolor agudo y violento: los calambres abdominales que han despertado este impulso imprevisto le retuercen el vientre. El dolor es tan violento que Mylène está a punto de abandonar cualquier tentativa de evasión. Sin embargo, cambia de opinión.

Mientras sufra, estará viva.

A pesar del suplicio que está soportando, la joven se siente enardecida por esta primera victoria. Si consigue avanzar, aunque sea una corta distancia, podrá reintentarlo y arrastrarse hasta el montón de tierra. Se pone de inmediato manos a la obra. Una vez más, se agarra al hueco de la pared y tira con todas sus fuerzas de los brazos. Así se desplaza, centímetro a centímetro, indiferente a las convulsiones que le destrozan las entrañas.

Repite la operación otras tres veces antes de llegar a la acumulación de arcilla. Allí, consigue pegar la espalda a la pared, para asegurarse el equilibrio. Al alzar los ojos hacia el borde de la sima, calcula la altura que le queda por escalar desde el montículo. No tiene ni idea de cómo va a proceder para mantenerse de pie y subir hasta la superficie, pero la cosa es factible. Solo le resta desconectarse de los sufrimientos físicos que la atormentan: el tobillo, los calambres, la sed, el hambre, la pérdida de visión, la debilidad general...

No debe pensar. Contemplar el fracaso es permitir que exista. Menospreciando los múltiples dolores que la acosan, Mylène se sube al promontorio tras verificar que es estable. La tierra, compacta y húmeda, se hunde bajo su peso, pero el montículo aguanta. Se apoya sobre el pie bueno, hace fuerza sobre la pierna y consigue levantarse. Tal como esperaba, se ve obligada a poner el pie del tobillo herido en el suelo para mantener el equilibrio. El dolor es inhumano, pero Mylène logra soportarlo.

Encaramada al estrado, logra sacar la cabeza fuera del agujero. Cuando emerge de la tierra, la sensación de poder respirar nuevamente al aire libre la embriaga hasta el punto de darle vértigo. Le falta muy poco para caerse hacia atrás. En torno a ella, la hierba tierna, los helechos, los árboles, la luz anaranjada que estira las sombras, todo le parece maravilloso, aunque solo lo perciba a

través de una bruma opaca. ¡Qué más da, está allí, al alcance de la mano! ¡La liberación está cerca! Mylène se aguanta por los pelos de los rizomas que bordean la sima y su agitación solo se calma después de unos segundos interminables; la emoción y el dolor la hacen jadear, le cuesta regular la respiración, experimenta el mareo de la embriaguez al mismo tiempo que la angustia volver a caer en el fondo del abismo. Al cabo de un par de minutos, consigue recobrar el dominio de sí misma.

Bajo sus pies, Mylène siente que el montículo se aplasta poco a poco, haciéndole perder unos preciosos centímetros. ¡No hay tiempo que perder! Con la energía de la desesperación, se aferra más firmemente a las raíces e intenta salir de la cavidad tirando de sus brazos. Pero no tiene la fuerza que le exige esta operación, y apenas consigue elevarse. Para empeorar las cosas, la joven nota que el estrado de tierra se hunde cada vez más debido a sus contorsiones. El montículo amenaza con derrumbarse en cualquier instante.

Preso del pánico, palpa la pared con el pie sano en busca de una brecha que le permita apoyarse y aliviar la insostenible presión que inflige a sus músculos. No obstante, para ello se ve obligada a darse impulso con el tobillo herido. Los calambres, exacerbados por las numerosas torsiones, reaparecen con mayor intensidad.

Mylène sufre un auténtico martirio. Su estado de debilidad le impide darse el impulso necesario para salir de golpe. Pierde una energía preciosa moviéndose en todos los sentidos. Pero no abandona. Aunque le cortaran un brazo, no cedería. Agarrada a la vegetación, jadeando, al borde del desmayo, soportando un dolor constante, se aferra a esta última tabla de salvación.

De pronto, su pie bueno se agarra a un saliente en el que consigue mantenerse. Mylène expulsa un grito de rabia. Al límite de sus fuerzas, logra apoyarse sobre esta aspereza providencial. Inmediatamente se da el impulso necesario para salir. Bajo la potencia de este último esfuerzo, su cuerpo sobrepasa por fin el borde del agujero y cae, exhausto, sobre el suelo. Sus piernas aún cuelgan en la sima, pero su centro de gravedad descansa sobre la tierra firme, protegiéndola de una segunda caída.

Sin aliento, agotada, negra de tierra, de mugre, pegajosa, pringada de vómito y de orina, Mylène emite un largo quejido ronco, repleto de sollozos. Una mezcla de gozo y de furia. Ruge su victoria tanto como su sufrimiento. Aprieta el rostro contra el suelo, respira las hierbas, la tierra, loca de gratitud. Y después se vuelve sobre la espalda para dar la cara al cielo. La inmensidad del

espacio que se abre ante ella la aturde, la cima de los árboles apunta hacia lo alto, la bóveda celeste está colmada de tintes anaranjados que con su luz le anuncian que el crepúsculo está en su apogeo.

Está salvada. Al menos, si la encuentran rápidamente. Ya hace cerca de cuarenta horas que su cuerpo se ve privado de la preciosa insulina que tanto necesita. No le quedan más que unas horas para recibir la dosis que la salvará de una muerte segura. La partida no está aún del todo ganada, pero tiene más posibilidades de que la encuentren aquí que en el fondo de su agujero. Tiene que conseguir llegar a una senda más transitada.

Mylène intenta sacar fuerzas de la flaqueza para desplazarse hacia una zona más frecuentada. Se vuelve a colocar boca abajo y empieza a arrastrarse algunos metros. No tiene ni idea de la dirección que debe tomar. Lo único que sabe es que debe moverse. Desde que quedó atrapada en las entrañas de la tierra, no ha oído a nadie pasar cerca de su agujero. Ahora bien, han tenido que buscarla, de eso no le cabe la menor duda.

En el horizonte, el sol brilla con sus últimos fuegos.

La joven continúa arrastrándose hacia un destino desconocido. Jadea, eructa, gime, intenta señalar su presencia sin percatarse de que su voz es apenas un murmullo inaudible.

Un poco más lejos, se detiene, carente de energía. Descansar, apenas unos minutos, el tiempo justo de recuperar fuerzas.

Mylène cierra los ojos.

Sumergida hasta el cuello en la bañera, Camille intenta darse un respiro para aliviar la angustia que la carcome. Sus nervios llevan demasiadas horas sometidos a una dura prueba, tiene una terrible falta de sueño y, pese a las vivas protestas de su estómago vacío, es incapaz de comer. Se siente desgarrada por violentos remordimientos y una implacable culpabilidad, y concentra todos sus esfuerzos en vaciar su mente. Agotada por sus conflictos internos que no le dan descanso, la joven sabe que está quemando sus últimos cartuchos.

Los sucesos del día dan vueltas y más vueltas en su cabeza. Se ve de nuevo en medio del aparcamiento, gritando el nombre de Emma, anonadada por la desaparición de su hija. Vuelve a pensar una y otra vez en las amenazas de Étienne, con la certidumbre de haber descubierto su sed de venganza. Su perfil de chico malo la seducía mientras se mantenía dentro de los límites de la decencia, pero, a la luz de este día desastroso, no le queda más remedio que rendirse ante la evidencia: no sabe nada de él. Las bestias salvajes solo resultan atractivas cuando son inofensivas, cuando están detrás de barrotes. Ella comprende que Étienne dista mucho de ser inofensivo. No sabe de qué es capaz. No sabe hasta qué punto ha puesto a su familia en peligro al dejar que entrara en su vida, como un lobo al que hubiera abierto la puerta del aprisco.

No sabe.

Camille se siente terriblemente culpable. Se siente estúpida, tan inmadura como una adolescente de quince años que hubiera sucumbido a los encantos de un guaperas sin corazón. Le vienen a la memoria sus abrazos, y sus recuerdos se cubren ahora de un velo de amargura, otorgando a cada uno de los gestos de Étienne unas segundas intenciones burlonas. Se siente como una descerebrada incapaz de ver más allá del placer. ¿Cómo ha podido imaginar por un solo instante que un hombre como él podría enamorarse de una mujer como ella? Ella le ofreció su cuerpo, su integridad, su lealtad, cegada por el fantasma del príncipe azul en el que tanto deseaba creer. Por él, ha pisoteado la confianza que

Patrick y Emma le daban sin reservas. Por él, ha planeado destruir a su familia. El sentimiento de sentirse indigna ante su marido y su hija la atormenta y la destroza más que todos los temores que minan sus fuerzas.

Mientras estaba en el coche de Dorothee Voguel, de vuelta hacia el hipermercado, Patrick la llamó por fin. Después de haberlo puesto al corriente de lo que acababa de suceder, Camille le pidió que fuera a buscarlas al aparcamiento, porque se sentía aún demasiado trastornada como para ponerse al volante sin correr el riesgo de tener un accidente. Pasados los primeros momentos de estupor, al otro lado del auricular, Patrick dejó estallar su cólera, soltando una sarta de injurias y amenazas contra Étienne, que Camille tuvo muchas dificultades para aplacar. Le suplicó que se calmara, que no hiciera nada irremediable, y sobre todo que fuera a buscarlas cuanto antes. Pese a estar poseído por el odio y el rencor, Patrick le prometió llegar sin demora. Durante ese cuarto de hora esperando a que llegara a buscarlas, con Emma hecha un ovillo contra ella, Camille le dio vueltas a la necesidad de confesar su traición a su marido. Cortarle las alas a Étienne. Desembarazarse de esa carga demasiado pesada de llevar. Temblando, con los nervios a flor de piel, intentó convencerse de que era la única solución. De que acabaría enterándose de todos modos. Una confesión era preferible a una delación. Haciendo propósito de enmienda, le hablaría del asco que se daba a sí misma, se arrastraría a sus pies suplicándole que la perdonara, le prometería una vida entera de amor y fidelidad. Él no podría permanecer insensible a sus argumentos. Sí, eso era lo mejor. Y aunque él no le concediera ninguna circunstancia atenuante, aunque la furia fuera más fuerte que la indulgencia, todo era mejor que esta espada cortante y afilada que cuelga sobre su cabeza.

Y finalmente...

Finalmente, no ha podido. No ha encontrado el momento, el valor, las palabras. Al llegar al aparcamiento, Patrick estaba fuera de sí, una mezcla de cólera y angustia que Camille ha intentado calmar, sin éxito. Imposible canalizar su atención. Vituperaba sin descanso, expulsando un deseo de venganza inextinguible. Entonces, ella ha aplazado su confesión hasta el día siguiente. Mañana lo verá todo más claro. Encontrará la fuerza que ahora le falta. Necesita una noche de descanso reparador para poner en orden sus ideas. Apaciguar la violencia de sus emociones. Volver a traer la calma a su mente.

Mañana. Mañana se lo confesará todo. Se hace esa promesa.

Después de quitar el tapón de la bañera, Camille se endereza y aprieta las

rodillas contra sí. Deja que la bañera se vacíe lentamente, observando el nivel del agua que baja a medida que transcurre el tiempo. Cuando ya no queda casi nada, coge la ducha, abre a fondo el grifo del agua caliente y coloca la alcachofa sobre la cabeza. Luego se queda un buen rato debajo del chorro ardiente y deja por fin correr las lágrimas, abundantes, casi liberadoras, soñando poder lavar sus pecados, ahogar sus miedos, ver desaparecer esa pesadilla en el pequeño torbellino que se escapa de la bañera como un fantasma asustado.

Cuando sale para secarse, se siente igual de sucia.

Los minutos pasan, lentos e irreales, medidos por los dolorosos remordimientos de sus sueños profanados. La pasión que sentía por Étienne hace tan solo dos días se ha metamorfoseado hoy en una versión vergonzosa y asustadiza. Con un hipo atormentado, Camille reprime un siniestro presentimiento.

Unos golpes contra la puerta del cuarto de baño la arrancan de sus sombríos pensamientos. Da un salto desmesurado y lanza un grito de temor, como si un monstruo se escondiera detrás de la puerta. Cuando Patrick asoma la cabeza, ella tiembla como un flan. Esta reacción desproporcionada da una idea del desánimo en el que chapotea.

–Camille, ¿puedes venir, por favor?

Todavía no está repuesta de sus emociones y la sequedad en el tono de su marido la alarma.

–¿Qué pasa?

–Ven a ver...

Sin esperar otra pregunta, él desaparece cerrando la puerta tras de sí. Intrigada, Camille acaba de secarse y se envuelve con la toalla. Cuando sale del cuarto de baño, el pasillo está vacío.

–¿Patrick?

–¡En la habitación!

Camille se apresura a ir. Se lo encuentra delante de la ventana, medio disimulado detrás de las gruesas cortinas, y le hace una señal para que se coloque detrás de él.

–¿Qué miras? –le pregunta ella frunciendo las cejas.

–¡Ven!

Ella obedece dócilmente. Fuera, la luminosidad ha disminuido y apenas revela los contornos de los arbustos que rodean el jardín. Cada vez más angustiada por la actitud de su marido, Camille se pone de puntillas para mirar

por encima de su hombro.

–Ya no lo veo –murmura él en voz baja.

–¿No ves el qué?

Camille habla rápido, con voz nerviosa. Patrick no le contesta enseguida. Barre la calle con la mirada, con gesto crispado.

–Estaba aquí hace dos segundos...

–Pero ¿de qué me hablas, por Dios?

–¡De un hombre que merodea por el barrio! ¡Lo he visto aquí, justo delante de la casa!

Es como una descarga eléctrica. Como si todas las terminaciones nerviosas de Camille se inflamaran al mismo tiempo. Como si acabara de recibir un puñetazo en pleno vientre, que casi le corta la respiración.

Es él, es Étienne. Está convencida de ello.

–¿Dónde? –consigue articular–. ¿Dónde lo has visto?

–Allí –dice Patrick nervioso señalando el pequeño muro que separa la acera de la corta senda que lleva a la puerta de entrada–. Estaba de pie, justo allí delante.

–¿Y dónde está ahora? –hipa Camille.

–¡Ni idea!

Patrick escanea el exterior con la mirada, escrutando cada rincón. Viven en un barrio residencial cuyo principal atractivo es la quietud del entorno. Todos los vecinos están en sus casas. En general, a esta hora de la noche, las idas y venidas son poco frecuentes.

–Es él, ¿verdad? –pregunta Patrick–. ¿Es el padre de la maestra? ¿El que ha intentado secuestrar a Emma antes?

Camille traga saliva.

–Supongo...

–¿Lo ves?

–¡No!

Ella inspecciona los alrededores, conteniendo la respiración. Tiene la sensación de que Étienne los espía como un depredador que acecha a su presa. Espera que, en cualquier instante, salte de detrás de un matorral o de un coche. Con los ojos como platos, examina la calle.

Fuera nada se mueve.

–¡No lo veo! –se lamenta sin apartar la mirada.

–No nos dejará en paz –murmura Patrick apretando los dientes–.

¡Tendremos que solucionar este problema nosotros mismos!

Camille guarda silencio. Invasada por la angustia, sus nervios se tensan, las conjeturas hormiguean en su mente. Si Étienne ronda por los alrededores, ella sabe el porqué, percibe sus intenciones y ese vivo remordimiento no le dará tregua. La amenaza se agazapa en el corazón de sus lamentos. La espada de Damocles lista para hacer saltar el candado de sus secretos.

–Llama a la policía –gime llena de angustia.

Patrick se contenta con reírse encogiéndose de hombros.

–Ese tipo se permite secuestrar a nuestra hija a plena luz del día y con total impunidad sin sufrir el más mínimo problema. ¿Crees realmente que si llamo a la puma para decirles que se pasea por el barrio van a correr para atraparlo? Tú misma me lo has dicho: no tienen nada contra él.

–¿Qué vamos a hacer?

–Voy a hablar con él.

Camille siente retortijones en el estómago.

–¡No!

La joven se alarma. Si va a hablarle ahora, Étienne podría contárselo todo. Quizás incluso sea ese el objetivo de esta visita nocturna, la confrontación que Camille tanto teme. Si Patrick ha de enterarse de su traición, queda totalmente descartado que sea por boca de su amante. Un pánico sordo se apodera de ella. Se siente desfallecer acorralada por la urgencia de una situación que amenaza con convertirse en drama en cualquier momento.

–¡No vayas, te lo suplico! –chilla al borde de las lágrimas.

–¿Acaso tienes una idea mejor?

Patrick no parece darse cuenta del estado de pavor en el que se encuentra su mujer. Se dirige hacia la puerta de la habitación. Camille corre detrás de él para intentar detenerlo.

–¡Por piedad, Patrick, escúchame!

Lo adelanta y se interpone entre él y la puerta, como para prohibirle el acceso.

–¡No sabemos hasta dónde es capaz! Hasta que no encuentren a su hija, no tiene nada que perder, ¿comprendes? ¡Si vas a hablarle, solo Dios sabe lo que es capaz de hacerte!

–¿No me crees lo suficientemente fuerte para enfrentarme a él? –objeta Patrick apretando los labios.

–¡No me refiero a eso! Pero no sirve de nada asumir riesgos inútiles.

Quédate cerca de mí. Por favor.

–Pues yo opino que ya va siendo hora de cortar por lo sano –replica él con determinación–. De tener una buena discusión con él y de hacerle comprender que no sirve de nada amenazarnos. Déjame pasar.

–¡No!

Camille se esfuerza por disimular su pánico. Febrilmente, busca argumentos para disuadir a su marido.

–¡Ese tipo está dispuesto a todo! –gime rayando en la histeria–. Ya lo has visto esta tarde, ¿no? Si es capaz de secuestrar a Emma en el aparcamiento de un hipermercado en hora punta, ¡es que le traen sin cuidado las consecuencias! Imagina que te agreda y luego venga a saldar su cuenta con Emma y conmigo. ¿Has pensado en eso? ¡Escucha! Esto es lo que vamos a hacer: mañana, llevaremos a Emma a casa de tu madre y se quedará allí hasta que este asunto se resuelva.

Patrick la observa con aire pensativo. Parece titubear. Alentada por su indecisión, Camille insiste.

–Es demasiado peligroso enfrentarse a él mientras Emma está en casa. ¡Piénsalo! Si te pasara algo a ti, ¿quién nos protegería, a Emma y a mí?

Patrick parece flaquear.

–De acuerdo –cede finalmente–. Alejamos a Emma, y después solucionaremos este asunto de una vez por todas.

Camille exhala un suspiro. Aliviada por las intenciones de su marido, vuelve a la ventana para explorar los alrededores.

–Ya no está ahí –susurra llena de esperanza.

–No sé si es tan buena señal...

Camille vuelve a mirarlo con aire atormentado. Sus emociones hacen la goma con sus tripas y el miedo la domina por completo.

–¿Estás seguro de que era él?

–No lo he visto nunca, pero ¿quién crees que puede ser?

La joven asiente moviendo la cabeza, pensativa. Su decisión está tomada: confesará su adulterio en cuanto Emma esté en casa de la abuela. El drama que se derivará de ello será terrible, pero al menos la pequeña no será testigo de la escena que desagarrará a sus padres.

Por su parte, Patrick la observa unos segundos, absorto en sus pensamientos. Después, saliendo de sus reflexiones, coge las manos de su mujer y las aprieta con fuerza en las suyas.

–Vamos a proteger a nuestra familia –declara con convicción–. Y llegaremos hasta el final.

Camille lo mira con gravedad antes de contestar a la presión de sus manos mientras que, en su pecho, se le encoge el corazón al pensar en la inmensa decepción que lo espera.

DOMINGO

Una segunda noche en vela se alarga, interminable, poblada de dudas y suplicios, una noche detectando los ruidos de la casa, todos los sentidos en alerta, con el temor incontrolable del peligro que quizás esté fuera, al acecho.

Ese «quizás» agota a Camille. La incertidumbre. Las preguntas sin respuesta. Las amenazas que se derivan de ello.

A su lado, Patrick duerme como un tronco y su respiración tranquila la vuelve loca.

A pesar de la intensa fatiga, a pesar del abatimiento cuya constancia diezma sus fuerzas hora tras hora, Camille no logra encontrar el reposo. No para de dar vueltas en la cama, con los ojos abiertos de par en par en la oscuridad, espiando las sombras que se agitan en las paredes de la habitación. Está obsesionada con la presencia de Étienne en el barrio. Su imaginación se desborda al desconocer las intenciones de quien, hoy, tiene el poder de romper su vida en mil pedazos.

Camille reprime un escalofrío de miedo. Ahuyenta esta idea tóxica y vuelve a tumbarse, por enésima vez, de costado. Las cifras luminosas del despertador se van sustituyendo unas a otras ante la indiferencia de esa noche sin fin. A su espalda, la respiración regular de Patrick resuena en su cráneo, adquiriendo una amplitud desmesurada, a imagen de las ráfagas que invaden su alma. ¿Cómo puede dormir tan profundamente sin inquietarse por nada?

Él tiene la conciencia tranquila, piensa atormentada.

Las horas se alargan, blandas e indolentes. Al alba, Camille se despierta agotada. Se queda aún un rato en la cama, esperando, y luego se levanta de puntillas para ir a la ventana y entreabre un poco las cortinas. Con prudencia, escruta el exterior, con el corazón palpitante. Fuera, todo parece en calma. La calle desierta llena su campo de visión; ningún movimiento traiciona la menor presencia. Apenas tranquilizada, Camille titubea. Volver a la cama supera sus fuerzas; tampoco tiene el valor de bajar a preparar el desayuno.

Entonces abandona su puesto de observación y sale del dormitorio a paso quedo. Guiada por sus angustias, entra sin hacer ruido en la habitación de Emma. Una lamparilla ilumina débilmente el lugar con un halo azulado que deja

entrever, en la cama de la niña, los contornos del pequeño cuerpo debajo del edredón de motivos delicados. Camille se acerca y se coloca al pie de la cama. Todo a su alrededor, los muebles, los pósteres en las paredes y los numerosos juguetes parecen un refugio de inocencia.

Por debajo de las mantas asoma el rostro de Emma, enmarcado por rizos desordenados. La niña parece acosada por sueños inquietos. Está cubierta de sudor, suelta pequeños quejidos atemorizados, se agita convulsivamente en la cama. Camille posa una mano temblorosa sobre la espalda de su hija en un gesto para apaciguarla.

En cuanto la toca, Emma se sobresalta en su sueño.

–¡No en el agujero! –murmura gimiendo–. ¡No en el agujero!

De inmediato, Camille se mantiene alerta. Contiene la respiración y se acerca. Emma se mueve cada vez más, jadeando, visiblemente perturbada por pensamientos desagradables.

–Todo va bien, cariño –la tranquiliza Camille acariciándole el pelo–. No te preocupes, estoy aquí.

Emma se estremece, pero se calma poco a poco. Camille decide quedarse cerca de ella para velar su sueño. Sigue reconfortándola con infinita dulzura, y sus gestos de ternura parecen tranquilizar a la pequeña.

Permanece allí un buen rato, inmóvil, sin apartar los ojos de su hija. Pronto, la fatiga hace que los párpados le pesen. Camille empieza a menear la cabeza. Más allá de la languidez que la mece, acoge con alivio este estado de letargo salvador. Duda unos instantes y luego se acuesta junto a su hija y se queda dormida casi al instante.

Poco después, un grito agudo la despierta de un sobresalto. Cuando abre los ojos, Emma está sentada en la cama, pálida y excitada, y con la mirada alucinada. La niña es presa de un terror innegable. Camille se incorpora a su vez y la coge en brazos para tranquilizarla.

–Todo va bien, tesoro, todo va bien –musita enseguida meciéndola.

Emma tiembla con todos sus miembros. Se mantiene tensa y rígida en los brazos de su madre, sin relajarse, como si fuera incapaz de abandonarse a sus gestos reconfortantes. Mira fijamente un punto justo delante de ella del que no consigue apartar los ojos y su pequeño rostro aterrorizado interroga a Camille.

–¡Emma, mírame! –le ordena esta para llamar su atención–. ¿Qué pasa cariño? ¡Háblame! ¿Emma?

Alertada por la sucesión de órdenes, la niña dirige por fin una mirada

conmocionada hacia su madre. Esta intenta mantener el contacto, primero visual, luego verbal y finalmente emocional.

–¿Qué pasa, preciosa? ¿Has tenido una pesadilla? Todo va bien, ha acabado. Estoy aquí. Estoy aquí.

Por fin, Emma parece relajarse poco a poco. Se deja ir suavemente contra su mamá, que mantiene el movimiento de vaivén sin dejar de calmarla.

–¡No quiero volver al agujero! –gime.

–¿Qué agujero, cariñito? –pregunta Camille inquieta.

–¡El agujero! –repite la niña obstinadamente.

La joven frunce el entrecejo. Emma ya ha hablado de ese agujero en sueños. Y esta mañana ha vuelto a aludir a él. Está claro que algo la perturba.

–¿Dónde está ese agujero, cariño?

–¡En el bosque!

Camille siente calambres en el estómago. Agarra a su hija por los hombros y la sitúa delante de ella para mirarla a los ojos.

–¿Qué historia es esa de un agujero en el bosque, Emma?

Asustada por el tono firme y apremiante de su madre, la pequeña estalla en sollozos.

–No sé...

–¡Ah, no! ¡Se han acabado los «no sé»! ¡Yo diría que lo sabes muy bien!

Camille siente que su hija se crispa entre sus manos. Sus lágrimas corren abundantes, cierra los ojos para evitar el contacto. Su madre debe dominarse para no perder la paciencia y arriesgarse a poner a su hija en su contra.

–¡Cariño! –le dice con un tono de voz dulce–. Si recuerdas algo, tienes que contármelo. Es importante. ¿Qué es esta historia de un agujero en el bosque?

A Emma le cuesta hablar cuando llora y Camille debe redoblar sus atenciones para tranquilizarla.

–¡Era en mi sueño! –hipa la pequeña entre sollozos.

Camille se dispone a reprenderla para obligarla a hacer frente a la realidad cuando comprende el pacto implícito que le propone su hija.

–Vale –admite–. Cuéntame tu sueño.

Necesita aún algunos minutos para que la pena de Emma se calme.

–He soñado que la señorita Mylène estaba enterrada en un agujero.

–¿Enterrada? –pregunta Camille sin comprender del todo–. ¿Quieres decir que estaba muerta?

Emma niega con la cabeza.

–¿Estaba viva? –insiste Camille.

–Sí.

–¿Y después? ¿Qué pasaba en tu sueño?

–Nada. Quería que la ayudara a salir, pero yo no quería. Entonces se ha enfadado muy fuerte y quería llevarme con ella con los muertos.

Camille observa atentamente a Emma, procurando descifrar qué hay de real en sus palabras. Si su hija está intentando decirle algo sin admitir tener información crucial para encontrar a la maestra, esa es la manera en que lo haría.

–¿Por qué no querías ayudarla a salir?

–Porque me da miedo.

–Ella te da miedo... ¿En tu sueño o de verdad?

Emma no contesta.

–Cariño –la presiona Camille con una dulzura forzada–. Dime solo si era en tu sueño o en la realidad.

–En los dos.

–¿Crees que la señorita Mylène se cayó en un agujero? ¿Un agujero en el bosque?

–No sé.

–Pero ¿crees que es posible?

La niña se encoge de hombros. Camille decide abordar el problema desde otro ángulo.

–En tu sueño, ¿por qué se cayó en ese agujero?

–Porque buscaba un tesoro. Miró al fondo del agujero, vio el tesoro y bajó dentro para cogerlo.

–¿Qué era ese tesoro?

–Era un gran cofre lleno de diamantes.

–¿Y consiguió cogerlo?

–No. Era demasiado pesado. Entonces se quedó atrapada en el agujero.

–Por tanto, ahora, sigue en el agujero con el tesoro.

–No, no. Ha conseguido sacar el tesoro del agujero, pero ella no.

–¿Cómo lo hizo?

–Lo llevó muy alto y lo empujó muy fuerte.

La niña eleva los brazos por encima de su cabeza e imita el movimiento de levantar una pesada carga.

–¿Y tú? ¿Dónde estabas en tu sueño?

La pequeña se encoge de hombros en señal de ignorancia.

–¿Emma?

–Estaba encerrada en el gran cofre.

–En el gran cofre... –murmura Camille sintiendo como un escalofrío recorre su espina dorsal.

La joven ignora todavía en qué medida Emma transforma deliberadamente los elementos de los que puede tener conocimiento; quizá su inconsciente la obligue por fin a desvelar un secreto demasiado pesado de soportar... Sus palabras resuenan en ella como una explicación perfectamente lógica de la desaparición de la maestra. Si esta ha quedado atrapada en un agujero, en algún lugar del bosque, eso explicaría el porqué aún no ha sido encontrada durante las operaciones de búsqueda. Y que la cámara térmica del helicóptero no haya detectado ninguna presencia en las inmediaciones del claro.

Camille traga saliva. Su corazón parece querer salirle del pecho.

–Vale. Escucha, esto es lo que vamos a hacer: voy a llamar al señor de la policía para decirle que, quizá, la señorita Mylène se ha caído en un agujero en el bosque y que hay que buscar por allí. ¿Estás de acuerdo?

Mientras su mamá expone sus intenciones, el rostro de Emma se contrae en un gesto de pánico. Niega febrilmente con la cabeza y vuelve a echarse a llorar con grandes sollozos.

–¿Por qué? –le pregunta Camille sintiendo una bola de temor instalarse en su garganta–. ¿Por qué no quieres que avise al señor de la policía?

–Tengo miedo –lloriquea la niña.

–¿De qué tienes miedo? No te pasará nada, ¡te lo prometo! No has hecho nada malo, ¡corazón mío! ¿Me equivoco?

Emma sigue llorando, dejando la pregunta de su madre en suspenso.

–Contéstame, cariño. No has hecho nada malo, ¿verdad?

Esta vez, la niña baja la cabeza antes de refugiarse en los brazos de su madre.

Camille tiene la sensación de desintegrarse allí mismo. Sus mayores temores se están confirmando de forma despiadada: la deliberada voluntad de Emma de callarse. La rotunda negativa a salvar a su maestra. La intención manifiesta de hacerle daño.

Camille se contrae, y de repente el pequeño cuerpo que se aprieta contra ella la quema con su presencia nociva. Debe dominarse para no apartarla lejos de sí.

–¿Por qué? –pregunta aterrada–. ¿Por qué no has dicho nada?

–¡Pero si lo he dicho! –se defiende Emma con la vehemencia de quien es acusado injustamente–. ¡Se lo he dicho a papá!

Un segundo golpe estremece el corazón de Camille. Es tal la sorpresa que se le escapa un sollozo antes de lanzar a su hija una mirada horrorizada.

–¿Se lo has dicho a papá? Pero ¿cuándo? ¿Cuándo se lo has dicho?

–¡Cuando volvimos del bosque y me llevó a la camita!

Camille sondea los grandes ojos azules del ángel rubio que tiene enfrente.

–Me dijo que no debía contárselo a nadie –añade la niña en un murmullo–. Que era nuestro secreto.

Emma la mira con toda la inocencia que la caracteriza, un océano azul perlado de lágrimas como diamantes en equilibrio sobre sus párpados. Un tesoro tan frágil como efímero.

–Dios mío... –murmura Camille paralizada por el miedo.

Camille está conmocionada y no puede pronunciar ni una palabra más. Se siente incapaz de reaccionar y tiene una única idea en la cabeza: estar sola. Ha tranquilizado a la niña como ha podido. La ha arropado, le ha asegurado que no era responsable de nada, que nadie le haría nunca daño... Emma ha acabado por adormecerse, también agotada, con una lágrima que perlaba la comisura de los párpados. A pesar de su dolor, Camille ha notado que se quitaba un enorme peso de encima, una carga excesiva para una niña tan pequeña. Una carga que acababa de ceder a su madre y cuya pesadez iba en aumento.

A continuación, ha salido de la habitación como alma que lleva el diablo.

Ahora está en el pasillo, con la espalda apoyada en la pared, incapaz de tomar una decisión. Sus movimientos le parecen completamente automáticos, como los de un autómatas. Se siente desconectada de su cuerpo, de su alma, anonadada por la confesión de su hija. La cabeza le da vueltas en un vértigo de horror que no la suelta. Su estómago, pese a estar vacío, juega al yoyó en su vientre y las náuseas que provoca se suceden con creciente intensidad. Su mente está saturada de preguntas, y la principal resuena con ecos lúgubres, como una cantinela chirriante.

¿Qué va a hacer ahora?

¿Telefonar a Dupuis para anunciarle: «Ya está, buenas noticias, mi hija ha confesado: la maestra se está pudriendo en el fondo de un agujero»? También podría añadir: «Por cierto, mi marido está al corriente de esta información desde hace dos días. Simplemente no ha considerado oportuno comunicársela».

Otras preguntas titilan también en la cripta de su alma. ¿Por qué ha hecho Patrick algo así? Recuerda verlo salir de la habitación de Emma después de haberla acostado, la famosa noche de la excursión escolar. Recuerda su rostro conmocionado, su estado de pánico cuando afirmaba que Emma había preferido borrarlo todo de su memoria debido al trauma que había vivido. Recuerda sobre todo la cólera de su marido al recordar la responsabilidad de los maestros en la desaparición de su hija. Lo oye vituperar contra «esa niñata estúpida que no ha

sido capaz de vigilar a su hija». ¿Es ese el motivo por el cual ha ocultado deliberadamente una información preciosa que habría permitido encontrar a Mylène?

Camille tiene la sensación de caer a su vez en un abismo insondable.

¿Patrick ha intentado vengarse de la maestra haciéndole pagar cara su negligencia?

¿Es capaz de algo semejante? Camille no lo sabe.

O más bien, no quiere saberlo.

Por otra parte, ignora también lo que hará ella, a su vez, con esta información.

Sin embargo, más allá de su confusión, se da cuenta de que no tiene elección. Lo urgente ahora es avisar a las autoridades para que centren la búsqueda en una cavidad subterránea y no en la superficie. Si Emma dice la verdad, hace ya cuarenta horas que la maestra se halla en el interior de un agujero. No sabe de qué plazo dispone Mylène todavía antes de sucumbir por falta de insulina, pero es muy consciente de que el tiempo apremia.

Camille reacciona. Su mente se moviliza para darle el impulso de actuar. Se dirige a grandes pasos hacia la escalera que desciende apresurada. Cuando llega al piso de abajo, busca su teléfono. ¿Dónde lo ha puesto? Revisa los muebles sobre los que tiene costumbre dejarlo. No lo ve por ningún lado, corre hacia el vestíbulo de entrada, lo busca en el bolso... El móvil sigue sin aparecer. Comprueba cada habitación, se pone nerviosa, irritada por esta inútil pérdida de tiempo... Por fin lo encuentra en la cocina, junto a la tostadora.

Es extraño, no recuerda haberlo dejado allí.

Lo coge, desbloquea la pantalla principal, selecciona la aplicación que le da acceso al teclado numérico. En cuanto se dispone a teclear los números, el gesto queda en suspenso.

¡El número de Dupuis! ¿Dónde está la tarjeta que le entregó?

Da media vuelta, regresa al vestíbulo y coge de nuevo el bolso. Lo abre para sacar su cartera. Allí es donde guarda las tarjetas de visita que le dan, y que se acumulan en uno de los compartimientos previstos a tal efecto. Camille busca febrilmente la del capitán de policía, no la encuentra, se ve obligada a sacarlas todas para revisarlas. Sus gestos son torpes, le tiemblan las manos, extiende las tarjetas sobre la mesita que decora el vestíbulo.

La tarjeta de Dupuis no se encuentra entre ellas.

Camille pierde la paciencia. ¿Dónde la ha guardado? ¡Ya está, ya se

acuerda! En el bolsillo trasero del pantalón, el que llevaba ayer. Con el teléfono en mano, deja las tarjetas y la cartera sobre el mueble y sube a toda prisa hasta el primer piso. Allí llega en unos cuantos pasos al cuarto de baño, entra y cierra la puerta detrás de sí. Su pantalón sigue hecho una bola en la cesta de la colada, lo detecta enseguida entre las otras prendas.

La tarjeta de Dupuis está efectivamente allí. Camille exhala un suspiro de alivio y marca el número.

Cuando se dispone a pulsar la tecla de llamada, su pulgar se paraliza sobre el teclado táctil. Le asalta una duda: si relata al policía la conversación que acaba de tener con su hija y lo que ha deducido a raíz de ella, está casi segura de que se responsabilizará a la niña. Quizá le pida a Emma que los ayude a encontrar el lugar. ¿Cómo reaccionará su hija? ¿Y Patrick?

Las ideas siguen su curso, las conjeturas se despliegan y se esbozan las consecuencias. Camille anticipa en su mente la reacción de cada uno. Dupuis exigirá que Emma los acompañe al lugar donde se encuentra el agujero. Patrick comprenderá que su hija ha divulgado su «secreto». ¿Cuál será su reacción? ¿Y cómo debe ella comportarse delante de él? ¿Cómo encontrará la fuerza para hacerle frente?

Además, no tiene ni idea de los procedimientos legales que amenazan a Emma. ¿Se arriesga, pese a su temprana edad, a recibir algún tipo de sanción?

Camille reflexiona. No, es demasiado joven. Intenta recordar hechos similares, delitos que habrían responsabilizado a niños pequeños. ¿Cuál fue la respuesta de las autoridades? Se acuerda de algunos casos penales en los que estuvieron implicados niños de doce o trece años, de los cuales tuvo que ocuparse la justicia. Pero doce años no es lo mismo que cinco. A esta edad, un niño no puede considerarse legalmente responsable.

A los cinco años, se es inocente, en todos los sentidos de la palabra. Si se considera responsable a alguien, será a los padres. Y los padres son ella y Patrick.

Camille está paralizada. Posee una información vital para salvar la vida de alguien, una joven que necesita urgentemente ayuda y cuidados. Pero el mismo hecho de comunicar esta información tendrá graves implicaciones para ella y para los suyos.

De pie en medio del cuarto de baño, petrificada, con el teléfono en una mano, la tarjeta del capitán de policía en la otra, Camille parece una estatua de piedra. Se siente desgarrada de un extremo a otro. Si no llama, se convierte en

cómplice de la enfermiza sed de venganza de Patrick. Si telefona, esa llamada destruirá su matrimonio. ¿Está dispuesta, también ella, a guardar silencio para no ponerse en peligro? ¿Hasta dónde se puede llegar para proteger a la familia?

¿Es posible que Patrick se haya formulado la misma pregunta?

Las suposiciones danzan de nuevo en su cabeza, las ideas se multiplican. Camille considera otra versión. ¿Y si el motivo del silencio de Patrick encontrara su fuente en ese mismo dilema? Es perfectamente plausible que, al igual que ella, haya dudado en efectuar esta llamada.

¿Quizá teme exponer a Emma a posibles repercusiones penales? Hace ya quince minutos que la niña le ha revelado la verdad de lo que pasó en el bosque, y ella sigue sin llamar a la policía.

¿Es posible que su marido haya preferido no compartir esta información con ella para protegerla? Camille está atormentada. Es incapaz de tomar una decisión. Su mano derecha está crispada alrededor del móvil y lo enciende a intervalos regulares cada vez que la pantalla se oscurece.

Cuando el teléfono se enciende y se pone a vibrar de repente, ella se sobresalta con violencia. En la pantalla aparece un número que no conoce. Las cifras se suceden, ella intenta descodificarlas sin reconocer la combinación. Después de observarlas durante un instante, sus ojos pasan, en un reflejo, a la tarjeta de Dupuis.

Son las mismas. En el mismo orden.

Dupuis.

Para Camille, es como si el cielo hubiese decidido por ella. Intenta superar su pánico y pulsa la tecla de respuesta casi sin reflexionar. En cuanto se coloca el aparato al oído, tiene la sensación de ser incapaz de emitir el más mínimo sonido.

De hecho, no dice nada.

–¿Señora Verdier? –le pregunta la voz del policía en el auricular.

Camille emite una especie de gorgoteo inaudible a modo de respuesta.

–¿Me oye?

–Sí... –consigue articular por fin.

–Lamento molestarla tan temprano –prosigue el policía creyendo seguramente que la ha despertado, en vista de la hora que es.

Camille se aclara la garganta. El corazón le martillea en el pecho, la sangre le golpetea las sienas, le cuesta un mundo dominar su pavor.

–Le escucho –dice en voz baja.

–Acabamos de encontrar a Mylène Gilmont. Unas personas que hacían *footing* la han encontrado en el bosque, a primera de esta mañana. Muerta. Aún no tenemos los resultados de la autopsia, pero parece ser que no pudo superar la falta de insulina. Falleció hace tan solo unas horas.

Cuando su teléfono empieza a vibrar, Étienne está mirando fijamente el techo. Desde hace horas permanece tumbado en la cama, con las manos cruzadas sobre el estómago, incapaz de abandonarse al sueño o incluso al simple reposo. Querría cerrar los ojos, pero no lo consigue. Su mirada parece seguir las mutaciones alegóricas de un enjambre de curvas que serpentean delante de él. Sus párpados se desplazan a derecha e izquierda, de arriba abajo, sin orden ni concierto. Parece preso de un sortilegio.

En la mesilla de noche, a su lado, el móvil vibra durante largos segundos antes de llamar su atención. El número de Dupuis aparece en la pantalla. Aunque aún no lo ha guardado en su agenda, Étienne reconocería esa combinación numérica entre mil. Es la de la llamada que dio inicio a la pesadilla.

Se queda un segundo sin reaccionar, mirando el teléfono, y esta vez su pupila es de una inmovilidad perfecta. Cuando está a punto de saltar el buzón de voz, coge el aparato y se lo lleva al oído sin pronunciar una sola palabra.

–¿Gilmont? –pregunta la voz del capitán al cabo de unos segundos de silencio–. ¿Está ahí?

–Digamos que le escucho.

Étienne habla con una voz sin timbre, desprovista de emoción.

–Yo... No tengo buenas noticias...

El cocinero no reacciona.

–Hemos encontrado el cuerpo de su hija esta mañana en el bosque – prosigue Dupuis muy incómodo.

Silencio al otro lado de la línea.

–Gilmont... Lo lamento mucho. Está muerta. Esperamos los resultados de la autopsia, pero, según las primeras conclusiones del forense, parece que sucumbió a la falta de insulina. Necesito que venga a identificar el cuerpo. ¿Quiere que pase a recogerle?

–No es necesario, capitán. Prefiero ir solo.

–Está en la morgue.

–Lo suponía.

Esta vez, es el capitán el que no dice nada. ¿De qué serviría?

Los dos hombres cuelgan casi al mismo tiempo. Lentamente, Étienne deposita su móvil sobre la mesilla de noche, en el lugar exacto donde se encontraba poco antes. Después recupera su posición inicial, tumbado de espaldas, con las manos cruzadas sobre el estómago, mirando fijamente el techo sin dejar de mover los ojos, como si ante él se exhibiera una película.

Sobre su cabeza, las volutas evolucionan y no tardan en adquirir forma. Mylène aparece al trasluz, y de repente se anima sobre la pantalla de sus recuerdos. Se transforma a lo largo de las evocaciones, se modela en niña triste, enarbola una mirada obstinada y finalmente expresa una furia contenida. Su rostro, en constante mutación, cambia rápidamente para presentarla con quince años. Esta vez, las lágrimas desbordan sus párpados hinchados por la desesperación y recorren sus mejillas. Tiene las facciones hundidas, los ojos circundados de negro, la melena suelta cuelga a ambos lados de un rostro atormentado. Está acurrucada, con la cabeza gacha y, al alzarse, su boca se tuerce en una mueca de odio y rencor. Esta desgarradora representación es sustituida de inmediato por otra Mylène. Ahora tiene veinte años, está en medio del salón y agarra todo lo que cae en sus manos para lanzarlo contra la pared con una agresividad inaudita. Los objetos se rompen contra los tabiques, las baratijas saltan en mil pedazos, los muebles quedan destrozados. La cara de la muchacha, deformada por la rabia, sigue modificándose al ritmo de los arabescos móviles. Estos van y vienen sin parar, se juntan, se separan, vuelven a juntarse, cada vez más rápido, mientras que Mylène no cesa de cambiar, como un aterrador *morphing*.

Étienne asiste a este baile ininterrumpido con los ojos entornados. Podría cerrarlos, pero eso no cambiaría nada. La imagen de su hija se incrusta en lo más profundo de su alma, le quema la retina hasta que cada contorno deja la marca de una huella indeleble. Con el corazón sangrante, revive en carne propia el infierno que sufrieron a lo largo de los últimos veinte años. Su propio pasado se mezcla con esta profusión de rabia y violencia, la culpabilidad que rezuma, la partida de su mujer, la abismal soledad, y esta aterradora sensación de encontrarse en el fondo de una sima de la que es incapaz de salir. Una sucesión de emociones lo oprime con una ferocidad que apenas consigue dominar: el amor que se desmorona a lo largo de los meses, de los años, ese sentimiento incondicional maltratado por un diluvio de conflictos, de reproches cuyas causas él rechaza con obstinación. Su impotencia para contener la oleada de rencores, su torpeza y

su dolor, que no hacen más que aumentar. Y luego el deseo secreto de librarse de esta carga demasiado pesada de soportar. Como un veneno insidioso que se introduce en sus venas y fluye por su cuerpo hasta su corazón. Esta niña que ha amado con todo su ser y cuya existencia ha acabado maldiciendo. Los remordimientos de experimentar un sentimiento tan abyecto, la vergüenza de haber pasado de un lado al otro de la barrera, él, el hijo mal querido que una madre alimentó con su desamor. El rechazo, la amargura, la incomprensión. La terrible impotencia que arraiga su sufrimiento. Y, finalmente, el tenaz rencor hacia Mylène por haberlo convertido en ese padre indigno cuya presencia acabó siendo aún más nociva que la ausencia de su madre. Las ganas locas de poner fin a ese calvario. La funesta esperanza de que esta espiral infernal acabe definitivamente.

¿Y si un día no volviera a casa?

¿Y si la vida se encargara de poner orden en este odioso caos?

Ahora las volutas se inquietan, se mezclan a un ritmo cada vez más desenfrenado, se sueltan para luego unirse en una fracción de segundo. Los rostros de Mylène se confunden en un torbellino de emociones y muecas dolorosas, agobiadas, tumultuosas, desesperadas. Pronto, las curvas no formarán más que un amasijo impreciso, como una explosión de emociones cuyo exceso aniquila cualquier forma de expresión. Como si la rabia de Mylène se revelara a partir de ahora a través de esta masa confusa e informe.

Y de repente, todo se detiene. Las volutas se congelan en el aire, para ordenarse lentamente en una figura cuya nitidez conmociona a Étienne. Mylène está allí, muy cerca de él, casi al alcance de la mano. Yace hecha un ovillo, en el fondo de una cavidad subterránea a dos metros bajo la superficie del suelo. Su rostro, su pelo, su ropa están machados de tierra y de mugre. Pese a la suciedad, se adivina la extrema palidez de su piel, sus ojos aturdidos que no parecen ver nada, sus labios terrosos, hinchados y agrietados.

Étienne se inclina sobre el agujero y contempla, aterrado, el maltrecho cuerpo atormentado por la falta de insulina, la deshidratación, el frío, el hambre, el miedo. Sus cabellos le tapan la mitad de la cara.

Por un instante, cree que está muerta.

Algo explota en él, su pecho se desgarran, sus pulmones se vacían de aire, siente un puñetazo en pleno vientre. La cabeza le da vueltas bajo la potencia del vértigo.

Y entonces, frunciendo el entrecejo, observa con más atención. ¡Mylène

respira! Con dificultad, pero respira.

Étienne se siente helado de pies a cabeza. Su cuerpo, tensado al máximo, se le antoja como una prisión de carne en la cual su mente parece estar encadenada a su pavor. Durante unos interminables segundos, tiene la sensación de que su corazón ha dejado de latir.

Entonces, en el fondo de su agujero, Mylène esboza un movimiento imperceptible. Cuando vuelve la cabeza hacia la superficie, Étienne experimenta la necesidad instintiva de retroceder, como para sustraerse a la vista de su hija.

Solo el espanto le impide moverse.

Incapaz de apartar la mirada, se siente petrificado, paralizado por el conflicto que libran su corazón y su razón. Está seguro de que, aunque no lo vea, Mylène sabe que está allí. Ha detectado su presencia. Y si le quedaba alguna duda, esta se desvanece cuando la joven levanta a duras penas su brazo hacia él.

–Papá...

La respiración de Étienne se contrae en la garganta, el dolor lo paraliza. Él contiene la respiración durante un instante, hasta que su cuerpo le obliga a aspirar el oxígeno que necesita. Cuando el aire hincha sus pulmones, una fulgurante náusea se apodera de él, obligándolo a apartarse para no vomitar en el agujero. Se echa hacia atrás y se deja caer en el suelo, pálido, carente de energía.

No sabe cuánto tiempo se queda allí, tendido entre las hierbas, lívido, destrozado.

Lo único que recuerda es que, finalmente, se levantó y, dando tumbos, se dirigió hacia el aparcamiento sin volver la vista hacia el agujero.

Cuando Patrick se despierta, no hay nadie junto a él en la cama. Mientras recupera el sentido, mira el despertador e intenta ubicarse en el tiempo. Los pensamientos afluyen por oleadas de recuerdos. Se apoya en la almohada con una sensación de agotamiento pese a que todavía no se ha levantado. Aún es demasiado pronto para un domingo, son apenas las ocho, y, a pesar de sus esfuerzos, le cuesta poner orden a sus ideas.

–¿Camille?

No hay respuesta. El silencio de la casa le hace saber que no está abajo, al menos no se dedica a sus ocupaciones matutinas. Patrick hace acopio de valor para incorporarse esbozando una mueca. Se sienta en el borde de la cama, busca con los pies las zapatillas y se las pone con un movimiento mecánico. Acto seguido, se levanta y camina arrastrando los pies hasta la puerta de la habitación.

Una vez en el pasillo, titubea. Se detiene unos segundos en el rellano y aguza el oído. Ningún ruido le permite localizar a su mujer. La puerta de la habitación de Emma está cerrada, por lo que deduce que la niña aún duerme.

–¿Camille? –dice en voz baja.

Se dispone a bajar por la escalera, pero al instante cambia de opinión. Por si acaso, se acerca a la puerta del cuarto de baño, y la abre...

Camille está allí, sentada en la taza del váter. Sujeta su móvil en una mano y en la otra una tarjeta de visita. Al verlo entrar, se sobresalta y luego posa en él una mirada conmocionada.

–¿Qué haces aquí? –le pregunta él sin disimular su sorpresa.

–¡Está muerta! –grita ella entre sollozos.

–¿De quién hablas?

–De la maestra. Está muerta.

Patrick se queda mudo. Mira a su mujer con expresión horrorizada y se tapa la boca con la mano para sofocar un quejido.

–¿De qué ha muerto? –consigue decir al cabo de unos segundos.

–De falta de insulina.

–¿Falta de insulina? –repite Patrick sinceramente impresionado—. ¿Por qué falta de insulina? ¿Era diabética?

A Camille, la pregunta le provoca un seísmo ensordecedor. Estupefacta, lo contempla a su vez con una mirada aterrorizada.

–¿No lo sabías?

–¿Saber el qué? ¿Que era diabética? ¿Cómo querías que lo supiera?

Camille se descompone. En efecto, Patrick no podía estar al corriente de la enfermedad de Mylène. Ella misma se había enterado por boca de Étienne la antevíspera, y, dadas las circunstancias, se cuidó mucho de compartir esta información con su marido. De repente comprende que, al ignorar este «detalle», Patrick puede haber provocado la muerte de esta mujer. ¿Venganza o lección? Superada la primera conmoción, no le cuesta trabajo imaginarse que, más que represalias, su marido profesor ha querido dar una buena lección a «esa niñata estúpida que no ha sido capaz de vigilar a su hija». Pero, por desgracia, ignoraba que, sin insulina, solo podría aguantar unas horas antes de sucumbir debido a un fallo de su organismo.

–Está muerta porque no sabías... –murmura Camille asustada.

Patrick frunce el entrecejo, mostrando su incompreensión.

–¿Qué estás diciendo?

–Lo sabías, ¿no es cierto? ¿Sabías dónde se encontraba?

–¡Por el amor de Dios, Camille! ¿Qué te pasa? Que si no sabía, que si sabía... ¿Puede saberse de qué hablas?

La joven niega con la cabeza, febril, como si tuviera que resistir algo.

–¡No intentes engañarme! Emma me lo ha contado todo.

–¿Qué te ha contado? –pregunta Patrick irritado, acercándose a ella.

–¡No te acerques! –le advierte ella levantándose de un salto.

Al oírlo, Patrick se queda inmóvil. Observa a su mujer sin comprender, incapaz de encontrar una explicación a sus palabras incoherentes. No se atreve a hacer nada más, ni a decir nada más, pues adivina que sea cual sea su reacción se arriesga a provocar un rechazo violento.

–Camille... –empieza a decir obligándose a mantener la calma—. ¡Explícamelo! ¿Qué te ha contado Emma?

Esta repentina docilidad sorprende a la joven, que vacila durante unos instantes. Sintiendo que ha adoptado la actitud correcta, Patrick decide no añadir nada y concederle un tiempo para que se tranquilice.

–Fuiste tú quien le ordenó no decir nada –suelta ella apuntándolo con un

dedo acusador—. Ella te confesó que sabía dónde estaba su maestra, incluso te indicó el lugar. ¡Y, por no sé qué motivo completamente absurdo, quizá para vengarte, o porque querías darle una lección, decidiste guardarte esa información para ti! ¡Pero antes, tenías que asegurarte de que Emma callase! Vuestro secreto, ¿no? ¡Me das asco!

—¿Qué es esta historia, Camille? ¡No entiendo nada de lo que me estás contando!

Patrick abre los ojos, asombrado. Intenta sacar de su error a su mujer agitando las manos en señal de negación, pero Camille no cede.

—¡No me tomes por una estúpida! —se defiende ella manteniéndolo a distancia.

—¡Te lo juro! ¡No sé de qué me hablas! ¡Emma no me ha dicho nada! Jamás me ha revelado nada.

—¡Esa no es su versión de los hechos!

—¡Por el amor de Dios, Camille! —exclama él a punto de perder la paciencia—. ¿Te das cuenta de lo que me acusas? ¿Cómo puedes imaginar por un solo instante que sea capaz de hacer algo semejante?

—¡Oh! —suelta ella en un movimiento de cólera—. ¡No es precisamente indulgencia lo que te sobra! Estás tan seguro de estar en lo cierto que reaccionas sin plantearte la menor pregunta. ¡Siempre tan pagado de ti mismo! Tus principios te ciegan, te ahogan. Emma necesitaba confesar su mentira a alguien, y acudió a ti... ¡y a ti, solo se te ocurrió decirle que se callara!

—No tiene ningún sentido, ¡maldita sea! —explota Patrick—. ¿Por qué iba yo a hacer tal cosa?

—¡Para vengarte de esa pobre chica a la que culpas de todo lo que pasó el viernes! ¡O para darle una lección! ¡Eres un experto en dar lecciones! ¿No es cierto, señor profesor?

—¡Te estás volviendo completamente loca!

Camille suelta una risa malvada.

—¡Eso te convendría! ¡Pues el castigo ha salido mal! ¡Tú que siempre lo tienes todo calculado, no habías pensado en que fuera diabética! ¡Por primera vez, algo se te ha escapado! El problema es que...

—¡Maldita sea! —la interrumpe él perdiendo la paciencia—. ¡Respóndeme, Camille! ¿Por qué iba yo a hacer algo así? ¿Y por qué Emma no habría querido decirles nada a los polis si sabía dónde se encontraba su maestra?

Camille se queda paralizada, sorprendida por esa última pregunta. Se

encuentra en una situación en la que es incapaz de ofrecer el verdadero motivo del silencio de Emma. Está acusando a su marido de homicidio involuntario y de ningún modo quiere que la disputa se desplace hacia sus propios errores. ¡Entre un adulterio y un asesinato, aunque sea inconsciente, la diferencia es considerable!

Conoce a su marido, su capacidad para desviar el debate, su talento para el verbo, su propensión a dar la vuelta a la situación en beneficio propio. Si le da el menor poder, estará perdida.

–¿Cómo vas a justificar esto delante de Emma? –le dice haciendo caso omiso a su pregunta.

–¿Justificar el qué?

–¡La muerte de su maestra!

–¡No tengo que justificar la muerte de su maestra! –se indigna Patrick recalcando sus palabras–. ¡No tengo nada que ver en eso! ¡Como tampoco Emma, estoy seguro!

Zarandeadada por la seguridad de su marido, Camille pierde todo su aplomo. Patrick detecta enseguida su perplejidad. Y la aprovecha para persuadirla de su buena fe.

–No sé qué debo hacer para convencerte. Tampoco sé qué te ha contado nuestra hija, pero Camille ¡te prometo que no estaba al corriente de nada! ¿Cuándo tendría que haberme dicho Emma que sabía dónde se encontraba su maestra?

–La noche de la excursión escolar –responde ella cada vez más indecisa–. Cuando la llevaste a la cama.

–¿Y qué? ¿Qué se supone que me dijo?

Camille suspira, de repente siente que toda su energía la ha abandonado. Libera la tensión y se apoya contra la pared.

–Que Mylène Gilmont se había caído en un agujero del que no podía salir. Al parecer, tú le pediste que no le dijera nada a nadie. Le prometiste que sería vuestro secreto.

–¡Eso no tiene sentido! ¿Por qué haría algo así?

–¡Yo qué sé! ¡Estabas tan enfadado con esa maestra! Y cuando te recalqué que podía estar en peligro, lo único que se te ocurrió fue tildarla de niñata estúpida y decir que algunos errores eran imperdonables.

–¡Eran meras palabras! ¡Estaba furioso! Pero bueno, Camille, ¿nunca has dicho estupideces llevado por un acceso de cólera? ¿Cómo te has enterado de

que estaba muerta?

–Dupuis acaba de avisarme –le contesta ella agitando el móvil que aún sostiene en la mano.

–¿Y dónde han encontrado a la maestra? ¿En un agujero?

–No lo sé –admite Camille–. Dupuis no me lo ha dicho.

–¿No crees que deberías haberle preguntado eso antes de acusarme de lo peor?

Esta vez, la joven está totalmente paralizada. Observa a su marido como si intentara ver su alma. Se siente tan vapuleada que necesita desesperadamente aferrarse a algo. Los acontecimientos han marcado el fin de su historia con Étienne. La fuerza que sacaba de esa relación se ha convertido en una amenaza, el amor en temor, la complicidad en desconfianza. En cambio, a lo largo de estas últimas horas ha encontrado en su marido una determinación que desconocía en él. No puede negar que, a pesar de la carga de su adulterio, su presencia la tranquiliza. Daría lo que fuera para que la liberaran de estas últimas dudas que la atormentan.

Camille activa el móvil, selecciona el modo teléfono y consulta la lista de llamadas. El último número que aparece es el de Dupuis. Una presión del pulgar basta para ponerse en contacto con él.

–Lamento molestarle, capitán –se exclama en cuanto el policía descuelga–. Solo quería saber... ¿Dónde han encontrado el cuerpo de Mylène Gilmont?

Patrick no aparta los ojos de su mujer. Aunque no oye la respuesta de Dupuis, constata que su rostro se relaja y muestra un verdadero alivio.

–Gracias, capitán, es todo lo que quería saber –dice antes de colgar.

–¿Y bien? –pregunta Patrick lleno de esperanza.

–La han encontrado en el bosque, tendida en el suelo, no muy lejos de un sendero.

Patrick no añade nada más. Enarbola la satisfacción de quien por fin es creído.

Camille, por su parte, baja los ojos sin intentar disimular su vergüenza y su confusión.

Un domingo interminable. Patrick ha ido a llevar a Emma con su madre, que vive a doscientos kilómetros. Llegará allí hacia el mediodía, comerá con ella y después emprenderá el viaje de vuelta hacia las tres de la tarde. Por tanto, no regresará hasta el atardecer.

Ambos han decidido no abordar con Emma lo que esa mañana le ha dicho a su madre. Tendrán que aclarar el motivo por el cual la pequeña ha mentido, pero sin prisa. Ellos mismos estaban demasiado alterados para entablar una confrontación con serenidad. Además, estaba a punto de irse y no era el momento de enfadarse.

Camille se encierra en casa, incapaz de dedicarse a sus ocupaciones. No logra superar el anuncio de la muerte de Mylène. El nudo de la responsabilidad la oprime, sin que consiga frenar el flujo de preguntas que la acosa y que crece a medida que pasan las horas. Un sentimiento de sospecha vampiriza sus pensamientos.

Desconfía de todo el mundo.

Para empezar de Étienne.

No tiene noticias suyas desde el inquietante SMS de la víspera, pero su visita al barrio la noche anterior no la deja en paz. ¿Qué ha venido a hacer? ¿Por qué no ha llevado a cabo su amenaza? Camille se da cuenta de que, ahora, su presencia la angustia tanto como antes su ausencia, su silencio tanto como sus palabras. Pero, sobre todo, ¿cuál será su reacción una vez haya pasado el dolor por el fallecimiento de su hija? ¿Querrá vengarse de Emma, a la que considera responsable de esta muerte atroz? Camille está intranquila. ¿Debe ponerse en contacto con él? ¿Debe hacerle saber hasta qué punto lamenta la manera en que la situación ha degenerado?

Decirle algo en estas circunstancias podría malinterpretarse. No decirle nada podría provocar un violento resentimiento. Haga lo que haga, los efectos serán dramáticos.

La duda la consume, el miedo la paraliza, la indecisión la exaspera.

No sabe.

Y luego está Patrick.

La necesidad de confesar se vuelve imperiosa, las próximas horas amenazan con ser críticas. Su relación con Étienne puede salir a la luz en cualquier momento y, por consiguiente, las posibles razones del silencio de Emma, que ella sigue sin estar segura de que sea voluntario. Pero, más allá de este estado de tensión permanente que la atormenta, Camille se siente incapaz de hacer frente a la inevitable crisis que se avecina. No puede con su alma, está emocionalmente agotada, y las olas de angustia que no cesan de invadir su ánimo la paralizan. Hace más de cuarenta y ocho horas que no ha comido ni dormido de verdad. Su cuerpo está al borde del colapso. No obstante, ella se repite una y otra vez que, en cuanto Patrick haya vuelto, se lo confesará todo. El secreto se ha convertido en una carga demasiado pesada. Ya no aguanta este terror malicioso que le devora las entrañas. Qué importa lo que suceda luego. Simplemente quería evitarle a su hija el penoso espectáculo de sus padres destrozándose el uno al otro.

Y por último está Emma, precisamente.

Dios sabe que Camille la ama más que a nada en el mundo. Es carne de su carne, su bebé, su tesoro máspreciado. Y, sin embargo, a medida que pasa el tiempo, mientras la niña crece y se autoafirma, hay un aspecto de su personalidad que la incomoda. Algo cuya naturaleza le cuesta definir. Con el paso de los años, siente cómo se levanta una especie de muro entre su hija y ella, una distancia que no logra salvar pese a toda la ternura que le demuestra. En ocasiones, se diría que Emma es de otro mundo y a Camille le cuesta cada vez más reconocerse en ella. Tiene la sensación de que la complicidad a la que aspira en su relación ya no está a su alcance, y que no puede hacer nada para restablecerla.

Lo peor en toda esta historia no es tanto saber si la niña ha ocultado deliberadamente información sobre el lugar donde se encontraba su maestra. No, lo peor es que Camille no puede evitar pensar que es CAPAZ de hacer una cosa así.

Y eso le hiela la sangre.

Hay en Emma una intransigencia que la vuelve fría y altiva. Una arrogancia fuera de lugar en una niña de su edad. Aunque, por un lado, este aspecto de su temperamento impresiona a Camille y le suscita cierta admiración, por otro la alarma. Se da cuenta de que sus compañeros de clase marginan cada vez más a su hija. Las invitaciones a las fiestas de cumpleaños se han vuelto escasas, así

como las tardes de juego en casa de uno o de otro, durante el fin de semana o el miércoles después de la escuela. Y cuando quiere invitar a una amiguita a jugar con Emma a casa, pocas de ellas están disponibles. Está claro que los demás padres la mantienen a distancia.

Hasta ahora, Camille no se había inquietado demasiado por lo que consideraba incidentes sin importancia. Lo achacaba a la necesidad de su hija de autoafirmarse o quizás a un proceso de mimetismo, puesto que, visto desde fuera, este tipo de comportamiento se parecía mucho al de su padre. Sin embargo, ahora se ve obligada a constatar que se trata de un rasgo de su carácter. Emma es así. Forma parte de ese grupo de personas que se bastan a sí mismas y ponen el listón muy alto cuando se trata de conceder su afecto.

Camille tiene el corazón en un puño. Ella conoce a esos individuos que se sienten investidos de un valor superior al normal. Los orgullosos, los arrogantes, los vanidosos. Los conoce y los detesta. Claro que nunca detestará a su hija. Pero sabe que es el tipo de sentimientos que Emma provocará en otros a lo largo de su existencia.

Con los nervios a flor de piel, Camille se tumba en el sofá con el móvil en la mano y la duda adherida al corazón. ¿Cuál es el siguiente paso? ¿Llamar a Étienne para explicarse? Puede que no sea el mejor momento, porque debe de estar roto de dolor después de lo sucedido. Por otro lado, si quiere llamarlo, más vale que lo haga antes de que Patrick vuelva. Aunque quizá no sea oportuno llamarle hoy. Y, además, ¿para decirle qué? ¿«Mi más sincero pésame»?

Camille reprime un hipo de amargura: dadas las circunstancias, se dice sin intención de hacer un juego de palabras, más vale hacerse la muerta.

¿Enviarle un SMS? Eso sería peor.

La joven selecciona sin pensarlo la aplicación «mensaje» de su teléfono y relee el último SMS que Étienne le envió la víspera.

«Te doy hasta el mediodía para conseguir que tu hija hable. Después se lo contaré todo a tu marido.»

Camille se estremece. Los remordimientos se mezclan con la angustia, y la añoranza de una felicidad hecha trizas la invade con una fuerza que la pilla desprevenida. Siente su pecho explotar bajo la potencia de una melancolía

sediciosa que se apodera de su mente desplazando todo atisbo de razón. ¿Estuvo realmente enamorada de él? Los sentimientos que la oprimen se confunden, entre temor y nostalgia, amenazas y pena.

Camille se interroga a sí misma.

En realidad, ¿no es ella la que traicionó su historia de amor? Si se pone en el lugar de Étienne, aunque solo sea por un minuto ¿cómo habría interpretado ella su silencio? Desde la desaparición de Mylène, no se ha tomado la molestia de contactar con él por voluntad propia. Solo lo ha hecho porque él la obligaba, rehén de su angustia y desprovista de toda compasión. Solo se han comunicado a través de sus respectivos miedos. Cada uno de los dos replegado detrás de su propio muro de sufrimiento.

Tiene que llamarlo.

Tan pronto esta evidencia se ancla en su mente, las dudas regresan con fuerza. Además del hecho de que no es un buen momento, no tiene ni idea de los sentimientos que él alberga hacia ella. Seguramente se arriesga a avivar una animosidad imposible de canalizar.

Más vale esperar un poco más. Sin contar con que hoy se dispone a enfrentarse a otro drama y que ya no se siente capaz de dominar sus emociones.

Las horas se diluyen en la quietud de sus incertidumbres. Al atardecer, su teléfono, que aún conserva en la mano, se activa y muestra en la pantalla el número de Patrick. Camille contesta de inmediato.

–Llevo un poco de retraso –le anuncia al otro lado de la línea–. Acabo de salir de casa de mi madre.

La joven consulta su reloj y suspira: ya debería estar aquí. Tiene dos horas de ruta. La atormenta tanto esperar y temer su regreso. Considera la posibilidad de dejar su confesión para mañana y aprovechar por última vez la quietud que otorga a su matrimonio el hecho de que su marido no parezca percatarse de la agonía. Fingir es a veces un lujo extremo que hay que saber aprovechar tanto como sea posible.

–¿Emma está bien? –le pregunta con un nudo en la garganta.

–¡Está encantada! Feliz de pasar unos días con su abuela. Bueno, te dejo, me voy.

Camille deja el teléfono en el sofá, a su lado. Luego, vencida por el miedo, se hunde en una somnolencia inquieta que no le permite descansar.

El golpe de la puerta de entrada la saca de su sopor. Está tumbada en el sofá y se incorpora de un salto, con el corazón palpitando aceleradamente. Tarda unos

instantes en comprender lo que hace allí, en recordar el día y la hora, en darse cuenta de que la persona que acaba de entrar solo puede ser Patrick. Los ruidos procedentes del vestíbulo le resultan familiares, reconoce la manera en que su marido se detiene delante del espejo, deposita las llaves sobre la mesa, se quita la chaqueta y la cuelga de la percha. Cuando entra en el salón, parece aliviado de encontrarla medio dormida en el sofá.

–¿Estás bien? –le pregunta al advertir su desconcierto–. ¿Has dormido?

–Creo que sí...

En la mano sostiene un paquete del tamaño de una caja pequeña y se lo ofrece.

–Me he encontrado esto en el escalón, delante de la casa. ¿Sabes qué es?

Camille entorna los ojos para distinguir con mayor claridad el objeto.

–Ni idea.

–Lleva tu nombre.

Patrick le tiende el paquete y ella lo coge. En efecto, sobre una etiqueta en uno de los laterales figura su nombre impreso. No lleva ninguna dirección, prueba de que el remitente ha venido personalmente a depositarlo delante de la puerta. La joven busca su nombre, sin encontrar nada.

Deshace el paquete y lo abre.

Cuando descubre el contenido, es incapaz de reprimir un grito de estupor. Suelta el paquete y este cae al suelo, derramando su contenido.

Patrick se acerca, incrédulo, y se inclina hacia delante para examinar más de cerca qué se mueve en todos los sentidos a sus pies. Descubre un montón de orugas que se contorsionan por el parqué barnizado.

Camille traga saliva. Siente que se le tensan los músculos, la sangre se le congela en las venas y el miedo le eriza la piel. Superado el asco inicial, empieza a comprender por qué ha recibido una caja que contiene varias docenas de orugas verdes y gordas que se retuercen delante de ella. La voz de Étienne resuena en su cabeza, confirmándole la respuesta que teme.

«Hola, hermosa Mariposa.»

«Hermosa Mariposa.»

«Mariposa.»

La joven da un paso atrás, incapaz de apartar los ojos del montón de insectos pululantes como si se tratara de una bomba que fuera a explotar en cualquier momento.

Ha comprendido el mensaje. Ha descifrado la amenaza. Patrick no logra

captar todo su significado, ignora el apodo que Étienne le daba. Para él, se trata simplemente de una broma de mal gusto.

Camille, en cambio, sabe. Sí; esta vez, sí sabe.

No obstante, en este caso, habría preferido no saber.

A pesar de no comprender el alcance del mensaje, Patrick deduce cierta voluntad de intimidación. Por supuesto, sospecha de Étienne. ¿Quién si no?

–¡Voy a llamar a la policía! –decide después de unos instantes de silencio estupefacto.

Camille reprime una arcada.

–¿Por qué la policía? ¿Qué vas a decirles?

–¡Ese tipo empieza a sacarme de mis casillas! Ya va siendo hora de demostrarle que, si me provoca, tendrá problemas.

Su mujer no puede evitar observarlo con cierto cansancio. Patrick no puede competir con Étienne. Le recuerda a un ratón dispuesto a enfrentarse al gato cuando todo el mundo sabe que no tiene ninguna posibilidad.

–Déjalo estar, por favor –le ordena siguiéndolo hacia el teléfono–. Harás el ridículo. ¡No tienes ninguna prueba contra él!

–Pero empieza a haber bastantes, ¿no crees? Ayer por la tarde, Emma desaparece durante varios minutos en el aparcamiento del hipermercado, anoche Étienne Gilmont merodea alrededor de nuestra casa ¡y hoy recibimos una caja llena de orugas! ¿Qué más quieres? ¿Quieres que esperemos pacientemente a que pase a la acción? No sé qué tiene previsto, pero lo que es seguro es que ese tipo pretende intimidarnos, Camille. ¿Lo comprendes?

–Nada demuestra que sea él, ni siquiera que estos tres sucesos estén relacionados entre sí –le replica, nerviosa–. Cuando intenté convencer a Dupuis de que era el autor del secuestro de Emma, prácticamente se rio en mi cara. Si seguimos llamando a los polis por cualquier cosa, acabarán por no reaccionar cuando los necesitemos de verdad.

–¿Por cualquier cosa? ¿Te estás mofando de mí? –le suelta a su vez Patrick señalando con el dedo el montón de orugas.

Camille intenta controlar su impaciencia.

–Explícame por qué es un delito depositar una caja llena de orugas delante de la puerta de alguien.

–Si les explicamos que anoche estuvo merodeando alrededor de nuestra casa, tal vez vean las cosas desde otro ángulo. De todas formas, ¿a qué nos arriesgamos? ¿A que hagan caso omiso de nuestra llamada? Al menos, si ese chiflado intenta algo después, tendremos la prueba de que nos sentíamos amenazados.

Camille no encuentra más argumentos que esgrimir en contra. Al fin y al cabo, quizá tenga razón. Si la amenaza es real, deben reaccionar. Y si el objetivo de Étienne es enviarle un mensaje siniestro, llamar a la policía no cambiará nada. Por tanto, deja que Patrick descuelgue el auricular, marque el número y solicite hablar con el capitán Dupuis. Guarda silencio durante unos segundos, luego da las gracias a su interlocutor, asegura que volverá a llamar y cuelga.

–Ahora no está –explica consultando su reloj–. Tengo que volver a llamar dentro de una hora.

Camille vacila antes de proponer:

–¿Quieres llamarlo al móvil? Tengo su número.

–No servirá de nada. Al parecer está ocupado y, a menos de que sea muy urgente, me han pedido que llame dentro de una hora.

La joven asiente con la cabeza; tiene la mirada ausente mientras piensa a toda velocidad. Puede que sea ahora o nunca la ocasión de confesárselo todo a su marido: están solos, hablan de Étienne y del posible peligro que representa para ellos... Si se toma al pie de la letra el significado del «regalo» de Étienne, la amenaza guarda relación con Emma. Al seleccionar orugas, apunta a lo «pequeño» de la mariposa, más que a la mariposa en sí. Camille se alegra de haber puesto a su hija a salvo, a doscientos kilómetros de allí.

Absorta en sus pensamientos, la joven traza escenarios improbables en los que el peligroso psicópata que representa ahora Étienne a sus ojos ejecuta un plan maquiavélico para hacer añicos su existencia, tal como se ha truncado la suya desde esta mañana.

–No te preocupes, cariño. Estoy aquí. Voy a prepararnos una tisana, para que nos recuperemos de nuestras emociones.

Camille se sobresalta y mira a su marido sin disimular su sorpresa. Su rostro debe de ser como un libro abierto en el que se lee la angustia, puesto que Patrick la observa con inquietud. Ella ahuyenta de su mente las ideas aterradoras y esboza una débil sonrisa.

–Creo que me gustaría tomar algo más fuerte...

Patrick se muestra de inmediato de acuerdo.

–Tienes razón. ¿Whisky?

–Por ejemplo.

–Te acompaño.

Enseguida desaparece en la cocina. Mientras él prepara una bebida bien cargada, Camille se deshace de sus indeseables huéspedes. Después se toman su tiempo para saborear la copa. A medida que el alcohol se disemina por su cuerpo, sus efectos la relajan poco a poco. Es un delicioso respiro para sus nervios y disfruta de sus beneficios. Mylène, Étienne, Patrick, Emma y las orugas no tardan en adquirir un halo menos dramático, y la distancia que le proporciona la embriaguez le ofrece una visión nueva de la situación. La ausencia de Emma consigue tranquilizar a Camille, que se sirve otra copa. Al acabar la segunda, se siente casi totalmente relajada.

–¿Quieres que te llene la bañera? –le propone Patrick solícito–. ¿O prefieres tomar una ducha?

Camille se dispone a rechazar su propuesta, pero cambia de opinión. Puede que, después de todo, tenga razón. ¡Es tan bueno liberar la presión!

–Tomaré una ducha –decide.

–Perfecto. ¿Te parece bien que pida sushi para cenar?

La joven cree estar soñando. Nunca antes había visto a Patrick tan considerado, salvo cuando empezaron a salir, y de eso hace ya más de diez años. La necesidad de confesarle su adulterio le resulta cada vez más dolorosa. Pero en su estado de embriaguez ligera y etérea, es incapaz de enfrentarse a la crisis que se anuncia. Decide dejarlo para el día siguiente y aprovechar la buena disposición de su marido. Ahora necesita más que nunca calma y reposo.

La velada transcurre sin más incidentes. Patrick ha intentado contactar una vez más con Dupuis, sin éxito. Después han degustado el sushi delante del televisor. Por primera vez en cuarenta y ocho horas, Camille se llena el estómago sin sentir náuseas. Las imágenes que desfilan en el televisor le hacen olvidar su angustia y el agotamiento consigue sacarla de la pesadilla en la que ha estado atrapada durante dos días.

Acaba por quedarse dormida viendo *Hagan pasar al asesino*, en la cadena France 2.

Camille se despierta al percibir una sensación de urgencia. No sabe cuánto tiempo ha dormido, pero experimenta, más allá del sopor, la necesidad apremiante de despertarse. El televisor sigue encendido. En la pantalla un oscuro telefilm desvela su drama en sordina. La habitación está sumergida en la oscuridad, solo alterada por la luz azulada y cambiante del televisor que proyecta sombras imprevisibles sobre las paredes.

Camille mira alrededor y constata que está sola.

—¿Patrick?

No hay respuesta.

Camille se levanta y se tambalea hacia el vestíbulo. En el momento en que se dispone a cruzar la puerta, oye un ruido procedente de la dirección opuesta. Vacila y, antes de dar media vuelta, echa un vistazo al vestíbulo. Con la mente aún aturdida por el sueño, le cuesta volver a la realidad. Tiene dificultades para ordenar sus recuerdos, siente la irresistible necesidad de dirigirse al piso de arriba para asegurarse de que Emma duerme tranquilamente en su cama, pero entonces recuerda que está en casa de su abuela...

Un movimiento en la cocina llama su atención. Al igual que el salón, la cocina está a oscuras y le cuesta discernir las sombras. Con los ojos entornados, distingue poco a poco la silueta de Patrick junto a la puerta del jardín, visiblemente al acecho. No comprende enseguida qué hace allí, por qué se pega a la pared, por qué tiene un martillo en la mano...

—¿Cariño?

Patrick vuelve la cabeza y le hace un gesto para que se calle, o se marche, no acaba de entender qué... En cuanto se dispone a acercarse para pedirle explicaciones, la puerta del jardín emite un ruido que la sobresalta. Bajo su mirada atónita, el pomo baja suavemente mientras que la puerta se entreabre con vacilación. Camille no puede dejar de mirarla, paralizada. Luego se vuelve hacia Patrick, que, en posición de ataque, con los brazos levantados por encima de la cabeza, se dispone a hundir el martillo sobre quien sea que está a punto de aparecer.

Camille ahoga un grito de estupor.

Contiene la respiración, en su rostro se lee un terror visceral mientras la puerta sigue abriéndose con una lentitud exasperante. Justo detrás, Patrick está tenso como un arco, presto a utilizar el martillo de un momento a otro.

Una silueta se desliza en la cocina, como una sombra furtiva. Camille no tiene tiempo de reaccionar. Patrick es más rápido, avanza con la velocidad del

relámpago, salta hacia delante y con el martillo golpea la cabeza del intruso con una violencia devastadora. Un ruido aterrador de huesos rotos se mezcla con otro más esponjoso de tejidos pulverizados. La silueta se congela en pleno movimiento. Durante unos segundos interminables permanece suspendida, inmóvil, como transformada en estatua de piedra. Y luego, con una lentitud casi misteriosa, se repliega sobre sí misma y cae de bruces sobre las baldosas.

Camille está petrificada. Querría gritar, pero de su boca no sale ningún ruido.

Un silencio mortal reina en la cocina. Nadie se mueve.

Por fin, Patrick reacciona y dirige a su mujer una mirada horrorizada. Luego se acerca en dos pasos hasta el interruptor, como un autómatas. Solo entonces ilumina la estancia.

Camille parpadea a causa de la intensidad de la luz. Después, casi a su pesar, baja los ojos hacia el cuerpo.

Étienne yace a sus pies, con el cráneo destrozado, mientras que un charco de sangre se extiende perezosamente bajo su cabeza.

Si bien durante los dos últimos días Camille tuvo la sensación de haber conocido el infierno, al descubrir el cuerpo sin vida de Étienne tendido sobre las baldosas de la cocina comprende que no era más que el purgatorio. Su estupor es tal que, en un primer momento, no reacciona. La joven está como anestesiada. Contempla el cadáver de su amante, el cráneo hundido por el golpe de martillo, la mirada fija en la nada absoluta, la boca entreabierta en un grito que nunca saldrá de ella. Camille no experimenta nada, ni miedo ni tristeza ni horror. La incomprensión domina sus emociones, adormece su conciencia y protege su razón. Más allá de su confusión, se da cuenta de que le ha causado más impacto el hervidero de orugas que la terrible visión del cadáver de Étienne.

Delante de ella, Patrick da la impresión de hallarse en un estado similar. Permanece inmóvil con el martillo ensangrentado en la mano, mirando fijamente el cuerpo que yace a sus pies. Incluso el tiempo parece haberse detenido, asustado por este espectáculo irreal, como si aplazara el instante en que, inevitablemente, la realidad recuperará sus derechos.

Al cabo de un tiempo indeterminado, Camille levanta por fin la cabeza hacia su marido. Lo observa sin esconder su espanto y luego emite algunos sonidos desprovistos de sentido.

–Yo... Yo no quería... –tartamudea él como respuesta a la mirada desconcertada de su mujer.

–No querías ¿qué? –consigue articular ella sintiendo el miedo en las entrañas.

–Matarlo... No quería matarlo. Me ha entrado pánico –intenta explicar él–. Oí ruidos fuera, fui a mirar por la ventana, vi que aún rondaba alrededor de la casa...

La joven oye vagamente las explicaciones de Patrick, sin asimilar su significado, sin siquiera captar la lógica.

–Primero ha intentado entrar por la puerta delantera –prosigue él con una voz desprovista de emoción–. Pero como estaba cerrada con llave, ha dado la vuelta al jardín. Parecía decidido, él...

Su voz se apaga mientras busca las palabras, como si ni él mismo captara el contenido de las frases que parece formular aun a su pesar.

–¿Qué vamos a hacer? –gime a modo de conclusión.

La pregunta le provoca a Camille un violento temblor que, en una fracción de segundo, la saca de la confusión en la que se refugiaba hasta ahora. La toma de conciencia es feroz y la agarra con una intensidad mordaz, inclemente y despiadada.

–Creo... Creo que debemos llamar a la policía –declara como una autómeta.

–¿Llamar a la policía? Pero... Me meterán en la cárcel...

Camille se vuelve hacia él con una mirada que oscila entre la sorpresa y la fatalidad.

–Lo has matado, Patrick –replica con dureza–. Está... muerto. Ha muerto por culpa tuya.

–¡Pero yo no quería! ¡No se le había perdido nada aquí! ¡Lo he hecho en legítima defensa!

La joven lo mira sin comprender. Se dispone a replicar, pero Patrick no le da la oportunidad.

–Se trata de un allanamiento de morada, y encima hace veinticuatro horas que nos amenaza. ¡Tenemos pruebas! ¡Solo me he limitado a defender a mi familia!

Esta vez, Camille guarda silencio. Su mirada va del hombre extendido en el suelo al que está de pie delante de ella, y no puede evitar preguntarse quién amenazaba a quién.

–¡Por el amor de Dios! –se defiende Patrick constatando que su mujer no parece compartir su punto de vista–. ¡Camille! ¡Sabes lo que has visto! ¡Intentaba vengarse! Secuestró a Emma, desde ayer merodeaba alrededor de la casa, nos ha dejado una caja llena de orugas repugnantes...

Es tal su pánico que suelta el martillo, que cae pesadamente al suelo. El estruendo explota en los oídos de Camille. La joven se sobresalta y observa a su marido con la mirada perdida.

–¿No pensarás que ha venido aquí a discutir? –insiste Patrick.

–No... No sé.

–¡Camille, reflexiona maldita sea! –le ordena él impacientándose–. ¿Has visto la hora que es? ¡Son casi las once de la noche! ¿Crees realmente que es hora de presentarse de improviso en casa de alguien si no es con un objetivo en

mente?

–Yo...

–¡Ni siquiera se ha tomado la molestia de llamar a la puerta! Ha entrado por la fuerza en nuestra casa, como un ladrón, como si intentara sorprendernos.

Patrick pierde los papeles, sin darse cuenta de que, en lugar de convencer a Camille, lo único que hace es sembrar la duda en su mente. ¿Por qué quiere persuadirla a toda costa de algo que ella no intenta desmentir?

–¡De todos modos, no estoy soñando! –explota mientras ella sigue sin reaccionar.

La exclamación saca a Camille de su apatía. Comprende que su marido es presa del pánico y que no sabe cómo reaccionar. Y lo único que ella le ha propuesto es llamar a la policía. Es decir, enviarlo directamente a la cárcel.

Al mismo tiempo, los pensamientos se amontonan en su cabeza, entre una situación que ha dado un giro inesperado y sus propios errores, cuyo secreto dependía del hombre que ahora yace en el suelo. Muerto Étienne, su secreto está a salvo. El espectro de la delación acaba de desaparecer ante sus ojos. Camille se concentra en controlar la indecencia de sus reflexiones, pero no puede evitarlo: aunque experimenta el horror del drama, siente insinuarse una especie de alivio, como el desenlace inesperado de todos sus problemas.

La joven se estremece. La abyección de sus pensamientos la asquea y, sin embargo, no puede evitar sentir un sosiego malsano. Su espada de Damocles acaba de ser neutralizada: ahora yace tendida a sus pies, inofensiva. Ya no tiene nada que temer. Su hija está en un lugar seguro, su familia está a salvo, ya nadie puede amenazarla.

Salvo la justicia de los hombres.

Si llaman a la policía, entrarán a formar parte de un engranaje del que no podrán salir. Los investigadores escarbarán en el pasado de cada uno y, aunque Camille y Étienne han sido discretos, no está segura de que no vayan a encontrar nada sobre ellos. Y solo habrá un paso entre establecer un vínculo y acusar a Patrick de crimen pasional o de acto de venganza. En cuyo caso, ella misma se verá implicada en el asunto. ¿Cuál será entonces el futuro de Emma?

Una vez más, las repercusiones de una simple llamada despliegan sus consecuencias tentaculares. Camille comprende poco a poco que la opción «policía» no es factible.

La joven reacciona.

–Debemos desembarazarnos del cuerpo.

Patrick le lanza una mirada cargada de asombro y alivio.

–Tiene que parecer un suicidio –prosigue con convicción–. Es plausible. Acaba de perder a su hija, la desesperación lo ha empujado a cometer un error irreparable.

La urgencia pulveriza cualquier tipo de escrúpulos, el instinto de supervivencia borra los últimos remordimientos. Para Camille, el cuerpo tendido a sus pies no guarda relación alguna con el hombre al que ha amado. Es solo algo engorroso que hay que hacer desaparecer cuanto antes. El temor que le ha provocado en estas últimas horas consigue alejarla de una emoción que no puede permitirse sentir en este instante.

–¿Un suicidio? –objeta Patrick temblando todavía–. ¿Con un agujero en medio del cráneo? ¡Eso no funcionará!

–En cualquier caso, debemos esconder el cadáver en un lugar donde no lo encuentren.

–¡Es arriesgado! Si acaban por encontrarlo y sospechan de nosotros, no podremos invocar legítima defensa.

–¿Ves otra solución?

Patrick duda. Se toma un tiempo para observar a Camille, sopesando los pros y los contras de su propuesta.

–Quizá sea más sensato telefonar a la policía y explicarles toda la historia. Estoy casi seguro de que mi caso es defendible. Él está en nuestra cocina. Ha entrado aquí con violencia, nos ha amenazado en varias ocasiones. No cabe ninguna duda de que es legítima defensa, puedo salir bastante bien parado de esta.

–¡Nadie sale indemne de un proceso, Patrick! Sobre todo, de un proceso por homicidio, sea voluntario o no. Dices que ha entrado aquí con violencia... ¡Pues yo no veo rastro alguno de violencia! Y, aunque te declaren inocente, siempre te asociarán con la muerte de un hombre. Perderás tu trabajo, serás juzgado por tus colegas, tus estudiantes... ¡Por no hablar de Emma! ¿Te imaginas el impacto que algo así tendrá en su vida? ¿En la nuestra?

Estos argumentos parecen hacer tambalear a Patrick. Alentada por su titubeo, Camille toma la decisión más lógica.

–Nos desharemos de él. Lo esconderemos en un lugar donde nadie lo encuentre jamás. La policía asociará su desaparición a la muerte de su hija. Será un caso sin resolver.

–¿Crees que serás capaz de vivir con esto?

–El problema no es ese, Patrick. La verdadera pregunta es: ¿tenemos elección? Tú mismo lo has dicho: no ha venido aquí a tomar un té. Nos amenazaba. Era él o nosotros.

Se miran, cada uno buscando en la mirada del otro el acuerdo que selle su pacto.

–¡De acuerdo! –concluye Patrick visiblemente tranquilizado por la seguridad de su mujer–. Nos desharemos de él.

Camille exhala un suspiro de alivio: si están de acuerdo, tienen una oportunidad de salir de esta.

–Solo queda encontrar dónde... –murmura ella echando por primera vez una mirada mortificada hacia el cadáver.

–Eso déjalo de mi cuenta. Tengo una idea.

En unos minutos, Patrick le expone un plan irrefutable: a diez kilómetros al norte del bosque, hay un lago. Basta con lastrar el cuerpo con una carga suficiente para hundirlo y que permanezca en el fondo del agua durante muchos años. Antes, hay que pasar por casa de Étienne, coger una maleta y llenarla con algunos efectos personales. Luego habrá que llevar su coche hasta la estación y dejarlo en el aparcamiento. Cuando constaten su desaparición, los policías irán a registrar su casa. La ausencia de algunas prendas de vestir, así como de una maleta y de su neceser de aseo les sugerirá una partida inesperada. El vehículo que encontrarán en el aparcamiento acabará de convencerles de que, devastado por el dolor, Étienne ha levantado velas. Simple, eficaz, infalible.

–¿Y qué hacemos con la maleta?

–También nos desharemos de ella. Por ejemplo, la quemaremos. ¡No es lo más difícil!

Camille se toma tiempo para reflexionar antes de dar su aprobación.

–Su coche... ¿sabes cuál es?

–No debe de ser muy complicado: ha tenido que cogerlo para venir hasta aquí. Tendrá las llaves en el bolsillo, seguramente. Las encontramos, salimos a la calle y accionamos el mando a distancia. El coche que se ilumine será el suyo.

Camille asiente con la cabeza. ¡Patrick parece haber pensado en todo! Sin perder tiempo, se arrodilla junto al cuerpo y empieza a buscar en los bolsillos.

El primer objeto que encuentra es el teléfono móvil.

La joven se tensa. Aunque ha tenido la precaución de borrar todo rastro de su historia en su teléfono –los mensajes de voz y los SMS–, quizá Étienne no haya hecho lo mismo. Las últimas pruebas de su adulterio, si existen, podrían

estar almacenadas en este aparato. ¡Debe hacerlas desaparecer cuanto antes!

Camille se mete el teléfono discretamente en la manga antes de seguir con el registro.

–¡También tenemos que encontrar su teléfono! –advierde Patrick colocándose al otro lado del cadáver y explorando los bolsillos.

Camille no dice nada. Se cuida mucho de admitir a su marido que tiene el móvil de Étienne.

–¡Las tengo! –exclama Patrick sacando un manojito de llaves de la chaqueta del muerto–. ¿Has encontrado su móvil?

–No.

Patrick registra el cuerpo con más detalle, sin éxito. Reprime una maldición y pasea la mirada por el suelo para asegurarse de que el móvil no se haya caído cuando Étienne se desplomó.

–Quizás esté en su coche –le dice Camille, a la que le sorprende la insistencia de su marido–. O en su casa. Sea como sea, no lo lleva encima.

–¡Mierda! –exclama él, esta vez sin ocultar su exasperación.

El profesor está nervioso, y no es para menos.

Durante la siguiente media hora, pulen los detalles de su plan y se reparten las tareas: Patrick se encargará de trasladar el cuerpo hasta el lago y de lastrarlo con piedras antes de arrojarlo al agua.

Mientras tanto, Camille hará desaparecer todo rastro de la visita de Étienne.

En cuanto Patrick regrese, irán a casa del chef de cocina para sembrar pruebas e indicios de una partida precipitada. Entre las llaves que han encontrado en el cadáver están las de su apartamento. Puesto que se supone que Camille no sabe dónde vive, han comprobado su dirección en su carné de identidad. La joven irá en su coche, Patrick conducirá el de Étienne.

Después se dirigirán juntos a la estación, siempre en dos vehículos, y dejarán el de Étienne en el aparcamiento. Por último, volverán a casa en el automóvil de Camille y se desharán de la maleta.

La parte más delicada del plan es trasladar el cuerpo desde la casa hasta el coche. Después de haberlo envuelto en una gran lona que Patrick ha ido a buscar al sótano, deben asegurarse de que nadie los vea. Afortunadamente, a esta hora de la noche, todos los vecinos duermen el sueño de los justos. Mañana es lunes, la gente honesta trabaja.

La operación transcurre sin incidentes.

En cuanto el cadáver de Étienne está en el maletero de Patrick, los esposos

Verdier se desean buena suerte y se separan, uno en dirección al lago, la otra con la tarea de fregar la cocina de arriba abajo a fin de borrar las posibles huellas y los rastros de sangre.

Pero antes, Camille se concede un descanso.

Se sirve un whisky para infundirse ánimos. Luego se sienta a la mesa de la cocina y abre el cajón en el que ha escondido el móvil de Étienne. Es un modelo viejo que no necesita código de desbloqueo. Selecciona el registro de llamadas y borra metódicamente todas las llamadas procedentes de su propio número. El teléfono solo conserva en la memoria las veinte últimas llamadas, lo que facilita su tarea. Luego se dispone a consultar la bandeja de entrada de SMS para hacer lo mismo.

Camille siente su corazón latir con fuerza. Teme leer las frases que se han intercambiado a lo largo de las semanas precedentes. La intrusión en la memoria del teléfono de Étienne la devuelve a la realidad de su historia, la obliga a establecer un vínculo entre el cadáver del que ha decidido desembarazarse hace unos minutos y el hombre al que se entregó con pasión. Da un sentido de realidad a ese amor que ella ponía por las nubes. Con la garganta seca, abre la bandeja de entrada de SMS y contiene la respiración.

El primer mensaje que aparece corresponde al último texto recibido. La remitente es ella: el nombre «Mariposa» aparece en la pantalla. Camille frunce el ceño, algo la preocupa. Enseguida lo abre y lee el contenido.

A medida que lee, abre los ojos cada vez más.

No encuentro palabras para describir el horror que sentí al enterarme de la muerte de tu hija. Tengo que hablar contigo: por fin sé lo que sucedió entre tu hija y la mía el viernes en el bosque. Mi marido ha tenido que ausentarse, no volverá hasta mañana. Ven a verme a casa dentro de media hora. Entra por detrás para no llamar la atención de los vecinos. La puerta de la cocina estará abierta. No contestes a este mensaje. Te espero.

Camille no comprende. Ella no ha enviado ese mensaje. Lo lee y relee, como si la explicación de semejante misterio fuera a aparecer milagrosamente entre estas líneas cuyo sentido se le escapa. Comprueba la fecha y la hora de envío y constata que ha sido enviado hoy a las 22.30.

A esa hora, ella dormía profundamente delante del televisor.

La consternación le impide moverse, se siente petrificada de pies a cabeza mientras su cerebro en ebullición intenta comprender. Su primera reacción es comprobar en su propio teléfono los SMS enviados. Y mientras busca su móvil

que, una vez más, no está en su sitio, en su mente cobra forma una aterradora evidencia.

Solo una persona ha podido enviar este mensaje.

Patrick.

Con una lentitud exasperante, un nuevo escenario se esboza en la mente de Camille. Patrick acaba de irse. Tardará hora y media en volver: el tiempo de ir al lago, aparcar el coche, arrastrar el cuerpo hasta el agua, lastrarlo, coger una de las barcas que hay en la orilla, remar hasta suficiente profundidad y lanzar el cadáver sin arriesgarse a verlo emerger, para luego volver a casa...

El tiempo se alarga y permite a Camille reflexionar. A medida que sus pensamientos desarrollan hipótesis, surge una certeza: Patrick ha tendido una trampa a Étienne. Se las ha ingeniado para que entrara en casa y así poder matarlo con absoluta impunidad.

Todo concuerda.

A ella le extrañó el horror de Patrick al descubrir que el golpe en la cabeza era mortal. Y, sin embargo, lo vio golpearlo. Su gesto fue violento, su objetivo era matar. No era un caso de legítima defensa, como pretendía él.

Pero ¿por qué? ¿Por qué Patrick quiso tenderle una trampa a Étienne? ¿Por la amenaza que representaba? ¿Por venganza? Camille no está convencida de la respuesta. Por mucho que Patrick esté resentido con la maestra de su hija, y por consiguiente con su padre, le cuesta imaginar que su marido pueda ir tan lejos. A menos de que... Le asalta la duda. Si sabía que ella lo engañaba, ¿habría sido capaz de fingir ignorancia? La joven no puede dar crédito. Conoce a su marido. No sabe disimular, no tiene el temperamento para eso. Patrick es pura rectitud, rigidez e intransigencia. Aspectos de su personalidad con los que, por cierto, resulta difícil convivir. Dice lo que piensa cuando lo piensa, sin molestarse por las convenciones. Con demasiada regularidad, ha tenido que soportar sus reflexiones venenosas dirigidas contra ella –lo que la mortificaba– o contra otra persona, lo que la avergonzaba.

No obstante, no puede evitar formularse una pregunta: si en efecto estaba al corriente, ¿cuándo se enteró?

Camille no tarda mucho en dar un paso más en la escala de la sospecha: Emma pudo decírselo la primera noche, el viernes, cuando su padre la acostaba. Del mismo modo en que le reveló el lugar donde se encontraba su maestra. La

joven se da cuenta de que se ha dejado embaucar una vez más por las palabras de su marido. Él sabía dónde ir a buscar a la pobre Mylène, habría podido salvarla. ¡Sin embargo, prefirió callarse y dejar que muriera en su agujero!

Camille siente de nuevo cómo la invade el terror. Ahora registra su memoria en busca de argumentos que contradigan este horror. Para ella es una cuestión de supervivencia mental. No puede imaginarse que la haya engañado hasta ese punto. Se aferra a la idea de que Étienne llevaba dos días amenazándolos. El secuestro de Emma en el aparcamiento del hipermercado, la silueta que merodeaba alrededor de la casa, la caja llena de orugas... ¡No lo ha soñado, eso sucedió realmente!

Pero también ahora, la incertidumbre se apodera de ella. La silueta en el barrio... Para ser sincera consigo misma, ella no la vio directamente. Mejor dicho, no la vio en absoluto. Fue Patrick quien afirmó haberla visto. Por mucho que abriera los ojos, ella no distinguía nada. En esa ocasión, también se dejó engañar por su marido.

Esta vez, siente un pánico mordaz. Si Patrick está al corriente de su adulterio, si ha resistido a la necesidad de dejar estallar su cólera, es que ha superado un umbral crítico. Su rabia era tan violenta que ha tenido que calmarla con otros medios. Ya no le bastaban los gritos, las palabras ni las humillaciones. Sintió la necesidad imperiosa de golpear fuerte y hacer daño.

Camille tiembla con todo su cuerpo. Debe conservar la sangre fría, cueste lo que cueste. Ya no sabe de qué es capaz su marido. Intenta convencerse de que delira, que Patrick jamás habría hecho una cosa semejante, pero no funciona. Dentro de ella, una vocecita se ríe burlona y arrasa con cualquier duda acerca de la responsabilidad de su marido. Él lleva dos días tomándole el pelo. Burlándose de ella y hundiéndola más profundamente en su mentira.

Cada vez más asustada, recuerda el secuestro del hipermercado y la caja de orugas. Ayer por la mañana, ¡Emma desapareció de verdad durante varios minutos! Eso no se lo inventó. Patrick ni siquiera estaba allí, lo que...

Camille tiene que sujetarse a la mesa al sentir un ligero vértigo. ¿No aseguró Emma que era incapaz de reconocer al «señor» porque llevaba un gorro en la cabeza, gafas oscuras y una bufanda?

Cualquiera podría esconderse detrás de semejante atuendo.

Y ese cualquiera bien podía ser Patrick.

El ruido de una portezuela que se cierra en la calle, justo delante de la casa, la saca de su ensimismamiento. Se precipita hacia la ventana para descubrir con

horror que ya ha vuelto. Consulta su reloj, trastornada: han pasado dos horas desde que descubrió el falso SMS en el móvil de Étienne. Ha estado tan absorta en sus reflexiones que no se ha dado cuenta de la hora. En unos segundos deberá hacerle frente.

Sabe que no podrá fingir. Está demasiado conmocionada como para intentar engañarlo: el espanto está grabado en su rostro; en cuanto su marido la vea, sabrá que algo no anda bien.

De hecho, cuando entra en la sala de estar, Patrick se percata de inmediato de su extrema palidez. Descubre también el teléfono que ella tiene en la mano. Un teléfono que no reconoce pero que, en cambio, identifica perfectamente.

Su rostro se descompone.

Él tampoco intenta fingir. Se queda quieto en pleno movimiento y parece vaciarse de toda energía. Los dos esposos están cara a cara, ambos horrorizados por la ineluctable verdad que los separa tanto como los une.

Patrick es el primero en romper el silencio.

—¿Cómo has podido hacerme esto?

Camille se queda boquiabierta. Él ha dejado morir a una mujer, acaba de asesinar a un hombre, simple y llanamente, ¡y se permite hacerle reproches! Está tan atónita que no encuentra las palabras para responder. Se queda allí, delante de él, con los brazos colgando, incapaz de encontrar las palabras para replicar.

—Confiaba en ti —prosigue él con una voz apagada que traiciona una decepción demasiado pesada de superar—. Nos... nos has engañado, ¡a Emma y a mí! Has hecho entrar al enemigo en nuestro refugio, has roto nuestra familia.

Una tempestad de emociones asola la mente de Camille. Su primer impulso es refutar esas insoportables acusaciones. Emma no tiene nada que ver en esta historia, es cosa de adultos, de pareja. Pero Patrick la incrimina como si intentara compartir con ella la responsabilidad de la muerte de Étienne y Mylène. Y, por supuesto, esa es su intención: justificar, de algún modo, su espeluznante maquiavelismo.

—¡Estás loco! —consigue articular ella en un suspiro.

El profesor parece no salir de su asombro. Enarca las cejas con una mueca desconcertada, casi de contrariedad, y esboza un rictus de desdén.

—¿Loco? —chilla fuera de sí—. No he hecho más que cumplir con mi deber de esposo y padre, ¡solo eso! Proteger a nuestra familia y neutralizar a los depredadores que intentan destruirla.

—¡No veo cómo esa pobre maestra pudiera intentar destruirnos!

–¿No lo ves? ¡Abre los ojos, Camille! ¡Emma ha estado a punto de morir por su culpa! ¿Habrías estado dispuesta a arriesgar que, algún día, otro niño escapara de nuevo a su vigilancia y tuviera una suerte más dramática que la que conoció nuestra hija? ¡Estaba a cargo de niños de corta edad! No se pueden cometer errores cuando se es responsable de pequeños como ellos.

Se toma un tiempo antes de añadir, ahora en un tono más bajo:

–Bueno, para ser totalmente sincero, solo quería darle una lección. Había decidido avisar a la policía el lunes por la mañana. Lo más importante para mí era que tuviera tiempo de reflexionar, de ser consciente de sus errores. Ignoraba que fuera diabética.

Camille apenas puede respirar. Al justificarse, Patrick le confirma sus deducciones más siniestras: lo sabe todo desde hace dos días, ha actuado con conocimiento de causa. Reconoce su implicación activa en este terrible drama, pero se aferra a sus argumentos con toda la fuerza de su mente enferma.

Ella ya sabe que no podrá hacerle entrar en razón. Lo único que ahora desea es saber.

–El del aparcamiento del hipermercado, ¿eras tú?

–¡Sí! –responde él casi con orgullo.

–¿Cómo pudiste hacernos eso? –suelta ella–. ¿Cómo pudiste hacerle eso a Emma?

–¡Representé mi papel de padre, Camille! ¡Le di el susto de su vida! Le hice comprender que el mundo en el que vivimos es despiadado y que debe estar siempre en guardia, constantemente. El mejor medio de proteger a nuestros hijos contra la escoria de nuestra sociedad es educarlos, enseñarles de dónde viene el peligro. La maestra era responsable de Emma y no debería haberla perdido nunca de vista. Pero Emma ha de comprender también algunas cosas. Entre otras, el hecho de que no debe alejarse de nosotros, bajo ningún concepto. –Se calla algunos segundos y luego añade, satisfecho–: Creo que ha captado el mensaje.

Camille traga saliva.

–Si era únicamente con un objetivo educativo, ¿por qué no me lo contaste? ¡Yo también me lleve el susto de mi vida!

Patrick esboza una sonrisa de odio.

–¡Justo por la misma razón, Camille! Me has engañado con otro, me has roto el corazón. No has comprendido de dónde procedía el peligro. Tenía que abrirte los ojos, también a ti. Hacerte ver la amenaza que pesaba sobre nuestra

familia.

–¿Por eso lo has matado? –le grita ella indicando la cocina donde se desplomó Étienne.

–¿Cómo iba a poder vivir contigo sabiendo que otro hombre te había besado y que seguía viviendo tan tranquilo?

Camille lo observa horrorizada. ¿Vivir juntos como si nada hubiera pasado? La aversión que siente hacia él es tal que le resulta impensable seguir conviviendo con esa persona. La joven aprieta los dientes. Se dispone a vomitar su repulsa, a gritarle que queda totalmente descartado prolongar un segundo más su vida conyugal, de fingir ser la familia que ya no son...

Un recelo instintivo le impide hacerlo en el último momento.

–¿Y la caja de orugas? –le pregunta destrozada-. ¿Cómo lo supiste? Nadie estaba al corriente de que...

Deja su frase en suspenso.

–¿De que te llamaba su «mariposa»? –le escupe asqueado.

Camille guarda silencio.

–Cuando una niña de cinco años le cuenta a su padre que ha visto a su mamá besar a otro señor y que el señor la ha llamado «mariposa», le basta con sumar dos y dos –declara fríamente-. Si quieres mi opinión, ¡ese apodo es absolutamente ridículo! ¡Qué falta de imaginación! Me pregunto qué le viste a ese tipo.

La joven guarda silencio, tiene ganas de vomitar. Está paralizada por lo horrible de la situación. Mira a este hombre al que ha unido su destino sin comprender lo que le atrajo de él en su día. Solo ve a un extraño, a un ser abyecto que le inspira asco y rechazo.

Patrick la observa y parece seguir las fluctuaciones de su estado emocional. En cambio, a él lo tranquiliza haber confesado. Entre confesión y revelaciones, su alma se libera de sus crímenes, y su venganza cumplida logra proporcionarle una serenidad salvadora. Sabe que ella está sufriendo lo que él soportó, y la angustia de Camille ahoga su propio sufrimiento.

–No pongas esa cara, cariño –prosigue al cabo de unos instantes-. Comprendo que, tal como están las cosas, te sientas perdida. Pero el tiempo hará su labor y pronto todo volverá a la calma. Cuando me enteré de que me engañabas, el mundo se derrumbó a mi alrededor. Tuve la sensación de que una bestia feroz me desgarraba el corazón con sus colmillos. Confieso que pensé lo peor, matarte o matarme, no sabía qué me aliviaría más. Pero luego reflexioné.

Uno reconoce a los verdaderos aliados en la adversidad. Recuerda: nos casamos para lo bueno y para lo malo. Hasta ahora, hemos conocido lo bueno y creo que he sido un buen marido. Sin embargo, te apartaste de mí. Comprendí que era una prueba y que debía estar a la altura y hacer frente a lo malo.

Da dos pasos hacia ella con la mano tendida para tranquilizarla.

–Superaremos esta crisis juntos, amor mío. Te daré tiempo para olvidar. Después, volveremos a ser una familia unida, como siempre hemos sido.

Camille se tensa de inmediato y retrocede la misma cantidad de pasos.

–¿Qué me impide denunciarte? –le suelta en un tono de voz hostil.

Patrick deja su gesto en suspenso. Luego asiente con la cabeza como si esperara esta pregunta.

–Estoy seguro de que no lo harás. Denunciarme significaría denunciarte a ti misma. Somos cómplices, cariño. A partir de ahora, nos une el horror como antes nos unía la felicidad.

Dorothée completa los últimos informes sobre el caso Gilmont. Han pasado tres días desde que descubrieron el cuerpo de Mylène. El caso está a punto de cerrarse, pero aún quedan algunas preguntas sin respuesta y, aunque no estén directamente relacionadas con los sucesos del expediente, la agente siente la necesidad de saciar su curiosidad personal.

No comprende, y eso es algo que detesta.

Empieza por comparar los diferentes testimonios y asociar los elementos que conoce, impaciente por poder completar el rompecabezas. La verdadera causa de la partida de la madre de Mylène constituye para ella el punto fundamental del misterio. Dorothée está persuadida de que ese importante suceso en la vida de la maestra determinó el curso que tomó su vida. ¿Qué fue lo que empujó a esa mujer a dejar el domicilio conyugal abandonando a su propia hija? ¿Por qué razón no se llevó consigo a Mylène? Dado que la joven ya no está en este mundo, no será ella la que pueda aportarle claridad sobre este punto. Étienne es por tanto la única persona que puede hacerlo. Salvo, claro está, que aborde directamente a la principal interesada. No debe de ser muy complicado encontrarla, aunque viva a miles de kilómetros de allí...

Dorothée no pierde la esperanza de descubrir algún día las respuestas que le faltan.

Una llamada de teléfono a su línea directa la saca de sus cavilaciones. El que llama es un tal Georges Capouillez, empleado de la morgue. Dorothée lo conoce, ya ha tenido ocasión de tratar con él alguna vez. Es un chico amable, un poco simplón, un tipo sin sangre en las venas, pero incapaz de hacer daño a una mosca.

–¡Hola, Georges! –le saluda ella con voz alegre–. ¿Todo bien?

–Muy bien. Gracias.

Dorothée espera a conocer el motivo de su llamada. Pero al otro lado de la línea el empleado guarda silencio.

–¿Quería hablarme, Georges?

–¿Perdón?

–Si me telefona es para decirme algo... ¿me equivoco?

–¡Ah! Sí, claro, esto... En realidad, la llamo porque tenemos un cadáver, y no sé qué hacer con él.

Dorothée no puede evitar reírse.

–¡Qué raro para alguien que trabaja en la morgue! –le dice bromeando.

Sin captar la ironía, Georges Capouillez le explica su problema:

–Hace dos días que esperamos a que alguien nos informe de los detalles del entierro, pero nadie ha reclamado el cuerpo.

–¿Ah? ¿Y cómo llegó hasta vosotros ese cadáver?

–Nos lo trajo su jefe.

Dorothée se endereza en su asiento y coge un bolígrafo.

–¿Cuál es el nombre?

–Mylène Gilmont.

–¿Su padre no se ha presentado para organizar el funeral?

–No.

La policía frunce el entrecejo.

–Eso no es normal... –murmura para sus adentros.

–Entonces ¿qué hago con él?

–Me lo guarda bien caliente... Quiero decir, bien frío. Le llamaré muy pronto.

Dorothée cuelga y se dirige enseguida al despacho de Dupuis para informarle de la llamada del empleado. El capitán se muestra tan sorprendido como ella.

–¿Ha tenido noticias de Étienne Gilmont desde que hemos recuperado el cuerpo de Mylène? –le pregunta ella.

–Lo vi ese mismo día, para la identificación... Le dije que le daría tiempo para enterrar a su hija y que después archivaríamos el caso.

Mientras habla, pasa revista a algunas carpetas dispersas sobre su mesa, abre una de ellas, busca entre las hojas que contiene y extrae una. Luego descuelga el teléfono y marca el número de Étienne.

De inmediato salta el buzón de voz.

–Gilmont, soy Dupuis –empieza a decir en cuanto el bip sonoro se lo permite–. He...

El policía, desprevenido, duda un instante.

–Lámeme en cuanto reciba este mensaje –se limita a decir finalmente.

–¿Qué le digo al tipo de la morgue? –le pregunta Dorothée.

–Por ahora, nada. Esperaremos a que Gilmont me llame.

Sin embargo, Étienne no llama.

Al día siguiente, Dupuis y Voguel van al restaurante a la hora en que se supone que está trabajando. Los recibe Nathalie, que los acoge con frialdad. Les informa de que Étienne no ha ido a trabajar desde el anuncio del fallecimiento de su hija, lo cual no tiene nada de extraño: cuando uno pierde a alguien cercano, en general, tiene otras cosas que hacer.

Los policías le preguntan si se ha mantenido en contacto con él durante los últimos tres días. La respuesta de Nathalie es negativa.

–¿Ni siquiera por teléfono? –inquire Dupuis.

–Lo llamé para darle el pésame –admite ella–. Me saltó el contestador. Le dejé un mensaje para decirle que lo sentía mucho, que podía llamarme si me necesitaba, que estaba de todo corazón con él... Lo que se dice en estos casos.

–¿La ha vuelto a llamar?

–No. Aunque ya lo suponía. No es su estilo.

–Por lo tanto ¿no ha tenido ningún contacto con él desde el sábado por la noche?

–Así es.

Al salir del restaurante, Dupuis pasa revista a las posibles explicaciones. No encuentra muchas.

–Hagámosle una visita –decide dirigiéndose hacia el apartamento de Étienne.

Este no está lejos del restaurante.

Después de llamar varias veces, esperan una respuesta. No aparece nadie. El capitán no necesita nada más para pedir una autorización de registro. Dupuis justifica su solicitud aludiendo al temor de un suicidio: no se tienen noticias de Étienne Gilmont desde hace tres días, es decir, desde que se enteró de la muerte de su hija. Es razonable imaginar que, abrumado por el dolor, cedió a la llamada de la desesperación.

El protocolo administrativo posterga la intervención a la mañana siguiente. A primera hora, Dupuis y Voguel ordenan a un cerrajero que les abra la puerta.

Al entrar en el apartamento, los dos policías constatan que está vacío. Ni rastro de Étienne, muerto o vivo. Registran el lugar metódicamente: Dorothée se encarga de la cocina y del salón, Dupuis de la habitación y del cuarto de baño. Secretamente, la agente Voguel espera encontrar un documento que le dé alguna

pista sobre el pasado de Étienne en general y el motivo de la partida de su mujer en particular. ¡Si pudiera dar con la famosa carta, sería una bendición! Pero el contenido de los armarios y los cajones que registra no le aporta gran cosa.

–Tengo la impresión de que se ha ido... –declara Dupuis.

–¿Qué le hace pensar eso?

El capitán señala la ausencia del neceser en el cuarto de baño. Y, aunque no puede verificar si falta alguna maleta y ropa, pues no sabe qué contiene el armario de Étienne, pondría la mano en el fuego de que faltan algunas cosas.

–¿Irse antes de enterrar a su hija? –objeta Dorothée, incrédula.

–Quizá todo esto lo superara...

El coche de Étienne es encontrado e identificado unos días más tarde en el aparcamiento delante de la estación, lo que refuerza al capitán en su hipótesis de una huida desesperada. A falta de pistas, y al no tener ningún argumento para abrir una investigación, Dupuis decide dar por cerrado el caso.

–Seguramente acabará apareciendo algún día –le dice a Dorothée–. O, si es cierto que se ha suicidado, alguien encontrará su cuerpo por casualidad. De momento, no podemos hacer nada más.

En realidad, Dupuis ya está pensando en otras cosas. Otro caso, otra víctima, otro verdugo. Étienne es mayor de edad y está curado de espantos. Los adultos tienen derecho a desaparecer de la noche a la mañana de la faz de la tierra sin que nadie vaya en su busca.

Y, sobre todo, no hay nadie que denuncie su desaparición.

Años más tarde, Dorothée Voguel sigue pensando en este caso. El misterio que rodea la desaparición de Étienne se ha sumado al de la partida de su mujer.

Unos meses después de toda esta historia, la agente, empujada por el deseo de saber, buscó y encontró la identidad de la exesposa de Étienne Gilmont, así como sus datos personales. Marcó un número de teléfono, que correspondía a un abonado de Miami, en Florida. Al otro extremo de la línea, una voz masculina descolgó el auricular. En un inglés macarrónico, Dorothée pidió hablar con Virginie Bernard. El hombre le contestó que Virginie, su desafortunada esposa, había fallecido unos años antes, víctima de un cáncer de mama. La agente Voguel se deshizo en excusas y colgó.

La pregunta de qué empujó a esta mujer a abandonar el domicilio conyugal sin llevarse consigo a su hija quedará para siempre sin respuesta.

¿Qué madre es capaz de dejar a su hija?
Dorothee no lo sabrá nunca.
Ni ella, ni nadie.

DIEZ AÑOS DESPUÉS

–Siéntate.

La joven toma asiento delante del terapeuta.

–¿Cómo te encuentras hoy?

A modo de respuesta, ella esboza un rictus medio irónico, medio decepcionado. La perfecta cabellera cuelga a ambos lados de su hermoso rostro, ocultando la mitad de sus facciones. Lanza una mirada furtiva al psicólogo y después se mira las manos, que esconde entre las rodillas.

–¿De qué quieres hablar hoy, Emma?

Ella se encoge de hombros sin levantar los ojos.

–La última vez, me contaste que deseabas ir al guateque que organizaba una de tus compañeras de clase –le dice él para alentarla.

–No es mi compañera, no era un guateque y no fui –masculla ella.

–¿Qué era entonces, si no se trataba de un guateque?

–Una fiesta de pijamas. Los guateques son cosa de su época. No se ofenda.

–¿Por qué no fuiste?

–¡Porque no me invitaron, listillo!

El terapeuta no responde a la ofensa. Guarda unos instantes de silencio, esperando que ella se confíe. Pero la adolescente aprieta los dientes obstinadamente.

–¿Te ofendió que no te invitaran?

–¿Y a usted qué le importa?

–También habíamos hablado de la posibilidad de que organizaras tu propia fiesta de pijamas. ¿Has pensado en ello?

–¿Por qué iba a hacerlo? Si es para que me jodan toda la noche unas imbéciles que no hacen más que hablar de su esmalte de uñas y de otras mierdas por el estilo...

–¿No hay ninguna compañera a la que podrías invitar?

–Con el degenerado de mi padre, francamente, no vale la pena.

–¿No vale la pena qué, Emma?

–No vale la pena desvivirme para pasar vergüenza.

Unos segundos de silencio, durante los cuales el terapeuta espera que ella continúe.

–¿Qué motivo tienes para avergonzarte de tu padre? –pregunta finalmente sin perder la calma.

Emma se encoge otra vez de hombros.

–Está totalmente fuera de onda. Se cree el más listo de todos porque es profe en la universidad cuando, francamente, no es más que muy, pero que muy idiota. Ese tipo tiene un enorme complejo de superioridad.

–¿No crees que tus compañeras de clase piensan exactamente lo mismo de sus padres?

–¡Sí, pero ellas tienen una madre!

El terapeuta disimula una sonrisa de satisfacción.

«Ya estamos», piensa.

–¿Y tú, Emma? ¿No tienes madre?

La adolescente aprieta los labios esbozando una mueca amarga que reprime mal que bien.

–Sabe perfectamente que no tengo madre.

–¿Quieres hablar de eso?

–¿De qué serviría?

–Dímelo tú, Emma.

Un nuevo silencio llena la habitación, esta vez es más largo. El psicólogo no espera realmente que ella vuelva a hablar por propia iniciativa, aunque le gustaría que lo hiciera. Emma es capaz de estar callada durante una sesión entera si él no la empuja a hablar.

–¿Por qué no tienes madre? –le pregunta finalmente.

–Se largó cuando tenía cinco años.

–¿Recuerdas las circunstancias en las que se marchó?

La joven no contesta.

–¿Conoces el motivo de su partida? –insiste el terapeuta.

Emma se encierra en un mutismo obstinado. Los recuerdos intentan abrirse camino, acarreado multitud de imágenes dolorosas. La silueta de su padre se dibuja en las paredes de su memoria. Está de pie en la cocina, ella cree recordar que era una mañana de verano, al menos hacía buen tiempo, el sol inundaba la habitación. Tiene una carta en la mano que lee sin levantar la cabeza. No se mueve, ni siquiera cuando ella se le acerca, está enfrascado en la lectura, como hipnotizado. Ella lleva puesto el camisón, va descalza, y acaba de despertarse. Trota hasta las piernas de su padre y espera, con la cabeza alzada, a que la mire y le dé un beso.

Pero él no se mueve.

—¿Papá?

¿Es su voz la que hace que se estremezca? Ella ve como el papel tiembla entre sus dedos y luego como su mano baja, dejando al descubierto su rostro devastado. Cuando sus miradas se cruzan, ella advierte que sus facciones se tuercen, expresando un sufrimiento que nunca antes había visto en él. La visión de su padre destrozado por no sabe qué extraño motivo se graba en su mente como una marca al fuego. Asocia su dolor a la carta que él suelta mientras cae de rodillas delante de ella y la coge en sus brazos y la estrecha hasta asfixiarla.

Emma no comprende, tiene miedo, intenta liberarse, pero su padre parece sordo a sus intentos de soltarse.

A sus pies, la hoja que contiene algunas líneas que ella es incapaz de descifrar parece encerrar la más terrible de las amenazas.

Así fue cómo se enteró de que su madre los había abandonado, a su padre y a ella, para no volver nunca más. Durante mucho tiempo, ignoró la causa, la causa real se entiende, no la que repetía Patrick con su rosario de reproches y que evolucionaba con el paso tiempo. Unas veces Camille se había ido para encontrarse con otro hombre, otras en un arranque de locura... Algunas veces los dos motivos se confundían: lo había abandonado por otro hombre en un arranque de locura.

La niñez de Emma estuvo marcada por esta partida repentina, esta ausencia tan palpable que acabó siendo una carga. La desaparición de Camille abrió una fisura en su joven existencia. Con el tiempo, la niña empezó a imaginar dramas secretos cuyas claves esperaba comprender algún día. Acabó convenciéndose de que su madre había disimulado el misterio de su partida para protegerla. Tenía que ser así por fuerza. No podía ser de otra manera.

Porque, a veces, es mejor no saber.

Poco a poco, Patrick y Emma se fueron acercando el uno al otro. Amarrada al único barco capaz de llevarla a buen puerto, la niña hizo frente junto a su padre a las tempestades que sacudieron su existencia. Él era la única persona en quien podía confiar ciegamente, porque, a pesar de su torpeza a veces deplorable, sentía por ella un amor inquebrantable.

Sin embargo, la necesidad de saber fue más fuerte.

Una noche en que Patrick tardaba en volver de la facultad, Emma hurgó en sus cajones. Encontró la carta y la leyó con mano temblorosa, como la de su padre aquella mañana en que la descubrió. Tenía trece años y, esta vez, sabía

leer.

Patrick:

Cuando encuentres esta carta ya me habré ido. Pedirte perdón me parece insoportable, por lo tanto, me resulta imposible hacerte creer que lo lamento.

Ya no puedo vivir a tu lado. A vuestro lado. Desde lo que ha pasado, me siento prisionera en un papel que me mata. Este simulacro de familia supuestamente unida me repugna. Soy cada vez menos capaz de hacer como si no supiera.

Pero lo peor no es eso.

Ya no soy capaz de mirar a Emma a la cara. No puedo evitarlo. Tengo la impresión de que ya no la comprendo. Aunque me pregunto si la he comprendido alguna vez. Cuando me habla, analizo su comportamiento para descubrir los secretos o las mentiras que oculta. Es como si se hubiese vuelto una extraña. Desconfío de ella, y mi actitud suscita en ella una desconfianza que la vuelve aún más distante. Su carácter altivo me exaspera. A veces incluso siento miedo de su temperamento intratable. La culpabilidad que ello me provoca me desgarrar. ¿Qué tipo de madre puede decir eso de su hija? Sufro por esta sospecha permanente, ¡no sabes cuánto me lo reprocho! Sin embargo, he de admitir que temo las noches, los fines de semana y las vacaciones escolares.

Necesito irme, necesito vivir sin esta angustia que me asfixia. Si vuelvo algún día, será por ella, por Emma, en un ataque de remordimiento que, sin duda alguna, de lo contrario me perseguirá hasta la muerte. No he hecho ningún proyecto, solo sé que debo irme.

Una firma irreconocible acababa la carta que se deslizó de la mano de la adolescente.

Unos días más tarde, Emma se fugaba por primera vez.

—¿Emma?

El terapeuta la saca de su ensimismamiento. Las facciones de la adolescente parecen marcadas por la amargura y el rencor. Se estremece y se aleja de sus recuerdos.

—¿Sabes por qué se fue tu madre, Emma?

La joven esboza una sonrisa apenas perceptible.

—No sé.

AGRADECIMIENTOS

Mil gracias a Laurent Philipparie por su inestimable ayuda y la infinita paciencia con la que ha accedido a responder a todas mis preguntas. Esta novela está en deuda con él.

 Mi agradecimiento asimismo a Annick Lauvaux, miembro de la asociación belga de la diabetes: a ella le debo que la diabetes ya no tenga (casi) secretos para mí.



Barbara Abel nació el 3 de diciembre de 1969 en Bruselas. Es una autora de gran prestigio en Francia, desde el éxito de su primera novela *L'Instinct maternel*, Premio Cognac 2002, al que ha seguido *Un bel age pour mourir*, *Je sais pas*, 2016 (No sé, 2018) es la última. Sus novelas se caracterizan por la profundidad psicológica de sus personajes.

Notas

1. Dupuis y Dupond: los policías Hernández y Fernández en la versión castellana de los cómics de Tintín.
(*N. de la T.*)

1. En España, a este personaje de animación se le conoce como Patricio. *(N. de la T.)*

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

¿Estás sola, hermosa mariposa?

VIERNES

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

SÁBADO

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

DOMINGO

43

44

45

46

47

48

49

50

51

DIEZ AÑOS DESPUÉS

–Siéntate

AGRADECIMIENTOS

Notas

Créditos

No sé

Barbara Abel

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Je sais pas*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la imagen de la portada, Robin Macmillan / Trevillion Images

© Barbara Abel, 2016

© de la traducción, Catalina Ginard Féron, 2017

© Círculo de Lectores, S. A. Unipersonal, 2016

ARROBABOOKS

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.arrobabooks.com

Un sello editorial de Círculo de Lectores

www.circulo.es

Círculo de Lectores, S. A. Unipersonal

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición en libro electrónico (epub): abril 2018

ISBN: 978-84-16826-27-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com